



Bilogia
Mi locura

Mi
dulce
locura

R. Cherry



Lectulandia

Natalia es una chica normal, con una vida tranquila y relajada. Junto a su mejor amiga, es dueña de una cafetería llamada Jubilee, o como dice ella Bibliotería o una Cafeteca (ya que es mitad cafetería mitad biblioteca).

Todo iba sobre ruedas, su vida se había vuelto a encauzar hasta que se cruza en su camino un hombre de ojos verdes, apuesto e irresistible. Lo que no sabe Natalia, es que él será quien lo desencadene todo, el pasado volverá y se hará más real de lo que había sido antes.

Cientos de dudas, temores, pesadillas y sueños rotos volverán a ella con tanta fuerza que la harán parecer pequeña, diminuta. Solo con la ayuda de él, y de la gente a la que quiere podrá olvidar todo lo que un día ocurrió. ¿Será capaz de afrontarlo y dejarse llevar por J.D Collins?

Lectulandia

R. Cherry

Mi dulce locura

Mi locura - 1

ePub r1.0

Titivillus 10.05.2018

Título original: *Mi dulce locura*
R. Cherry, 2015
Diseño de cubierta: Alexia Jorques

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Agradecimientos

No sé muy bien cómo se empiezan unos agradecimientos, los he visto en muchos libros pero no he tenido la suerte de poder escribir uno, hasta ahora.

A la primera persona a la que quiero dar las gracias es a mi padre, a mi calvito, al hombre más importante de mi vida, a mi héroe sin capa, si no fuera por ti no habría llegado a donde estoy, ni sería como soy. Junto a él quiero dar las gracias a mi familia, la de sangre y la de que no lo es tanto, sin vuestro apoyo y vuestros “consejos” no sería tan cabezona. A mis *cousin*, mi pequeña Natalia y mis tíos. Pero también a una personita a la que quiero con toda mi alma y a quien también debo mucho, a mi *nonne* Lucia, a mi inspiración, a mi pilar, sin ti esto no sería lo mismo. *Mo carbaidh*, algún día tendremos nuestro *Fortuny*.

Tras ellos, vienen todos mis amigos, aquellos que han estado en lo bueno y en lo malo, aquellos que me han ayudado a pesar de las circunstancias, los nuevos y los viejos, sobre todo estos últimos, que llevan más tiempo aguantándome. A *Mi Locura* personal, mi ave fénix, tú sí que has aguantado carros y carretas, pero sigues ahí. Os quiero.

También quiero darlas a las Locas, sois completamente espectaculares, vuestro apoyo es fundamental. Todas sois especiales, impresionantes. Pero de entre todas esas Locas siempre habrá unas que serán especiales... Son muy especiales para mí. Muchas gracias, mi churry; mi Angy Skay, por haberme dado la fuerza cuando no la encontraba, por confiar en mí, por saber que soy capaz de todo. Adoro nuestros *fluses*, que te rías de mis flechas *chuchurrias* y que me cuides a pesar de todo. Te quiero, nena. A mi flor de té, porque sin ti y sin tu mala hostia no habría seguido creyendo en mí, y no sería *Pokepetunia*. ¡Gracias! A todo el maravilloso equipo de LxL Editorial por hacer un trabajo impresionante y por ayudarme a cumplir mi sueño. Y por último a todos mis compañeros de editorial, aunque a la que más a mi Belén, ¡eres única! Gracias por esas sonrisas preciosas.

Por último, último, quiero darme las gracias a mi misma por seguir adelante con toda esta locura.

Pd: MEH!

Capítulo 1

Abro los ojos, los rayos del sol han entrado por la ventana, anoche no me acordé de bajar la persiana, normal... Tanto trabajo no debe ser bueno para el cuerpo ni para la mente. Me levanto de la cama, voy hacia ella y la bajo, cuando vuelvo de nuevo a refugiarme en el calor de las mantas, escucho cómo alguien se acerca, la puerta de mi habitación se abre, alguien entra, y con ella la claridad.

—Levanta, dormilona.

No le digo nada, tal vez si me hago la dormida se vaya al comedor. Pero no, siendo ella es imposible que me deje tranquila. Levanta la persiana y se tira en plancha encima de mí, intenta despertarme mientras me aplasta una y otra vez.

—No te hagas la dormida, sé que estás despierta —dice mientras se cuelga bajo las mantas.

Abro los ojos poco a poco; la encuentro mirándome con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Buenos días! —Saluda alegremente, al mismo tiempo que tira de la colcha haciendo que caiga a los pies de la cama.

Estoy completamente segura de que debe llevar despierta varias horas, sino, no estaría así. Lo raro es que no la haya escuchado cantar ya de buena mañana.

—Oh, déjame —le digo.

—Si hombre, ¡tú te levantas ahora mismo!

Se pone de pie al final del colchón, me mira desde arriba y empieza a saltar, molestándome para que no pueda volver a dormirme. Me tumbo boca arriba, me paso las manos por la cara, el pelo, me estiro, y centro mis ojos en los suyos.

—¿Cuántos cafés llevas ya? —Pregunto mientras me siento.

—Pues... —dice, contando con los dedos de las manos—, unos cinco —añade con una de sus bonitas sonrisas.

—¿Qué hora es?

—Son las... nueve y media. —Mira su teléfono móvil y sigue saltando.

En uno de ellos, se deja caer rebotando contra el colchón y estampándose contra mí.

—¿Quieres dejar de hacer el tonto de una vez? —espeto malhumorada.

Me pongo en pie, salgo de la habitación y ella conmigo; hay veces que es como una lapa, no puede separarse de mí hasta que esté completamente segura de que no voy a quedarme dormida en ningún lado, incluida la taza del váter. Entro en el baño, y cómo no, mi pequeño «pin» se queda apoyada en la puerta, vigilándome. Me lavo la cara con un poco de agua y jabón, me aclaro y la seco.

—¿También quieres ver cómo hago pis? —pregunto intentando no ser muy brusca.

—No, creo que no hace falta.

Empieza a reírse como una loca, cierra la puerta y por fin me deja tranquila. Al cabo de dos minutos, golpea.

—¿Estás ya?

—¡Lucía! ¡De verdad! —Grito.

—Vale, vale —murmura al otro lado.

Suelto un bufido, acabo, me coloco todo en su sitio y cuando salgo del baño me la encuentro en la barra de la cocina cortando pan, preparándolo para tostarlo y untarlo con mantequilla y mermelada. Me fijo en que sobre la encimera hay una bolsa de papel marrón de la panadería que hay debajo de casa.

—¿Qué has comprado? —Pregunto curiosa.

—Unos cruasanes —contesta mientras acaba de poner las rebanadas en la tostadora.

Me acerco a ellos, y cuando voy a mirar dentro de la bolsa, me la encuentro vacía, ¡esta gorda se lo ha comido todo!

—Eres como un maldito aspirador —le digo mientras la miro de arriba abajo—. No sé dónde lo metes...

—Aquí. —Se da golpecitos en el vientre.

—Ya...

Veo cómo abre el primer armario de la cocina, en el que están todas las cosas del desayuno, el *cola cao*, las galletas, el azúcar, infernales y deliciosos bollos, el café... ¡Oh, no! Esto sí que no. Lucía va a por una banqueta para poder alcanzar las cosas que están más altas, momento que aprovecho para sacar el café de ahí.

—Para ti no hay más, nena.

—Yo quiero. —Pone cara de cachorrito triste.

—Tomate un zumo, anda.

Veo que niega una y otra vez con la cabeza, pero al final acaba cogiendo el cacao y echándose un «poco», o eso dice ella, en la taza. Será mejor que no tome más, o acabará volviéndose peor que un *gremlin*.

Dejo el bote de café en la mesita que hay frente al sofá, está llena de hojas de apuntes, libretas y algún que otro subrayador. Por eso lleva tanto rato despierta, debe estar estudiando para su próximo examen. Entre todo esto hay varias tazas, una roja, una blanca con corazones dibujados, un vaso, y un plato con los restos de los pobres cruasanes que han sido devorados por el monstruo del chocolate.

Entro en mi habitación, abro la ventana y retiro las cortinas para que el aire fresco pueda entrar y ventilarla. Estiro la sábana, coloco bien la colcha, y lo remeto bajo el colchón, acomodo mis dos almohadas, los tres cojines: dos negros y uno grisáceo en forma de corazón, el cual me regaló Lucía. Bendita cama grande; desde que nos mudamos duermo mejor, he dejado de compartir una cosa enana con mi pequeño perro, el cual ahora vive con mi padre, a tener una cama enorme para mí sola, ¡me encanta! Doblo la ropa que ayer dejé tirada sobre la silla del escritorio y la pongo en

el colgador plateado que hay junto al armario.

—A desayunar —grita Lucía desde la cocina.

—Voy —digo alargando la vocal.

Me pongo las zapatillas de ir por casa, las cuales había dejado abandonadas bajo la cama; con Lucía por aquí es imposible acordarse de las cosas. Salgo de la habitación y cierro la puerta para que no haya corriente y todas las hojas acaben por el suelo, y mi amiga matándome.

—Toma. —Me tiende un plato con dos rebanadas de pan tostado con mantequilla y mermelada de melocotón.

—¡Gracias!

—¿Quieres café?

—No, lo haré yo, luego.

La muchacha asiente, se recoge su cobrizo pelo en una alta cola de caballo, y se sienta en uno de los taburetes que hay a mi lado.

—Gracias —repito con una sonrisa.

Es una suerte tenerla conmigo, después de trece años juntas nada ha cambiado, seguimos siendo las mismas, como hermanas, cumpliendo nuestro sueño: vivir juntas. Lo realmente extraño es que seamos capaces de soportarnos tras tanto tiempo, aunque no somos las típicas que nos peleamos por nada, siempre acabamos haciendo las paces antes de tiempo.

—Tienes que ir a abrir el *Jubilee*, lo sabes, ¿no?

El *Jubilee* es nuestra pequeña cafetería, es algo especial ya que tiene una parte en la que puedes leer tranquilamente y coger prestado algún que otro libro. Lo realmente impresionante es ver cómo la gente es capaz de cuidar igual que si fueran suyos, aquellos que coge, incluso, alguna que otra vez, nos traen libros para añadir a nuestra humilde biblioteca. Tras un viaje a Londres, como autoregalo por nuestro cumpleaños, decidimos abrir el *Jubilee*, en honor a un bonito parque situado en la ciudad.

—Lo sé, pero también sé, por si no lo recuerdas, que fui yo quien cerró anoche. —Le echo en cara que ayer apenas se pasó a ayudarme.

—Lo siento, ya sabes que estoy con exámenes —se excusa.

La miro con mala cara, hago una mueca, cojo una de las tostadas y me la llevo a la boca, al darle el primer bocado me doy cuenta del arte que tiene esta muchacha para hacerlas, ¡está deliciosa!

—Te lo perdono porque la tostada está de vicio, que lo sepas —digo haciéndome la dura, pero sabe que con ella no puedo enfadarme, no del todo.

—Gracias —agradece a la vez que me abraza, lo que hace que toda la mermelada que antes había en la rebanada de pan, ahora esté por todo mi pelo.

La miro molesta, esta se traga el trozo que tenía en la boca y sonrío.

—Lo siento.

—Bah... —Suelto un bufido, me acabo de comer las tostadas, y dejo que recoja

lo que ha ensuciado para preparar el desayuno.

Voy directa a mi habitación, cojo una muda limpia de ropa interior, y abro el armario, ¿qué me pongo hoy? Cualquiera cosa, voy a estar detrás de la barra en el *Jubilee* junto a Joel, el camarero, así que, no creo que nadie vaya a fijarse. Cojo unos vaqueros oscuros y una camiseta de manga intermedia negra con algo de encaje en las mangas y en la parte delantera. Lo dejo todo estirado sobre la cama para que no se arrugue, cojo unos calcetines y voy a la ducha.

Cuando voy a entrar en el baño me encuentro con que Lucía ha decidido que primero va ella. Mi teléfono empieza a sonar, dejo la ropa encima del sofá, corro de nuevo hacia mi habitación y cojo el móvil que estaba sobre la mesita que hay al lado de la cama.

—Joel, buenos días —saludo rápidamente.

—Llegas tarde, ¿lo sabes?

—Sí, Lucía me ha tirado la mermelada por encima y tengo que darme una ducha, ve abriendo sin mí, por favor.

—Si quieres voy y lo limpio yo. —Se apresura a decir, entrando en su fase de baboso insoportable.

—Déjate de tonterías, niño —gruño molesta.

—Vale, vale, lo siento —dice disculpándose—. Nos vemos en un rato.

Tras eso cuelgo y es cuando escucho que Lucía sale del baño, ¡por fin! Entro tan rápido como puedo, para que así, no se me adelante otra vez. Dejo las cosas sobre el lavabo, deshago el moño que recoge mi corto pelo, cojo el peine y empiezo a desenredarlo, será más fácil que hacerlo al salir.

En pocos minutos acabo de ducharme, me envuelvo en una de mis toallas y uso la otra para recogerme el pelo como de costumbre. Mientras la toalla empieza a empaparse, me seco el cuerpo deshaciéndome de las molestas gotas que aún corren por encima de mi piel. Me pongo la ropa interior y cuelgo la toalla más grande de su percha para que se seque. Cuando salgo del baño, me encuentro a Lucía en el sofá envuelta en una manta bebiendo un zumo. Se gira hacia mí, me mira de arriba abajo y no puede evitar comentarlo.

—Hola guapa, ¡qué *sexy* vas! ¿No? —pregunta provocativamente—. Estás para hincarte el diente.

—Grr. —Ronroneo como si fuera una gata—. Ven y me catas, hermosa.

Después de eso, empezamos a reír como dos locas, siempre hace lo mismo y no puedo evitar seguirle el juego. Voy corriendo hacia mi habitación para no coger frío, abro la puerta y ¡zas! Toda una ráfaga de aire impacta contra mí, a este paso me voy a resfriar antes de lo previsto. Cierro la ventana como puedo impidiendo que el aire vuelva a darme.

Me siento en la cama, me visto como puedo y vuelvo al baño, será mejor que me dé prisa o Joel me echará la bronca de nuevo, ¡y eso que la jefa soy yo! Me aplico un poco de espuma en la mano, la esparzo por todo el pelo y cojo el secador sin ponerle

el difusor. ¡No hay tiempo para más! Cuando lo tengo lo suficientemente seco, me lo recojo en un moño.

Voy a por mí bolso, me pongo la chaqueta y abro la puerta de la calle. Cuando estoy junto a las escaleras, me doy cuenta de que aún llevo las zapatillas de ir por casa, las grises con dibujitos de perros.

Estoy a punto de llegar, busco con la mirada un sitio donde aparcar y por suerte hay uno justo delante del *Jubilee*. Le pongo el seguro y corro hacia el interior del local, aunque apenas entro, ya que me topo con Joel, quien está sacando algunas sillas y mesas para montar la terraza; hace un día magnífico. Al chocar, ambos caemos al suelo.

—Vaya día tienes hoy —murmura por lo bajini Joel.

—Cierra el pico. —Le lanzo una de mis miradas.

Me levanto torpemente, paso entre él y la silla que ha caído, entro en el café y no hay nada preparado todas las mesas están como las dejé ayer: con las sillas encima. Dejo el bolso sobre la barra y me pongo a bajarlas rápidamente, se supone que abrimos en diez minutos y empezarán a llegar los clientes de siempre, y si no lo tenemos preparado, acabarán por marcharse.

—¡Venga! —Le grito al muchacho, quien sigue en el suelo.

Se pone en pie, pasa las manos por su cresta rubia y se gira hacia mí mirándome de arriba abajo. Levanto una ceja, rápidamente capta la indirecta, será mejor que se ponga a trabajar o acabará de patitas en la calle. Mientras, acabo de bajar las sillas las coloco bien y en cada una de las mesas pongo un servilletero.

Cuando ya está todo listo, coloco las pastas en el horno; suerte que las dejé preparadas anoche antes de irme a casa, sino ahora mismo no podría llegar a tiempo. Joel, por su parte, acaba de colocar las mesas, pasa a la sala de biblioteca y revisa que todos los libros estén en su sitio. Voy hacia el reproductor de música y enchufo el iPod, para que comiencen a sonar las canciones; lo pongo en un volumen bastante bajo para que así no pueda molestar a nadie, y solo se escuche de fondo. Me pongo un pequeño delantal, lo ato a mi cintura, guardo mi libreta y el *boli*. Ya estoy preparada para lo que venga.

Joel hace lo mismo, se coloca el delantal, viene hacia donde estoy y espera a que le diga algo.

—Vigila las pastas —le ordeno.

—¡Señora, sí, señora! —Me hace un saludo militar.

—Anda, tira. —Le doy un golpe en el hombro para que vaya y este me sonrío.

Este muchacho es un pequeño desastre, igual que yo, supongo que por eso mismo lo contraté como camarero, mi padre siempre me ha dicho que «hay que dar oportunidades a la gente», y este se lo merece. Sale de la cocina, donde está el gran horno preparado para hacer nuestras deliciosas pastas, unos cruasanes dulces que

acaban volviéndose adictivos de lo buenos que están.

—¡Todo controlado! —Dice alzando el pulgar.

Entonces entra Nadia, una de nuestras clientas más habituales, aunque creo que ha llegado al punto de solo venir para ver a Joel, ya que al entrar por la puerta se le pone una sonrisa tonta y no puede dejar de reír cuando hablan.

—Buenos días, preciosa —saluda el joven rubio.

—Ho... Hola, Joel. —Se pasa las manos por el pelo y se coloca algunos mechones tras la oreja—. Buenos días, Nat.

—Buenos días —le digo con una sonrisa—. ¿Lo de siempre?

—Sí, por favor.

La muchacha pasa a la zona en la que están los libros, le encanta estar allí, hay veces que se puede pasar el día entero alimentándose a base de cruasanes y café con tal de estar leyendo. Aunque la mayoría de las veces, Joel acaba trayéndole algo de comida normal y más sana que las pastas.

Me giro. Tras la barra tenemos un par de cafeteras grandes industriales de color marrón rojizo, cojo una de nuestras tazas y la coloco debajo para que el líquido vaya cayendo. Preparo la leche caliente, un platito con dos azucarillos y una mini magdalena de chocolate. Que coloco sobre una de nuestras bandejas Cuando ya lo tengo todo a punto para llevárselo, aparece Joel con una sonrisa triunfante.

—¿Qué pasa? —Pregunto curiosa.

—He quedado con Nadia para cenar mañana por la noche —responde a la vez que se alza el cuello del polo que lleva.

—Vaya, después de tanto tiempo, ¿al final ha aceptado?

—Sí —asiente alzando los puños.

—Pues llévale eso, venga —digo a la vez que le tiendo la bandeja.

La coge, da la vuelta, y se dirige hacia el interior de la salita en la que está la muchacha. Entonces, entran cuatro personas más, dos de estas, también suelen venir casi todos los días por las mañanas antes de ir al trabajo. Lo bueno de vivir en una ciudad pequeña es que después de un tiempo acabas conociendo a todos aquellos que están por la zona.

—Buenos días, Natalia —saluda una joven de cabellos rubios, casi tanto como los de Joel. Esta coge uno de los periódicos que hay sobre la barra y se sienta en una de las mesas a leerlo.

—Ahora mismo voy —le digo con una sonrisa.

Una pareja vestida de traje, se coloca en una de las mesas algo alejada del resto, junto a la ventana por la que se puede ver todo lo que ocurre en el exterior. Me giro para empezar a preparar el café que pedirá la rubia, me agacho para coger uno de los platos que hay en la parte baja de la barra, coloco un platito pequeño sobre esta, una cucharilla y un par de azucarillos, igual que con Nadia. Antes de que acabe de hacerse el café, voy a ver qué es lo que va a pedir.

—Buenos días —saludo amablemente.

—Buenos días —me contesta a la vez que guarda las gafas de sol en el bolso—. Me pones un café con leche, por favor.

—Claro, ahora mismo.

Me giro hacia la barra, ¡bingo! He dado en el clavo, voy tranquilamente hacia la cafetera y es cuando me doy cuenta de que le he dado al botón equivocado, el café está saliendo más largo de lo que debería y se ha desbordado.

—¡Joel! —Llamo a mi compañero.

Miro, a ver si viene mientras sigo avanzando hasta que sin darme cuenta caigo de culo al suelo, ¡vaya golpe! Creo que el sonido ha llegado hasta la casa de los vecinos. Me intento poner de pie, pero seguro que si lo hago sola acabaré de nuevo aterrizando, y haciéndome más daño. *Venga, que yo puedo.* Me agarro a la parte baja de la barra, y entonces, siento cómo dos fuertes manos me cogen.

—Vaya golpe, ¿eh? —Dice Joel tras mi espalda.

—Gracias —murmuro avergonzada.

—¿Te has hecho daño?

—No. —Miento intentando aparentar estar bien.

El muchacho sonrío, se da media vuelta yendo por un lado para no mancharlo todo y aparece con la fregona en la mano. Me lanza una mirada para que me eche hacia un lado y eso es lo que hago. Limpia todo lo que ha caído, moja la fregona en el cubo y la escurre, vuelve a pasarla y mientras esperamos a que se seque, la lleva a su sitio.

No me lo puedo creer, vaya día llevo hoy, ¡no gano para desgracias! Ya sean pequeñas o grandes, a este paso al final del día voy a acabar en el hospital. Sería lo más normal, después de tantas caídas... Me paso la mano por la cara y luego por el pelo mirando si sigue todo en su sitio. Unas pequeñas lágrimas nacen en mis ojos, quieren escapar dejando ver el daño que me he hecho. Cojo aire y lo suelto como un suspiro.

«*Tranquilízate Natalia*». Me digo a mí misma. Veo cómo la muchacha del pelo dorado se ha levantado de su sitio y se va acercando hacia la barra.

—¿Estás bien?

—Sí, tranquila, ahora mismo está tu café —digo tajante, no tengo ganas de hablar con nadie.

Joel se ocupa de acabar de prepararlo, cuando va a llevárselo a la muchacha, me da una palmada en el trasero haciendo que el dolor me recorra todo el cuerpo. ¡Maldita sea! ¿Es que se le ha olvidado del porrazo que me he metido? ¡Qué dolor! Cojo aire de nuevo, me tomo un vaso de agua y recupero las fuerzas... las pocas que me quedan mejor dicho. Salgo de detrás de la barra y voy hacia la extraña pareja, rebusco en mi delantal para encontrar la libretita en la que me lo apunto todo y mi bolígrafo, pero no los encuentro por ningún lado.

—Buenos días —me saluda alegremente la mujer.

Hago una mueca algo parecido a una sonrisa, espero a que el hombre diga algo

pero supongo que está demasiado ocupado revisando las noticias de hoy en el periódico, ya que no alza la vista de este ni aunque explotara una bomba en el local.

—¿Qué desean tomar?

—A mí me pones un café descafeinado que esté muy caliente, con leche de soja templada, en una taza no muy grande, con dos bolsitas de sacarina y un cruasán de esos tan deliciosos que tenéis. —Después de soltarme toda la retahíla de lo que quiere, añade una sonrisa.

—Y usted, ¿qué tomará?

—Él tomará un café solo —contesta la mujer.

—Muy bien, ahora mismo se lo traigo.

El día transcurre con total normalidad, no más caídas, ni café por el suelo, los clientes de siempre y algunos nuevos. Me siento en uno de los taburetes que hay delante de la barra de mármol negro, miro mi local, aquel que después de mucho tiempo he conseguido tener junto a Lucía. Adoro este sitio con sus paredes marrón chocolate, con algún que otro detalle en blanco, como el bonito reloj que hay en la sala o los cuadros que pintó mi amiga al abrirlo. Sonrío al recordar el momento en el que entramos en el local maravilladas, estaba hecho un desastre, las paredes sin pintar, el suelo sucio, todo lleno de polvo y algún que otro bichejo, pero al final, con mucha paciencia y tiempo conseguimos arreglarlo. Suelto un suspiro lleno de anhelo, cojo el móvil y veo que tengo un *WhatsApp*, es Lucía.

—*¿Vas a venir a comer? He hecho esos macarrones que tanto te gusta.*

No puedo evitar soltar una carcajada, ¡esta mujer no tiene remedio! A Lucía le gusta cocinar pero no todo le sale bien, por suerte, los macarrones son uno de los platos que suelen quedarle redondos, ya sea por lo fácil que es, o porque de tantas veces que los ha hecho se ha vuelto una experta.

—*Mmmm... Bueno, si hay esos ricos macarrones me apunto.*

Lo más seguro es que aún no haya preparado nada, conociéndola, todavía estará en pijama en el sofá delante de su montón de apuntes, o mirando una mosca, es capaz de despistarse solo con eso.

—*¡Bien! Pues aquí te espero, guapaaa.*

—*Nos vemos en un rato, un beso.*

Joel acaba de recoger algunas de las tazas que han quedado encima de las mesas

vacías, las apila sobre la parte baja de la barra y las coloca en la bandeja del lavavajillas.

—Oye, Joel —digo a la vez que me deshago del delantal—. Voy a ir a casa a comer, ¿quieres que te traiga algo? ¿Te quedas con Nadia?

—A lo primero, no, no hace falta, me da miedo lo que pueda hacer Lucía con la comida, y segundo, sí, me quedaré con ella pero antes necesito que me hagas un favorcillo.

—A ver —resoplo—. ¿Qué favorcillo?

—Necesito que te esperes un momento, tengo que ir a por unas ensaladas; no tardaré —asegura a la vez que deja el delantal sobre la barra.

—Pero... —intento hablar, pero cuando quiero acabar la frase ya ha desaparecido tras la puerta.

Pues nada, me tocará esperar para no dejar a Nadia sola. Sigo donde estaba, sentada en uno de los taburetes al final de la barra, esperando a que llegue.

Después de más de media hora aún no ha vuelto, escucho cómo la puerta se abre detrás de mí. Estoy enfadada, me ha dicho que no tardaría y lo ha hecho. Al darme la vuelta, choco con alguien tirándole encima el vaso de agua que llevaba en la mano.

—Yo... lo siento mucho —digo dejando el vaso, que por extraño que parezca no se me ha caído, sobre la barra y cogiendo un trapo—. Discúlpeme.

Paso el paño por encima de su traje intentando que empape toda la humedad de su ropa, hasta que pone una de sus grandes manos sobre la mía. Alzo la vista y me topo con unos bonitos y penetrantes ojos verdes como esmeraldas. Doy un paso hacia atrás para poder verle mejor, ¡vaya, vaya! Se pasa la mano, que antes tenía sobre la mía, por encima de su perilla y los labios. Tiene el ceño fruncido, lo más seguro es que esté enfadado, ¡normal! Si fuera él estaría echando fuego por la boca.

—Lo siento, de verdad.

—Da igual —dice tajante, sin darme opción a nada más.

Tras eso y sin decir nada, se da media vuelta y se marcha por donde ha venido.

—Pero... —balbuceo pasmada.

Me quedo mirando la puerta como una auténtica tonta, hasta que Joel irrumpe en la escena.

—¿Qué te pasa? —Pregunta mirándome extrañado.

—Nada —contesto sin entender bien qué es lo que ha pasado—. Me voy ya, en un rato vengo.

Antes de irme cojo el bolso, el casco de la moto y le doy un beso a Joel en la mejilla, quien me observa desde la entrada.

—No quemes nada —le pido.

Capítulo 2

Al entrar en casa me encuentro a Lucía dando botes de un lado a otro del salón a ritmo de *S&M* de Rihanna, cantando como si estuviera en lo alto de un escenario con el mando de la televisión. Está como una cabra, no se puede quedar quieta un momento, es tan alegre como el tintineo de un cascabel.

—¡Ya estás aquí! —Exclama a la vez que corre a darme un abrazo.

—Espera, espera —le aviso intentando evitar que lo tire todo por el suelo, pero no sirve de nada, del golpe que me da el casco se cae con fuerza y el bolso igual—. ¡Joder, Lucía! ¡Qué bruta eres!

Doy varios pasos hacia atrás apartándome de ella, me agacho y miro a ver si el casco se ha roto, por suerte no es más que un simple rasguño; está bien. Ella mientras, me observa con cara de cachorro triste sin decir nada, esperando una buena bronca. Entonces escuchamos como el agua hirviendo empieza a salirse de la olla y chisporrotea sobre la vitro.

—¡Los macarrones! —Se echa las manos a la cabeza y va corriendo hacia la cocina.

—¿No los tenías hechos ya?

—Pues... no, aún no —dice sonriente mientras coge un trapo y seca el agua que ha salido—, ahora mismo acabo, solo hay que ponerlos un poco en el horno.

Dejo que ella se ocupe de todo, está acabando de colocar lo que usaremos sobre la mesita que hay entre la televisión y el sofá. Adoro comer ahí.

Voy a mi habitación, me descalzo, dejo el casco y el bolso encima de la cama. Me quito la goma que sujetaba el moño y me paso las manos por el pelo intentando que no se quede hecho un asco y que la humedad vaya desapareciendo poco a poco. Salgo al salón y me tiro en el sofá en plancha, me quedo mirando al techo, exhausta, ¡vaya día de perros! Primero la mermelada en el pelo, luego la caída en la cafetería en cuanto llegué, después el resbalón con el café y para colmo he bañado a un cliente. A este paso voy a tener que vivir en una burbuja o moriré joven de tantas caídas, o alguien me matará. Suelto un bufido desanimada, ¡ojalá termine ya el día! Lo peor es que la semana no ha hecho más que comenzar. Me doy la vuelta quedando boca abajo con la cara entre dos de nuestros cojines grisáceos.

—¿Qué te pasa, mi niña? —Me pregunta dulcemente Lucía desde la cocina.

Muevo la cabeza, no es nada importante, pero sé que hasta que no se lo cuente, no estará contenta, así que mejor explicárselo cuanto antes.

—Estoy teniendo un día horrible —le resumo.

—¿Y eso por qué?

La miro, sin decir nada alzo las cejas y lo más seguro es que ya sepa de qué hablo. Viendo cómo ha empezado el día, no hay que pensar mucho cómo ha podido

seguir.

—Vaya, ¿qué más ha pasado?

Le cuento lo transcurrido por la mañana, mientras esperamos a que los macarrones acaben de tostarse con el queso en el horno.

—Así que le echaste por encima un vaso de agua a un misterioso hombre de ojos verdes —comenta a la vez que se levanta del sofá y va a por una bolsa de patatas, las abre y se lleva un par a la boca.

Tras eso, la deja encima de la mesa haciendo que algunas caigan sobre el mantel, así que, me las como. Cojo el mando de la televisión, la enciendo y empiezo a buscar en los canales, ¡no hay nada! Opto por dejar *Los Simpson*.

Antes de que pueda darme cuenta, Lucía, planta delante de mí un platazo rebosante de macarrones a la boloñesa con queso, ¿o debería decir queso con macarrones?

—¿Pero tú qué quieres? ¿Qué me ponga como un tonel? ¡A este paso acabaré yendo a trabajar rodando!

—Hasta que no te lo acabes todo, no te levantas de ahí señorita —me advierte como si fuera mi madre—, últimamente no me comes nada.

—Bueno guapa —respondo seductoramente—. Yo te como lo que quieras y cuando quieras —ronroneo como una gata y le guiño un ojo.

—Con que te zampes el plato de macarrones ya estoy contenta, de momento. — Me guiña un ojo.

Después de este momento de seducción, rompemos a reír a carcajada limpia, como dos locas como siempre. Si alguien nos viera pensaría que hemos perdido la cabeza. Desde que éramos unas enanas, ella ha sido mi sol y mi luna en aquellos momentos en los que no encontraba la luz.

Me tiende un tenedor, pincho un par de macarrones y me los llevo a la boca. ¡Están deliciosos! ¡No sé cómo pueden salirle tan buenos! En realidad sí, con lo que come y lo vaga que es, acaba haciendo siempre lo mismo; con la práctica ha ido mejorando cada vez más. Al final, acabo por devorar el plato que me ha puesto, creo que esta tarde tendrán que llevarme en grúa al trabajo.

Cuando acabamos de comer, nos quedamos tiradas dejándonos pillar por el sueño que se apodera de nosotras cada vez más y más rápido, esto de tener el estómago lleno sentada en un sofá debería ser delito.

—¿A qué hora tienes que volver al *Jubilee*? —Me pregunta.

—En un rato.

Abro los ojos poco a poco, no veo nada, ha oscurecido y ninguna luz está encendida. Me siento en el sofá, miro hacia todos lados, no hay nadie en casa o por lo menos eso parece. El rato que tenía para comer se ha convertido en horas, ¡me he quedado frita! Rebusco mi móvil entre los cojines hasta que lo encuentro debajo del que estaba

usando, ¡cuatro llamadas perdidas de Joel! Hace horas que debería haber ido a la cafetería, ¿qué hora es? Miro la parte superior de la pantalla, ya son las ocho... Abro los ojos como platos, es muy tarde, estará a punto de cerrar y ha pasado la tarde solo. Me pongo en pie, voy a mi habitación lo más rápidamente posible, tanto que acabo tropezando y dándome con la esquina de la mesita en el dedo pequeño del pie.

—¡Joder! ¡Qué dolor, coño!

Voy cojeando hasta la cama, estoy a punto de ponerme las zapatillas cuando me da por mirar el *WhatsApp* buscando algún mensaje que me diga dónde está Lucía; es raro que no me haya dejado una nota diciendo a dónde ha ido.

—«¡Buenas tardes, bella durmiente! Te he visto ahí dormidita, tan mona, y no he podido despertarte, así que me he venido al *Jubilee* con Joel» —acabo de leer el mensaje y una sonrisa se me dibuja en los labios.

—«Ya estoy despierta» —le escribo en un mensaje.

Guardo el móvil en el bolsillo trasero de mi pantalón, me coloco las zapatillas, cojo el abrigo, el casco de la moto y las llaves de casa. Al salir de la portería, voy rápidamente hasta el *parking* en el que está aparcada la moto. Paso entre la gente esquivando a aquellos que se ponen en mi camino hasta que me topo con alguien. Alzo la vista y vuelvo a encontrarme con esos ojos esmeralda, los mismos que me acribillaron en la cafetería. Cierro los ojos y al abrirlos me doy cuenta de que no es él, esa mirada penetrante ha desaparecido, me he confundido de persona.

—Lo siento.

—Tranquila —dice con una sonrisa.

Me echo a un lado, para que pueda pasar pero él hace exactamente lo mismo, y quedamos, uno frente a otro, otra vez.

—Vaya.

—Pasa tú —dice amablemente.

—Gracias —le agradezco con cierta timidez.

Media hora después, llego al *Jubilee*, ¡por fin! Dejo la moto sobre la acera a un metro de la puerta. Me quito el casco y al entrar veo a Lucía sentada en un taburete frente a la barra, mordiendo el tapón de un boli *bic* mientras repasa los apuntes.

—¡Ya estoy aquí!

—«A buenas horas mangas verdes» —refunfuña Joel con una bandeja en las manos.

—Lo siento —digo alargando la segunda vocal.

Dejo el bolso y el casco sobre la barra, me siento en el taburete que hay junto al de Lucía y espero a que Joel vuelva.

—He pensado que podríamos ir a cenar a algún lado, ¿no?

—¡Sí! —Grita Lucía con alegría; hay veces que parece una niña pequeña, no puede evitar alzar la voz, tanto que acaba por enterarse hasta el vecino.

—Pero... si es martes, mañana hay que abrir pronto.

—Ya está el aguafiestas... —murmuro, para que así solo Lucía me oiga—. ¡Votaciones! —Exclamo levantando la mano—. ¿Quién está a favor de ir a cenar fuera? —Pregunto, e inmediatamente levanto la otra mano igual que Lucía—. ¿Votos en contra? —Joel nos imita haciendo una mueca y soltando un bufido—. ¡Gana la mayoría! ¡Nos vamos de cena!

Mi amiga coge un puñado de servilletas y las tira al aire a modo de victoria.

—¡Ue! ¡Sí! ¡Cena! —Grita como una cría.

—Recógelo, anda —le pido.

—Jo... —suspira desanimada, aunque no tarda en volver a activarse—. ¡Nos vamos de cena! ¡Nos vamos de cena! —Canturrea mientras hace lo que le he pedido.

Joel acaba de despachar a los clientes que faltaban por cobrar, mientras yo empiezo a barrer la sala y Lucía a fregar detrás de mí, así todo es más rápido.

Cuando ya hemos terminado de recoger, cerramos el *Jubilee* y nos vamos, Lucía y Joel en el coche de este último, y yo en mi pequeña moto. Me paro a pensar y me doy cuenta de que realmente somos una panda de vagos, ya que podríamos ir andando a todos lados, la ciudad es pequeña. Paso delante de ellos, hoy me toca escoger a mí el lugar al que vamos, así que opto por La Tagliatella, el restaurante italiano en el que hacen las mejores *pizzas* y pastas de toda la ciudad, ¡me encanta!

—Necesito una de esas *pizzas* —gruñe Lucía, a la vez que se toca la tripa.

—Lo mismo digo, nena.

Al entrar nos encontramos con Marc, el camarero más guapo, *sexy* y encantador de todo el restaurante. Al vernos, su blanca sonrisa se hace aún mayor, dejando que su parte seductora reluzca bajo las tenues luces del recibidor.

—¡Vaya! —Exclama alegremente—. Si están aquí mis dos clientas favoritas. —Se acerca a nosotras y nos da dos besos—. Bueno, y Joel —dice al verlo.

A Lucía se le escapa una risilla tonta, es más pava... Solo le falta ponerse a babear delante de él. Le doy un codazo para que deje de mirar tan fijamente al muchacho de piel morena y ojos oscuros.

—Venid —nos pide.

La primera en pasar es ella, quien va medio atontada, lo sigue como un perro que sigue a su dueño, observándole de arriba abajo; pronto acabará tirándose encima de él sin poder resistirse a sus encantos. Marc nos pone en la misma mesa de siempre, junto al gran ventanal que da al jardín interior, aquel que iluminan cada noche como si fuera un bosque mágico lleno de luciérnagas y ninfas.

Tras un rato esperando nuestra cena, el joven empieza a traer la comida, lo primero en llegar es una deliciosa y enorme *pizza* con el queso chisporroteante, que se planta frente a mí.

—Tu *pizza* me llama —dice Lucía entornando los ojos.

—¿Ah, sí? ¿Y qué te dice?

—Sí, me dice... —Hace una pausa, alza las manos y las mueve de un lado a otro—. ¡Cómeme! ¡Cómeme! —Exclama alargando la primera vocal como si en vez de una *pizza* fuera un fantasma.

—Pues que no te llame tanto, así no le cogerás cariño y cuando me la coma no sufrirás —le advierto y le saco la lengua—. ¡Es mía! ¡Solo mía!

Aparece Marc con unos espaguetis para Joel y la *pizza* para Lucía, quien mira ansiosa el plato que ha dejado frente a ella; habiendo una *pizza* que se quiten los hombres. ¡Vaya pinta tiene todo! Empezamos a comer, aunque viendo a Lucía parece que en vez de comer, tengamos que engullir sin apenas respirar, es como si llevara siglos sin alimentarse. No sé dónde es capaz de guardar toda la comida. Aun habiéndose zampado el plato de macarrones este mediodía, estoy segura de que un par de cruasanes y una buena taza de leche con cacao han caído para la merienda.

Marc por «cortesía de la casa» nos trae unos bastoncillos de pan de diversos sabores: de tomate, oliva, queso y cebolla. Alargo el brazo para coger un trozo, pero Lucía clava su mirada en la mía, desafiante.

—¡Vas a acabar pareciendo una bola! —Le digo en voz baja.

—Pues vale, me da igual, mientras pueda comer...

Voy a coger uno y me da un golpe en la mano. Sorprendida, abro los ojos como platos, los entrecierro y ella sonrío, por lo que me supongo que va a dejar que coja algún trozo. Cuando voy a ello, vuelve a hacerlo, me da otro manotazo. Suelto un bufido algo molesta, bebo agua y vuelvo a intentarlo. Esta vez deja que coja uno, me lo llevo a la boca mientras observo a todo el mundo, los camareros, clientes... Hasta que alguien llama mi atención: un hombre joven de cabellos negros peinados en forma de tupé desenfadado, elegante y delicado. Frente a él hay una mujer con una larga cabellera rubia, a quien no logro ver la cara.

Mi vista vuelve a fijarse en él, en esa mandíbula recta y marcada cubierta por una barba y perilla corta pero interesante, esos labios rosados y... levanta la mirada del plato hasta que sus ojos se encuentran con los míos, otra vez, esas dos esmeraldas me observan. Es él.

Siento cómo las manos se me quedan sin fuerza, el panecillo se me escapa de entre los dedos y cae sobre la *pizza* que aún me queda en el plato.

—Tierra llamando a Nat —dice Lucía moviendo una mano delante de mi cara.

—Te has quedado embobada —afirma Joel aguantándose una carcajada.

—Ya... —Cojo el pan que se me ha escapado y le doy varios mordiscos hasta que me lo acabo.

—¿Qué mirabas?

Se gira en dirección en la que estaba perdida, hasta que le ve.

—Vaya, vaya... —murmura—, así que le has echado el ojo a ese estiradillo, ¿a que sí?

—Bueno —comento cortando un trozo de *pizza*—, ese es el hombre que vino este

mediodía a la cafetería y, sin querer, le tiré el agua por encima.

—Sí, sin querer. —Se ríe—. Seguro. —Le da un bocado a su comida y con la boca llena añade—: Ese te ha gustado, nena.

—¿Así que a ella se lo cuentas y a mí no? —Pregunta Joel haciéndose el ofendido, sobreactuando—. ¡Que sepas que eso está muy feo! Esta me la apunto.

—Quiero saber quién es —murmura Lucía.

—Oh, cállate y come.

—Puedo hacer varias cosas a la vez. —Le da un sorbo al *trinaranjus* que se ha pedido y me saca la lengua—. Espera y verás.

Después de pagar, mi amiga desaparece, ¡por lo menos no se ha ido sin pagar su parte! Joel y yo esperamos en el recibidor, la busco con la mirada pero no sirve de nada, siempre acabo fijándome en él. El hombre de ojos verdes habla seriamente con su acompañante, mientras esta, como una tonta, juega con uno de sus rubios mechones a la vez que pincha un trozo de fruta y se lo lleva a la boca. Tras eso, la mujer se levanta, le dice algo al oído, me mira y se marcha al baño. ¿Por qué demonios ha tenido que mirarme? ¿Es que tengo monos en la cara? ¿Habrán hablado de mí? «¿Cómo van a hablar de ti, estúpida?». Me dice una miniyó interior. Siento cómo todo mi cuerpo sube de temperatura, mis mejillas se tornan rojizas y no se me ocurre otra cosa que esconderme detrás de Joel.

—¿Pero qué haces? —Pregunta sorprendido.

—Calla y no te muevas un pelo o te corto las manos —le amenazo.

El muchacho hace lo que le pido, se queda inmóvil como una estatua, parece que se haya quedado completamente de piedra.

—No hace falta que estés tan quieto, ¿eh?

—Has dicho que no mueva ni un pelo, así que ahora te aguantas.

El recibidor dispone de un pequeño mueble en el que hay unos cuantos periódicos, cojo uno de ellos, lo doblo por la mitad y le doy un buen golpe a Joel. Cuando va a girarse le coloco una de mis manos en su nuca.

—¿No hemos dicho que quieto? —Le susurro al oído—. Esto te pasa por intentar reírte de mí.

—Joder, Nat, no me hagas esto.

—¿Esto el qué? —Vuelvo a susurrarle.

—¡Lo sabes muy bien!

Suelto una carcajada; entonces veo que Lucía aparece de nuevo entre la gente, detrás de ella va Marc. Viene con una sonrisa de oreja a oreja y con un papelito entre las manos. Se pasa la que tiene libre por el pelo para colocárselo bien y se guarda la nota en el bolsillo trasero del pantalón.

—Misión cumplida, preciosa —dice alegremente.

—Podemos irnos.

Me pongo la chaqueta, sujeto el bolso, el casco y espero a que ellos hagan lo mismo, mientras, veo cómo la rubia sale del baño y se sienta de nuevo frente al joven.

—Espero poder volver a veros pronto —se despide Marc con una sonrisa.

—Seguro que no tardaremos en volver, ¿verdad? —Pregunta Lucía mirándonos.

—Claro, además cuando tengas un rato libre podrías pasarte por el *Jubilee*.

El joven de cabellos castaños asiente, nos da dos besos a cada una y un fuerte apretón de manos a Joel. Salimos del restaurante, y le lanzo una mirada fulminante a Lucía.

—¿Qué estabas haciendo?

—Eso no importa. —Se mete la mano en el bolsillo trasero y saca el pequeño trozo de papel—. Esto es lo que vale —dice alzándolo.

Me lo da, y en él puedo leer: J.D. Collins, escrito a mano con mala letra. ¿Quién cojones es J.D. Collins? Hago una mueca y miro a mi amiga, no entiendo nada, ella me mira con una sonrisa.

—¿Y? —Pregunta ansiosa—. ¿Cómo se llama?

—¿Quién?

—¡Tu hombre, el estirado, el tritón!

—¿«El tritón»? —Ahora sí que me ha dejado pasmada, intento aguantarme la risa hasta que pienso bien lo que ha dicho—. ¿Mi hombre? ¿Tú te has vuelto loca o qué?

—Ese es el nombre del de los ojos verdes.

Así que era eso lo que estaba haciendo, intentaba conseguir que Marc le diera el nombre. A saber lo que habrá tenido que hacer para conseguirlo, no quiero ni pensarlo, pobrecilla.

—J.D. Collins. —Leo en voz alta.

—¿Cómo? —Preguntan los dos a la vez.

—Se llama J.D. Collins.

—Vaya nombre de mierda —murmura ella.

—Pues parece interesante —dice Joel haciendo que su voz suene más afeminada.

Las dos nos damos la vuelta rápidamente a la misma vez, sorprendidas por el comentario que acaba de hacer «el rubiales».

—¿Qué pasa? —Pregunta extrañado—. ¿Es que no se puede decir nada?

Lucía y yo empezamos a reír, lo raro es que luego las locas solemos ser nosotras. Él se une a nuestras risas mientras nos empuja en dirección al coche.

—Venga, vamos —ordena.

Desde la lejanía, abre el coche con el mando, entonces un misterioso hombre aparece al final de la calle. Lleva una sudadera negra con el gorro puesto, lo que hace que sea imposible verle la cara. Rápidamente, va hacia Joel, y sin que ninguno podamos impedirlo le golpea con fuerza en el estómago y luego en la mandíbula.

—¿Pero qué haces? ¡Hijo de puta! —Grita Lucía, quien tira el bolso sobre el asfalto y corre hacia donde están. Le da un buen golpe en la entrepierna, lo que hace que caiga al suelo de rodillas, tras eso, le da un puñetazo que acaba por dejarlo

inconsciente en el suelo. ¡Tiene fuerza! No sé dónde la mete, con el cuerpecillo que tiene parece que vaya a romperse, pero luego es la que más agallas le echa a las cosas, sobre todo cuando tocan lo que es suyo.

Recojo el bolso de mi amiga y corro hacia ellos, me arrodillo junto a Joel, quien todavía tiene los ojos abiertos.

—Llama... Llama a emergencias —me dice Lucía a la vez que le quita el gorro al agresor y le hace una fotografía—. Yo iré a por Marc.

—Todo irá bien. —Tranquilizo a Joel pasándole las manos por el pelo hasta que siento cómo estas se humedecen—. Mierda —digo entre dientes.

—¿Qué pasa? —Pregunta sin fuerzas.

—Nada, tranquilo, no pasa nada no te preocupes.

Rebusco en mi bolso, pero no encuentro mi móvil, ¡me cago en todo! ¿Por qué cuando necesitas algo con urgencia encuentras de todo menos eso?

—¡Agh! ¡Joder! —Grito en medio de la calle.

Escucho que alguien se aproxima a mi espalda. Ladeo un poco la cabeza, pero no llego a ver bien quién es, está muy cerca, demasiado, si fuera Lucía ya me habría dicho algo, así que no es ella. Cuando quiero darme cuenta, ya lo tengo detrás y lo primero que se me ocurre es coger el bolso y darle unas cuantas veces.

—Eh, tranquila —me dice una voz algo grave y rasgada.

Me giro hasta que vuelvo a toparme con esos hermosos ojos color esmeralda.

—Yo... perdona, parece que solo sepa agredirte —digo avergonzada.

—¿Necesitas ayuda? —Pregunta seriamente.

—No mira, si quieres montamos un pícnic aquí en medio —salto demasiado nerviosa, suelto un bufido e intento relajarme—. La verdad es que sí, no encuentro mi móvil... ¿Podrías llamar a urgencias?

El hombre asiente, se mete la mano en el bolsillo del pantalón del traje y saca un *Smartphone* tan grande como la palma de mi mano. Habla durante un par de minutos con la gente del hospital más cercano y cuando termina, se agacha junto a mí.

—No tardarán en llegar, tranquila —dice calmado, a la vez que posa su mano sobre mi hombro.

—¿Tranquila? ¿Cómo voy a estar tranquila? —Estoy perdiendo los nervios y tengo los ojos inundados en lágrimas, una de estas cae sobre la frente de Joel, lo que le alarma.

—¿Que... qué está pasando? —Pregunta confuso.

—No pasa nada, pequeño —aseguro sacando un paquete de pañuelos de mi bolso para poder secar la sangre que va tiñendo sus dorados cabellos.

Al cabo de diez minutos llega la ambulancia, lo suben a una camilla y lo inspeccionan en el interior del vehículo mientras Lucía habla con la policía, ¡la que se ha liado en un momento!

—Ven, entra a limpiarte las manos —me insta Marc agarrándome los hombros.

—No, no... quiero dejarle solo.

—No está solo —dice Collins—. Si pasa algo iré a buscarte —añade con una dulce sonrisa.

—Bueno... no hace falta que te quedes, de verdad.

—Ve a limpiarte y me marcharé.

Asiento sin decir nada más, dejo que Marc me acompañe al interior del restaurante y me lleve al baño para quitarme la sangre que tengo entre las manos.

—¿Estás bien? —Me pregunta preocupado.

—No, no estoy bien. —Abro el agua y dejo que esta se lleve toda la sangre que hay en mis manos—. Estoy mareada —susurro sin apenas fuerzas.

Cojo aire y suelto un suspiro, me echo jabón, las limpio y me las paso por la cara intentando relajarme un poco.

—Tranquila, yo te llevo de vuelta.

—Gracias.

Me ayuda a secarme, pasa mi brazo izquierdo por encima de su hombro y con la otra mano me coge de la cintura, para que no me caiga. Salimos de nuevo a la calle y veo como Collins habla con una de las chicas que hay dentro de la ambulancia y que antes estaba atendiendo a Joel.

—Vamos, rápido —nos dice—. Tienen que llevarle al hospital.

—¿Puedo ir con vosotros? —Le pregunto a la chica.

—No podemos perder el tiempo, o vienes ahora o tenemos que marcharnos sin ti.

Me quedo callada, en *shock*, ¿qué demonios tengo que hacer ahora? No puedo dejar a Lucía aquí sola, pero tampoco puedo permitir que se lleven a Joel sin que haya nadie que lo acompañe.

—Nos vamos —sentencia la enfermera.

—¡No, espera! —grito mientras la mujer se mete en la ambulancia y cierra una de las puertas.

—Se ha acabado el tiempo, lo llevaremos al hospital más cercano.

—¡Voy a ir, y no vas a poder impedírmelo! —la interrumpo a la vez que voy hacia ella con los ojos inundados en lágrimas.

Noto cómo me cogen de la mano para que no avance y no me entre. Tiro de ella, quiero acompañar a Joel, no puedo dejarle solo y menos ahora. No consigo soltarme de quién me coge, tira de mí hasta que doy la vuelta y veo que es el joven de ojos verdes quien me tiene sujeta.

—Tranquila. —Tira de mí hasta que quedo pegada a su pecho, por alguna razón hace que me calme—. Yo te llevo, ¿vale?

—Bueno... —titubeo intentando recapacitar, separándome de él—, puedo ir en la moto. —Me paso las mangas de la camiseta por los ojos secándome las lágrimas.

—No, tú sola no vas a ir —dice seriamente.

—Iré con ella. —Señalo a Lucía, quien se da cuenta y viene hacia mí.

—Nena, lo siento —explica sorbiéndose los mocos—. Tengo que ir a poner la denuncia, tardaré un rato... Ve tú. —Me besa la mejilla—. Además, a ver si te

arrimas al estiradillo —me dice al oído; cuando se separa me guiña un ojo y da media vuelta.

—¿Crees que estoy para pensar en eso? —Gruño entre dientes.

Lucía coge su bolso, se mete en el coche de Joel y va detrás del coche patrulla de los policías. La ambulancia se va y yo me giro hacia Collins, lo miro de arriba abajo.

—Parece que al final tendrás que llevarme —digo acercándome a él—. Estoy segura de que eres un cabezota, y no dejarás que vaya sola.

—Has acertado totalmente —afirma haciendo una mueca.

—¿Has venido solo? —Pregunto aun sabiendo que no—. Lo digo porque sería una grosería que te fueras así.

—Da igual —habla entre dientes, sin apartar sus ojos esmeralda de los míos.

—Bueno, si tan igual te da, vámonos, que al final acabará llegando Lucía antes que nosotros.

Doy media vuelta para verle. De uno de los bolsillos de su larga gabardina saca unas llaves resplandecientes con un llavero de un león plateado, apunta en dirección a mí, le da a un botón y las luces de un bonito *Peugeot Rcz Sport Coupé* negro de tres puertas se encienden.

—Vaya, vaya —suelto sin más.

Me adelanta, abre la puerta del copiloto, me lanza una mirada y espera a que llegue junto a él para entrar en el coche.

—Adelante.

Me meto en él, cierra la puerta, da la vuelta alrededor del vehículo y entra. Pone las llaves en el contacto y enciende las luces.

—Por cierto —comenta a la vez que arranca el coche—, soy J.D. Collins.

—Yo Natalia, o Nat, como quieras —respondo sin apartar la vista de la carretera.

—Un placer.

Capítulo 3

Llevamos una hora esperando y nadie nos dice nada, Lucía acaba de llegar y Collins está a punto de marcharse. Me pongo en pie, ¡vaya sanidad de mierda! Esto cada vez va más lento y parece que haya más y más gente. Cojo al hombre de ojos esmeralda por el brazo y le hago salir al pasillo.

—Oye, yo... te agradezco mucho lo que estás haciendo —empiezo a decir, pero de repente, se me nubla la mente, cuando me mira es como si le diera a un botón de *off* haciendo que cualquier señal de inteligencia o cordura desaparezca—. Bueno... eso, lo que decía —continuo intentando recordar de qué hablaba— ah, sí, pero... márchate ya, no deberías estar aquí; lamento haberte echado el agua por encima esta mañana y haberte hecho venir, pero ahora es mejor que te vayas.

—No me importa tener que...

—Ya bueno, pero a mí sí, así que hazme el favor y vete —le ruego.

—Me iré si tú me haces un favor a mí —dice acercándose peligrosamente.

—Oye, tío, no soy de esas, ¿vale? —le advierto ofendida.

Suelta un profundo bufido, se pasa las manos por la cabeza peinándose el tupé y me mira.

—Borra de tu mente lo que hayas pensado y apunta esto —ordena calmándose, frunciendo el ceño y volviendo a la seriedad, ¿este hombre puede ser más serio?—. Yo me voy si tú me das tu número de teléfono.

Abro los ojos como platos, ¿de verdad está pidiéndomelo? Suspiro, me paso la mano por la cara y le vuelvo a mirar. ¡No se lo voy a dar!

—Mira J.D —le digo—. ¿Ves esa silla de ahí? —Señalo uno de los asientos que hay libres—. Pues vas ahí y te sientas a esperar, guapete.

Chasqueo los dedos y vuelvo a la sala de espera junto a Lucía, le cojo una de las manos y la aprieto. Por el rabillo del ojo veo que Collins se acerca a nosotras, coge su gabardina y se va sin decir nada.

—Vaya estúpido —murmuro.

—Por lo menos te ha traído.

—Sí, eso sí...

Le doy un beso en la mejilla y veo cómo una leve sonrisa se dibuja en sus labios, tras eso suelta un profundo suspiro. Las puertas por las que no dejan de entrar y salir los médicos se abren de nuevo y es la doctora que atiende a Joel quien sale ahora.

—¿Los familiares de Joel Carrasco? —Pregunta en voz alta.

—¡Aquí! —Respondemos Lucía y yo al unísono.

—Vengan conmigo, por favor.

—Sí, claro —afirmo mientras cojo el bolso y me pongo de pie.

Miro los asientos, para asegurarme de que no nos dejamos nada, entonces veo una

pequeña tarjeta blanca.

—Por favor, vengan —dice la doctora.

—Sí, sí.

Me acerco de nuevo a los asientos, cojo la tarjetilla y la guardo en mi bolso sin mirar qué pone, después vamos tras ella rápidamente atravesando pasillos que acaban siendo interminables, ¿tan lejos le han llevado? Normal que hayan tardado tanto en venir a por nosotras, si solo para ir y venir han tardado dos horas.

—Disculpe, ¿queda mucho? —Pregunto impaciente.

—No.

Miro a Lucía con mala cara y abro bien los ojos, a lo que ella me responde con un: «Tranquila». Cojo aire y lo suelto con un fuerte bufido. Cuando me doy cuenta, la doctora se detiene frente a una de las puertas blancas, la abre lentamente, entra y se hace a un lado para que podamos pasar. Lo primero que vemos es a Joel dormido en una camilla con la cabeza totalmente vendada y parte del pecho igual. Las amargas lágrimas que antes ya habían salido vuelven a descender por mis mejillas.

—Joder... —murmuro— Joel...

No puedo contener las pequeñas gotas que empiezan a caer por mis mejillas empapándolas. Lucía al darse cuenta me abraza con fuerza mientras intenta hacerse la dura.

—Ya está, pequeña, tranquila.

Cuando nos separamos, la doctora saca una pequeña carpeta en la que parecen estar los informes que han hecho sobre el estado en el que se encuentra Joel.

—¿Cómo está? —Pregunta Lucía, muy preocupada.

—Ha tenido suerte, sinceramente. —La mujer hace una mueca y prosigue—. El golpe que le dio en la cabeza y el que luego se dio contra el suelo, fueron demasiado seguidos, si este segundo hubiera sido más fuerte la cosa sería mucho más seria. Por el momento, deberá quedarse en observación para ver cómo evoluciona, además, así también las costillas, que tiene fracturadas acabarán de curarse. —Deja la carpeta en los pies de la cama—. También podremos ver si se muestran síntomas del traumatismo.

Tras hablar durante un buen rato con la doctora, quien nos explica las consecuencias que podrían tener los golpes que se dio Joel en la cabeza, esta se marcha.

—Yo me quedaré con él —informo a Lucía.

—Nos quedaremos las dos.

—No, pequeña, tú tienes exámenes importantes, yo me quedaré —le digo con una media sonrisa—. Solo necesito que hagas algo; cerraremos el *Jubilee* durante unos días, pon un cartel en el que lo diga, por favor.

—Vale —asiente a regañadientes—. Vendré a veros mañana después de estudiar.

—Está bien —digo abrazándola y dándole un beso en la mejilla—. Dime algo en

cuanto llegues a casa, ¿sí?

—Sí, en cuanto llegue.

Le doy su bolso y el casco de la moto para que se lo lleve a casa, aquí no voy a hacer nada con él.

—Gracias, «hermanita».

—Nos vemos mañana.

Cuando Lucía se marcha, me siento en la butaca que hay junto a la cama, miro a Joel y observo la habitación. Todo es blanco, tan frío, distante, reluciente, limpio, no hay ni una sola mota de polvo. Le han quitado la ropa, y la han metido en una bolsa para que no manche nada de la sangre que tenía y le han vestido con un pijama azul. Suelto un suspiro mientras le observo.

Alguien se acerca, puedo escuchar cómo andan a nuestro alrededor, también oigo el pitido de las máquinas a las que está enchufado Joel. Abro los ojos lentamente, desorientada, y veo a un joven enfermero con la carpeta de informes que nos había enseñado la doctora, está apuntando algo en ellos.

—Buenos días —saluda al ver que estoy medio despierta.

—¿Qué hora es? —Pregunto a la vez que me paso las manos por el pelo.

—Las siete —me responde con una sonrisa.

—¡Tan pronto! —Exclamo alzando la voz, a lo que me responde poniéndose el dedo índice sobre los labios—. Vale, vale. —Busco la goma que tengo para recogerme el pelo, y cuando la tengo, me hago un moño—. Hablaré más flojo —susurro.

—Sí, mejor —añade—: Venía a ver cómo está el señor Carrasco.

—Yo creo que bien.

—Sí, crees que «bien», está estable, lo que ya es una gran noticia —asegura sonriente.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Ya la estás haciendo.

—Otra —digo alzando un poco la voz.

—Claro, adelante.

—¿Tardará mucho en curarse?

—Bueno, todo depende de él, del ritmo que tenga su cuerpo, de cómo sus huesos vayan soldándose...

—Entiendo... pero, aproximadamente.

—No lo sé —admite a la vez que se pasa la mano por la nuca.

—Pues vaya «enfermerucho».

Este suelta una carcajada, se me queda mirando y guarda en su sitio los resultados de Joel.

—Vendré a veros en un rato —dice con una sonrisa arrebatadora.

Lo miro de arriba abajo, ¡vaya hombre! No puedo evitar observarlo como antes no había hecho, tiene el pelo corto, castaño y lacio, lo lleva peinado con un poco de

gomina para que sus mechones no vayan de un lado a otro. Sus brazos parecen fuertes, o eso puedo adivinar bajo la camiseta blanca que lleva; esta se ciñe, casi por completo, a su cuerpo. Encima lleva una azul igual que la que tiene Joel. En la parte baja, tiene unos pantalones hechos de la misma tela que la camiseta.

—Por cierto —murmuro—, soy Natalia. —Sonrío.

—Yo, Javier. —Se acerca y me tiende la mano.

—¿Vas a darme la mano? ¿En serio? —pregunto mirándole de arriba abajo.

—Claro, ¿por qué no?

—Vaya rancio... —murmuro a la vez que cojo su mano y la aprieto—. Nos vemos en un rato pues.

—Así es —me dice asintiendo como un bobo—. Hasta luego.

Cuando el joven enfermero se marcha, me acomodo de nuevo en la butaca. No puedo dormir, ¿qué habrá sido del hombre que atacó a Joel? ¡Vaya cabeza tengo! No me he acordado de preguntarle por él a Lucía. Me paso las manos por la cara y luego por el pelo; voy al lavabo que hay en el interior de la habitación, me miro en el espejo, abro el grifo, dejo que corra el agua, me mojo las manos y me las paso por la cara, de nuevo. Vuelvo a la butaca, me acurruco en ella y me echo la chaqueta por encima e intento descansar otro poco.

Los rayos del sol empiezan a entrar por las ventanas de la habitación, no tienen persiana por lo que es imposible que no entren. Abro los ojos, poco a poco, parpadeo varias veces hasta que estoy completamente despierta. Dejo la chaqueta sobre una silla que hay aquí al lado y me pongo en pie. ¡Qué dolor de cuello! ¡Joder! Suelto un bufido, me masajeo el cuello y los hombros como puedo. Paso mis manos por la ropa intentando quitar las arrugas que se han ido haciendo durante la noche. Salgo de la habitación y me encuentro de frente con Javier.

—Vaya... buenos días.

—Buenos días, Natalia.

—¿Dónde está la máquina de café?

—En la planta baja al salir del ascensor gira hacia la derecha, está al final del pasillo.

—Vaya lio —me quejo a la vez que me paso la mano por la nuca, a estas horas no soy persona.

—Espera aquí un momento —me pide alzando el dedo índice.

El joven entra en una sala desapareciendo tras una puerta, escucho cómo habla con alguien en el interior de esta y rápidamente vuelve a salir.

—Te acompaño.

—Pero... ¿No se supone que deberías de seguir trabajando?

—He adelantado mi hora de descanso cinco minutos.

—Ah... Bueno... Espera un momento —le pido.

Corro de nuevo al interior de la habitación, cojo el bolso y rebusco en él hasta que encuentro el monedero, no entiendo cómo pueden haber cabido tantas cosas aquí dentro, estoy más que segura de que hay un agujero negro o un portal cósmico hasta mi habitación.

—Ya está. —Alzo el monedero.

Javier me sonrío al verme, ¡qué mono! Es absolutamente adorable, aunque no solo eso...

—Y... cuéntame, ¿hace mucho que trabajas aquí?

—La verdad es que no, tan solo llevo cuatro meses.

—Bueno, está bien —comento alegremente—, ¿trabajas mucho? ¿Es complicado trabajar como enfermero?

—Hay que tener paciencia —murmura a la vez que hace una mueca—. Pero bueno, cuando vienen acompañantes tan risueños como tú todo es mejor —dice con una sonrisa—. ¿Tú a qué te dedicas?

Siento que mis mejillas se enrojecen, ¡vaya con el enfermero!

—Tengo algo así parecido a una cafetería.

—Entonces el café de aquí te parecerá nefasto. —Se apresura a decir—. Por cierto, ¿cómo que «algo así parecido a una cafetería»?

—Sí, es una mezcla entre una biblioteca y una cafetería —le explico, pensando como hibridar ambas palabras—. *Bibliotería*, o una *Cafeteca*, ¿no?

Suelta una sonora carcajada, a la vez que asiente.

—Sí, tienes razón.

—Lo sé.

Mientras esperamos a que llegue el ascensor, Javier me explica alguno de los momentos más extraños que ha vivido, él pobre es de los míos, tiene un imán para los problemas.

—¿De verdad?

—Sí, así fue, la pobre mujer se moría de vergüenza.

—Pues sí.

Andamos tranquilamente por el largo pasillo hasta que llegamos frente a la máquina de café.

—Tal vez sea mejor ir a una cafetería, no creo que vaya a gustarte este...

—Ahora mismo cualquiera me vale, solo quiero poder despertarme un poco. —Le doy al botón de la máquina para saber cuánto cuesta—. ¿Sesenta céntimos? ¡Tiene que estar asqueroso! ¡*Puag!*

—Ya te lo he dicho yo —murmura mientras me observa.

—¿Vamos, entonces?

—Claro.

Salimos del hospital, cruzamos la calle y no muy lejos nos encontramos con una bonita cafetería de barrio, es raro que habiendo tantas cadenas, está aún no haya desaparecido. Cada vez es más complicado.

—Buenos días —nos saluda una mujer.

—Buenos días —respondemos los dos al unísono.

Vamos hacia el mostrador, igual que la mujer, ya que estaba sirviendo el desayuno a unos clientes.

—¿Qué queréis?

—Yo un café con leche corto y mucha espuma, si puede ser, ¿y tú? —pregunto mirando a Javier.

—Yo no quiero nada.

—Si no lo pides tú, te lo pediré yo y te lo tendrás que tomar —le advierto.

—Está bien... —Hace una mueca y luego sonrío—, yo quiero un café con leche, normal.

La mujer asiente, se gira hacia la cafetera y la pone en marcha. Cuando veo que va a dirigirse a la caja para cobrarnos me acuerdo de algo.

—Ah, póngame también un par de magdalenas de chocolate, tienen una pinta... —alabo casi babeando—. Que sean tres, todo para llevar.

—Muy bien, ahora mismo.

Javier rebusca en los bolsillos del pantalón el dinero para pagar, le lanzo una de mis miradas, de esas que dicen: «O me dejas hacer lo que quiero, o mueres». Este frunce el ceño, no quiere que pague, pero me da igual. La mujer pone las magdalenas en una pequeña caja de papel y dentro de una bolsa de color marrón.

—Pues, serán... —Piensa a la vez que le da a los botones de la caja registradora.

—Son seis con noventa.

¡*Mother of god!* ¡Vaya sablazo! Casi le tiro las magdalenas a la cabeza cuando me ha dicho el precio... Tenía un billete de cinco euros en la mano, pensando que sería más barato, así que rebusco en el monedero dos monedas de un euro. Hay solo una, el resto se lo doy suelto, ¡esta se va a cagar! Saco todas las monedillas que tengo; se va a hartar de contar y más le vale que las magdalenas no estén secas, sino vendré a tirárselas a la cara.

—Tranquila, pongo yo lo que falta —dice Javier.

—No —le contesto tajantemente.

Esta va a contar como que yo me llamo Natalia, vamos.

Después de un rato en la cafetería, volvemos al hospital. Le doy un sorbo al café y miro que en el interior de la bolsa, está la cajita con las magdalenas, además de un par de galletitas de jengibre en forma de muñeco.

—Oh, que mona —menciono mirando las galletas.

—¿Qué? —Pregunta Javier sin enterarse de mucho.

—Nos ha regalado dos galletitas, toma una.

Se la doy y cuando va a cogerla nuestros dedos se rozan por casualidad, una hermosa media sonrisa se dibuja en sus labios, y como una tonta, no puedo evitar

sonreír yo también.

—Gracias.

—De nada...

Subimos a la segunda planta en la que esta Joel, nos encontramos a Lucía apunto de pegarle a la enfermera que la está atendiendo.

—¿Pero cómo que no la ha visto? —Le grita a la mujer—. ¡Si se ha pasado la noche aquí!

—Eh, gatita, guarda las zarpas —le ordeno desde la mitad del pasillo.

—¡Estás aquí! ¿Ve cómo estaba aquí? —Suelta girándose hacia la mujer—. ¿Dónde puñetas andabas?

—Habíamos ido a por un café.

—Hola —saluda seductoramente—. ¿Y tú quién eres? —Pregunta mientras se acerca a Javier como una auténtica felina.

—Es el enfermero que ha estado vigilando a Joel.

—Entiendo —dice jugueteando con uno de los mechones de su pelo—. Yo soy Lucía. —Se presenta agarrándole por el hombro y dándole un beso en cada mejilla.

—Eh... Lucía. —Carraspeo—. ¿Ha despertado Joel?

Mi amiga asiente aún con los ojos fijos en el muchacho al que acaba de conocer. Los dejo atrás y corro en dirección a la habitación, cuando llego a la puerta me detengo y lo observo, me mira sonriente, lo que hace que sonría yo también.

—¡Qué ganas tenía de verte! —Exclamo.

—Estoy seguro de que te has pasado la noche aquí —dice haciendo una mueca.

—Bueno... —Acto seguido le saco la lengua.

Sin pensármelo dos veces, me tiro encima de él, quien suelta un profundo quejido, no había pensado en sus costillas.

—Lo siento, lo siento —repito preocupada.

—Tranquila —dice casi sin aliento.

—Joder... ¡Es que no me acordaba!

—¿Cómo no te vas a acordar?

—No sé... simplemente se me fue de la cabeza, tenía ganas de verte.

—Estás como una cabra —murmura.

—Pobre cabra...

Joel suelta una carcajada, lo que hace que el pecho le duela, se pone las manos sobre este apretándolo.

—¿Cómo te encuentras?

—Bueno... ¿podrías llamar a la enfermera?

—Es enfermero, se llama Javier y... ¡mmm! —Digo con una sonrisa—. Por cierto, te he traído unas magdalenas. —Cojo la bolsa de papel y se la doy—. Ahora voy a por Javier.

Joel se queda pasmado, coge la bolsa y la abre. Me bajo del borde de la cama y corro hacia el pasillo. Desde la puerta veo cómo Lucía habla alegremente con él

mientras no deja de jugar con algunos mechones.

—Javier —le llamo alargando la última letra—. Joel te necesita.

—Ahora mismo voy —dice apartando a Lucía y viniendo hacia donde estoy—. Aguántamelo —me pide a la vez que me tiende su café.

Lo cojo y me hago a un lado para que pueda entrar, voy detrás de él, y los dejo sobre la mesita.

—Soy Javier. —Se presenta dándole la mano.

—Yo Joel, pero eso ya lo sabías.

—¿Qué te pasa?

—Me duele bastante el pecho, me preguntaba si podríais darme algo para el dolor.

—Claro, ahora mismo voy a hablar con la doctora que está al tanto de todo y vengo.

Cuando Javier sale de la habitación, Lucía corre hacia mí, me agarra del brazo y abre los ojos como platos.

—Joder, cómo está el colega... —declara intentando no alzar mucho la voz—. ¡Está como para pintarlo!

—Y que lo digas.

—¿Te ha dado ya su número?

—¿Estás loca? ¡No! —Exclamo tratándola igual que a una demente—. Además tampoco lo quiero.

—Anda que no... será que no te conozco.

—Bueno —refunfuño y le saco la lengua.

—¿A qué esperas? ¡Si no me lo llevo yo! —Gruñe.

—Pues muy bien, pero si lo haces se lo chivatearé a Marc, que lo sepas.

Dos minutos después, vuelve a entrar Javier y nos encuentra aún «discutiendo», si es que se le puede llamar así.

—Ahora mismo te traeré un calmante, te lo pondré en el suero, ¿de acuerdo?

—Perfecto.

Lucía y yo nos quedamos mirándole, vuelve a salir, y mi amiga me mira de nuevo con los ojos muy abiertos, parece que se le vayan a salir de las órbitas.

—¡Haz que te lo dé!

—¡Cállate! —Le ordeno entre dientes.

La mañana pasa poco a poco con normalidad. Lucía me hace el relevo quedándose con Joel mientras yo paso por casa a darme una ducha y a dormir un poco, a ver si el cuello no se me parte en dos como la otra noche. En cuanto abro la puerta de casa me quito las zapatillas y las dejo en medio del recibidor, cuelgo el bolso en el perchero y voy a por un vaso de agua, entonces veo que a Lucía se le ha olvidado ir a poner el cartel al *Jubilee*, ¡vaya cabeza tiene!

Me deshago de la ropa dejándola tirada sobre el suelo del comedor, me recojo el

pelo en un moño y entro en el baño. Dejo que la ropa interior se deslice por mis piernas y mis brazos cayendo sobre la alfombra. Abro la cortina de la ducha, que es blanca con mariposas dibujadas a pluma, me meto dentro, cojo la ducha y abro el agua dejando que recorra todo mi cuerpo tranquilamente, llevándose todas las malas sensaciones acumuladas durante la noche de ayer. Cojo la esponja y me enjabono de arriba abajo, me limpio la cara y luego quito todo el jabón. Me envuelvo con mi toalla, la morada, para poder secarme, cuando acabo vuelvo a soltarme el pelo, voy hacia mi habitación me pongo la ropa interior y dejo la toalla sobre la cama, cojo unos vaqueros claros de cintura alta y un *body* de color granate. Me visto rápidamente y me pongo unas zapatillas del mismo color que la camiseta.

Voy al baño de nuevo, cojo el estuche del maquillaje y las brochas, me echo la base en crema con el pincelito, lo esparzo por todo el rostro para que no queden manchas y con otra brocha me pongo la base en polvo, un poco de sombra casi blanca bajo la ceja, otro poco de marrón y la difumino con dorado. Extiendo algo de rímel, en realidad muchísimo, me encanta que las pestañas parezcan superlargas. ¿Pero en qué estoy pensando? Parezco una superpija, *o sea*.

Lo guardo todo y lo coloco en su sitio, vuelvo de nuevo al salón, recojo la ropa que hay en el suelo y la meto en el cesto de la ropa sucia. ¡Está lleno! Hay que poner una lavadora. Suelto un soplido, voy a por un barreño y lo lleno de ropa oscura, la meto en la lavadora y ale, ¡perfecto! Cojo el cartel que ha hecho Lucía y lo leo:

«Por motivos personales, el Jubilee, estará cerrado durante unos días. Rogamos que nos disculpen.

Atte. Las dueñas y camareros del Jubilee.

Pd: Si eres el estirado de ojos verdes, busca a mi amiga».

¡Me cago en ella! ¡Si la pillo, la mato! ¡Esta mujer está completamente loca! Por suerte no lo ha puesto, o eso creo, hasta que debajo de la mesita me encuentro algunos carteles más arrugados. Como lo haya hecho, la mato, ¡la mato!

Voy al recibidor, cojo el bolso y rebusco en su interior hasta que encuentro el móvil, le hago una foto al cartel y se la mando a Lucía con un mensaje que dice:

—¿Qué puñetas significa esto?

A lo que responde rápidamente.

—Me dijiste que pusiera un cartel, ahí está.

—¡Como vaya al Jubilee y esté allí colgado, te mato!

—Ups —me contesta, junto a unos emoticonos parecidos al cuadro de *El Grito de Munch*.

Cojo el bolso, las llaves de casa, la chaqueta y el casco de la moto. Tengo que ir a por él, no puedo dejar que Collins lo vea. ¡Mierda, la moto no estará! Voy al *parking*, tal vez Lucía haya tenido un alma bondadosa y la haya traído. Voy rápidamente y... ¡Bingo! Ahí está, mi hermosa y pequeña moto, aparcada en su sitio. Tal vez Collins pase por alto lo del cartel, espero que no lo haya visto, o que por lo menos, no le dé tanta importancia como le estoy dando yo.

Al llegar veo cómo en la persiana hay un cartel. ¡Joder, joder! Bajo de la moto casi en marcha, apenas me da tiempo a pararla. Pongo la pata para que no se caiga, me desabrocho el casco y me acerco a la entrada, rebusco en el interior del bolso, no encuentro nada, hay tantas cosas que ni sé qué busco. Arranco la hoja de papel que estaba pegada y hago una bola, rebusco de nuevo en el interior del bolso hasta que me canso y lo vacío en el suelo. Todo cae menos las llaves, el bálsamo labial empieza a rodar por la acera. Por suerte o por desgracia no pasa nadie ni hay ningún coche. Gateo con rapidez cuando veo que un coche se mete en el hueco que hay.

—¡No! —Grito a la vez que gateo tan veloz como puedo, pero antes de que el conductor me vea, una de las ruedas acaba rompiéndolo—. Joder... ¡Gilipollas! —Chillo a los cuatro vientos golpeando la puerta del conductor.

La puerta del coche se abre y no es otro que él: J.D. Collins.

El hombre con los ojos más bonitos que he visto en toda mi vida.

—¿Qué haces ahí? —Pregunta aún sentado en el asiento.

—Intentaba rescatar mi bálsamo labial, ese que tú has matado —contesto molesta.

Apoyo las manos en el suelo igual que las rodillas y de un salto me pongo en pie, recojo todo lo que había en el bolso y vuelvo a guardarlo. Cojo las llaves que, después de haber tirado todo al suelo, he encontrado en el bolsillo trasero de mi pantalón. Suelto un bufido, me agacho y abro el cierre de la persiana. La subo un poco dejándola a la mitad. Doy la vuelta a la barra aún con el bolso colgando de mi brazo. Me agacho y rebusco en el primer cajón que encuentro y no hay nada, ni papel ni bolígrafo, debería haberlo traído de casa.

Desde aquí abajo escucho cómo Collins entra sin pedir permiso. Me giro hacia él y veo que me observa detenidamente, ¡él tan guapo y yo con estas pintas! Voy a acabar deshaciéndome bajo esa mirada que tiene. Va vestido con un traje negro de dos piezas y con una camisa blanca sin corbata y algo desabotonada. Si no fuera porque es J.D. Collins, me tiraría encima de él. ¡Madre del amor hermoso! Cuando salgo de mi momento de embobamiento, me encuentro con esos hermosos ojos verdes que tiene.

—Eh... Yo... —titubeo intentando excusarme.

—Deja que te compre otro.

—¿Otro qué?

—Otro bálsamo como el que te he aplastado.

Lo miro de arriba abajo y le digo que no varias veces con la cabeza, ¡vaya tontería! Ni que me fuera a arruinar por tener que comprar otro.

—No hace falta, de verdad —insisto a la vez que cojo un papel y escribo: «El *Jubilee* estará cerrado durante unos días por motivos personales. Rogamos que nos disculpen»—. Ve saliendo —le digo, aunque realmente más que decírselo se lo ordeno—. Venga.

Sale de la cafetería mientras yo corto unos trozos de cinta adhesiva para poder colgar el cartel, lo pego a mi mano y este acaba por engancharse en mi pelo, ¡perfecto, lo que faltaba!

—¡Joder...! —Grito.

Dejo el cartel sobre la barra junto al bolso. Intento desengancharlo pero no hay suerte, cada vez se pega más y más. Corto el trozo de cinta que sobra, y aún no cuelga de mi pelo, y lo pego en la barra. Opto por hacerme un moño.

—A la mierda, así se queda —mascullo.

Collins que me escucha, vuelve a entrar en la cafetería y me mira.

—Toma. —Le tiendo el bolso y el casco—. Aguántalo, ¿eh?

—Sí, sí, tranquila —me responde a la vez que va saliendo.

Cojo el cartel de nuevo, algo de cinta y salgo con él. Bajo la persiana con su ayuda y cuando ya está abajo cuelgo la hoja pegándola por todos lados para que no se suelte.

—Gracias —digo cogiendo mis cosas.

—Ven conmigo, tomamos un café, me cuentas cómo está tu amigo y te compro un labial nuevo.

Voy hacia la moto, me pongo el casco, guardo el bolso en el sillín y lo cierro con fuerza.

—Hasta otro día, guapete —me despido a la vez que me bajo la visera.

Capítulo 4

Tres semanas después

Salgo de mi habitación aún medio adormilada, ¿qué hora es? Me pregunto a mí misma. Dormir con Lucía es una verdadera tortura, no deja de moverse y cuando para es porque está encima de ti aplastándote contra el colchón sin que puedas moverte, desde que Joel llegó, no he podido dormir bien ni una sola vez, ¡maldita agonía! Me estiro como si fuera un gato y voy al baño, me lavo la cara intentando despertarme con mayor facilidad, pero no hay manera. ¡Normal! Si apenas puedo dormir por las noches. Cuando salgo, voy hacia la cocina, miro el reloj y me doy cuenta de lo tarde que es... ¡Son las doce! Enciendo la cafetera, saco una taza del armario y cojo la leche de la nevera. Mientras se calienta la cafetera, vuelvo a mi habitación y me tiro encima de Lucía.

—¡Agh! Me aplastas —murmura—. Socorro —habla en voz baja, sin poder alzarla.

—Así sabes qué se siente, amiga —digo chafándola aún más—. ¡La venganza será mía!

Tras eso, me rio como una auténtica loca, tanto que me doy miedo a mí misma. Lucía me mira con cara de: *¡Madre del amor hermoso! ¡Que alguien me quite a esta loca de encima!* Pero eso no va a pasar.

—Socorro —repite con el mismo tono que antes.

Al cabo de unos minutos mi buen corazón me dice que salga de encima de ella. Así que me pongo a un lado, me siento y la miro desde arriba.

—¿Qué hora es?

—Van a dar las doce ya...

—¡Qué tarde! El *Jubilee* debería estar abierto hace horas.

—¿No me digas? —le pregunto abriendo mucho los ojos y haciendo una mueca de incredulidad.

—¡No te has despertado! Muy mal —me regaña.

—¿Perdona? —Vuelvo a preguntar alzando una ceja—. Estarás de broma, ¿no?

—Pues no.

Salgo de la cama, levanto la persiana, abro la ventana y voy de nuevo hacia la cocina, dejando la puerta abierta de par en par. Desde aquí, veo cómo sigue tirada sobre el colchón.

—Levanta —le ordeno.

Pongo la leche en un vaso para calentarla, y en vez de meterla en el microondas, la meto en la nevera. ¡Joder! De buena mañana no puedo hacer nada, aunque realmente ya sea tarde. Saco el vaso de leche y lo meto en el sitio correcto, pongo un

par de rebanadas de pan en la tostadora y dejo que se tuesten. Me acerco a la habitación de Lucía y doy varios golpecillos en la puerta, la abro lentamente y me encuentro a Joel sonriendo.

—¿Cómo has dormido?

—Muy bien, la verdad.

—¿Y las costillas? ¿Te duelen? —le pregunto a la vez que voy hacia la ventana y subo la persiana.

—Mejor, me molestan un poco pero pensé que sería peor, suerte que tengo los calmantes.

Me acerco a él y le ayudo a ponerse en pie. Le doy un beso en la mejilla, el cual, me devuelve gustoso.

—Gracias, Natalia —me dice con una sonrisa.

—No hay de qué, aunque cuando estés bien abrirás el *Jubilee* tú solito durante muchas mañanas —le advierto alegremente y le saco la lengua.

—Pareces nuestra madre.

—Lo sé —le contesto poniendo los ojos en blancos, doy media vuelta y me voy al salón.

Joel tiene razón, siempre lo he hecho y he acabado acostumbrándome: les levanto, les hago el desayuno, trabajo más que ninguno de ellos dos... De alguna manera tendrán que compensarme, ¿no? Ojalá ese momento llegara ya, no aguanto tener que hacerlo yo todo, entre que Joel está mal y Lucía tiene que estudiar... ¡no doy abasto!

—Pues me da a mí que hoy el *Jubilee* no se abre hasta la tarde —predice Lucía riéndose.

Le lanzo una de mis miradas, de esas que terminan matando como la situación no cambie. Rápidamente se da cuenta de que no me ha hecho nada de gracia el comentario que acaba de hacer.

—Vale, lo siento —se disculpa, desviando la mirada y dándole un mordisco a una rebanada de pan con mantequilla.

Le preparo a Joel su desayuno en la mesita que tenemos frente al sofá, acabo de tomarme mi café y comerme las tostadas; será mejor que vaya rápido. Corro hacia el baño, si no entro antes que Lucía puede que la cafetería no se abra hasta mañana. Vuelvo a lavarme la cara, me maquillo levemente; no es necesario pintarse como una puerta para ir a trabajar, hay quienes lo hacen y parecen «payasas». Cojo el cepillo y me peino intentando deshacer algunos enredos que se han ido haciendo durante la noche. Al salir, me encuentro de frente con Lucía, quien clava sus oscuros ojos en los míos.

—¡Venga! —inquire alzando la voz.

—¿«Venga» qué? ¡Ni que hubiera tardado una eternidad! —le contesto molesta.

Arruga el entrecejo, la aparto hacia un lado y salgo del baño, será mejor que me dé prisa, tengo que salir de esta casa de locos cuanto antes. Voy hacia la habitación,

me quito el pijama quedándome en ropa interior, lo doblo y lo dejo sobre la cama deshecha. Espero verla hecha cuando llegue a casa. Abro el armario, saco unos pantalones negros y una camiseta de manga corta de color granate. Me calzo las zapatillas ya con la ropa puesta, cojo una chaqueta de punto fino y me la pongo. Al salir de la habitación, me encuentro a Lucía sentada en el sofá viendo dibujos animados con Joel, vaya dos, solo les faltan los cereales con leche y echárselos por encima, parecen niños pequeños. Me quedo quieta observándolos, y no se dan cuenta que lo hago hasta que empiezan a cantar a pleno pulmón la entradilla de la serie.

—Vaya dos... —murmuro.

Voy a la cocina, mientras Lucía me persigue cantándole a un micrófono imaginario. Le saco la lengua y ella hace una mueca, pero aun así no se detiene, sigue a lo suyo hasta que me tiende el «micro» para que sea yo la que siga, y eso hago. Tras eso, abro la nevera, saco una bolsa de brotes de ensalada, el queso de cabra, la mitad de una cebolla que había sobrado de la noche anterior y del armario en el que hay junto al del café, saco un par de *tuppers*: uno de ellos vacío y el otro lleno de nueces. En el que está vacío, hago una mezcla de todo lo que he cogido, lo meto en una bolsa roja y guardo en esta un salero.

—¿Qué haces? —pregunta mi amiga.

—Prepararme la comida, alguien tendrá que ir a trabajar, ¿no crees?

Ella sigue en su mundo, tanto que creo que ni me ha escuchado ya que ha cogido una rebanada de pan y la ha untado con *Nocilla*.

—Claro, por eso te tenemos a ti —dice mirándome sonriente con toda la boca manchada de chocolate—. Es broma, «hermanita» —me aclara intentando arreglar las cosas.

—Ya claro —respondo molesta—. A partir de ahora duermes en el sofá.

—Pero...

—¡Ni peros ni peras!

—Amor mío, no me hagas esto, no dejes que duerma sola en ese sofá, por favor —me ruega, poniéndose de rodillas.

Me aparto de ella y doy un paso atrás, pero antes de que pueda hacerlo se abraza a mis piernas para que no me marche; no sin antes perdonarla, aunque no lo haré, se lo tiene más que ganado, ¡por lista! La próxima vez pensará antes de hablar, no tiene filtro mental, parece que las palabras salen corriendo de su boca. Hasta dentro de una semana no quiero que duerma en la cama. Saco uno de mis pies, avanzo como puedo hasta la cocina y mientras ella sigue sujeta, cojo la bolsa roja, la dejo en el recibidor, e intento ir hacia la habitación para coger el casco y la chaqueta de la moto.

—No... —implora Lucía, arrastrándose por el suelo como si agonizara—. No te vayas.

—Anda, anda, no seas teatrera —digo sin poder evitar sonreír—. Recoged todo eso. —Miro la cocina—. Limpiad un poco, y no os matéis, por favor —les pido.

—Vale —asienten los dos al unísono.

Salgo del piso, le doy al botón que llama al ascensor y espero hasta que las puertas se abren. En el interior de este está una de las vecinas.

—Buenos días, Doña Juana —saludo alegremente.

—¿Qué dices, muchacha? —me pregunta alzando la voz.

—¡Que buenos días! —Está sorda como una tapia, no se entera de nada.

—Serán tardes, ¿no, niña?

—Sí, señora, ya son tardes —refunfuño.

Dejo la moto frente al *Jubilee*, le pongo el seguro a la rueda, me acerco a la entrada y subo la persiana hasta la mitad. Entro, dejo el casco sobre la primera mesa que me encuentro y miro la sala. Las sillas están bajadas, anoche no me dio tiempo a recoger, ni a limpiar. Enciendo la luz, cojo la escoba y empiezo a barrer tan rápido como puedo. Friego, y cuando estoy a punto de acabar alguien golpea la persiana varias veces.

—¿Ya está abierto? —pregunta una varonil voz que me es muy familiar.

—¡No! ¿¡No ves que no está la persiana subida del todo!?! —grito molesta.

—Vale, disculpa —se excusa en voz baja.

Termino de fregar el suelo de la entrada y salgo. Subo la persiana hasta arriba y al darme la vuelta me encuentro de cara con Collins, a menos de un palmo, lo miro de arriba abajo y me fijo en cómo va vestido; lleva un jersey de color canela clarito rozando el grisáceo con el cuello redondo y los codos envueltos en parches más oscuros, un bonito reloj *Rolex* plateado con detalles en negro y azul en la muñeca derecha, y en la izquierda una pulsera de cuero negro. Del cuello del jersey cuelgan unas gafas de ver marrones oscuro con algunas manchas en amarillo, y en la parte inferior, lleva unos pantalones también canela algo más oscuros que el jersey.

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunto.

—¿No puedo venir a por un café?

—No —contesto sintiendo cómo mi corazón empieza a latir frenéticamente.

—¿Cómo que «no»? —pregunta alzando una de sus oscuras cejas—. Esto es una cafetería, ¿no?

—Sí, claro —afirmo aclarándome la garganta, este hombre me ha pillado completamente por sorpresa, si lo juntamos con que cada vez que sus ojos me miran mi cabeza se queda en blanco, acabo volviéndome un enorme desastre.

—¿Entonces?

—Aún no está abierto —digo rápidamente.

—¿Cómo que «no está abierto»? —pregunta sorprendido—. Bueno —concluye.

Pasea frente a la acera, se acerca a su *Peugeot*, abre la puerta del piloto, se mete en este, arranca y se marcha, así sin decirme nada, dejándome plantada como una tonta mirando cómo se va.

—Pues muy bien. —Me siento en el suelo, en el pequeño escalón que hay para

entrar.

Los minutos pasan, el suelo ha terminado de secarse, he guardado el *tupper* en la nevera, he limpiado todas y cada una de las mesas y me he hecho otro café. Me siento en uno de los taburetes, echo un par de azucarillos en el café y lo remuevo con una cucharilla.

La puerta se abre y es Collins quien vuelve a entrar. Ha dejado las gafas en el coche y ahora lleva una pequeña bolsa de papel negra con dos asas hechas de cuerda roja. Doy la vuelta a la barra, para poder atenderle, cojo mi café y lo guardo.

—¿Qué te pongo?

—Un café solo.

Va hacia la sala, se sienta en una de las mesas que hay junto al gran ventanal, por el cual entran los rayos del sol y desde el que se puede ver a la gente pasar. Cojo una taza y la coloco bajo la cafetera, pongo un plato en la barra con una cucharilla y dos azucarillos. Cuando acaba de caer la última gota paro la cafetera, se lo llevo, está mirando por la ventana atento a todo lo que pasa fuera.

—Aquí lo tienes. —Se lo dejo delante.

—Siéntate —me dice justo cuando estoy dándome la vuelta.

—¿Disculpa? —pregunto sin entender lo que ha dicho.

—Siéntate conmigo —me pide a la vez que fija sus ojos en mí.

Le miro sin decir nada, ¿y ahora qué hago? ¡Madre del amor hermoso! ¿Para qué querrá que me sienta con él? «¡Ve, siéntate!», me grita una mini-Lucía vestida de demonio, «¡No, no lo hagas!», me dice una miniyó disfrazada de angelito. Perfecto...

—Yo... eh... tengo que atender a los clientes.

—¿Qué «clientes»? —objeta mirando toda la sala.

¡Vaya hombre! Parece que tiene que salirse siempre con la suya. Miro la sala, tiene razón, ¿qué clientes? A esta hora ni Dios va a entrar en la cafetería, ¿o sí? No creo, y si vienen, ya me levantaré. Voy a la barra bajo la atenta mirada del joven hombre, cojo mi café y me siento frente a Collins, este me contempla con una sonrisa victoriosa y seductora. Sin apartar esas dos esmeraldas que tiene por ojos, abre el sobre de azúcar y lo echa en la pequeña taza transparente, lo remueve tranquilamente mientras estudia mis ojos. No puedo evitarlo, tengo que desviarla, dirijo mi vista hacia otro lado, cojo mi taza y le doy un sorbo intentando distraerme, su mirada hace que me cohíba y mis mejillas se sonrojen. Collins, que aún me observa, suelta una sonora carcajada y sonrío.

—¿Cómo está tu amigo? —pregunta después de darle un sorbo la café.

—Bien, mejorándose —murmuro, ¿y a este que le importa? Suelto un bufido, sin entender muy bien a qué viene tanto interés.

—¿Qué tiene? —pregunta con los ojos fijos en mí.

—Traumatismo craneoencefálico leve y dos costillas fracturadas, nada importante... podría haber sido peor...

—Sí...

Da dos sorbos más, acabándose el café. Yo voy tomándome el mío tranquilamente, hasta, que por suerte, entran dos clientes en el *Jubilee*. Dejo a Collins solo, me levanto sin decir nada, me llevo mi taza y la dejo en la bandeja del lavavajillas.

—Buenas tardes —saludo sonriente.

—Buenas tardes —me responden al unísono—. ¿Dónde podemos sentarnos?

—Donde queráis, tenemos una sala biblioteca, si queréis leer —indico mirando hacia la entrada de la *biblio*—, o la sala normal —señalo con la mirada donde se encuentra Collins.

—Muy bien, gracias —dice una de las dos jóvenes.

Pasan junto a la mesa del joven hombre de ojos verdes y se sientan una más allá. Cuando veo que ya se han acomodado, voy a ver qué quieren.

—Bueno, chicas, ¿qué queréis tomar?

—A mí me pones una cola *light* —pide la rubia—, con hielo, por favor.

—A mí un té rojo.

—¡Marchando una cola *light* y un té rojo! —exclamo guiñándoles un ojo.

Las muchachas sonrían, doy media vuelta, recojo la taza de Collins y le observo.

—¿Quieres algo más? —le pregunto.

Él me dice que no con la cabeza mientras mira la pantalla de su teléfono móvil. Me marcho a la barra, lo preparo todo y no puedo evitar fijarme en él. De algún lado ha sacado un pequeño trozo de papel y un bolígrafo. Cuando les sirvo a las chicas, paso por su lado y me siento en el lugar que antes ocupaba, muerta de curiosidad por saber qué es lo que escribe. Cuando me ve, le da la vuelta al papel y me mira.

—Eres un poco aburrido, ¿no? —le espeto entornando los ojos.

No dice nada, fija su mirada en la mía, suelta un bufido y niega con la cabeza, una y otra vez. Me levanto, ¡vaya hombre...! Es más aburrido que una ostra, y eso que tiene pinta de ser interesante, pero las apariencias engañan o eso dicen...

Tras un rato en la barra y después de servir a unos cuantos clientes más, veo cómo Collins se levanta y sin decir palabra alguna, se marcha. Aburrido y raro, ¡vaya ojo tengo para los hombres!

Voy a una mesa cercana a recoger algunas tazas, me doy cuenta de que el joven hombre se ha dejado la bolsa negra con asas rojas con la que entró. Sobre su mesa, al lado de la bolsa hay un pequeño trozo de papel doblado por la mitad, en ella pone: «*Para Natalia*», escrita con una caligrafía maravillosa.

Dejo la bandeja en la mesa, me siento en la silla que él ocupaba y abro la bolsita. En el interior de esta hay un pintalabios rojo pasión y un bálsamo labial. Cojo la nota, la abro por la mitad, y leo lo que hay escrito: «Sé que solo era un bálsamo lo que te debía, pero cuando lo he visto he pensado que te quedaría irresistiblemente bien. Pd: Algún día te demostraré que no soy ningún aburrido».

Una tonta sonrisilla se dibuja en mis labios, no puedo evitarlo. Algo en mí se está encendiendo, no sé por qué pero algo me dice que este hombre hará que acabe perdiendo la cabeza. Suelto un suspiro, lo guardo todo en la bolsita de papel, incluyendo la nota y lo dejo todo junto a mi bolso, tras la barra.

Ya han pasado dos horas desde que salí de casa. Cojo el *tupper* de la ensalada, lo echo todo en un plato y la aliño. Me encantan así, con tanta cosa, pero a la vez tan sencillas. Busco un tenedor, pincho un poco de lechuga y cuando estoy a punto de llevármelo a la boca, mi teléfono empieza a sonar levemente. Lo miro, «número desconocido», no le hago caso, simplemente lo dejo que suene bajo un trapo.

Empiezo a comer, deleitándome con la mezcla de sabores que hay. El teléfono vuelve a sonar a los dos minutos, lo miro y ahora es Lucía quien me llama. Tomo el teléfono con la mano que tengo libre y con la boca aún llena de lechuga y remugando, cual vaca en el campo, contesto:

—Dime.

—¿Qué haces?

—Comer —respondo a la vez que mastico.

—Ah, muy bien —dice entre risas.

—¿Te aburres?

—Pues un poco, la verdad —admite.

—Lo sabía... —Me llevo a la boca otro poco de lechuga y queso—. ¿Algo más?

—¿Sigues enfadada?

—Bueno...

—Vaya... —musita entristecida.

—¿Algo más?

—No.

—Pues adiós. —Pero antes de colgar escucho cómo Joel le dice algo a Lucía—. No queméis nada, por favor —le ruego.

—No, no, tranquila. —Intenta que este mejor, pero no sirve de nada—. ¡Joel! —grita y la llamada se corta.

Miro el teléfono como una auténtica tonta, por mucho que lo mire no voy a evitar que esos dos terminen quemando nuestra casa, algún día acabarán con todo.

—Perfecto —hablo para mí misma—. Perfectísimo, creo que voy a quedarme sin piso.

Clavo la mirada en mi plato hasta que escucho que un nuevo cliente entra en el *Jubilee*. Entonces alzo la mirada.

—Oh... ¡Hola, Nadia! —exclamo alegremente.

—Buenas tardes —me responde con una sonrisa.

—¿Lo de siempre?

—No, esta vez quiero un té rojo con dos bolsitas, por favor.

—Marchando una de té.

La muchacha pasa por delante de mí y entra en la sala biblioteca, como siempre

que viene, es el lugar idóneo para desconectar sobre todo porque apenas se puede hablar. Dejo la ensalada bajo la barra y preparo lo que me ha pedido. Cuando lo tengo todo, pongo una pequeña magdalena en el platito, lo coloco en una bandeja y se lo llevo.

—Aquí lo tienes.

—Oye... —me llama cuando estoy a punto de marcharme.

—¿Qué te pasa?

—¿Cómo está Joel? —pregunta preocupada.

—Mejor, va mejorándose rápidamente.

Veo que una tímida sonrisa se dibuja en los labios de Nadia, estoy segura de que estaría encantada de poder verle otra vez. Desde que tuvimos aquel pequeño altercado en el callejón junto al restaurante hace tres semanas, no lo ha vuelto a ver. Debe estar preocupada.

—Estaba pensando que... —Las palabras empiezan a salir de mi boca sin que pueda detenerlas y sin apenas pensar en lo que digo—, podrías venirte esta noche a casa a cenar y así le ves.

—Yo... —dice sin saber muy bien qué contestarme.

—Venga, va —insisto animándola—. Seguro que estará deseando verte.

—¿Sí? —pregunta, puedo ver cómo sus ojos brillan, está ilusionada, tanto que no puede esconderlo.

—Claro —aseguro con una sonrisa—. Te espero aquí a las ocho, ¿vale?

—Sí... Sí, claro —asiente tímidamente.

Le dedico una última sonrisa y me vuelvo de nuevo a la barra, miro que todos los clientes estén bien servidos y no les falte nada, aunque no haya más que dos o tres parejas y dos personas por separado, hay que vigilar.

Vuelvo a comer, esta vez con el móvil en la mano, si me viera mi madre diría que soy una adicta, aunque bueno, supongo que eso son cosas de madres. Busco a Lucía en el *WhatsApp*, para así poder avisarle de lo que ha ocurrido con Nadia, y para que me explique qué demonios ha ocurrido en casa hace unos minutos, ya que me temo lo peor, seguro que hasta el dichoso gato de la vecina ha salido churruscado.

—¿Cómo va? —le pregunto mediante un mensaje.

Parece no haber visto el mensaje ya que ni ha llamado ni ha contestado y tampoco se ha conectado desde hace más de media hora. ¡No sé para qué tiene el teléfono! Cojo aire y suelto un bufido, espero un rato más hasta que conteste.

Nadia ya se ha ido, algunos de los que estaban también, han venido otros y yo he podido comer tan tranquilamente. Cojo el teléfono, de nuevo, busco en la agenda y le doy a llamar, como no me lo coja acabará durmiendo en el sofá otra semana más. Suelto un suspiro, pasa el primer «pí», el segundo, el tercero, y cuando ya estoy a punto de colgar, lo coge:

—Dime.

—¿Cómo que «dime»? —le digo molesta—. ¿Se puede saber por qué no cogías el móvil?

—Estaba estudiando. —Se apresura a decir.

—Ya claro, seguro que estabais los dos haciendo el gandul en el sofá.

—Bueno... tal vez un poco.

—¡Si es que os conozco como si os hubiera parido! —La interrumpo.

—Sí, mamá.

—Déjate de tonterías, tenemos un *código conguito*.

—¿«Código conguito»? ¿Con quién? —chilla.

—Shh... ¡Que no se entere Joel!

—Vale, vale —susurra.

Escucho cómo se levanta del sofá y se marcha a algún lado. Probablemente a la habitación, para que así Joel no le escuche hablar, ¡vaya sorpresón le vamos a dar! Aunque capaz es de enfadarse con nosotras, espero que eso no ocurra.

—Esta noche hay que dejar a Joel y Nadia solos en casa, ya me encargo yo de llevarla, tú recógelo todo y haz que ese pazguato se duche.

—¡Señora, sí, Señora!

—Muy bien, así me gusta.

—Nos vemos luego, guapa —me dice alegremente.

—Sí. —Entonces me paro a pensar—. ¿Oye?

—Dime.

—Iremos a tomar algo a la plaza de la iglesia, ¿te parece?

—Claro.

—Adiós.

Cuando cuelgo y me doy la vuelta, me encuentro con Collins, ¿es que este hombre no tiene casa? ¡Se pasa el día aquí! Ya podría buscarse otra cafetería... o no, mejor no, sino no le vería.

—¿Qué haces otra vez aquí?

—Vengo a por un café —contesta escuetamente.

—¿Solo?

—Doble de café y un poco de leche —añade mientras mira la pantalla de su teléfono—. Para llevar.

Alzo una ceja sin mirarle, parece tener prisa, tanta que cuando se lo preparo se marcha con los azucarillos en la mano tan rápido como puede. No me da tiempo ni a devolverle lo que me ha comprado, aunque por lo menos me ha pagado antes de marcharse. «¡Algo es algo, le dijo un pelo a un calvo!».

Capítulo 5

Cierro la puerta del *Jubilee* con llave, bajo la persiana hasta abajo y espero a que llegue Nadia, quien aún no ha aparecido ni ha dado señales de vida desde que se fue. ¿Se habrá arrepentido? Miro hacia todos lados, apenas hay gente en la calle, y a ella no la veo por ninguna parte. Cojo aire, me paso la mano por la nuca y me masajeo la sien, ¡qué dolor de cabeza! Esto de dormir tan mal pasa factura... Alzo la vista y entonces la veo, aparece al final de la calle. Lleva un precioso vestido rojo completamente ceñido a su delicada figura, es de media manga y va acompañada con un bonito collar dorado. Se ha recogido el pelo en un moño desenfadado, del cual salen algunos mechones dorados.

—Buenas noches —saluda pasándose la mano por el brazo.

—Buenas noches. —Sonrío al notar su nerviosismo—. Vaya, vaya... Joel se va a llevar la sorpresa de su vida —menciono a la vez que la miro de arriba abajo.

Las mejillas de Nadia se enrojecen, qué mona. Espero que Lucía haya llevado a cabo su parte y así la «operación conguito» pueda ser todo un éxito, sino acabaré por matarla, estoy segura de ello. Miro cómo acaba de acercarse a donde estoy y sonrío levemente.

—Creo que vamos a tener un problemilla...

—¿«Un problemilla»?

Asiento a la vez que abro el sillín de la moto para sacar de él el casco que suele usar Lucía cuando viene conmigo, aunque no le gusta.

—¿Y esto? —pregunta confusa.

—Póntelo como quieras, pero nos vamos.

La pobre me mira atónita, sin saber muy bien cómo hacerlo, asiente lentamente, clava sus ojos en mí, suelta un soplido y se lo coloca como puede. Viene detrás, me pongo el mío y la dejo subir, para que se siente cómodamente.

—¿Preparada?

Nadia asiente, insegura, se coloca tras mi espalda, se agarra a mi cintura con fuerza, algo asustada y nos marchamos.

—¡Allá vamos!

Aparcamos la moto en el *parking*, vamos a la portería y cuando estamos frente a la puerta me detengo y rebusco en el bolso a ver si encuentro las llaves, pero no hay manera, no soy capaz de encontrar nada aquí dentro; tengo que comprarme uno más pequeño. Como no las acabo de ver, golpeo varias veces para que sepa Lucía que somos nosotras las que estamos fuera esperando. Cuando abre, una gran sonrisa se dibuja en sus labios en cuanto nos vemos.

—Buenas noches, pasa, pasa —dice guiñándonos un ojo—. ¿Y tus llaves? Nunca las encuentras, ¿eh? —me riñe.

—Ya, ya.

Entramos en casa, Nadia se hace a un lado, esperando a que seamos nosotras quienes pasemos al comedor. Lucía y yo nos quedamos bajo el marco de la puerta, sin puerta, ya que no hay.

—¿Qué hacéis ahí? —pregunta alzando una de sus doradas cejas.

—No, nada —respondo—. ¿Verdad?

—Nada, nada.

—Ha quedado una buena noche —informo mirando hacia la ventana.

Joel suelta un bufido, se levanta lentamente para no hacerse daño en las costillas. Viene tranquilamente hacia donde estamos, entonces la ve, sus ojos se quedan fijos en ella y sonrío dulcemente.

—Hola, Nadia.

—Ho... Hola —titubea.

—¿Vamos a quedarnos aquí toda la noche? —dice Lucía.

—No, claro que no —le contesta Joel sin apartar los ojos de ella—. Pasa. —Le tiende la mano para que la coja y eso hace, que pase entre nosotras de la mano de nuestro caballero herido.

La acompaña, poco a poco, hasta el sofá, deja que sea ella quien se siente primero y se coloca a su lado. Vaya dos, ella parece una princesa con ese hermoso vestido rojo en comparación con Joel, ya que va vestido con un pantalón de pijama de color azul marino y una camiseta de deporte blanca, la cual se pega totalmente a su torso.

—Estás muy guapa —la piropea él.

—Yo...

—¿Quieres tomar algo? —pregunto.

—Sí, por favor.

De un salto se pone en pie rápidamente, puedo ver el nerviosismo de nuevo en sus ojos. Viene conmigo a la cocina, mientras Lucía entretiene y calma a Joel, que está algo molesto, estas sorpresillas no suelen gustarle mucho, por no decir nada, pero bueno... ¡Que se aguante! Él no deja de darnos la lata.

—¿Qué quieres? —le pregunto—. Tenemos agua, algún refresco, zumo...

—Agua, agua ya me va bien —contesta intentando que una incontrolable risa nerviosa no se escape de ella.

—Tranquila —le digo alargando la primera vocal.

—Ya... eso intento —murmura.

Tras eso le da un sorbo al agua y hace una mueca, algo parecido a una sonrisa. Antes de volver con los otros dos, cojo una *cola* para Joel y otro vaso de agua para mí.

—Vaya sorpresón, ¿eh?

—Sí —afirma Joel entre dientes a la vez que me mira. Esto no va a acabar así,

hasta que no se vengue no estará tranquilo, seguro.

Durante un rato hablamos animadamente, Joel le explica cómo sucedió todo el día del intento de atraco, ya que no quedó más que en un susto. Hablan de lo aburrido que es quedarse en casa sin saber qué hacer, o no hacer nada.

—Bueno... —dice Lucía.

—Nosotras nos vamos a ir a cenar fuera y a dar una vuelta —explico guiñando un ojo a Joel mientras Nadia no me ve.

—En *La Tagliatella* están esperando vuestra llamada —les comenta Lucía, a la vez que les tiende una tarjetilla del restaurante.

—Pero... ¿cómo? —pregunta él algo nervioso, aunque rápidamente se le pasa—. Bueno, mejor. —Sonríe mirando a la chica—. ¿No?

—Claro... Claro.

Lucía se levanta del sofá, va a su habitación, coge una chaquetilla, se pone las zapatillas, y me lanza una mirada, a la vez que sonrío.

—¿Vamos?

—Claro. —Cojo mi bolso y voy hacia la entrada—. Nos vemos luego, chicos.

—Sed malos —añade Lucía guiñándoles un ojo.

Al cerrar la puerta tras mi espalda, mi amiga me coge del brazo y sonrío triunfante, todo ha salido bien como queríamos.

—¡Toma! —exclama en voz baja—. ¡Y toma!

Alza la mano para que haga yo lo mismo, hasta que las choca entre sí. Va dando saltitos de un lado a otro, hasta que llega frente al ascensor, le da al botón y me mira. Esta muchacha es alegre como un cascabel, me encanta.

—¿Vamos? —me insta cuando las puertas del ascensor se abren—. Vamos, repite, alargando la primera vocal.

—¡Ya voy!

—Venga, venga.

Lucía se impacienta mientras guardo las llaves y el teléfono en el bolso. Me coge del brazo, tira de mí hasta que entro en el ascensor y me mira de arriba abajo, entonces hace una mueca algo extraña.

—¿Cómo ha ido el día?

—Pues, bien.

—¿«Pues bien»? —pregunta a la vez que alza una de sus oscuras cejas—. ¿Qué respuesta es esa?

—Ha sido un día como cualquiera, algo extraño, sí, pero como cualquiera, la verdad.

—¿«Extraño»?

—Sí —afirmo saliendo al llegar a la planta baja.

Se queda callada durante un rato, yo tampoco digo nada, estoy agotada. Si por mí fuera me tiraría ahora mismo en la cama y dormiría hasta que mi cuerpo dijera basta, pero eso no va a ocurrir. Vamos a nuestro bar predilecto, no tiene nada de especial, ¿o

sí? Tal vez sea el lugar en el que está, el ambiente, los camareros, o simplemente la compañía, pero siempre acabamos yendo al mismo.

—Entonces, ¿qué demonios ha pasado en la cafetería?

—Pues... —susurro.

Nos sentamos en la mesa de siempre, esperamos a que venga el camarero y mientras tanto le voy contando lo ocurrido esta mañana, o tarde, en el *Jubilee* con Collins.

—Sí, ¿pues sabes qué? —dice seriamente.

—¿Qué? —respondo poniendo los ojos en blanco.

—Que está ahí.

—¿Quién?

—Collins.

—¿¡Collins!?! —repito alzando la voz.

Lucía abre los ojos como platos, después los entorna, lo que hace que inevitablemente me gire para verle. Ahí está, tan guapo como siempre, va vestido con una camisa blanca, sobre esta lleva un jersey de color azul marino y unos pantalones tejanos grisáceos algo desgastados. Se ha puesto las gafas y ha dejado que su rebelde pelo se coloque como quiera.

—Nena, al final voy a tener que ponerte un cubo, no dejas de babear. —Menciona mientras pasa una de sus manos bajo mi barbilla.

—Anda, cállate —murmuro sin apartar la mirada de él, quien parece estar esperando algo o a alguien.

Con la mirada busca algo, lo observa todo de un lado a otro, hasta que aparece una chica con el pelo castaño claro tirando a rubio corto, muy corto. Va enfundada en un vestido diminuto con volantes de color negro. Le queda como un guante. Collins sonrío nada más verla, pasa una de sus manos tras su espalda, la agarra por la cintura y le da un beso en cada mejilla, lo que hace que por algún motivo mi cuerpo empiece a arder. Miro a Lucía, tiene la vista fija en mí con los ojos entrecerrados, suelta un profundo bufido y empieza a gruñir. Ladeo la cabeza para ver qué está ocurriendo con Collins, o mejor dicho, qué es lo que pasa entre Collins y esa «lagarta».

—O vas tú, o ataco yo —me amenaza entre dientes.

—Tranquila —le pido, si acaba yendo ella esto acabará más que mal.

No deja de refunfuñar por lo bajini, gruñe y bufa, como una auténtica fiera. Rebusco en el bolso hasta que encuentro el pintalabios rojo y el bálsamo que esta tarde ha dejado para mí en el *Jubilee*. De un empujón me deshago de la silla, apartándola y haciendo que choque contra la mesa de atrás, la cual está vacía, por suerte. Dejo el bolso sobre la mesa, y con paso firme voy hacia donde se encuentran. Están de espaldas, por lo que no me ven hasta que le doy varios golpecitos en el hombro.

—Eh, tú —le suelto de mala manera—. ¿Qué? ¿A ella también estás demostrándole que no eres un aburrido de mierda? —bufo enfadada—. Espero que lo

paséis bien —murmuro a la vez que le golpeo en el pecho y le tiro lo que había comprado.

—Pero... —dice Collins clavando esas esmeraldas que tiene por ojos en los míos—. ¿Qué demonios ocurre, Natalia?

—Eso me pregunto yo —gruño aún más molesta que antes—. ¡Qué te den, Collins!

Doy media vuelta, sin pensármelo dos veces, y me voy en dirección a la mesa en la que está Lucía, hecha un puñado de nervios.

—¡Natalia! —me llama él, con su profunda y rasgada voz.

Escucho cómo viene por detrás de mí, avanza algo más rápido de lo que puedo ir yo, por lo que me alcanza en nada. Alarga el brazo hasta que me agarra del mío para que me gire.

—Natalia, por favor.

—Ni por favor, ni por *favar* —digo alzando la voz—. Suéltame —murmuro.

—Por favor... —me ruega.

—¡Que me sueltes, joder!

De un manotazo lo aparto, no tengo ganas de hablar con él y mucho menos de que me toque, no entiendo por qué me pasa esto, ni por qué me está molestando. Suelto un bufido, vuelvo a darme la vuelta y voy a la mesa con mi amiga. Me siento, paso las manos por mi pelo y luego por la cara, aún no puedo creerme lo que está pasando y a este más le vale no aparecer por la cafetería o acabará con una brecha en la cabeza en el hospital por un golpe de taza.

—¿Estás bien? —pregunta mi «hermana».

—Sí, creo —murmuro cabizbaja—. ¿Por qué no debería estarlo?

Alza sus oscuras cejas y me mira fijamente.

—Porque te importa —dice sin tapujos.

Niego con la cabeza una y otra vez, ¿cómo va a importarme? ¡No es verdad! ¡Claro que no! Me paso las manos de nuevo por el pelo, y un involuntario suspiro se escapa de mi interior.

—No... —susurro.

—Claro que sí, nena —insiste dulcemente—, las dos sabemos que sí.

—Es que...

Lucía me mira, sin decir nada, espera a que sea yo la que siga hablando.

—Hay algo en ese hombre..., algo que hace que necesite saber más.

—Te entiendo, cariño, ¿quién no querría saber más de alguien como Collins?

—Bueno...

Quiero girarme, ver si ha venido detrás de mí, pero... ¿Y si no lo ha hecho? ¿Y si se ha ido? Si fuera ese el caso acabaría enfadándome aún más. ¡Agh! Quiero volver a casa, tirarme en la cama y que este día de mierda acabe ya. Restriego mis manos por encima de mis párpados, necesito olvidarme de todo.

—Buenas noches, chicas —nos dice Dani, el camarero.

—Buenas noches —le responde Lucía.

—¿Qué queréis tomar?

—Yo una *Coca-Cola*.

El joven camarero apunta rápidamente en su blog de pedidos lo de Lucía y espera a que le diga qué es lo que quiero yo.

—¿Y tú?

—Ella un *Nestea* —contesta mi amiga—. Además, nos traes unas bravas solo con alioli.

—Muy bien, todo apuntado.

No dice nada más, da varios pasos hacia atrás, se acerca a otra mesa y se marcha hacia el interior del bar. Alzo la vista, y veo cómo Lucía me observa preocupada, hace una mueca y suspira.

—No sabes que hay entre J.D. y esa chica.

—Ni lo quiero saber..., pero, yo no cojo a mis amigos así, ¿sabes?

—¿Pero que más te da? ¡Que haga lo que quiera! —exclama molesta—. Es tonto, no ve que este bombón que tengo delante vale más que cualquiera, ¡él se lo pierde!

—Pues sí, él se lo pierde... —murmuro.

—¡Bien dicho!

Aparece Dani con nuestras bebidas y un pequeño plato con dos tenedorcillos, para que luego podamos comernos las patatas.

—Gracias —le digo con una media sonrisa.

—Si necesitáis alguna otra cosa, no dudéis en llamarme, guapas.

—Muchas gracias.

—De nada —contesta a Lucía a la vez que le guiña un ojo.

No puedo evitar soltar un bufido que se lleva consigo parte del malestar que tengo dentro. Abro la lata y dejo que el líquido bañe a los pequeños cubos de hielo que han puesto en el vaso. Lo cojo y le doy un largo trago al refresco, la boca se me ha quedado seca. Cuando Lucía va a hablar, Dani aparece de nuevo, solo que esta vez trae el plato de patatas con alioli, ¡qué rapidez!

—Aquí tenéis.

Le miro y sonrío, no pienso amargarme por un hombre como él, no hay ni ha habido nada entre nosotros, ¿por qué debería molestarme lo que ese haga? Por nada, así que, no pienso dejar que eso me afecte.

—He pensado algo —susurro, mirando el plato.

—¿En qué?

—Collins puede irse «a donde pica el pollo».

—¡Olé! —Alza su vaso y lo choca contra el mío—. Además, tú eres mía, solo mía, preciosa —me guiña un ojo y sonrío, alegre.

—Siempre tuya, «hermanita».

Después de unas cuantas tapas más y varios refrescos, habiendo cenado como dos auténticas tragonas y tomarnos alguna que otra copa, decidimos que ya es hora de

irnos a casa. Han pasado dos horas y media desde que nos marchamos, ¡algo tienen que haber hecho! Aunque sea hablar. Le hago una señal a mi amiga para decirle que voy a pagar, ella frunce el ceño, siempre pasa igual, no quiere que la invite, pero bueno... me da bastante igual. Dejo a Lucía en la mesa, cojo el bolso y voy dentro del bar.

—Eh, Nati, os invito a unos chupitos —me dice Dani desde detrás de la barra, nada más verme aparecer por la puerta.

—Bueno..., gracias —le agradezco—. ¿Nos los traes a la mesa? Trae también la cuenta, por favor.

—Muy bien.

Salgo del bar aún con el bolso a medio colgar. Lucía observa algo en la lejanía, sigue su mirada, para ver qué es lo que está pasando y qué la tiene tan entretenida. Ahí está, aún con esa chica aunque parecen estar despidiéndose, ya que ella le besa la mejilla y va alejándose mientras hablan. Vuelvo a la mesa, aparto la silla haciendo bastante ruido y me siento.

—¡Qué asco! —digo entre dientes.

—Tranquila, pequeña.

—Si por mí fuera, lo estrangulaba aquí mismo.

—No malgastes tu tiempo, no vale la pena, además... recuerda lo que hemos dicho, ¡él se lo pierde!

—Sí, él se lo pierde.

Dani viene con su bandeja, en ella lleva un par de vasitos de chupito congelados y una botella de ron. La deja sobre la mesa, nos sirve a cada una en nuestro vaso y deja la cuenta, mientras va a recoger alguna que otra mesa más.

—¡*Brindad compañeros yoho!* —canturreamos mi «hermanita» y yo a la vez.

Chocamos nuestros vasitos entre sí y brindamos por nuestra amistad, esa unión que crearon los piratas. Nos lo tomamos de un trago, por el rabillo del ojo veo que Collins se acerca tras nosotras.

—Dani, ponme otro —le pido al joven.

Este viene y nos sirve otro a cada una, tras eso sonrío alegremente.

—Otro y lo que tú quieras, bombón —dice meloso, al mismo tiempo que pasa una de sus manos por encima de mi hombro izquierdo.

—Gracias, Dani.

Llega Collins, quien coge al camarero por el brazo y lo aparta de nuestro lado, se coloca donde él estaba y me mira.

—¿Podemos hablar? —pregunta seriamente.

—No.

—Por favor, Natalia.

—Te he dicho que no —murmuro, molesta—. Ahora, hazme un favor, y lárgate.

—De verdad... —insiste J.D.—, Natalia, quiero hablar contigo.

Se mete la mano en el bolsillo del pantalón, saca una cartera negra de pie y de

esta una pequeña tarjeta blanca con letras negras. Estira el brazo, tendiéndomela, pero no la cojo, lo dejo ahí como un auténtico tonto, observándome.

—No quiero hablar contigo, ni ahora, ni en un mes, ni en un año —le espeto con una falsa sonrisa.

Me agarra del antebrazo para que me ponga de pie mientras tiene sus ojos fijos en los míos, esto parece haberle afectado más de lo que esperaba. Lucía me imita, lo mira ferozmente y está preparada para atacar en cualquier momento como la fiera que es cuando tocan lo suyo. Clavo mi mirada en la de Collins, no la aparto, tampoco digo nada, al igual que hace él. Frunce el ceño molesto, puedo ver cómo empieza a ponerse nervioso, a enfadarse poco a poco, pero... ¿por qué? ¿Qué más le da?

—Natalia, por favor... —me pide.

—¿Qué cojones te importa lo que me pase? Déjame tranquila, no quiero que me demuestres nada, ni que me cuentes historias con las que te excuses. —Suelto un soplido, me paso la mano que tengo libre por el pelo y lo miro—. Ahórratelo, de verdad.

Tras decirle eso, me suelto de su mano, le hago un gesto a Lucía para que se prepare. Cojo el bolso, busco a Dani para pagar, pero entonces se me ocurre algo mejor. Suelto un silbido para que me mire y digo:

—Dani, este nos invita a la cena.

El muchacho asiente, le guiño un ojo a Collins y nos marchamos a casa, es hora de volver y descansar, a ver si de una vez por todas puedo olvidar este día de mierda y a este hombre que me hace perder la cabeza.

—Nos vamos, nena —me dice Lucía agarrándome del brazo.

—Nos vamos.

Mi «hermanita» suelta una sonora carcajada y yo me uno a ella, nos reímos como las locas que somos, la cena nos ha salido gratis. ¡Gracias, Collins! Giro un poco la cabeza y le veo, está ahí plantado, observándonos, igual que un perrito abandonado. Por un momento, me da lástima, pero recapacito, me llevo la mano a la boca aún mirándole y antes de que nos pierda de vista, le lanzo un beso.

Cuando llego a casa, me tiro sobre la cama sin prestar atención a lo que ha ocurrido aquí entre esos dos. Me descalzo sin mover un dedo, usando únicamente los pies. Me abrazo a la almohada, quiero dormir, necesito hacerlo. Estoy a punto de quedarme frita cuando siento cómo alguien me zarandea, para que no lo haga.

—Pequeña, levanta —me pide Lucía.

—No... quiero dormir.

—Levanta a quitarte la ropa y a ponerte el pijama.

No digo nada, estoy tan sumamente cansada que ni las a palabras me salen, tanto que apenas puedo abrir los ojos. Lucía pasa una de sus manos por mi pelo, lo acaricia lentamente hasta que se levanta, baja la persiana y cierra la ventana.

—Venga, Natalia —insiste.

—Déjame.

Me doy la vuelta, pero entonces tira de mí, por lo que acabo cayendo al suelo de espalda. Suelto un quejido, ella se agacha y me tiende la mano para ayudarme a levantar.

—Vaya golpe... —murmuro.

Ya de pie, desabrocho el botón de los pantalones y me los quito, al igual que hago con la camiseta, lo dejo todo esparcido por el suelo, ya lo recogeré mañana al levantarme. Cuando voy a ponerme el pijama me doy la vuelta y veo a mi amiga con una sonrisa algo extraña, ya la ha liado, seguro. A saber qué ha hecho. Me visto rápidamente, me deshago del sujetador, abro la cama doblando la manta y la sábana y me siento en ella, a ver qué es lo que pasa por esa cabecita loca que solo mi amiga tiene.

—¿Qué pasa? —pregunto frunciendo el ceño.

—No, nada —responde con una media sonrisa.

—Pues me voy a dormir.

No tengo ganas de estar aquí sentada, sin hacer nada, así que apago la luz y me meto en la cama, es hora de olvidarse de este día y sobre todo de Collins.

—Mañana te lo cuento —dice Lucía.

¡Maldita sea! Ahora ya no podré pegar ojo en toda la noche, aunque espero que el cansancio me venza de una vez por todas.

—Buenas noches, «hermanita» —añade.

—Buenas noches.

Cierro los ojos, pero no logro dormir, solo le veo a él, ahí plantado, viendo cómo nos vamos alejando, molesto e incluso triste.

—Joder... —bufo entre dientes.

La alarma del teléfono empieza a sonar una y otra vez, insistentemente, hasta que le doy un manotazo, y acaba cayendo al suelo. No quiero levantarme, hoy no. Alargo el brazo y le doy varias veces en la espalda a Lucía, para que despierte.

—Mmmm...

—Levántate, va.

Suelta un gruñido, se da la vuelta para mirarme, bufa y se estira como si fuera una auténtica gata, abre los ojos, parpadea varias veces, se pasa las manos sobre los párpados y me mira desconcertada.

—Ya voy —murmura.

—«Ya voy», no. Ve —le ordeno.

—Que sí —gruñe molesta.

De un salto se deshace de las mantas, sale de la cama, se pone las zapatillas y se va al comedor arrastrando los pies. Deja la puerta abierta, intento dormir sin tener que

cerrarla pero no puedo, la luz me molesta. Me levanto, enfadada, y de un portazo la cierro.

No sé cuánto tiempo he dormido, parecen haber sido horas y horas. Me siento en la cama, paso mis manos por el pelo, y vuelvo a hacerme el moño que antes lo sujetaba. Cuando salgo al comedor, me encuentro a Joel desayunando, zampándose una tostada enorme untada con *Nocilla*.

—¿Dónde está Lucía?

—En el *Jubilee*, ha dejado una nota ahí. —Señala la cocina.

Voy hacia allí y, efectivamente, sobre la encimera está la nota que nos ha dejado. La cojo, abro la nevera, saco la leche, busco una taza en la que calentarla y otra para tomármela. La meto en el microondas, abro la nota y leo: «*Ya me voy al Jubilee, te espero allí, vente cuando puedas. Joel, limpia*». Al final del todo hay una hora apuntada: las nueve y media. Miro el reloj que hay en el comedor y veo que no ha pasado más de media hora desde que se ha ido.

—¿La has visto salir?

—No, me he despertado justamente cuando se ha ido.

—¿Y Nadia?

Suelta una sonora carcajada, se pasa las manos por su despeinado tupé dejando que varios mechones rebeldes vayan a cualquier lado y sonrío pícaramente.

—Se ha ido hace poco. —Su sonrisa no se desvanece, sigue ahí.

—Me alegro de que os fuera tan bien.

Cuando quiero seguir hablando, el ruido del microondas me alerta. Corro hacia la cocina, de nuevo, abro la puertecilla, la leche se ha calentado demasiado y se ha salido de la taza.

—Perfecto —mascullo entre dientes.

Pongo café y azúcar, vierto la leche y limpio lo que ha caído en el platillo de cristal.

—¿Te vas a ir? —me pregunta Joel.

—Tal vez, ¿por qué? —le contesto alzando una de mis cejas.

—Había pensado en invitar a Nadia a comer.

—Sí, a comer. —Le doy un sorbo al ardiente café—. Seguro.

Sabe que no va a colármela así como así, vaya excusa... comer. Le doy un trago de nuevo, este me parece aún más caliente que el anterior.

—¡Joder! ¡Cómo quema! —lo lleno con un poco de leche fría y digo—. No tardaré en irme.

—Gracias.

—¿«Gracias»? Ya me devolverás el favor, porque aguantar todo el día a Lucía...

Esta vez empieza a reírse como un loco y yo igual, no puedo evitarlo, ambos sabemos que tengo razón. Acabo de tomarme lo que he preparado, paso junto a Joel,

revuelvo su pelo rubio alborotado y veo cómo sonrío.

—Voy a ducharme, no entres —le pido—. Si lo haces, te dejo sin descendencia —le advierto.

Mi amigo abre los ojos exageradamente, pero no tarda en volver a sonreír, juguetón, retándome. Le lanzo una de mis miradas y todo eso desaparece, su rostro se vuelve serio dejando que su boca cree una línea recta.

—¿*Capisci, bello?* —le digo, como si fuera una mafiosa italiana.

Capítulo 6

Me visto, pongo mi chaqueta, y cojo el casco, me acerco a Joel, quien ha acabado de ducharse, le paso las manos sobre el vendaje que tiene que llevar en el pecho y encima de las costillas. Le abrazo levemente intentando no hacerle daño, aún no está recuperado al cien por cien.

—Pásalo bien —comento y tras eso le beso en el brazo.

—Eso haré —me asegura, ahora es él quien me besa en la frente y sonrío.

Paso al comedor, cojo el bolso y me voy, es hora de ir a ayudar a Lucía al *Jubilee*, aunque realmente podría estar meses en casa y aun así ella no habría trabajado tanto como lo he hecho yo desde que abrimos. Me detengo delante del ascensor, parece que va a tardar en llegar, así que decido ir por las escaleras, de repente escucho como las puertas se abren, «¡a buenas horas mangas verdes!». Salgo rápidamente de la portería y desde aquí veo aparcada en la acera de enfrente mi bonita y pequeña moto.

Voy a cruzar la carretera y veo un coche que aparca delante de mi pequeña preciosidad. Acaba golpeándola con la parte trasera de este, la moto cae al suelo.

—¡Pero serás capullo! —Grito a la vez que corro hacia ella y le golpeo el cristal trasero del coche con el casco—. ¡Maldita sea!

Intento levantarla, apenas puedo con ella, pero cuando ya la tengo en pie, le pongo la pata y me doy cuenta de que el retrovisor se ha partido.

—Joder... —siseo entre dientes—. ¡Imbécil! —grito.

Todo el mundo se gira a mirarme, ninguno aparta la mirada de mí, la gran mayoría permanecen en silencio, otros cuchichean, pero no es hasta que se abre la puerta cuando las mujeres empiezan a hablar aún más que antes, ¿quién es? Ladeo un poco la cabeza, entonces le veo.

—No me jodas —murmuro—. ¿Otra vez tú?

—Natalia...

—Vas a pagarme la reparación —afirmo a la vez que voy hacia él—. Como no lo hagas, te denuncio —le advierto mientras le golpeo el hombro con el dedo índice—. Y como no arranque... ¡te enteras!

Vuelvo a donde está, la aguanto como puedo, meto la llave en el contacto y la giro, pero no ocurre nada, parece haber muerto. Lo intento de nuevo una y otra vez, aunque en cada una de estas la frustración aumenta considerablemente.

—Collins —gruño.

—Lo pagaré, tranquila, lo haré.

—¡Yo estoy muy tranquila! —trino perdiendo los nervios—. ¡Más te vale llamar ahora mismo a la grúa! —alzo la voz tanto que casi grito.

Del bolsillo del pantalón de su traje negro, saca un gran *Smartphone*, teclea algo varias veces y después se lo lleva a la oreja; todo lo hace sin apenas apartar la mirada

de mí. La gente que antes nos observaba, ahora se marcha y empiezan a circular, ya no están ahí plantados viendo lo que está pasando. Busco el móvil en el interior de mi bolso, cuando lo encuentro, decido llamar a Lucía.

—¿Qué pasa, guapa? —pregunta al descolgar.

—He tenido un pequeño percance, por llamarlo de alguna manera.

—¿Un «percance»? —pregunta.

—Collins.

—¿«Collins»? ¿Cómo que «Collins»? ¿Has hablado con él? ¿Qué te ha dicho? ¡Yo no he sido!

—¿Qué dices? —le pregunto extrañada.

—Nada, nada... ¿Qué ha pasado?

—Se me ha jodido la moto por su culpa —le resumo—. En un rato estaré allí y me cuentas de qué estabas hablando.

—Perfecto.

—Nos vemos luego, pequeña —me despido cariñosamente.

Collins no deja de observarme con detenimiento de arriba abajo, con esos hermosos ojos que tiene y que son inconfundibles. Acaba de hablar con los de su seguro, quienes pagarán los daños que haya sufrido mi pequeña.

—Oye...

—Cuando esté todo arreglado pásate por el *Jubilee* —le interrumpo.

Cuando voy a darme la vuelta para irme a la cafetería, me coge de la mano, ¡vaya costumbre tiene! Le miro molesta, fijando mis ojos en los suyos, tira de mí sin que pueda impedirlo, coloca la mano que tiene libre sobre mi rostro y acaba uniéndonos en un dulce y delicado beso. Cuando nos separamos, me quedo pasmada sin apartar los ojos de él, hasta que empiezo a razonar y vuelvo en mí.

—¿Pero qué demonios te crees que estás haciendo? —grito.

Mi cuerpo reacciona solo, doy un paso hacia atrás, alzo la mano y le doy un sonoro bofetón que le deja la mejilla rojiza.

—Natalia, yo...

—Me voy —concluyo sin más.

Empiezo a caminar en dirección a la cafetería, puedo escuchar cómo viene detrás de mí con pasos sonoros y fuertes.

—Natalia —me llama.

No le hago caso, sigo andando probando a ir cada vez más y más rápido, pero de nada me sirve ya que acaba por alcanzarme.

—Por favor, Natalia —me pide—. Deja que te lo explique.

Suelto un bufido, vaya hombre más cabezón, no hay quien le haga cambiar de opinión, es imposible que deje un tema de lado cuando se le pone «entre ceja y ceja». Doy media vuelta, y le miro.

—Collins, lo siento, de verdad —me disculpo—. Eres de esos hombres que llaman la atención y mucho, sobre todo a mí, pero... es que, no puedo... —Un nudo,

creado por los nervios que siento, nace en la boca de mi estómago— no puedo —sentencio.

—Joder —dice.

—¡Uy! Si el *fisno* ha dicho un taco —le espeto, tapándome la boca con una mano.

Él, inevitablemente, suelta una sonora carcajada dejándome ver su bonita sonrisa y esa blanca dentadura que tiene.

—Vaya, si sabes reírte... —comento sarcástica.

—Sé hacer muchas cosas.

Abro los ojos como platos, atontada por lo que me acaba de decir. No sé si es que yo soy una mal pensada, o es que él ha querido decirlo así para que piense mil cosas... Carraspeo, siento que mis mejillas se tornan rojizas, me he quedado en blanco, igual que en muchas otras ocasiones. No puedo apartar la mirada de él, algo en mí necesita observarle, fijarme en cada una de las prendas que le visten, con ese pelo oscuro repeinado hacia atrás a modo de tupé, parece un pijo... Esos ojos verdes tan hermosos como las mejores esmeraldas encontradas jamás, esa nariz perfecta, esos labios rosados y carnosos. ¡Mmmm! ¿Cómo resistirse a un hombre así? ¡Madre del amor hermoso! Si ya lo decía yo, este Collins va a hacer que acabe perdiendo la cabeza.

—Deja... —comienzo a hablar, entonces me doy cuenta de que estamos más cerca de lo que creía, mucho más.

Collins da un paso hacia delante, posa sus manos a ambos lados de mi cintura, espera a que siga hablando pero las palabras no me salen, ahora mismo estoy de piedra. Al ver que no reacciono, acerca su rostro al mío y me vuelve a besar dulcemente. Cuando se separa de mí, carraspeo, ¿qué se supone que debo hacer ahora?

—Pásate por el *Jubilee* cuando arregles eso. —Señalo la moto, me aparto de su lado, y me marcho hacia la cafetería.

Abro la puerta; Lucía me mira desde detrás de la barra, seguro que ella ya me había visto a través del ventanal. Entro al almacén sin decirle nada, dejo el casco y el bolso, me quito la chaqueta, la cuelgo del gancho que hay tras la puerta, con la goma que llevo siempre en la muñeca me recojo el pelo y salgo a la sala. Mi amiga permanece callada, sigue observándome hasta que me siento en uno de los taburetes que hay frente a ella.

—¿Cómo ha ido? —pregunta.

—Sin comentarios.

Se pasa las manos por las dos trencitas que se ha hecho, le da un sorbo al vaso de agua que se ha servido y suelta un suspiro.

—¿Qué decías antes? —menciono haciendo referencia a las preguntas que me había hecho cuando la he llamado.

—Ah... nada, tranquila.

—De eso nada monada, ahora mismo me vas a explicar de qué puñetas hablabas y

qué es lo que has hecho.

—Bueno, yo... —Comienza sin saber cómo continuar—. Lo he hecho por tu bien.

—¿Por «mi bien»? ¿El qué?

—Hablar con Collins, cogí su tarjeta anoche —me explica—. Esta mañana le he llamado.

Frunzo el ceño molesta, ¿se puede saber quién demonios le ha dado permiso para decidir por mí? ¿Por qué ha tenido que entrometerse? Suelto un bufido, me paso las manos por la cara y la miro, enfadada.

—¿Por qué?

—Porque te gusta, lo he visto en tu mirada, Nat —contesta preocupada—. No puedo dejar que esto se quede así, nena.

—Pero es que esa no es decisión tuya.

Estoy muy enfadada, más de lo que esperaba estarlo, pero no puedo culparla, ni hablarle mal, es mi «hermanita», no ha hecho más que buscar mi felicidad, lo sé...

—Nati... lo siento, pero debía hacerlo —se disculpa sinceramente.

—Esta me la vas a pagar —aseguro entre dientes—. Me ha... Mm... Me ha besado.

—¿¡Cómo!?! —exclama en voz alta.

Cuando voy a continuar explicándole lo que ha pasado, aparece una pareja, Lucía me tiende mi delantal corto, mi libreta y un bolígrafo. Me lo coloco y guardo lo que me ha dado en el bolsillo que llevo.

—Buenos días —saludo con una amplia sonrisa, mientras acabo de anudarme las cintas en la parte baja de mi espalda.

Pasan a la sala y se sientan junto al enorme ventanal, dejando que los rayos del sol les acaricie la piel. Me acerco a ellos lentamente, viendo si el resto de clientes están bien atendidos o les falta algo, pero no, todo está perfecto.

—Buenos días —repito cuando llego a donde se encuentran—. ¿Ya saben qué van a tomar?

—No, aún no —contestan los dos al unísono.

—Muy bien, vendré dentro de unos minutos.

Vuelvo de nuevo junto a la barra, mi amiga sigue sin entender nada de lo que le he dicho, tiene los ojos abiertos como platos, está completamente atontada.

—Pero, pero, pero... ¡Pero! —Esto último lo dice alzando aún más la voz.

—Eso mismo digo yo... Collins va a hacer que pierda la cabeza.

—Y eso que solo os estáis conociendo...

—Pues ya ves..., y todo es por tu culpa. —Entrecierro los ojos mientras la miro.

Cinco minutos después, me dirijo hacia la mesa, están hablando entre ellos, animadamente, mientras deciden qué tomar.

—¿Ahora ya sí? —pregunto.

—Sí —contesta la chica, sonriente.

—Muy bien, decidme.

—Yo quiero un suizo —dice ella.

—Yo un café con leche normal.

—¡Marchando!

Acabo de apuntar lo que me han pedido, voy hacia la barra y le paso la nota a mi amiga quien se encarga de prepararlo todo sobre una de las bandejas para que luego pueda ir yo a servirlo.

—Ahora mismo lo preparo.

—¿Hay cruasanes y demás?

—Creo que no quedan...

Una muchacha pelirroja, vestida con unos tejanos y una camiseta blanca, entra en el *Jubilee*, no parece haber venido nunca ya que se queda asombrada nada más ver la decoración. Las paredes marrones con algunos adornos en blanco, la barra es marrón claro con algunos detalles en oscuro, y tras esta hay una pared de pizarra en la que escribimos los cafés que hacemos, pastas y ofertas que tenemos. Al entrar en la sala hay un mueble del mismo color que la barra lleno de cajas antiguas de té y café, y sobre esta, un bonito reloj de madera también del mismo color algo desgastada en los bordes, tiene algunos dibujos y los números en un tono más oscuro. En el centro hay una redonda del mismo color, dentro de ella pone: Londres. Las agujas son de metal forjado delicadas y elegantes. Recuerdo perfectamente cuando lo, ¡me encanta! Cuando lo vi en la tienda, fue amor a primera vista.

—Eh... —llama la chica, aún mirándolo todo—. Buenos días.

—Buenos días y bienvenida al *Jubilee*.

—Muchas gracias —responde con una tímida sonrisa.

—No eres de por aquí, ¿no?

—¿Tanto se me nota?

—Tal vez. —Suelto una carcajada.

—He venido desde Barcelona para ver vuestra cafetería.

—¿En serio?

La chica asiente una y otra vez, ¡vaya sorpresa! ¿Desde Barcelona? Sí, sí, algo debemos hacer bien, porque si no, aquí no vendría nadie. No deja de observarlo todo, es sorprendente que haya venido aquí solo para vernos.

—¿Solo has venido a para ver nuestra cafetería?

—Sí, unos amigos de aquí me hablaron genial y tenía que venir.

—Vaya... es sorprendente, me alegro —le digo aún asombrada—. Pasa, adelante, tenemos dos salas, una biblioteca en la que puedes merendar si quieres y la sala normal, así que... tú misma, ahora iré a atenderte.

—Muchas gracias.

—A ti.

—Por cierto, soy María.

—Natalia.

—¡Y yo Lucía! —dice en voz alta mi amiga, quien nos observa desde el otro lado de la barra.

Los cafés para la pareja ya están preparados, así que mientras María va a inspeccionar un poco y decide dónde sentarse, cojo la bandeja y me dirijo hacia ellos para servirlos.

—Aquí tenéis. —Los dejo frente a cada uno.

—¡Vaya café! —dice ella.

—Espero que lo disfrutes mucho.

—¡Y tanto!

Recojo las tazas que hay en una de las mesas, los clientes ya se marchan y van a pagarle a Lucía. Limpio bien la mesa para que no quede nada, dejo en la barra la bandeja en la que llevaba las tazas y voy hacia donde se encuentra María, ha decidido colocarse bajo el gran reloj, parece gustarle.

—¿Qué quieres tomar?

—Por ahí he visto un café con nata que tenía muy buena pinta —explica, mirando hacia la mesa que acabo de servir.

—Un suizo.

—Eso mismo.

Le sonrío, lo escribo en mi blog de notas y rápidamente le paso la nota a Lucía, quien lo prepara mientras yo recojo las tazas que aún están sobre la bandeja, las coloco en el lavavajillas, aún faltan algunas para ponerlo, pero bueno.

Entro al «almacén», si es que se le puede llamar así, ya que tiene dos salas: una en la que almacenamos los productos y otra en la que nos encargamos de hacer todas las pastas, bizcochos y cruasanes que vendemos. Cuando mi «hermanita» ya lo tiene todo preparado, se lo llevo a María, le pregunto que si quiere algo para comer, pero me dice que no. Como no hay nada más que hacer, ni clientes a los que atender, me meto en el «almacén», ¡toca hacer magdalenas!

Mezclo todos los ingredientes en una fuente de cristal: chocolate, aceite, huevos, azúcar, levadura, harina... Hago que la masa sea uniforme, lo remuevo bien para que no quede ningún grumo de harina. Cojo la bandeja que va en el horno y voy colocando en ella los pequeños moldes de papel. Con una cuchara los relleno, despacio. En algunos, pongo pequeños trozos de chocolate en la base, así este se deshará un poco, pero no lo suficiente como para que quede casi líquido, cuando la gente le dé un mordisco lo notarán. En el momento en el que están todos llenos, seguidamente los meto, ahora toca esperar media hora o veinte minutos. Mientras, hago una cobertura de chocolate blanco y coco, ¡quedarán deliciosas!

—¡Madre mía! ¡Qué bien huele! —dice Lucía desde la puerta.

—Pues para ti no hay —afirmo girándome y sacándole la lengua.

—¡Eso no es justo!

—¡Por lo de Collins! —gruño.

—Está bien —claudica enfurruñada.

El día pasa rápido lleno de trabajo con muchos clientes y demás. Las magdalenas que he hecho esta mañana han desaparecido, por no decir volatilizado, estoy segura de que cuando no la veía, Lucía, se ha ido zampando alguna que otra. Queda poco para el cierre, algo más de una hora, apenas quedan clientes, ¡normal! Son las siete y media de la tarde, si por mí fuera estaría tumbada en el sofá leyendo.

Limpio algunas mesas que faltan por recoger, coloco los platillos y las tazas en una bandeja, paso el trapo y luego la seco. Cuando me giro, veo a Collins aparcando frente a la cafetería, sale del coche y entra en el *Jubilee*.

—Buenas tardes —saluda cuando traspasa la puerta.

Mi cuerpo se detiene, no se mueve, deja de responder haciendo que sea él quien se acerque a mí, y eso hace. Viene hacia donde me encuentro. Cuando me ve, una hermosa sonrisa se dibuja en sus labios.

—Buenas noches —digo—. Tardes, quería decir tardes... —intento rectificar—. ¿Has arreglado lo de la moto? —Pruebo a parecer algo más seria y no la tonta que he sido segundos atrás.

—Responderé a todo lo que quieras si vienes a cenar conmigo esta noche.

—¿Cenar? ¿Contigo? ¿Perdona?

Lucía aparece en el momento menos indicado, y como no, tiene que meterse, con lo que a ella le gusta entrometerse en vidas ajenas...

—Sí, irá a cenar contigo —afirma ella—. Pasa a buscarla a las nueve y media, estará lista.

La aparto a un lado y le lanzo una de mis miradas asesinas, ¿se puede saber qué demonios está haciendo? ¿Se le ha ido la cabeza? ¡A esta la mato!

—Oh, no —niego seriamente—. Eso sí que no —le aseguro.

—Muy bien, a las nueve y media te paso a buscar —contesta Collins con una amplia sonrisa.

Antes de irse le dice algo a Lucía aunque no logro escucharlo, tras eso, me da un beso en la mejilla.

—Pero... ¿qué? ¡Si hombre! ¡Pues irás a cenar solo!

Collins se marcha sin apenas escucharme, o tal vez sí que lo haya hecho y simplemente se ha ido para no hacerme caso. Ha dado por válido lo que Lucía le ha dicho. ¿Qué pasa? ¿Yo aquí «ni pincho ni corto»? ¿O qué? Suelto un bufido, ¡no puedo con estos dos!, como aprendan a llevarse bien mis días como persona acabarán y me convertiré en un maldito objeto al que manejar.

—¿Pero qué te crees que haces? —le grito a Lucía cuando ya no hay nadie.

—Vamos, lo pasarás bien.

—¿Crees que tienes derecho a decidir por mí? ¡No! ¡Anda ya! —le espeto enfadada.

Entro al cuartillo, cojo mi bolso, el casco de la moto y antes de salir voy desanudándome el delantal, me lo quito y lo dejo sobre la barra echa una furia.

—Me voy —digo sin más.

—Nat, por favor —me pide preocupada.

—Déjame, ¿vale?

No le doy tiempo para que pueda contestar, me marchó, no tengo ganas de estar aquí, ahora mismo estoy demasiado enfadada como para quedarme, si lo hiciera la cosa acabaría más que mal.

Abro la puerta de casa aunque antes doy un par de golpes en ella, es posible que me encuentre algo que no quiero ver por nada del mundo. La entreabro y paso la cabeza por el pequeño hueco, puedo escuchar la televisión; entro en el piso y me encuentro a Joel en el sofá comiendo palomitas mientras ve *Juego de Tronos*, una serie que le encanta.

—¿Qué haces aquí tan pronto? —me pregunta sorprendido.

—He dejado a Lucía cerrando —explico evitando el tema—. Esta noche salgo a cenar.

—¿A cenar? ¿Tú? —dice extrañado.

—Sí.

—¿Con quién? Si se puede saber, claro está.

—Con Collins —contesto mientras dejo todas mis cosas en el recibidor y voy hacia mi habitación.

Cojo el pijama de Lucía y lo dejo sobre el sofá, ¡que empiece la semana de castigo! Se arrepentirá de haberme tendido esta trampa. Abro el pequeño cajón de la ropa interior, cojo una muda limpia, me acerco al armario y rebusco en él, ¿qué me pongo? ¡No tengo nada que ponerme! Miro bien en los cajones y acabo optando por una falda blanca de rayas negras, un *body* y unas medias negras, no muy tupidas.

Cuando salgo de la habitación, me planto delante de Joel, entre la televisión y él, alzo la ropa que he elegido e intento colocarlo todo en su sitio.

—¿Qué te parece?

—Si ese tal Collins no se te ha tirado ya encima para devorarte, hoy lo hará. —Me guiña un ojo—. Ahora, aparta, por favor.

—Ya te vale —le digo a la vez que cojo un cojín y se lo tiro a la cabeza—. Bueno, gracias.

Es el momento de meterse en la ducha, deshacerse de esta mala sensación que sigo teniendo en el cuerpo y de arreglarse para esta noche.

Capítulo 7

El timbre de la portería suena un par de veces haciendo que un enorme nudo se cree en mi estómago, las manos empiezan a temblarme y un horroroso sudor frío me recorre la espalda. Acabo de ponerme mis zapatos nuevos, y digo «nuevos» porque solo me los he puesto en una ocasión. Son rojos con la puntera redondeada, algo de plataforma y tacón, ¡son completamente adorables!

Me levanto, paseo por la habitación muerta de los nervios, mis manos no paran quietas, ¡agh! Me va a dar un ataque al corazón. Escucho cómo Lucía va a coger el telefonillo, el cual acaba escapándosele de las manos y chocando contra la pared. Voy frente al espejo que hay en la habitación mientras la escucho hablar.

—Ahora mismo la aviso.

Suelto un bufido, me paso las manos por el pelo, los brazos y acabo en los hombros, me los masajeo levemente, me siento en la cama y es entonces cuando la puerta se abre, tras ella aparece mi amiga con cara de cachorrillo triste, apenada e incluso angustiada. Hace una mueca, algo parecido a una media sonrisa.

—Ya ha llegado Collins —anuncia.

—Vale —digo tajantemente.

—Oye... —comienza a hablar.

Acaba de abrir la puerta, se sienta junto a mí, posa una de sus manos sobre una de mis rodillas y suelta un profundo suspiro.

—Lo siento, de verdad —se disculpa—. No puedo dejar que sigas enfadada conmigo, nena. —Su voz acaba quebrándose y desapareciendo—. Joder... ¡Que no puedes seguir así!

No digo nada, clavo la vista en el suelo o más bien en mis zapatos. Ladeo la cabeza, tiene los ojos enrojecidos y llenos de lágrimas que luchan por salir. La abrazo con fuerza al mismo tiempo que siento cómo los míos también empiezan a inundarse poco a poco.

—Lo siento —murmura.

—Yo también, no me llores, anda.

—Te prometo que no lo volveré a hacer.

—No lo prometas —le digo—. No vas a poder cumplirlo... te conozco.

Entre risas y llantos, termina por sonreír levemente, suelta una sonora carcajada y me abraza aún más fuerte que antes.

—Tienes razón.

—Sí, ¿verdad? —aseguro cuando nos separamos.

Paso uno de mis dedos por debajo del ojo recogiendo una pequeña gota que luchaba por escaparse y arruinarme el maquillaje, no quiero acabar como un cuadro aunque tampoco llevo gran cosa.

—Será mejor que bajes o se irá.

—Que se vaya, no le necesito para poder seguir con mi vida, a ti sí.

Rompe a llorar como una niña pequeña, estoy más que segura de que no puede evitarlo, aunque no es de tristeza sino de alegría por lo que le he dicho.

—Venga va... —me insta mientras se pone en pie.

Me tiende la mano para que me levante con ella, y así pueda marcharme con Collins. Cuando lo hago, me vuelve a abrazar, en ese momento nuestras almas se convierten en una sola, vuelven a estar igual de unidas que siempre.

—No digas que te daría igual que se marchara porque si realmente fuera así, no te habrías puesto tan guapa, aunque la verdad sea dicha... siempre lo estás.

—Te lo parezco porque tú «me miras con buenos ojos».

—Yo te miro cómo y cuando quieras, guapa.

—Lo sé, preciosa. —Le guiño un ojo.

—Si el estirado de Collins no te hace caso esta noche... tranquila que aquí estaré.

—Aquí no, nena. —Abro la puerta y salgo al salón—. Allí en el sofá. —Le doy varios golpecitos al cojín.

Sin decir nada más, cojo el bolso, guardo en él las llaves, el teléfono y un pequeño frasco de mi colonia. Abro la puerta, les lanzo una última mirada y salgo del piso. Me froto las manos entre sí, alzo una de ellas y veo que tiembla, ¡estoy cómo para robar panderetas! ¡Madre mía!, ¿esto es lo que provoca Collins en mí? Y eso que es solo el principio, o eso creo.

Pulso el botón del ascensor, está en la quinta planta, aún tiene que bajar, podría ir por las escaleras pero tal y como me encuentro es una misión suicida; sería capaz de caerme de bruces contra el suelo. Cuando llega entro en él y me miro en el espejo que hay frente a mí. Vaya desastre, no debería haberme puesto esto, tendría que haberme vestido con unos tejanos y arreando.

Al llegar a la planta baja salgo del ascensor, me detengo, cientos de preguntas golpean mi mente, ¿y si no le gusta? ¿Y si se decepciona? Y muchas más. Pero... ¿qué puñetas me importa a mí eso? Yo quiero saber qué ha pasado con mi moto, así que será mejor que deje de pensar en estas tonterías, si le gusta bien y si no, que no mire. Suelto un bufido, me remeto bien el *body* que se me había subido, estiro la falda y me quedo en la puerta.

Es entonces cuando le veo, ahí está, apoyado contra la puerta del copiloto esperando mi llegada. Salgo de la portería, doy varios pasos, y cuando se da cuenta de que ya estoy fuera, viene rápidamente. Me fijo en él, ¡va tan guapo! Bueno, en realidad, ¿cuándo no va guapo? Este hombre es completamente irresistible. Va vestido con unos tejanos claros algo desgastados, se ha puesto una camisa blanca de la cual ha desabrochado alguno de los botones y sobre esta lleva una americana de color azul marino.

—Buenas noches, Natalia —saluda con su profunda voz a la vez que me mira de arriba abajo—. Estás preciosa. —El deje inglés de sus palabras me envuelve y hace

que mis mejillas acaben por sonrojarse.

—Gracias —murmuro cohibida—. Buenas noches.

Se acaba de acercarse a donde me encuentro, me toma por la cintura y me besa en ambas mejillas. Me quedo quieta, siento que mis piernas van a quedarse sin fuerza, ¡madre mía! Voy a matar a Lucía... Entonces, algo me saca de mi pensamiento psicópata y hace que me quede con el delicioso olor que siempre le acompaña, ¿qué colonia usará?

—¿Vamos? —pregunta con una radiante sonrisa.

—¿A dónde vamos?

—Ya lo verás.

No me gustan las sorpresas y aún menos si tengo que ir con alguien en el coche, sobre todo si no lo conozco del todo, este hombre podría ser un psicópata, podría raptarme y hacer cualquier cosa. Antes de que pueda darme media vuelta y escapar, me coge de la mano y tira de ella para que vaya con él hacia el vehículo. Ya está todo perdido, no hay marcha atrás, toda esperanza de huir se desvanece.

—Venga, vamos —me pide tirando de mí.

—Llevo tacones, así que relájate, guapete.

—Tenemos que ir rápido, nos están esperando.

Sin que pueda evitarlo, Collins pasa uno de sus brazos bajo mis piernas, otra tras mi espalda y me coge en volandas. Empieza a andar, rápidamente, hasta que sus ojos topan con los míos, permanecemos callados explorando nuestras almas a través de ellos. Baja su mirada hasta mis labios y se pasa la lengua por los suyos. Algo en mí empieza a gritar: ¡Peligro, peligro! Como si fuera una alarma de incendios. Él también parece escucharlo ya que carraspea y acaba por dejarme de pie otra vez.

—Mejor así —comento con un hilo de voz.

—Sí... —murmura.

Cuando llegamos frente al coche, hace que me coloque a un lado y abre la puerta del copiloto para que entre. Este Collins es todo un *fisho* y un caballero. Suelto una risilla tonta ante tal pensamiento, lo que hace que él sonría.

—Gracias —le digo mientras entro en el vehículo.

—No me las des.

Pasa el rato y aquí seguimos, en la carretera, por lo que pone en los carteles, deduzco que estamos dirigiéndonos al centro de Barcelona. Miro por la ventanilla, el cielo se ha oscurecido aunque no podemos ver las estrellas, ya que están eclipsadas por las luces de las farolas que alumbran las calles. Desde que salimos hace algo más de quince minutos, apenas hemos hablado, no sé qué decirle, realmente no debería estar aquí, tendría que estar en mi amado sofá cenando o leyendo. La música deja de sonar cuando entramos en un túnel haciendo que el incómodo silencio, que antes tapaba, ahora sea aún más notable. Collins, con la mirada fija en las líneas blancas del suelo,

carraspea.

—Me alegro de que hayas venido —susurra.

—No tenía otra opción.

Permanece callado durante unos minutos mirando los pocos coches que nos acompañan. Ladea la cabeza levemente hasta que clava su vista en mí, puedo ver cómo brillan sus ojos y cómo una media sonrisa se dibuja en sus rosados y carnosos labios.

—Lamento mucho lo ocurrido esta mañana —dice seriamente.

—Mientras lo arregles... —murmuro.

—Joder, Natalia, no seas así —me pide.

—¿«Así», cómo?

—Así. —Mueve la mano derecha de un lado a otro.

—Soy como soy, Collins.

Hace una mueca de disgusto, coge aire y acaba por soltarlo a modo de bufido.

—Llámame J.D.

—Te llamaré como yo quiera —replico a la vez que le sacó la lengua como si fuera una niña pequeña—. Collins —añado entre dientes.

La radio vuelve a sonar, deleitándonos con una maravillosa canción: *Crazy* de Aerosmith, recuerdo que solía escucharla cuando estaba en casa con mi padre. Empiezo a cantar por lo bajini, no puedo evitarlo, ¡me encanta!, miro por la ventana y me dejo llevar hasta que me doy cuenta de que esos hermosos ojos verdes me observan.

—*Then you're gone. Yeah, you drive me...* —Canta él.

—*Crazy, crazy, crazy, for you baby.* —Le sigo, entonces, dejo de cantar, y ambos sonreímos.

—No se te da nada mal —dice aún sonriente.

—Gracias... —susurro, al mismo tiempo, que siento cómo mis mejillas se enrojecen—. Tú tampoco lo haces nada mal.

—¿Debo suponer que te gusta la música?

—¡Claro! ¿A quién no le gusta la música? —contesto alzando la voz y abriendo los ojos como platos, ¡vaya pregunta!

—Hay a quien no le gusta.

—¿Y a ti? ¿Qué te gusta? —pregunto.

—¿De qué?

—De música, grupos. —Concreto.

—Pues... creo que no te lo voy a decir, ya lo irás descubriendo.

Frunzo el ceño, me observa por el rabillo del ojo, sus labios esbozan una media sonrisa, esa que hace que mis piernas tiemblen y que me parezca completamente irresistible, ¡maldito Collins!

—¿Y eso por qué? —le pregunto acercándome un poco más a él.

No dice nada, permanece callado, vuelve a clavar la mirada en la carretera y en

los coches que nos adelantan. Niega con la cabeza varias veces, ¿que no el qué? No entiendo a este hombre, cada vez me parece más y más extraño.

—Eres más raro que un perro verde, chico.

Collins suelta una sonora carcajada, al escucharme, que inunda todo el coche. Sonríe ampliamente, me mira de reajo de nuevo y se pasa las manos por su engominado tupé.

—Eres única, Natalia.

—Lo sé —murmuro—. Por eso llamo tanto tu atención —le susurro al oído.

Parece quedarse sin aliento, ha cogido aire y aún no lo ha soltado. Veo cómo aprieta los dientes dejando que así su masculina mandíbula se marque más de lo normal. Vuelve a mirarme de reajo y medio sonrío. Quien calla otorga, ¿eso es que me da la razón?

No tardamos en llegar al centro, tenía razón, al final hemos venido hasta uno de los lugares más bonitos y más agobiantes de toda Barcelona. Aparcamos en un *parking* situado a dos calles más de Plaza Catalunya, más cerca de lo que creía que lograríamos aparcar. Vamos caminando hasta la plaza aunque al final acabamos desviándonos un poco hasta llegar al inicio de *Les Rambles*, justo delante de la fuente de Canaletas.

—¿A dónde vamos?

—A cenar.

—Eso ya lo sabía —refunfuño.

—¿Quieres que demos un paseo?

—¿No nos estaban esperando?

—Hemos llegado antes de lo que pensaba.

Asiento un par de veces, ¿por qué no? Pasamos entre la gente, hasta que avanzamos un poco, ¡hay demasiado *guiiri*! Esta ciudad está siempre llena de personas de todos lados.

—¿Vas a explicarme ya cómo está mi pequeña?

—Está bien —contesta escuetamente.

Me pongo frente a él para que no pueda seguir andando, alzo la cabeza y le miro, ya que es algo más alto que yo. Él también me mira clavando sus hermosos y verdes ojos en los míos. Posa una de sus grandes manos sobre mi hombro y la otra sobre mi cadera e inconscientemente me muerdo el labio inferior. Parece que, por un instante, el tiempo se detenga, que no haya nadie a nuestro alrededor y solo existamos nosotros. Este hombre va a hacer que pierda la cabeza. Collins levanta la mano que tenía sobre mi hombro, pasa sus dedos por mis mejillas y acaba paseándolos sobre mis labios. Bajo la vista hacia ellos y luego la subo hasta sus ojos, en ellos puedo ver la lujuria y el deseo, el mismo que siento yo por este hombre.

—Co... Collins —tartamudeo.

—J.D. —Me corrige.

Me agarra con fuerza de la cintura y me acerca más a él. Siento que mi cuerpo

empieza a encenderse con su contacto, unas impresionantes ganas de besarle me gritan que lo haga, que no me resista. Coloco mis manos sobre las suyas, las levanto hasta que llegan sobre mis hombros guiándolos hasta donde quiero que estén, rápidamente lo entiende, ya que las coloca a ambos lados de mi rostro, acunándolo, y uniéndonos en un dulce y delicioso beso. Cuando nos separamos abro los ojos y me encuentro esas dos esmeraldas.

—Será mejor que vayamos a cenar, ¿no? —dice sonriente.

—Sí, claro.

Parpadeo un par de veces, cada vez me parece que lo hago más y más deprisa perpleja ante lo que acaba de ocurrir. Me coge de la mano con firmeza pero sin hacer fuerza. Me lanza una mirada, sonrío y empezamos a caminar en dirección a alguna parte, pasando entre toda la gente que hay.

—Entonces, ¿a dónde vamos? —pregunto de nuevo.

—Vamos al Emporio —responde alzando la mano que tiene libre y señalando en dirección a un bonito edificio blanco en el que hay un restaurante en la planta baja y la primera.

Tira de mí mientras yo aún sigo admirando la belleza de esta gran ciudad. No está muy lejos, en realidad está frente a nosotros, en la otra acera, por lo que llegamos pronto.

—Tenemos una reserva —dice él.

—Muy bien, adelante —asiente la joven de la entrada—. ¿A nombre de quién tiene la reserva?

—J.D. Collins.

—Muy bien, señor Collins —le contesta ella aleteando sus largas pestañas como si fueran las alas de una mariposa—. Pase.

Por lo que parece no me ha visto, ya que estoy tras Collins y ella habla en singular, me coloca a su lado y es entonces cuando se da cuenta de que estoy aquí, la muchacha carraspea.

—Pasen, por favor —rectifica mientras coge un par de cartas y va adentrándose en el restaurante.

Nada más entrar a la derecha hay una larga barra, la pared que hay tras esta tiene un montón de dibujos como si fuera una pizarra. A mano izquierda hay unas mesas altas con taburetes iguales, siguiéndola empieza el comedor, pasamos junto a la barra y cuando vamos a entrar a la sala, la camarera se detiene.

—¿Arriba?

—Sí, arriba —le contesta, guiñándole un ojo.

¿Por qué demonios tiene que guiñarle el ojo? La joven pasa primero, empieza a subir las escaleras. Cuando llegamos a la otra sala lo entiendo todo, en uno de los balcones han preparado una preciosa mesa para dos adornada con un pequeño jarrón blanco con dos rosas y separado del resto por un biombo. Sonrío como una boba encantada por lo que ha pedido que preparen. La chica hace un gesto para que

podamos pasar a la mesa, Collins me adelanta, se coloca tras la silla y la arrastra, me lanza una mirada, para que me siente y eso hago. Hace lo mismo para él, se coloca en su sitio mientras la camarera nos da una carta a cada uno.

—Vendré en unos minutos.

—Muchas gracias —dice Collins.

Miramos la carta tranquilamente, hay tantas cosas que suenan tan, tan bien que no tengo ni idea de por cual decidirme. Alzo la mirada y me encuentro directamente con la suya.

—¿Ya sabes qué quieres? —pregunto intentando distraerme.

—A ti —dice sin rodeos.

Lo miro perpleja, ¿en serio acaba de decir lo que creo que ha dicho? Pero, pero, pero... ¡Pero! ¿Este hombre se ha vuelto loco? ¡Agh!

—No, de verdad —insisto, probando a restarle hierro al asunto.

Siento que mis mejillas se vuelven a enrojecer a causa de lo que ha dicho, y él, que se da cuenta, sonrío más que triunfante, baja de nuevo la vista hacia la carta y sigue a lo suyo como si no hubiera pasado nada.

—Aún no lo sé —contesta con la vista clavada—. ¿Y tú?

—Yo... ehm... Creo que unos espaguetis al *pesto*, tienen que estar muy buenos, todo lo que hay aquí parece delicioso.

—Buena elección.

—¿Los has probado?

—Los de aquí no, en otro restaurante sí; están buenos.

Asiento, espero que me gusten si no..., tendré que comérmelos o llevármelos a casa, seguro que Lucía se los zampa, ella con tal de comer... La chica no tarda en llegar, justo a tiempo de que nos hayamos decidido.

—¿Ya están?

—Sí —contesto tajante.

—¿Qué quieren tomar?

—Yo unos ravioli *funghi* y para beber una copa de vino.

¿*Funghi*? ¿Qué demonios es eso? ¿Y vino? Este es más *fisno* de lo que esperaba y yo que me iba a pedir un *Nestea*... Al final tendré que pedir otra cosa.

—¿Y usted? —me pregunta.

—Unos espaguetis al *pesto* y un agua.

Cuando se marcha de nuevo, Collins saca su teléfono móvil, ¡qué mal educado! No dice nada, permanece en silencio mientras lo mira hasta que le llaman, la pantalla se ilumina y en ella puedo ver un nombre: Laura, ¿quién es Laura? ¿Será la chica de la otra noche?

—Ahora vengo.

Se pone en pie, coge el teléfono y se marcha a saber dónde, puede ser lo fino que quiera pero educación tiene poca, ¿es que no sabe que estando en la mesa no se tiene que coger el móvil? Si lo viera mi abuela le daría un collejón que se le saldrían hasta

los ojos. Suelto un bufido, saco el mío y cuando voy a enviarle un mensaje a Lucía, me doy cuenta de que ha sido ella quien lo ha hecho antes.

—¿Cómo va?

—Bueno... más o menos, hace nada que hemos llegado, aunque bueno... ya ha desaparecido, le ha llamado la «asquerosa» de la otra noche.

—¿Cómo sabes que es ella?

—Me lo imagino.

—No te hagas mala sangre y disfruta.

—Eso intentaré.

De repente, la pantalla se vuelve completamente negra, parece que se me ha vuelto a bloquear, pero entonces aparece una fotografía de Lucía haciendo el tonto: llamada entrante.

—Dime —digo escuetamente.

—¿Cómo que «dime»? Qué rancia... Pásatelo bien, nena, disfruta de ese guapetón o iré yo a hacerlo.

Aun escuchando a mi amiga al otro lado del teléfono, ladeo la cabeza y veo cómo Collins aparece al final de la sala guardándose el móvil en el bolsillo de los pantalones y se acerca a la mesa, ha tardado poco.

—Te cuelgo, que viene —me apresuro a decir.

—¡Haz que se le caiga la baba!

Antes de que pueda decirme nada más le cuelgo, Collins se desabrocha los dos botones de su americana sentándose de nuevo en la silla.

—Lamento la interrupción —afirma con su profunda voz.

Cojo aire, si no calmo la mala leche que tengo dentro ahora mismo esto acabará siendo peor que una guerra nuclear, al final término soltando el aire a modo de soplido.

—Da igual.

Cuando va a decirme algo, aparece la camarera con el agua y el vino.

—Perdona, ¿podrías traerme mejor una copa, en vez de agua?

—Claro que sí, señorita.

—¿Vas a beber vino? —pregunta él perplejo.

—Sí, ¿por qué no? ¿A caso no puedo?

—Será un placer compartirlo contigo —asegura con una amplia sonrisa.

—Bueno... conmigo y con alguna otra —murmuro, pensando en voz alta.

—¿Has dicho algo?

La chica aparece en el momento oportuno, ¡salvada por la campana! Lleva una copa en la mano, la deja sobre la mesa, mira a Collins y le sonrío.

—No necesitamos nada más —gruño en voz baja y le sonrío tan falsamente como puedo.

—Muy bien.

La camarera abre la botella, la deja sobre la mesa, se da la vuelta y se marcha por donde ha venido, ¡bien hecho! Será mejor que no meta mucho las narices o acabaré dejándola calva.

—¿Qué es eso que has pedido?

—Son unos *ravioli* rellenos de setas y queso —explica a la vez que vierte un poco de vino en mi copa y luego en la suya.

—Está bien... —murmuro.

—¿Quieres probarlos?

¿Y ahora qué se supone que debo decirle? ¿Que sí? ¿Que no? Cojo la copa que me ha servido y le doy un trago al vino, casi acabándolo por completo. Él, asombrado, me observa. Mi cabeza empieza a pensar en cientos de cosas hasta que una simple frase se repite una y otra vez: «¡Haz que se le caiga la baba!». Lucía tiene razón, este va a acabar babeando por mí.

—Mmmm... solo si me lo das tú. —Le guiño el ojo.

¿Esta he sido yo? Vaya... ¡Hay que ponerse las pilas! Collins coge la botella de nuevo, me sirve un poco más y se toma el suyo.

—Perfecto.

—Entonces, ¿cómo ha quedado el tema de la moto?

—Bien, lo más seguro es que mañana mismo tengas en perfecto estado a tu pequeña.

—¿Cuánto te ha costado? —pregunto curiosa, a la vez que veo por el rabillo del ojo cómo un camarero nos trae unas tiras de zanahoria con algo más.

Al dejarlas en la mesa, cojo una, la meto dentro de la crema de queso azul que lleva y bajo la atenta mirada de Collins, le doy un delicado mordisco deleitándome con su sabor. Puedo ver sus ojos brillar cuando me observan, en ellos vuelve a surgir el deseo que he visto tras nuestro beso. Carraspea levemente sin apartar la mirada de mí y toma otro trago de vino.

—No lo sé, la verdad, mi seguro se ha encargado de todo.

—Bueno, mejor —digo con una sonrisa—. Esta bueno el vino. —Alzo la copa y la miro.

—La verdad es que sí —contesta alegre—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Ya lo estás haciendo.

Suelta una sonora carcajada, bebo un poco de vino mientras lo observo, parece estar pasándoselo bien.

—Otra más.

—Muy bien, adelante, a ver qué preguntas, ¿eh?

—¿Vives con Lucía? —pregunta yendo directo al grano.

—Sí, vivimos juntas desde hace un tiempo.

—Parecéis hermanas, tenéis una relación muy especial, ¿verdad?

—Sí, nos conocemos desde que teníamos tres años así que imagínate... Mucho

tiempo juntas.

—¿Y con tu «amiguito» del hospital? —murmura receloso.

—¿Joel?

Él asiente a lo que he dicho con los ojos fijos en los míos, son tan penetrantes que incluso hacen que me cohíba.

—Joel está con nosotras para que le cuidemos —musito, cojo otro bastoncillo y lo unto en el queso.

—Ajá —susurra mientras ve cómo voy comiéndome la tira de zanahoria con delicadeza.

Se muerde el labio inferior igual que había hecho yo antes, el camarero que hace unos minutos nos había traído las barritas, se acerca a nosotros con dos platos, ¡nuestra cena! Mi estómago ruje ansioso, me muero de hambre.

—¿Los ravioli? —pregunta sin apartar la vista de mí, Collins alza la mano pero el muchacho no le ve, así que carraspea. Al darse cuenta, le deja el plato delante—. Para usted los espaguetis, señorita.

El muchacho deja el plato sobre la mesa, nos sirve vino a los dos y antes de marcharse me guiña un ojo. Después de eso, desaparece entre las mesas dejándonos prácticamente a solas.

—¿Quieres? —pregunta pinchando un enorme ravioli, lo mezcla con la salsa de setas que le han echado por encima.

—Mmmm... vale —digo con una media sonrisa.

Estira el brazo hasta que el tenedor llega a la altura de mi boca, la abro un poco, me acerco y con delicadeza me llevo el trozo de pasta conmigo. Me lo como pausadamente, deleitándome con su sabor, mientras, él pincha otro trozo de pasta y acaba lamiendo el tenedor. Un fino gemido se escapa de mi interior, delatándome.

Capítulo 8

Cuando terminamos de cenar, el camarero viene a llevarse los platos, acabamos la botella de vino hasta que no queda ni una sola gota. Pensé que la cena sería aburrida y nada interesante estar aquí junto a este hombre, pero al final ha resultado ser una agradable velada. El joven que se había llevado nuestros platos, aparece de nuevo con una carta de cócteles y licores y otra de postres.

—¿Quieres tomar postre?

—Bueno —murmuro embobada.

Coge la carta, puedo ver alguna foto pero casi sin poder distinguir lo que pone o lo que son. Cuando alza la mirada de las hojas se encuentra con la mía, sonrío tímidamente, cohibida.

—¿Y de aquí? —dice alzando la de licores y cócteles.

—Solo si te tomas uno conmigo.

Suelta un falso suspiro y se pasa la mano por el pelo, pero acto seguido me deleita con una de sus hermosas y blancas sonrisas.

—¿Y luego a por un helado? —pregunta sugerente.

Me acerco un poco a él, apoyándome sobre la mesa y fijando mis ojos en los suyos una vez más.

—Perfecto —asiento imitando su tono y lamiéndome los labios.

Suelta un profundo gruñido sin apartar la mirada de la mía. Hace lo mismo que yo, se inclina sobre la mesa y acaba besándome apasionadamente. ¡Vaya, vaya! Cierro los ojos y me dejo llevar por la mezcla de sabores que hay en él: el vino, la salsa... Siento cómo mi cuerpo empieza a arder igual que una flamante hoguera. ¡Por un simple beso! Sonrío contra su boca y él lo hace contra la mía, cuando nos separamos seguimos así, atontados.

—¡Camarero! —grita alzando la mano para llamar la atención del joven.

El muchacho se acerca rápidamente con un trapo colgando del delantal.

—¿Qué van a tomar?

—Yo un *Sex on the beach* —digo adelantándome y guiñándole un ojo a Collins.

—¿Y usted, señor?

—Yo otro, por favor.

El joven se lo apunta en la libretilla que lleva y se marcha de nuevo, solo que esta vez va hacia la barra a hablar con otro camarero, el cual supongo que nos preparará la bebida.

—Así que un *Sex on the beach*, ¿eh?

—Sí, lo probé un día con Lucía y me encantó.

—Tanto como tú a mí.

—¿Qué? —pregunto sin entenderle bien.

Pero antes de que me conteste, hilo todo lo que ha dicho y siento cómo mis mejillas se encienden igual que si el mismísimo infierno ardiera en ellas. Este hombre me va a volver loca, estoy segura. Carraspeo, cojo aire y lo suelto a modo de soplido.

—¿Tú lo has probado? —pregunto intentando cambiar un poco de tema.

—¿El qué? —dice haciéndose el tonto.

—El *sex on the beach*.

—El cóctel sí, y lo otro también —explica con una pícara sonrisa dibujada en sus labios.

—Vaya —susurro.

Entonces el chico vuelve a aparecer con nuestra bebida encima de una bandeja negra, ¡salvada por la campana! He tenido suerte esta vez, ¿cómo es capaz de soltarme algo así como si nada? Y lo peor es que no es la primera vez que lo hace.

—Aquí tienen.

Nos sirve a cada uno el suyo, Collins pide que traiga la cuenta cuando vea que ya nos los hemos terminado. Le doy un sorbo a mi bebida, ¡qué bueno está! Me encanta, cada vez que lo tomo me acuerdo de Lucía, de aquella noche juntas vestidas con aquellos preciosos vestidos azules, o de cuando abrí la puerta de casa a medio vestir, con solo las medias puestas y ella quiso tirarse encima de mí, estaba tan adorable y guapa como siempre. Sonrío, no puedo evitarlo, aquella fue una gran noche y esta también lo será o eso espero. Collins le da un largo trago, vaya..., parece sediento. Pongo una de mis manos en medio de la mesa, él que lo ve, coloca una de las suyas sobre la mía al mismo tiempo que va haciendo pequeños círculos en ella con el pulgar.

—Está bueno —digo lamiéndome los labios.

Él intenta reprimir un delicado gemido que se le escapa solo de verme, vuelve a hacerlo, me muerdo el labio inferior deseando que sea él quien lo muerda y lo bese. Doy otro sorbito al cóctel, dejo que pasee por mi boca para que permanezca su sabor.

—Sí, está muy bueno, a ver así... —insinúa, inclinándose de nuevo sobre la mesa y besándome—. Delicioso.

—Más que eso —aseguro embobada.

¿Ahora que se supone que debo decir? Ni las palabras son capaces de salirme, ¿desde cuándo existe esta Natalia? Yo no soy así, no soy una pánfila que se queda en babia cada vez que le dan un beso, o que no es capaz de reaccionar a esos dardos que no deja de lanzar. Cojo el vaso con una mano y sorbo de la pajita que nos han puesto.

No sé ni de qué hablar, este hombre hace que me quede sin palabras, que mi mente se quede en blanco, y mi cuerpo tiemble en cuanto le veo, ¿por qué? Su mano sigue encima de la mía, acariciándola y dándole el cariño que él parece no atreverse a darme.

—Hace una buena noche —digo sin saber muy bien qué decir.

—Sí, la verdad es que sí.

Asiento un par de veces, sin hacer mucho caso.

—Me alegro mucho de que estés aquí.

—Bueno, no me habéis dejado más opción. —Suelto una carcajada.

—Podrías haberte quedado en casa, solo con no bajar..., pero has decidido venir, ¿por qué?

—Quería saber cómo está mi moto, simplemente eso.

—¿Solo eso?

¡Mierda! Sabe tan bien como yo que no solo he venido por eso, sino porque quería poder pasar un rato con él. Si no fuera así, no me habría puesto de los nervios, ni habría sufrido por saber qué ponerme, ni habría dejado que me besara. Claro que no había sido solo por la moto pero no voy a admitirlo, ¡eso nunca! No dejaré que gane esta pequeña batalla que se libra entre nosotros.

—Tal vez.

«¡¿Pero que se supone que haces?!», me grita una miniyó, sabiendo que no debería haber dicho eso.

—Pues me alegro mucho de que lo hayas hecho, tenía ganas de conocerte más, si es que se le puede llamar así.

—Yo también.

«¿Cómo que yo también? ¿Pero tú estás loca?». Sigue gritando como una histérica y con razón, cada vez voy metiendo más y más la pata. Bajo la vista hacia mi vaso, todavía me queda la mitad, al contrario que a él que ya casi lo tiene acabado. Le doy un trago bien largo para que no tenga que esperar, me lo tomo de golpe y algo me dice que esto no ha sido para nada una buena idea.

—Hace tiempo bajé a Barcelona y fui a una heladería en la que los helados estaban deliciosos, se llama *Gelaati!*, hay muchísimos sabores y todos están buenísimos —dice alegre, y puedo ver que sus ojos brillan—. No está muy lejos de aquí, en la Plaza Sant Jaume, ¿sabes cuál es?

—Sí, creo que sí que he ido alguna vez, estoy segura de que con el colegio pasé por ahí hace bastantes años.

—Podríamos ir si te parece bien y te apetece.

—Sí, claro, estaré encantada de probarlos.

—Perfecto.

Él se termina la bebida y yo hago lo mismo aunque tardo un poco más, mientras, le lanza una mirada al camarero, quien se ha percatado y ya va a la caja para hacernos la cuenta. Me echo un poco hacia atrás aún sentada en la silla y me pongo en pie. La cabeza me da vueltas, ¿tanto he bebido? Hace mucho tiempo desde que me tomé la última copa supongo que no estoy del todo acostumbrada.

Collins me mira y me tiende la mano, no sé si es que solo quiere ser caballeroso o se ha dado cuenta de mi estado. Me agarro con fuerza a su brazo para no caerme por las escaleras, en vez de bajar él, primero, me ayuda a que vaya a su lado. Ladeo un poco la cabeza y veo cómo esboza una media sonrisa, ¡es completamente irresistible! ¿Cuándo un hombre así ha hecho caso a una chica como yo?

—Ten cuidado, no vayas a caerte —dice tiernamente.

—Sí, sí —intento autoconvencerme de que estoy bien, pero no surge el efecto que esperaba.

El muchacho que nos ha servido antes, nos espera en la planta baja, casi en la salida con una pequeña bandeja en las manos. Cuando nos ve, mueve la cabeza como diciéndonos que ya está todo preparado para que podamos pagar. Al llegar, saco el monedero del bolso pero acto seguido Collins me lanza una mirada asesina, no me va a dejar pagar, seguro. Me echo hacia un lado, miro los dibujos que había visto al entrar y cojo una pequeña tarjetilla del restaurante Emporio, tendré que volver a venir, la comida estaba deliciosa.

—¿Vamos? —Me coge por la cintura.

—Claro.

Al salir del restaurante, Barcelona parece otra. Cuando hemos llegado aún había algo de luz, mucha gente, demasiada incluso y ahora es completamente distinta, las calles están iluminadas por las farolas, algunas parejas caminan por la rambla, otras simplemente están sentadas en terrazas disfrutando de una mágica noche en una preciosa ciudad como lo es esta.

—Es preciosa... —murmuro.

—Como tú.

—No lo creo, Collins.

—J. D. —intenta corregirme.

—Collins, he dicho —le contesto con una sonrisa—. Creo que nunca antes había estado en Barcelona de noche, o por lo menos, no la había visto tan hermosa como lo está ahora.

—La verdad es que tenemos suerte de poder disfrutar de ella y de estar tan sumamente cerca.

—Sí...

Aún me tiene sujeta por la cintura, siento el calor de su cuerpo fundiéndose con el mío y hace que este aumente sin control, no sé si es por el alcohol, por tenerlo tan pegado a mí o porque me estoy volviendo loca. Le miro y por culpa de eso, uno de mis pies tropieza con una piedra mal colocada en la acera y casi caigo, suerte que me tenía cogida.

—Buf... casi beso el suelo y la verdad es que no tengo ganas.

Collins me sujeta con fuerza, me coloca frente a él y me besa apasionadamente, ¿otra vez? Paso mis manos por detrás de su cuello dejando que se funda con el nacimiento de su pelo, él me coge por la cintura y me acerca cada vez más a su cuerpo. Me besa y yo le correspondo gustosa, estamos así durante un buen rato, quizá minutos, que se me hacen cortos, parece que no haya pasado el tiempo.

—Deliciosa.

—Gra... Gracias.

—Podemos ir por dos sitios, bueno por más, pero hay dos que son los mejores

para ver, ¿por cuál quieres ir?

—Por el que quieras.

—Hay uno más largo y otro que es más corto.

—Como quieras pero si escoges el largo y me duelen los pies, tendrás que llevarme en brazos.

—Encantado. —Me guiña un ojo.

Collins toma mi mano, la aprieta levemente y tira un poco de mí para que comience a andar en dirección contraria a la que íbamos, subimos hacia Plaza Catalunya, aunque antes de llegar bajamos por una calle que nos lleva hasta Portal de l'Angel, la calle está totalmente iluminada, no solo por las farolas sino por todos los edificios que nos rodean.

—Esto es tan bonito —digo asombrada ante lo que veo.

—Tienes razón, sí.

Seguimos caminando tranquilamente, al mismo tiempo que lo observamos todo, o por lo menos yo. ¡Me encanta! Esta noche está siendo mejor de lo que creía, aunque la cabeza empieza a darme vueltas, tantas que acabaré mareándome. Cojo un poco de aire, cierro los ojos e intento calmar este vaivén que tengo. Al abrirlos me fijo en que una enorme luna llena brilla en lo alto del cielo.

—¿Has visto? —Alzo la mano que me tiene cogida y señalo a la gran luna—. Qué bonito es todo —digo alargando la primera vocal.

—Sí, está preciosa, como tú. —Medio sonrío mientras aún avanzamos—. ¿Estás bien, Nati? —pregunta dulcemente, es la primera vez que me llama así.

—Claro, perfectamente —contesto tirando de él para que vayamos más rápido—. Vamos, vamos.

Cada vez andamos con mayor rapidez, tanta que incluso empezamos a correr, lo que me parece increíble es que aún no me haya caído, sobre todo yendo con estos zapatos. Collins me mira mientras avanzamos, aquellos a los que nos encontramos nos observan como si fuéramos dos locos que hemos perdido completamente el juicio. Suelto una carcajada, me siento bien, muy bien, es más, por primera vez en mucho tiempo me siento liberada de toda carga, de las preocupaciones que siempre llevo encima.

—¡Me lo estoy pasando bien! —grito.

—¿Qué? —pregunta sin escucharme bien.

—¡Que me lo estoy pasando genial!

Vuelve a medio sonreír, también él esta distinto, más relajado que normalmente, puedo notarlo, ahora no parece Collins «el estirado», sino solo el hombre que lleva dentro, puedo verlo en cómo me mira o en cómo coge mi mano.

No tardamos en llegar a la heladería, es un lugar pequeño, al entrar te encuentras una gran nevera llena de distintos helados, parecen deliciosos, si pudiera los probaba

todos, o hacia una gran mezcla aunque no creo que el chocolate picante y el kiwi fueran a llevarse muy bien. ¡Qué pinta! Los miro, hay tantos colores como sabores y me apuesto lo que sea que cada uno de ellos es único y distinto a los demás o a cualquiera que haya probado. Collins posa una de sus enormes manos en la parte baja de mi espalda.

—¿De qué te lo vas a comer?

—Pues la verdad es que no lo sé. —Me tambaleo un poco.

Me acerco un poco más a la nevera, para ver aún mejor, me fijo en los pasteles que hay a uno de los lados, hay pastas de crema, granizados, ¡madre mía, cuánta cosa!

—¿Y tú? —pregunto alegremente.

—Creo que me lo tomaré de cereza y nata.

—Mmmm... —Ronroneo en su oído como si fuera una gata—. Me encantan las cerezas.

Siente un escalofrío que recorre todo su cuerpo haciendo que el vello se le erice al instante. Fija esas dos esmeraldas que tiene por ojos en los míos, me toma de la cintura, hace que me mueva hacia un lado, apartándose de donde estaba, dejando que la gente pase y se lame los labios, ¡quién fuera esa lengua! Acerca su boca a mi oreja, suelta un leve gruñido, ladea un poco la cabeza para olerme el pelo y llevarse consigo mi olor, tras eso, vuelve a donde estaba.

—Si por mí fuera, probaría todos y cada uno de esos sabores en tus labios —susurra—. ¿Probamos?

Abro la boca para poder coger el aire que mis pulmones no logran tener, parece que se me haya parado el corazón. Ahora solo siento el calor de mis mejillas enrojecidas. Me va a dar algo. Noto cómo mi pequeño corazón vuelve a latir frenético, deseoso de salir corriendo y desaparecer para dejar de sentir lo que este hombre hace que sienta. ¡Por Dios! Creo que he empezado a creer, este Collins es un maldito ángel y no un humano cualquiera. Tiene sus ojos fijos en mí, puedo notar cómo va devorándome, poco a poco, desnudándome con la mirada. Siento que todo mi cuerpo es sacudido por un poderoso escalofrío.

—Co... Collins —murmuro sin apenas fuerzas—. Collins, los helados.

Me besa en la mejilla, sonrío, carraspea y me aparta a un lado. Su mirada ha cambiado, ha pasado del más puro instinto animal, lleno de deseo, a estar calmado y sereno.

—Los helados, sí —dice—. Los helados —repite.

La gente a la que había dejado pasar, ya ha pedido y los dos muchachos que hay para atendernos se lo están acabando de servir. Miro de nuevo los sabores, pero no puedo concentrarme, solo puedo pensar en él y en tirarme encima suya. Al cabo de dos minutos, cuando el resto de la gente ha sido despachada, vuelve a mi lado.

—¿Sabes de qué te lo vas a pedir?

—Sí, creo que sí, ¿y tú?

—Sí, ya lo tengo.

—Yo lo quiero de coco y chocolate blanco.

Asiente un par de veces, se acerca a la barra donde están las neveras de los helados y los mira. Los dos chicos italianos hablan entre ellos en su idioma y lo hacen tan deprisa que apenas se les puede entender nada. Miro las tartas heladas, parecen deliciosas también, si pudiera me las llevaría todas, Lucía estaría encantada, se enamoraría de esta heladería, algún día tengo que traerla. Cuando quiero darme cuenta, Collins ya está plantado frente a mí con dos conos de helado, uno de ellos con una gran bola de color blanca. Me lo tiende para que coja el mío.

—Eh... gracias —digo cogiéndolo y dando un paso hacia un lado—. ¿Me dejas...? —Mi voz suena estúpida, igual que la de una niña pequeña—. ¿Me dejas pagar?

—No, claro que no. —Se gira para responderme e inmediatamente vuelve a darse la vuelta para darle el dinero a uno de los chicos.

Clavo mi mirada en su nuca, si pudiera matarle solo con los ojos, probablemente ya habría muerto en segundos. Aprieto la mandíbula, salgo de la heladería aún medio tambaleándome, pruebo el helado, le doy un buen lametón y, cuando ladeo la cabeza me encuentro a Collins, observándome, con la boca entreabierta.

—¿Vamos? —pregunto alegremente.

—Eh, sí, claro...

Sale también del establecimiento y me coge de la mano, tira un poco de mí igual que había hecho antes para que empiece a caminar por detrás de él, tira otro poco hasta que vamos al mismo ritmo. Nos metemos por una estrecha calle de piedra, apenas está iluminada, pero se puede ver lo suficientemente bien como para seguir avanzando, una hermosa melodía de violín empieza a sonar. Me detengo en seco, hasta que le veo. Bajo una de las luces, hay un hombre de mediana edad algo mayor que Collins, sentado en una silla de madera y dejándose llevar por el maravilloso sonido que sale de ese instrumento.

—Vaya...

Esta ciudad cada vez me parece más y más mágica, creo que nunca dejaré de asombrarme con ella. Cuando pasamos a su lado, no puedo evitar abrir el bolso, sacar el monedero y echarle cuatro euros, ya que la cena me ha salido gratis... algo podré darle.

—Muchas gracias, señorita, es usted preciosa.

Le miro embobada hasta que Collins se acerca por mi espalda. El ambiente se tensa y puedo sentir que algo no muy bueno se prende en él.

—De nada —murmuro—. Que pase una buena noche.

Cojo a Collins por el brazo y esta vez soy yo quien tira de él, quien no puede dejar de mirarle.

—Vamos —digo entre dientes.

Asiente sin muchas ganas, pero aun así empieza a andar junto a mí. Me como un

poco más de helado, está delicioso, la mezcla es genial, me encanta el coco y el chocolate blanco, es tan dulce.

—¿Quieres? —le pregunto alzando el cono.

—Vale, pero cuando podamos sentarnos.

Un poco más allá llegamos frente a la gran catedral de Barcelona. Es tan bonita, nunca he entrado, pero seguro que debe ser aún más bella incluso que desde fuera. Nos sentamos en unos bancos de madera que hay en la plaza frente a la catedral. Paso mis piernas por encima de las de Collins, estos zapatos van a acabar matándome. Él me mira, asombrado, ¿qué pasa? Ni que hubiera hecho algo malo. Alzo una de mis cejas sin entender muy bien por qué me mira así.

—Entonces... ¿quieres? —repito rompiendo el silencio que nos envolvía.

—Claro —responde con una amplia sonrisa.

Le tiendo el cono pero no lo coge, quiere que sea yo quien se lo dé. Lo acerco a su boca hasta que el helado roza sus labios manchándolos, entonces le da un mordisco. Abro los ojos como platos, ¡qué dolor de dientes! Yo no podría morderlo, el frío hace que me duela.

—¿Y tú del mío? —Alza su helado.

Asiento y, sin apartar la vista de sus ojos, coloco mi mano derecha sobre la suya y hago que, poco a poco, lo vaya acercando, cuando lo tengo lo suficientemente cerca, le doy un delicado lametón, llevándome conmigo algo de cereza y nata. Su respiración se vuelve agitada, cada vez más. En sus ojos vuelve a aparecer el deseo y la lujuria que vi en la heladería y en Les Ramblas. Posa una de sus manos sobre mi cintura, hace algo de fuerza y me coloca a horcajadas sobre él.

Me muerdo el labio inferior, mi cuerpo se enciende y empieza a arder como si una hoguera rugiera en mi interior. Collins posa la mano que tiene libre en mi mejilla izquierda, acariciándola con el pulgar. Me acerco más a él, pego mi vientre a su pecho, puedo sentir su corazón y su respiración, lo que hace que no pueda aguantar más. Le beso con ansia, aquella que no creía sentir por él y, con una pasión desenfrenada. Nos besamos una y otra vez, deja caer su helado al suelo para poder sujetarme con más fuerza. Muerde mi labio inferior, igual que he hecho yo. Un delicado gemido se me escapa y él acaba atrapándolo con su boca. Cuando nos separamos un poco, veo que mi falda ha quedado completamente abierta sobre él, dejándome expuesta. Vuelve a besarme lleno de deseo y lujuria, hambriento. Mi cuerpo apenas se mantiene ahora mismo, solo quiere dejarse guiar por él. El cono acaba por escapárseme de las manos, las cuales quieren fundirse con su cabello, pero algo me dice que no, que me detenga y me marche, que este no es el momento.

—Collins... —susurro a duras penas, me separo un poco de él, algo atontada, entonces suelta un gruñido y vuelve a besarme con fuerza—. Collins, ahora no...

Me besa el cuello insistentemente, lo que hace que empiece a deshacerme. ¡Madre mía!, me va a volver loca. Pongo mi mano en su nuca, lo agarro del pelo y tiro levemente de él, necesito sus labios contra los míos. Cojo sus manos y las pongo

en mi cintura, me coge con fuerza apretándome contra la suya, para que le note aún más. ¡Y sí lo noto! ¡Vaya «regalo» lleva guardado!

—Por Dios... —susurro.

—Natalia —me llama con su profunda voz—. Por favor..., vas a volverme loco. —Esta acaba volviéndose más rasgada aún.

—Collins —digo posando las manos sobre sus mejillas, alzándole el rostro para que me mire—. Collins, no puedo.

—¿Cómo?

—Por favor... marchémonos.

Me da un último beso, deja que me siente a su lado y se pone en pie. Hago lo mismo y nos vamos hacia donde se encuentra el coche.

Estamos a punto de llegar; no faltarán más de diez minutos. Desde que salimos de la plaza de la Catedral de Barcelona ninguno de los dos hemos dicho nada, nos hemos limitado a ir al *parking* donde habíamos dejado aparcado el coche y cuando hemos salido de allí, más de lo mismo. Tal vez haya sido lo mejor, aquello no podía ir a más, o por lo menos, de momento. Busco el móvil en el interior del bolso, miro la hora, son las once y media, pensé que sería más tarde. Lo desbloqueo, abro el *WhatsApp* y veo que tengo varios mensajes de Lucía, a ver qué es lo que quiere ahora.

—¿Cómo va?

—Ya volvemos.

—¿Ya? ¿Ha pasado algo?

—Bueno...

—¿«Bueno»?

—Luego te cuento.

La verdad es que ahora mismo no tengo ganas de explicarle lo que ha pasado con Collins, ni que este horroroso «cóctel molotov» que llevo dentro y que amenaza con estallar, lo haga. Me paso una mano por la frente y por el pelo, entonces una oleada de decepción, pena y angustia se mezclan para que unas incontrolables ganas de llorar se echen encima de mí.

—Joder... —murmuro.

Miro de reojo a Collins, él también me mira, suelta un soplido y vuelve a clavar la vista en la carretera, sin decir nada. Alarga el brazo y coge mi mano derecha, la aprieta un poco, este simple acto hace que una pequeña e incomprensible lágrima se escape de mis ojos y se deslice por mi mejilla hasta morir en la tela de mi falda.

—¿Estás bien? —pregunta preocupado sin apartar los ojos de la carretera.

Me suelto de su mano, solo quiero irme a casa, no entiendo por qué me siento así, voy a acabar volviéndome loca. Seco el rastro que ha dejado la pequeña gota

deshaciéndome de parte del dolor que llevaba consigo.

—Sí, claro. —Miento, apretando la mandíbula.

Sujeto con fuerza el teléfono, lo tengo entre mis manos, una vez más este hombre hace que quiera desaparecer, meterme en la cama y olvidarme de lo que ha pasado esta noche. El móvil vuelve a vibrar, lo desbloqueo y un nuevo mensaje de Lucía llama mi atención.

—*¿Estás bien?*

—*No...*

De nuevo, la oleada de tristeza me sacude y unas terribles ganas de llorar empiezan a acecharme. No quiero derramar ni una sola lágrima, no aquí, y mucho menos por un hombre como él. Cojo aire por la nariz, lo suelto por la boca intentando calmar esta sensación. Apenas le conozco y ya me ha hecho sentir más cosas de lo que esperaba. Miro por la ventana intentado distraerme un poco, la gran luna brilla en lo alto del cielo acompañándonos allá a dónde vamos.

—*Tranquila, pequeña* —me dice Lucía en un mensaje.

—*No tengo ganas de hablar.*

—*Nos vemos en un rato, no te preocupes.*

Collins vuelve a cogerme de la mano con fuerza y algo me dice que esta vez no va a dejar que me suelte así como así. La alza y se la lleva a la boca, la besa un par de veces. Sabe que no estoy bien.

—*¿De verdad que estás bien?* —Vuelve a preguntarme, más preocupado que antes.

—*Sí, llévame a casa, por favor* —le pido, algo desesperada.

Intento soltarme de su mano, pero no me deja hacerlo. La coloca sobre su pierna, mientras hace pequeños círculos con el pulgar, acariciándola. Alzo la vista, entonces veo un cartel en el que pone que ya entramos en la ciudad. ¡Por fin! Necesito salir de este maldito coche. Cierro los ojos con fuerza y aprieto la mandíbula, entonces siento cómo mi cabeza empieza a dar vueltas y que mi estómago se revuelve.

—*Creo que voy a vomitar* —digo abriendo los ojos de golpe—. Para, para —le ruego.

Detiene el coche lo antes posible apartándose de la carretera, salgo del coche tan rápido como puedo, me cojo el pelo hasta que siento que Collins me toma por la cintura y me sujeta el pelo para que no se me manche. No puedo evitar echar la cena, me encuentro mal, muy mal, empiezo a temblar, siento que mis piernas flojean y apenas tengo fuerzas para seguir manteniéndome en pie, suerte que le tengo a él aguantándome.

—¿Mejor? —pregunta cuando empiezo a recuperarme.

—S... Sí —murmuro.

—¿Aguantas dos segundos sola?

Asiento a duras penas, las manos de Collins ya no me cogen, lo que hace que haya más posibilidades de que acabe cayéndome. Apoyo las manos por encima de mis rodillas, me siento tan débil, insignificante, tanto que algunas lágrimas empiezan a bañar mi rostro ansiando la libertad que yo no les daba y que ahora toman por la fuerza.

Él aparece de nuevo a mi lado, coloca su brazo alrededor de mi cintura y me ayuda a erguirme lentamente. En la mano lleva una botella pequeña de agua y un pañuelo. Me los tiende y creo entender lo que me insinúa. Abro la botella y dejo que un poco del líquido caiga en mi boca, entonces la escupo intentando enjuagarme. Me la limpio con el pañuelo que ha traído y le doy otro sorbo al agua, esta vez me la bebo, a ver si así acabo de deshacerme de este mal sabor de boca. Sin decir una palabra más, me ayuda a volver al coche y a sentarme en el asiento del copiloto. Se agacha delante de mí para poder encontrar mis ojos. Le miro cabizbaja, hasta que posa sus manos a ambos lados de mi rostro y medio sonrío.

—¿Estás bien?

—Algo mejor, sí... —Me paso las manos por el pelo para que quede hacia atrás, pero un mechón se escapa para caer delante de mis ojos. Él pasa uno de sus largos dedos por dicho mechón, colocándolo tras mi oreja—. Gracias —digo con la voz quebrada.

Agacho aún más la cabeza y me tapo la cara con las manos. Un profundo sollozo se escapa de mi interior liberándome de este malestar que acarreo conmigo.

—Natalia —susurra con dulzura—. ¿Por qué lloras, pequeña?

No respondo, no puedo hacerlo, en estos momentos ni las palabras me salen y, si lo hicieran, acabarían desapareciendo como si nunca antes hubieran existido.

—Natalia —insiste, esta vez algo más serio.

—No lo sé... Llévame a casa, Collins.

—No hasta que no me digas qué es lo que te pasa.

—No —digo seria—. O me llevas o me voy andando —le amenazo.

—Está bien —masculla.

Me siento bien en el coche, cierra la puerta, da la vuelta y entra él también, con el ceño fruncido, molesto.

—Acabaré enterándome.

—Collins, dejemos el tema —le ruego, ahora no estoy para hablar, solo necesito tirarme en la cama y dormir.

Cinco minutos después de nuestra última conversación y llorar en silencio, llegamos frente a la portería de mi casa. Collins detiene el coche, lo sube a la acera y no dice

nada. Permanecemos en silencio mirando a la nada. Alzo mi mano, no sé muy bien porque lo hago, pero cojo una de las suyas y la acaricio.

—Yo... —murmuro perdida.

—¿Tú qué? —pregunta al instante.

—Lamento lo ocurrido esta noche.

Mis ojos vuelven a llenarse de lágrimas, no puedo, ahora mismo necesito huir, irme de aquí. Abro la puerta y salgo corriendo como puedo, rebusco en el bolso a ver si encuentro las llaves pero no hay manera, podría sacar de todo menos lo que estoy buscando. Escucho la puerta del conductor abriéndose también, se cierra y Collins empieza a andar en dirección hacia mí. Siento cómo su mirada se clava en mi nuca y en todo mi cuerpo. Se acerca rápidamente por detrás y cuando las encuentro, él me coge por el brazo y me da la vuelta. No puedo evitar echarme a llorar igual que una niña pequeña. Tira de mí y me abraza, cobijándome bajo su calor. Las llaves se me caen al suelo haciendo ruido.

—No llores, pequeña —me susurra a la vez que pasa sus manos por mi pelo.

—Quiero irme a casa —digo entre sollozos.

—Yo te llevo, tranquila.

Se agacha a mi lado, para coger las llaves, vuelve a cogerme por la cintura y abre la puerta. Subimos a mi planta, nos acercamos a la entrada, coloca la llave en la cerradura y entonces, la puerta se abre. Lucía aparece tras esta, preocupada.

—¿Qué te ha hecho ese gilipollas? —pregunta sin ver que él está aquí—. Oh... —murmura—. ¡Nena! —exclama en voz alta al verme—. ¿Qué te pasa? ¿Otra vez?

Lucía me coge de la mano y tira de mí para abrazarme con más fuerza de como lo hacía él. Me da algunos besos en la mejilla intentando calmarme, pero esta vez apenas lo consigue.

—No tengo ganas de hablar —murmuro sorbiéndome los mocos.

—Pero, Nati —dice Lucía, preocupada.

—Estoy bien. —Cojo aire y lo suelto a modo de suspiro—. Collins, puedes marcharte.

Me separo de los dos, dejo la chaqueta y el bolso en el colgador, me meto en el baño, cojo el cepillo de dientes y los limpio. Abro el grifo, coloco las manos bajo el agua y me lavo la cara para despejarme un poco antes de salir. La puerta se ha cerrado, no veo ni rastro de ninguno de los dos, así que entro en mi habitación, es hora de descansar. Me quito la ropa y me pongo el pijama. Deshago la cama, apago la luz, enciendo la lamparilla que hay en la mesa de noche y me siento en el colchón. Echo la cabeza hacia atrás, cierro los ojos, pero entonces, alguien golpea la puerta levemente. Esta se abre, sin esperar a que diga nada y es Collins quien entra, cerrándola a su espalda.

—¿De verdad quieres que me marche? —pregunta haciendo una mueca.

—No, no quiero que te vayas.

Capítulo 9

¿Estoy despierta? Sí, creo que sí. Estiro las piernas y los brazos, abro los ojos poco a poco, pero la luz que entra por la persiana mal cerrada hace que los cierre de golpe, ¡qué dolor! Me paso las manos por la cara, el pelo y después por los ojos. Doy la vuelta en la cama, este lado también está deshecho, pero no hay nadie, ¿ha dormido aquí Lucía? No, no puede ser, ahora ella tiene que hacerlo en el sofá, lo tiene prohibidísimo. Miro la mesita, en ella hay una papel doblado en cuatro partes, ¿qué es eso? No recuerdo haber dejado nada ahí encima y, mucho menos, un papel. Estiro el brazo, pero no consigo alcanzarlo, me arrastro por encima de toda la cama, me siento y lo cojo. Antes de abrirlo lo observo, lo paso entre mis dedos, jugueteando con él. Al desdoblarlo, la primera vez, veo quién lo firma, la hermosa caligrafía que vi en el *Jubilee* aquel día en el que me regaló el pintalabios rojo, se dibuja esta vez en la carta, y eso hace que mis labios esbocen una pequeña sonrisa: J.D. Collins. ¿La leo? ¿No la leo? ¿¡Qué hago!?! Parezco tonta, como si fuera una adolescente enamorada con la carta de su príncipe azul, pero... ¿qué príncipe? Collins es un maldito ángel de alas negras, ese que está haciendo que pierda la cabeza.

Salgo de la cama, me acerco a la ventana, levanto un poco la persiana para que entre un poco más de luz y así poder leer lo que pone. Suelto un suspiro, ¿qué pondrá? ¿Qué pasó anoche? Me muerdo el labio inferior recordando cada uno de sus besos, sonrío atontada, hasta que recuerdo el momento en el que me eche a llorar en sus brazos, en cómo iba haciendo que mi corazón tuviera la paz que tanto necesitaba y que no sentía desde hacía demasiado tiempo. Una delicada lágrima recorre mi mejilla, la recojo para que no caiga y seco su pequeño rastro. Me siento de nuevo en la cama, cruzo las piernas, cojo la carta, repaso la firma de Collins con el dedo y sonrío.

«Espero que hayas podido descansar, lamento lo que ocurrió anoche y si te hice sentir mal. Llámame o dime algo cuando despiertes. No te preocupes por lo ocurrido».

Al final de la carta, si es que se le puede llamar así, hay un número de teléfono. Este hombre es un sol. Me coloco las zapatillas y al abrir la puerta me encuentro a Lucía; escucho el chisporroteo de algo friéndose. Voy hacia la cocina, y ahí está, tan tranquila como siempre, en su mundo. Al lado de la vitrocerámica hay un plato con un huevo y unos cuantos trozos de beicon, además de otro huevo que aún se está haciendo en la sartén. Abro la boca para decirle algo, pero entonces el sonido de las rebanadas de pan saliendo de la tostadora, hacen que dé un bote, asustada.

—Joder —comento exaltada.

—Buenos días, florecilla —me contesta alegremente—. ¿Cómo has dormido?

—Bien. —Miro hacia todos lados, pero él no está—. ¿Dónde está Collins?

—Se marchó anoche cuando te quedaste dormida, pensé que se había ido antes, entré en tu habitación y ahí estaba, medio tumbado en tu cama, traspuesto y tú más frita que este beicon, nena —dice cogiéndolo con unas pinzas.

—Qué mono —susurro inconscientemente.

—Pues ya ves. —Saca las rebanadas de la tostadora y se vuelve para mirarme—. Estaba muy preocupado, le dije que se quedara a dormir en el sofá, aunque fuera, que yo dormiría contigo, pero no quería molestar y acabó marchándose sobre las tres o así.

Pobrecito, aun estando yo ahí dormida como un tronco se quedó para hacerme compañía. Me abrazo a mí misma y voy a sentarme al sofá, sigo a lo mío, pensando en él, solo en él. Ayer acabé cagándola, lo estropeé todo una vez más, igual que hago siempre. Cojo aire y suelto un suspiro. Miro hacia la mesa que hay frente al sofá y veo que está mi móvil, alargo el brazo y lo cojo, parece que ayer me lo dejé por ahí encima. Marco el número de teléfono que hay al final de la nota y lo guardo.

—¿Debería enviarle un mensaje? —pienso en voz alta.

—¡Claro! —dice Lucía desde el otro lado de la cocina.

La miro, miro el teléfono, abro el *WhatsApp*, busco su nombre en la lista de contactos y ahí está. Abro su foto, sale igual de perfecto que en la realidad, va vestido con una camiseta de manga corta blanca con un pequeño bolsillo azul marino en el lado izquierdo sobre el pecho, unos tejanos y su inseparable reloj plateado con detalles oscuros. Vuelvo a la ventana de chat, ¿qué se supone que tengo que decirle?

—Buenos días, como puedes ver aún sigo viva y despierta. Siento mucho lo que pasó anoche, me comporté como una auténtica estúpida, espero que no me lo tengas en cuenta...

Se lo envió y rápidamente junto a este salen los dos *tics* que dicen que lo ha recibido. Miro la parte superior de la pantalla, bajo su nombre sale: *escribiendo...* ¡AGH! Va a contestarme, ¿qué hago? Salgo de la aplicación y bloqueo el móvil, lo dejo sobre la mesita. Lucía se sienta junto a mí y me mira extrañada, como si estuviera loca. Ella es igual, cada vez que habla con Marc parece una niña tonta, así que, que no ponga esa cara porque ella hace lo mismo.

—¿Qué? —pregunto poniendo una voz rara que suele salirme en ocasiones como esta, o cuando me estreso.

—Nada, nada.

—Mejor. —Entorno los ojos y miro la pantalla apagada del móvil.

—¿Qué, vas a ver qué dice?

—Sí, ahora.

Me quedo con la vista fija en la pantalla, un nudo se cierra en mi garganta, empiezan a sudarme las manos, ¿qué habrá dicho? Cojo aire, miro a Lucía, quien devora su desayuno como si alguien fuera a quitárselo. Desbloqueo de nuevo la

pantalla y veo que junto a su hombre hay un tres, ¡tres mensajes! ¿Ya? Lo abro y una sonrisilla tonta se dibuja en mi boca, ¡maldito Collins!

—*No te preocupes, de verdad, no fue nada, un mal día lo puede tener cualquiera. Además, tampoco estuvo nada mal, la cena deliciosa, una noche «tranquila» y tú, ¿qué más podría haber pedido?*

—*Anda, anda. —Escribo inconscientemente—. No será para tanto... Lo pasé muy bien, menos al final...*

—*Yo también Natalia y me gustaría repetir, sería un placer.*

—*Mmmm...*

—*¿Quieres?*

—*Sí, me encantaría, pero solo si no acabamos como ayer...*

—*Perfecto, pues... ¿quedamos este viernes?*

¿Viernes? ¿Qué día es hoy? Lo miro en la parte superior de la pantalla, es miércoles. Algo en mi cabeza suena como una alarma de incendios y una sola pregunta se repite en mi cabeza: «¿cómo voy a estar tanto tiempo sin verle?». «¿Hola?». «¡Estás loca, Natalia!». Me grita una miniyó interior.

—*Sí, claro.*

—*Nos vemos entonces, te paso a buscar sobre las nueve, ¿sí?*

—*Perfecto. —Sigo sonriendo como una niña o una adolescente enamorada—. Por cierto...*

Por un momento, deja el teléfono, no escribe y tampoco mira mi mensaje, los nervios afloran en mí y toman todo mi cuerpo. ¡Por Dios! ¿Quieres mirar ya el mensaje? Bloqueo el teléfono y dejo que caiga entre mis piernas, enciendo la televisión y miro a Lucía cómo moja el pan en la yema de huevo. Mi estómago empieza a rugir con fuerza, como si fuera un león, me muero de hambre, después de tanto vómito, estoy hambrienta.

—*¿Quieres? —pregunta alzando la vista del plato.*

—*Bueno...*

En un momento corta medio huevo, coloca un par de trozos de beicon sobre el pan y luego el huevo encima. Para que ni el sofá ni yo nos manchemos, lo pone sobre la servilleta que se había traído para ella. Lo cojo y le doy un gran mordisco, hacía mucho tiempo que no me comía algo así y mucho menos para desayunar.

Desde que atacaron a Joel, si es que fue un ataque, estamos hasta arriba de trabajo, tal vez podríamos coger a alguien mientras él se recupera.

—*Acabo de tener una idea —digo con la boca llena.*

—*Dime —responde ella imitándome.*

—He pensado que podríamos coger a alguien que sustituya a Joel, no podemos seguir así, trabajamos hasta que no podemos más y tú con los estudios y cuidando de él, es imposible...

—Tienes razón. —Le da un mordisco a la rebanada de pan—. Es una buena idea, sí.

—¿Podrías encargarte de poner un anuncio en internet?

—Claro, en cuanto termine, lo hago.

—Yo creo que voy a ir a hacer la cama y a ducharme.

Termino de comerme la tostada, me pongo en pie y entonces el móvil se cae. Ya no me acordaba, ¿habrá contestado? Lo miro y la decepción me inunda, ni lo ha visto, ¡agh! Este se va a cagar.

Después de haberlo ordenado todo y de darme una buena ducha, me visto y me marcho hacia el *Jubilee*, andando, claro. Collins dijo que lo más seguro es que tuviera mi pequeña hoy, ¿por qué puñetas no está aquí? Suelto un soplido, además de volverme loca, me destroza la moto, tengo una suerte...

Cuando llego al *Jubilee*, me encuentro a una chica fuera con el pelo largo, castaño claro con reflejos dorados como lo rayos del sol, sus ojos son claros, entre verdes y azules. Va vestida con unos vaqueros bastante ceñidos y un jersey blanco. De uno de sus hombros cuelga un bolso marrón. ¿Quién se supone que es esta? Me acerco un poco más a ella, hago una mueca imitando a una sonrisa.

—Hola —me saluda.

—Buenos días.

Sin darle más importancia, me agacho, saco las llaves de la persiana del bolso y la subo. Supongo que será una clienta, sino, no sé qué hace aquí plantada como una estatua. Paso por debajo de la persiana, dejo las cosas sobre la encimera y le doy al mando de la otra persiana apara que vaya subiendo mientras yo recojo lo poco que a Lucía se le pasó. Barro lo que veo por si ha quedado algo en el suelo por tirar. Está todo limpio, mi pequeña lo ha dejado impecable y eso es raro porque siempre se le olvida algo o deja alguna cosa por ahí en medio. Cuando termino de barrer, me acerco a la barra, saco el teléfono del bolso y miro el *WhatsApp*.

—*Dejaste el Jubilee como los chorros del oro, ¿eh? ¡Muy bien!*

Lo guardo todo en el cuartillo, levanto del todo la persiana, cuando voy a empezar a colocar los platillos y las tazas, la chica que está fuera, entra a la cafetería, lo mira todo y se sienta en uno de los taburetes que hay frente a mí.

—Buenos días —saludo con una sonrisa—. ¿Qué quieres?

—Nada, la verdad es que nada. —Alzo una ceja, vaya chica más rara—. Soy Tania —dice tendiéndome la mano.

—Yo Natalia. —Se la aprieto y veo que sonrío—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—He hablado con Lucía, vi el anuncio del puesto de trabajo y llamé al teléfono que había puesto.

—Ajá... está bien, ¿cuándo podrías empezar? ¿Tienes experiencia?

—Sí, un poco, te he traído... —responde a la vez que mete la mano en el bolso y saca un papel— mi currículum.

Lo cojo, empiezo a ojearlo, ha trabajado en algún que otro bar, aunque no por mucho tiempo, parece que apenas, aquí pone que está cursando una carrera en la universidad. Tiene un año menos que yo aunque aparenta tener la misma edad.

—Está bien. ¿Cuándo podrías incorporarte?

—Mañana mismo, si quieres.

—Perfecto, ahora mismo llamaré a Lucía para que lo prepare todo.

—Muy bien —dice alargando la mano de nuevo y agarrando la mía—. ¿Mañana a esta misma hora?

Miro el reloj, ¿qué hora es? Las diez...

—Sería mejor que vinieras a las nueve, o algo antes, así te enseño a abrir, ¿te parece bien?

—Sí, perfecto.

—Genial, cualquier cosa, ya tienes el teléfono de Lucía.

La chica asiente, coge el currículum que había sacado del bolso y vuelve a guardarlo, tras eso se marcha dejándome sola con mis cafés y mis tazas. Cojo el móvil, tecleo el número de teléfono de Lucía y le doy a la tecla de llamada.

—Dime.

—Ya ha estado aquí Tania.

—Ah, muy bien.

—Prepara el contrato y lo que haga falta.

—Luego me encargo.

—Nos vemos en un rato.

La mañana transcurre tranquilamente como cualquier otra, sin ningún problema, han venido nuestros clientes habituales y alguno que otro nuevo. Tania ha vuelto a llamar a Lucía para terminar de concretar los datos para el contrato. Cuando me lo ha contado también me ha dicho que Joel ha ido al médico y que va recuperándose cada vez más deprisa. No tardará en estar al cien por cien, aun así, creo que Tania seguirá con nosotros para que podamos ir rotando los turnos y poder descansar. Ha venido Nadia a verme para que charlemos durante un rato, realmente, quería hablar de Joel, de su estado, de qué hace; también hemos hablado de Tania, para entonces he podido notar cómo su voz se llenaba de celos. Cuando Nadia se marcha y al cabo de un rato, aparece Collins, cómo no. Coloco lo que unos clientes me han pedido en una bandeja y voy a servirlo, sin prestarle atención.

—¿No vas a decirme nada? —espeta a mi espalda.

Un escalofrío me recorre todo el cuerpo, mi corazón empieza a latir frenéticamente, las manos me empiezan a sudar e incluso me tiemblan. Sirvo los cafés y tés a aquellos que me lo han pedido. Sin ni siquiera mirarle, vuelvo a la barra, dejo la bandeja sobre la encimera y clavo la vista en ella.

—¿Qué quieres?

—A ti, pero eso ya lo sabes —dice yendo directo al grano.

—Digo de tomar.

—Un café con leche.

Me doy la vuelta sobre mis talones, coloco una taza debajo por donde sale el café, lo cargo y dejo que vaya cayendo, mientras pongo un plato con dos azucarillos y una cucharilla frente a él. Cuando alzo la mirada de este, me encuentro con la de Collins.

—Te he traído algo —habla como un niño pequeño.

Alzo una ceja aún mirándole, él medio sonrío de esa forma que tanto me gusta y del bolsillo de su pantalón de traje saca el bálsamo labial y el pintalabios rojo que me compró. Hace que rueden hacia mí y acabe cogiéndolos para que no caigan al suelo.

—Yo...

—Son tuyos.

Me vuelvo para acabar de prepararle el café, le echo la leche caliente y se lo coloco en el plato para que él mismo se eche el azúcar que quiera y eso hace, mete la cucharilla y empieza a removerlo.

—No solo te he traído eso —murmura tras darle un sorbo.

—¿Cómo?

—Sal ahí fuera y lo veras.

Dejo un trapo que sostenía entre mis manos sobre la barra y salgo corriendo del *Jubilee*, ¿qué habrá? Al llegar fuera me la encuentro, mi pequeña hermosura me espera, reluciente, como si fuera nueva.

—Oh... ¡La has traído! —exclamo alegremente.

—Sí —contesta con una amplia sonrisa.

Corro hacia él y me tiro encima, abrazándole con fuerza. Me rodea con sus fuertes brazos.

—¡Gracias! —le digo aún juntos.

Cuando nos separamos, sube una de sus grandes manos hasta mi mejilla y me besa dulcemente, yo también lo hago, le beso con ansia, con la pasión que sentía por él al principio de la noche.

—Collins...

—Ven a cenar a mi casa esta noche —me pide con la voz ronca.

—No... esta noche no.

—Mañana entonces.

—Pero... Collins... mañana es jueves y pasado viernes.

—¿Y qué?

Le da un largo sorbo al café mientras espera mi respuesta, ¿dos noches seguidas juntos? ¡Por Dios, sí! Podría estar bien, muy bien, por lo menos para poder compensar lo ocurrido anoche, debió pasarlo mal.

—Bueno... —murmuro.

—¡Perfecto! —Alza un poco la voz—. Mañana te vengo a buscar cuando cierres y te llevo a mi casa.

—Pero... tendré que arreglarme o algo —me quejo, pero entonces se pone en pie.

—No hace falta, tú ya vas bien con cualquier cosa. —Me guiña un ojo, saca de su bolsillo algunas monedas, me vuelve a besar y se marcha sin dejar que le rebata, una vez más.

¡Maldito Collins! Vaya manía tiene, siempre me deja con la palabra en la boca, ya verás la próxima vez... «Espera un momento», me dice una mini-Nat interior, «¿tú no estabas enfadada con él?». ¡Cierto! Ya ni me acordaba, entre la emoción por ver la moto sana y salva y sus besos, se me ha olvidado todo. Suelto un gruñido para mí misma, este hombre hace que se me vaya el santo al cielo. Miro la barra, junto al dinero ha dejado las llaves de mi pequeño tesoro. Necesito que Lucía me traiga el casco, hace dos días que no la uso y lo echo mucho de menos.

Cuando voy a coger el teléfono para llamarla, entra la misma chica pelirroja de ayer, la de Barcelona. María me mira y sonrío, vuelve a observar la entrada y se sienta frente a la barra. Recojo la taza que ha usado Collins y la dejo en la bandeja del lavavajillas.

—Buenos días —le digo alegremente.

—Serán tardes, ¿no? —Ríe ella.

—¡Eso! Tardes, no sé ni en qué mundo vivo ya. —Suelto una carcajada y sonrío—. ¿Qué quieres tomar?

—¿Me pones un té rojo y un cruasán de esos tan buenos que tenéis?

—Lo que tú quieras.

La muchacha pelirroja espera paciente a que se lo sirva. Le dejo la pequeña tetera con agua caliente a su lado y una taza con dos bolsas de té, además del azúcar.

—Ahora te traigo el cruasán.

—Muy bien.

Entro en la cocina donde tenemos el horno, miro si ya han acabado de hacerse y saco uno. Tiene una pinta... ¡mmm! Me comería uno yo también aunque si lo hiciera cada vez que me apetece, saldría rondando del *Jubilee*. Salgo del cuartillo y le dejo lo que ha pedido al lado del resto.

—Que lo disfrutes —digo con una sonrisa.

Cojo la bandeja y me acerco a una de las mesas en las que han acabado de merendar, recojo lo sucio y les ofrezco tomar algo más. Escucho cómo la puerta se abre, ladeo la cabeza y veo que, la chica que acompañaba a Collins la otra noche, entra. Va vestida con unos tejanos completamente ajustados a sus piernas y un jersey granate ancho con una camiseta blanca bajo este. ¿Qué hace aquí? Como me diga

algo se queda calva. Termino de recoger las mesas y vuelvo a la barra, ella se sienta en la misma mesa en la que él se sentó, junto al ventanal. La miro de reojo a la vez que coloco las tazas junto a la que ha usado él. Carraspeo, meto la mano en el bolsillo de mi delantal, saco el bloc de notas y el bolígrafo, vamos allá, a ver si es igual de estirada que él, o aún peor.

—Buenas tardes. —Intento ser lo más agradable posible.

—Tráeme un café solo —dice altivamente mirando la pantalla de su móvil.

Vaya rancia, no sé cómo Collins pudo haber quedado con ella... bueno, sí, seguro que en la intimidad hace un festival del humor. ¡Madre mía! ¡Lo que hay que ver! La gente debería ser algo más amable con el resto. Lo apunto en la primera hoja libre que encuentro, vuelvo tras la barra y veo que la pelirroja me mira. Pongo los ojos en blanco, últimamente estoy aguantando demasiado, algún día acabaré matando a alguien. Le preparo lo que ha pedido rápidamente, cuanto antes se lo lleve antes se irá, no quiero tener que aguantar esa arrogancia ni su mala energía. La gente así me pone enferma, espero que Collins no sea igual o acabará yéndose a paseo. Coloco las cosas sobre la bandeja y se lo llevo.

—Aquí tiene.

Asiente sin apartar la vista del teléfono, ni siquiera me mira. Ahí acabe atragantándose con el café y se le caiga todo por encima. Me doy la vuelta y entonces escucho que deja unas monedas sobre la mesa. Cuando vuelvo a mi puesto, veo cómo ella se pone en pie, acaba de darle un último sorbo al café, se da la vuelta contoneándose sobre esos tacones de infarto, pasa junto a mí, me lanza una mirada altiva y se va por donde ha venido. Ojalá se caiga. Clavo mi vista en su nuca, qué mal me cae..., aunque en realidad no entiendo por qué, no me ha hecho nada, por lo menos de momento, y como lo haga se arrepentirá de haberse topado conmigo, sobre todo si se intenta interponer entre Collins y yo.

—¿Estás bien? —me pregunta María, alzando una de sus rojizas cejas.

—Sí, tranquila. —Vuelvo a ir a la mesa, recojo la taza y el dinero—. Es solo que esa chica no es santa de mi devoción, por decirlo de alguna manera.

—Vaya —murmura, tras eso le da un mordisco al cruasán que le he traído—. Están deliciosos, de verdad, ¿me traes otro más?

—Claro, ahora mismo.

Los cruasanes no son muy grandes, por lo que es normal que repita. El horno se ha parado solo, lo que hace que sea más fácil trabajar, así no hay que estar pendiente de él. Saco las dos bandejas que he preparado y coloco los cruasanes en unas fuentes blancas para así llevarlos fuera. Al salir dejo uno de ellos en el plato que tenía María, cojo uno yo también, me lo pongo en una servilleta y le doy un buen bocado, ¡al cuerno! Si salgo rodando, lo haré con el estómago contento.

—No es porque los haya hecho yo, pero están muy buenos.

—Eso también lo digo yo.

Mi teléfono empieza a sonar, miro la pantalla de este y veo que es Lucía quien me

llama. Cojo el móvil y deslizo el dedo sobre ella para atender la llamada.

—Dime.

—¿Qué haces? —pregunta alegremente—. Yo estoy en el sofá, estudiando un poco.

—Aquí charlando un rato con María, la chica que vino a vernos desde Barcelona.

—Ah, ¿sí? Está bien.

—Sí, la verdad es que sí.

—Oye... ¿quieres que me pase en un rato?

—Claro, ¿podrías traerme el casco?

—Sí, ahora lo dejo con el bolso para que no se me olvide.

—Nos vemos en un rato, pequeña.

Guardo el móvil en el bolsillo pequeño del delantal y miro a María.

—Lo siento.

—No pasa nada, tranquila.

Después de estar un buen rato hablando con María y de haberme comido el cruasán, llega Lucía con una amplia sonrisa en los labios, parece que hoy se ha levantado con buen pie. Da un pequeño saltito nada más entrar en la cafetería, deja sus cosas en el cuartillo y se pone el delantal.

—Siéntate un poco, anda —me dice y me da un beso en la mejilla—. Tienes que tener los pies que no veas..., no sé cómo aún sigues en pie.

—No lo sé ni yo...

Salgo de detrás de la barra y me siento en uno de los taburetes, ¡por fin! Qué bien se está aquí sin hacer nada, ya no podía seguir levantada, son demasiadas horas así.

—¿Quieres algo? —pregunta sonriente.

—Hazme un café, anda.

—¡Marchando! —Se da la vuelta y lo prepara todo, lo hace bien pero no tiene mucha práctica, con los estudios, apenas tiene tiempo para nada—. ¿Cómo ha ido la mañana? —pregunta, mientras espera a que la taza se llene hasta donde ella quiere.

—Bien, ha venido Collins.

—¿Y?

—Nada, bueno, hemos quedado en vernos mañana por la noche y el viernes.

—¿Dos días? —pregunta sorprendida.

—Ajá...

Acaba de preparar el café, me lo sirve y se da la vuelta. Alza una de sus cejas y abre los ojos desorbitadamente, aún no se lo cree.

—Ha venido esa chica con la que estaba la otra noche —comento sin muchas ganas.

—¿La *pelandrusca*?

—Esa misma.

—Vaya por Dios... ¿la habrá enviado él?

—No, claro que no, ¿por qué iba a hacer eso?

Decenas de imágenes de aquella noche cruzan mi mente, ¿y si lo ha hecho? ¿Y si le ha dicho que venga solo para que la vea? Las manos me empiezan a sudar, le doy un trago al café y miro a Lucía.

—No, no puede ser, ¡claro que no!

—¿Tú crees?

—Joder... Lucía, calla ya, estás consiguiendo que me haga un lio.

—Tranquila, pequeña, seguro que es solo cosa mía.

—Eso espero...

Cojo aire, lo suelto en un suspiro, ¿y si Lucía tiene razón? ¡Agh! Creo que me voy a volver loca, no puedo dejar de pensar en ellos dos juntos. ¡Madre mía...! Bebo otro poco de café, empiezo a mover las piernas; cuando estoy nerviosa un insoportable *tic* empieza a moverme.

—Buf...

—Ve a casa a descansar, nena —dice haciendo una mueca—. Son las ocho, ya cierro yo, tú ocúpate de la cena con Joel; he ido a comprar.

La miro, ¿ir a casa ahora? Solo va a hacer que me vuelva más loca aún, mi cabeza no puede dejar de darle vueltas al asunto, ¿y si Collins está con ella y conmigo? ¿Y si me está escondiendo algo? No sé qué pensar, solo sé que como estas dudas no se resuelvan la cosa va acabar más que mal.

Capítulo 10

Algo interrumpe mi sueño, la alarma del móvil empieza a sonar insistentemente, una y otra vez, una y otra vez, y cada una de estas lo hace más y más fuerte. ¡Maldita la hora en la que le dije a Tania que tendría que llegar antes! Odio levantarme pronto, parezco un maldito *zombie*. Alargo el brazo, intento llegar a la mesita de noche donde se encuentra el teléfono pero no llego.

—Para eso —gruñe Lucía enfadada.

—Lo estoy intentando.

Le doy un manotazo y acaba cayendo al suelo, se abre la tapa trasera y se sale la batería... Perfecto, lo que me faltaba, espero que funcione porque si no voy a volverme loca. Me levanto como puedo intentando no caerme por culpa de las sábanas, aunque acabo tirando demasiado de ellas y Lucía queda destapada. Suelta un gruñido aún más molesta que antes. Cojo las piezas de mi pequeño móvil, intento ponerlas cada una en su sitio y parece que lo consigo. Salgo al salón y me siento en el sofá, no sé por qué la he vuelto a dejar dormir conmigo si siempre acaba haciendo lo mismo... Clavo la mirada entre mis manos, la pantallita se enciende, ¡qué suerte he tenido! ¿Qué hora es? Como tarda en encenderse, miro el reloj que hay en la cocina: las ocho. Tengo una hora para prepararme e ir al *Jubilee*, espero que Tania no llegue tarde y sobre todo que no llegue antes que yo.

Cuando ya está encendido, abro la puerta, poco a poco, con la linterna del móvil alumbro allá por donde paso, miro en el armario intentando no hacer mucho ruido, saco la ropa y también las zapatillas para no tener que volver a entrar después, entonces, recuerdo que esta noche he quedado con Collins, ¿será la ropa adecuada? ¿Y si no le gusta? «Da igual, no pienses ahora en eso», me grita la mini-Nat. Entro en el baño, dejo las cosas sobre el váter, incluido el móvil, me recojo el pelo en un moño y me lavo la cara; será mejor no atropellar a nadie, si no hago esto sería posible que ocurriera. Me doy una ducha para despejarme. Me deshago del pijama y lo echo al cesto de la ropa sucia, ya cogeré otro esta noche, me meto en la ducha, me quito el moño y dejo que el agua empiece a correr por mi cuerpo, empapándolo.

Cojo el jabón del pelo, me echo un montón, me encanta la espuma, luego el gel de ducha de coco, me pongo un poco en la palma de la mano y empiezo a recorrer mi cuerpo de arriba abajo, cierro los ojos y solo él aparece en mi mente. Ojalá las manos que me enjabonaran fueran las suyas. Siento que un insoportable calor empieza a nacer en mí, ¡madre mía! Y eso que solo lo he pensado, si llega a estar aquí, no respondo. Me aclaro del todo, será mejor salir ya o llegaré tarde.

Estiro la mano para coger las toallas: la del cuerpo y otra más pequeña para el pelo. Me envuelvo en ellas, cojo la ropa que había dejado sobre el váter y la coloco encima del toallero, me siento donde estaban estas puestas y cierro los ojos. Echo la

cabeza hacia atrás. Siento que mi cuerpo vuelve a quedarse sin energía, ¡qué sueño! Me seco el cuerpo, cojo la crema y me echo un poco para que mi piel esté suave, me encanta que lo esté y oler bien. Me visto tranquilamente, al acabar me centro en el pelo, lo seco un poco más con la toalla para que así apenas tenga que usar el secador, aunque, al final, lo cojo, si no, no acabaré nunca.

Rápidamente acabo de sacar el agua que quedaba en este, intentando hacer el menor ruido posible, si no estos dos acabarán por enfadarse, aunque a Joel no le despierta ni un bombardeo. Aunque algunas veces, Lucía, es capaz de despertarse con un simple soplo y otras puede ser una marmota dormilona que se pasa el día en la cama.

Termino de vestirme, y secarme, me recojo el pelo en un moño, cojo el estuche del maquillaje, me pongo un poco de base, corrector para las ojeras y un poco de polvos, sombra de ojos clara, un poco de lápiz negro encima para que oscurezca más y delineador negro, además del rímel para hacer más largas las pestañas. Me pongo las zapatillas o zapatos, salgo del baño, cojo la chaquetilla para poder ir con la moto, también el bolso y el casco. Antes de salir de casa miro el reloj: son las nueve menos cuarto. Tengo quince minutos para llegar al *Jubilee*, espero que no haya muchos coches porque si no... Salgo corriendo en vez de bajar por el ascensor voy por las escaleras tan rápido como puedo. Por suerte, anoche dejé la moto aparcada debajo de casa, por lo que no tengo que ir hasta el *parking* a cogerla. Al llegar a la portería me coloco el casco, subo a la moto y la arranco. ¡Allá voy! Bajo de la acera, me encamino hacia la cafetería y veo que apenas hay coches en la carretera, por lo que espero poder llegar a la hora.

Dejo la moto donde siempre, frente al *Jubilee*, me quito el casco y entonces veo a Tania, aparece girando la esquina, andando a paso ligero, ¡qué energía! A su lado parezco una momia.

—Buenos días —me dice alzando la mano.

—Buenos días. —Voy hacia donde está la cerradura de la persiana—. Ven aquí, mira cuando te toque abrir o el cierre, te dejaremos unas llaves.

—Ajá.

Asiente un par de veces, mientras yo me agacho, meto la llave y empiezo a subirla hasta la mitad.

—Hay que dejarla así mientras acabas de recoger alguna cosa que haya por el medio, mientras subes la otra y demás cosas que ya irás viendo.

Entramos las dos en la cafetería, me tiro por encima de la barra y cojo el mando que sube la otra persiana, se lo enseño a Tania y le doy al botón para que vaya subiendo, poco a poco, mientras nosotras nos ocupamos del resto.

—Ahora toca barrer, por si anoche se quedó algo por el suelo y bajar las sillas.

—Muy bien, ¡manos a la obra! —comenta alegremente.

Me gusta la energía que tiene esta chica, no para quieta, deja sus cosas sobre la barra, hago lo mismo, guardo el mando donde estaba y entonces es cuando

empezamos.

—¿Dónde está la escoba?

—Ahí dentro. —Señalo el cuartillo, pero como no sé si Lucía la dejó en su sitio, voy tras ella.

—¿Esta? —pregunta cogiendo nuestra escoba roja.

—Sí, esa, ¿empiezas a barrer la biblioteca?

Asiente mientras yo voy a colgar los bolsos y las chaquetas al cuartillo. Después de un rato acabando de repasar lo que limpió Lucía y, la verdad es que lo ha vuelto a dejar todo perfecto.

—Vale, ahora hay que preparar los cruasanes.

Nos metemos en la cocina, paso un trapo por la encimera, aun estando limpia hay que repasarlo, no quiero que haya nada en las pastas. Cojo un bol transparente y todos los ingredientes que necesitaremos para hacer la masa. Al ser dos, no tardamos nada en prepararlos, Tania aprende cada vez más rápido y eso es genial; Lucía necesitó un par de días para aprender a hacerlos.

—Ahora hay que meterlos en el horno.

Ella coge las bandejas en las que los hemos preparado, abro la puerta del horno para que los meta en su sitio, cuando lo hace le explico cómo ponerlo, a qué temperatura y cuánto tiempo. Acaba por apuntárselo en su bloc de notas, será mejor que lo haga, sobre todo al principio.

—He venido con tejanos y camiseta negra como me dijo Lucía.

—Perfecto. —Le sonrío—. Bueno, he dejado tus cosas ahí. —Estiro el brazo y señalo el cuartillo que hay al final—. Aquí tienes tu delantal —digo tendiéndoselo—. Vamos fuera.

—Muy bien.

Tania viene detrás como un pequeño cachorro intentando quedarse con todo lo que le voy explicando. Levanta la persiana y entonces aparecen un par de clientes, le doy un pequeño empujoncito para que sea ella quien los atienda, esta es la prueba de fuego, depende de cómo salga la cosa irá mejor o peor. Desde la barra veo que va rápidamente, se acerca a ellos con una amplia sonrisa y les habla dulcemente pero siempre desde el respeto. Parece hacerlo bien, muy bien, cuando ya lo tiene apuntado, viene y suelta una risilla nerviosa.

—¿Me preparas un café con leche y un té rojo?

—Ahora mismo.

Dejo dos platos pequeños en la barra, pongo el café para que se vaya haciendo. En uno de los platos pongo una taza con una bolsa de té rojo, cuando veo que ya está acabando de hacerse el café, caliento el agua de la tetera y lo dejo para que Tania se lo organice como quiera. Lo hace bastante bien, aunque le falta algo de seguridad a la hora de llevar las cosas, algún día se le acabarán cayendo.

—¿Cómo lo he hecho? —pregunta nerviosa.

—Muy bien, tranquila —le animo sin darme la vuelta—. Cuando lleves unos días

ya te acostumbrarás.

—Eso espero.

Termino de prepararle lo que tiene que servir, se lo coloca todo en una bandeja y se va a la mesa.

—Oye, tú eres nueva, ¿no? —Oigo que le dice la mujer más mayor.

—Así es, señora —le contesta Tania con una sonrisa.

—Pues eres muy maja, muchacha, sigue con esa sonrisa.

—Gracias —dice ella pasándose la mano por el pelo y sirviéndoles lo que han pedido—. Aquí tienen, espero que lo disfruten.

—Muchas gracias, guapa.

Tania vuelve corriendo a donde estoy, sin decir palabra alguna, abre mucho los ojos como diciendo: «¿Has visto?». Entonces la puerta se abre y tras ella aparece Collins, igual que la gran mayoría de las mañanas, parece que se haya vuelto una costumbre venir al *Jubilee* a por un café. La muchacha al verle lo mira de arriba abajo, dándole un buen repaso y eso hace que mi sangre empiece a hervir. Salgo de detrás de la barra, me sonrío y va a su mesa de siempre junto al ventanal. Cuando veo que Tania va a ir a por él, le coloco una mano en el hombro, lo que hace que se gire para mirarme.

—Este es mío —digo en voz baja casi siseando.

—¿Por qué? ¿Tú has visto cómo está?

—Por eso mismo.

—Pero...

—Ni peros ni peras, quédate tras la barra.

Hace lo que le digo sin rechistar y más le vale que sea así porque Collins es para mí. Cojo la bandeja, saco mi libretilla y mi *boli*, ahora toca ir a por él. ¿Por qué siempre viene aquí? Paso por delante suyo contoneando mi cadera de un lado a otro. Por suerte han entrado un par de clientes más y se han sentado más allá, les voy a tomar nota y al pasar por al lado de Collins, este coge mi mano, tira de ella hasta que acabo cayendo sobre sus rodillas. Coloca su mano libre en mi cadera y la aprieta un poco. Ronronea como un gatito contra mi oreja, lo que hace que un escalofrío me recorra todo el cuerpo y erice mi vello.

—¿Pero qué haces? —le pregunto nerviosa perdida.

—He venido a verte —susurra mediante un gruñido.

Me da un pequeño mordisco en el cuello, lo que hace que dé un respingo y mi cuerpo se incendie como si un potente fuego ardiera en él, volviéndose completamente loca. De un salto me levanto, no puedo tenerle tan cerca y mucho menos haciendo lo que hace.

—Eh... Yo... —Este hombre es el único que hace que me quede en blanco y por alguna razón u otra siempre acaba consiguiéndolo—. ¿Qué vas a tomar?

—¿Me traes un café con leche?

—Sí, ahora... ahora mismo.

Salgo prácticamente corriendo de donde se encuentra, no puedo estar ni un segundo más escuchando su alterada respiración. Voy hacia la barra, intento distraerme un poco, ahora hay que explicarle a Tania cómo funciona la cafetera. Dejo la bandeja y voy tras ella.

—¿Sabrías prepararme un café con leche?

—Sí, tranquila, en el último bar en el que trabajé tenían lo mismo.

—Perfecto.

Me siento en uno de los taburetes, cojo aire, me paso las manos por el pelo y dejo ir un suspiro. Clavo mi mirada en él, va siempre tan elegante y formal, pero al mismo tiempo irresistiblemente *sexy*. Esta vez va vestido con un traje azul no muy oscuro con rayas de azul marino, lleva una chaqueta y un chaleco a juego, acompañada de una camisa blanca abotonada hasta arriba, unos mocasines negros y su inseparable reloj plateado. Sin darme cuenta, paseo el dedo índice por mis labios hasta que lo muerdo un poco. Collins me mira, igual que lo hacía yo, sus ojos reflejan la más pura lujuria, siento cómo poco a poco va desnudándose con la mirada, lo que hace que me cohíba.

—Natalia —escucho que me llama Tania a mi espalda—. Natalia. —Coloca una de sus manos sobre mi hombro derecho.

—Ah... Sí, sí.

Cojo la bandeja que ha preparado con el café con leche para Collins y lo de los otros dos clientes que han llegado cuando él.

—Aquí tienen. —Dejo las tazas frente a los dos chicos y voy a la mesa de Collins—. Que lo disfrutes.

—Lo disfrutaría más contigo.

—¿Quieres algo más?

—Un beso tuyo, pequeña —dice a la vez que vuelve a tirar de mi mano, coloca una de las suyas sobre mi mejilla y hace que me acerque a él para besarme—. Deliciosa, como siempre —susurra contra mi boca.

Suelto un leve gemido que acaba capturando con un dulce beso. Las piernas empiezan a temblarme, apenas tienen fuerza para poder aguantarme en pie.

—Collins... —murmuro cuando nos separamos—. Tengo... ehm... Tengo que seguir trabajando.

—Tienes razón, yo tampoco debería tardar en marcharme, o acabarán echándome.

—Tómame el café, anda.

Vuelvo a la barra, me siento de nuevo en uno de los taburetes y jugueteo con una cucharilla de café. Tania acaba de colocar algunas tazas en el lavavajillas, pero no aparta la mirada de mí.

—¿Y a ti qué te pasa con ese?

—No lo sé...

—Pues él sí parece saber lo que le pasa contigo.

Suelto un suspiro, este hombre está haciendo estragos en mí, no puede ser que me cree todas estas sensaciones con un solo beso. Cierro los ojos, coloco las manos sobre mis hombros y voy masajeándolos poco a poco. Al abrirlos, una de las grandes manos de él se coloca en mi cadera.

—¿Ya estás? —le pregunto.

—Sí, ya me voy. —Sin que pueda esperarlo ni evitarlo, Collins me vuelve a besar con ansia, pegándome a él para que ni el aire pueda separarnos—. Nos vemos esta noche.

—Vaya manía tienes, niño —refunfuño.

—Me encanta hacerlo —dice con una media sonrisa.

Observo cómo se marcha y algo me dice que mi cara debe ser la de una tonta encaprichada de un hombre que no tiene que ser suyo, ¿o sí? Suelto otro suspiro, últimamente lo hago tanto que creo que en uno de ellos se me va a ir hasta el alma, ¡maldito Collins! ¿Será él el malo, o yo quien no sé llevarlo? Quién sabe...

—Vaya dos... —murmura Tania.

—Todo esto es culpa de Lucía —mascullo—. Si no hubiera sido por ella ahora estaría tan tranquila y sin comerme la cabeza.

—¿«Sin comerte la cabeza»? —pregunta confusa.

—Sí...

Acabo por contarle todo la historia, el momento del vaso de agua, cuando me llevó al hospital, nuestro encuentro estando la otra y finalmente nuestra espantosa primera cita, si es que se le puede llamar así. En el momento en que le explico lo ocurrido ayer, cuando vino la *pelandrusca*, sus ojos se abren como platos.

—¿Y tú qué crees que hacía aquí?

—Yo espero y deseo que solo viniera a por un café porque pasaba por aquí, no tengo ganas de volver a ver a esa estirada, parece que le hayan metido un palo por el culo.

—O eso o irá estreñida —dice Tania y tras eso suelta una carcajada.

—Seguro.

Cada vez me va cayendo mejor, al principio parecía un poco rarilla, pero esa energía que tiene es contagiosa, no hay un solo instante en el que esté quieta o no haya una sonrisa dibujada en sus labios.

—Oye, Tania —comento en voz baja.

—Dime.

—Lo estás haciendo muy bien.

—Oh... —Sus mejillas se enrojecen, baja la vista y se toca el pelo—. Gracias...

—Gracias a ti, me alegro de que hayas empezado a formar parte del equipo del *Jubilee*.

Al cabo de unas cuantas horas, entrando ya el mediodía, Lucía aparece por la cafetería montada en sus patines, nunca se separa de ellos, le encantan.

—Buenos días —canturrea—. Tú debes ser Tania, ¿no? —le pregunta, a lo que la muchacha castaña, responde asintiendo. Luego viene a por mí y me abraza—. Por cierto, esto no venía en el contrato, pero ella es mía, solo mía —dice imitando a *Gollum*—. No, ahora en serio, es mía. —La mira entornando los ojos.

—Tranquila, fiera, que ya sabes que yo soy solo tuya.

—Aunque bueno... creo que podría compartirte con el estirado de Collins, pero solo con él y como te haga algo... ¡me lo cargo! —Amenaza cogiendo el cuchillo que usamos para cortar los cruasanes y rellenarlos.

—Anda, calla, estás loca. —Empiezo a reírme y por el rabillo del ojo puedo ver que Tania nos observa—. Bueno, pues esta es Lucía en su estado más puro: la locura. —Le guiño un ojo, lo que hace que ella sonría.

—Ya lo veo ya.

—En realidad es como un pequeño gato con ganas de mimos.

Miro cómo empieza a dar vueltas sobre sus patines y se acerca a saludar a algunos de nuestros clientes más habituales, le encanta hacerlo, pero sobre todo le gusta enterarse de todo lo que ocurre en el pueblo, aunque después no conozca ni a la mitad de gente de la que hablan.

—¿Hay algo de lo que deba enterarme?

—Bueno... —digo con una media sonrisa.

—Collins. —Se autoresume.

Asiento un par de veces y cierro los ojos, me conoce demasiado bien como para negárselo, ella es capaz de saber todo lo que pasa por mi cabeza con tan solo mirarme.

—Tal vez no tendría que haberme metido... —reconoce.

—Tienes razón, pero tal vez pueda sacar algo bueno de ello.

—¿Más bueno que tener a un maromo como Collins a tus pies?

—No está a mis pies.

—¡Anda que no! —salta Tania sin poder evitarlo, acto seguido se tapa la boca.

—¿Lo ves? Hasta ella se ha dado cuenta.

—¿Y si solo está jugando? Acuérdate de la *pelandrusca* aquella... —Noto que mi voz va llenándose de rabia aunque al final acaba desvaneciéndose como si nunca hubiera estado ahí.

Ninguna de las dos dice nada, saben la historia, él podría estar jugando conmigo, o tal vez con ella y debo ser sincera conmigo misma... Eso me haría más daño del que podría soportar. Suelto un suspiro, demasiadas van ya por este hombre. Le pido a Tania que me haga un café, necesito un poco de energía. Lucía desaparece sobre sus patines y cuando vuelve lleva un cruasán a medio morder en la boca, esta chica no

tiene remedio, algún día acabará comiéndose a sí misma, sobre todo si va envuelta en beicon.

—Anda que...

—¿Qué? —pregunta con la boca llena.

—Que no dejas de zampar.

—Me encanta hacerlo y encima no engordo... ¡A mí me han creado para comer! Y quien diga lo contrario, miente.

Suelto una carcajada y tras esta vienen muchas más, tiene razón. Empezamos a reírnos como dos auténticas locas, siempre lo hacemos, no podemos evitarlo.

—Tienes un morro, ojalá pudiera comerme lo que te comes tú.

—Ya me gustaría comerme a mí lo que te comerás tú esta noche.

La miro perpleja, con los ojos abiertos de manera exagerada, ¿de verdad ha dicho lo que creo que ha dicho? ¡Madre mía!, esto se nos está yendo de las manos.

—Anda, calla. —Le doy un ligero empujón.

Tania recoge algunas tazas, lleva la cuenta a todos los clientes que han acabado y coloca las cosas en la bandeja, aunque al final tiene que dar un par de viajes ya que hay demasiadas tazas por limpiar. Lucía mira cómo se mueve, la cara que pone, todo lo observa, esta muchacha se queda con cada gesto, cada titubeo.

—Escuchad, voy a ir a por Joel y algo de comida, ¿qué os apetece?

—Una ensalada de las mías no estaría nada mal —murmuro.

—Lo que traigas está bien.

—Perfecto, pues en un rato vuelvo.

—Ve con cuidado.

Le guiño el ojo, se estira la ropa y sale del *Jubilee* patinando, igual que vino. Tania se agacha para así poder poner las tazas en el lavavajillas. La verdad es que no esperaba que fuera a venir tanta gente hoy, ha sido un buen comienzo para Tania, ha podido aprender lo que le he ido explicando a lo largo del día.

—¿Qué te ha parecido Lucía?

—Es un poco... mmm...

—Especial, lo sé, siempre ha sido un culo inquieto.

—Os conocéis desde hace mucho, ¿no?

—Desde los tres años..., veinte años. —Suelto una carcajada y sonrío al pensar en cómo jugábamos en el patio del colegio—. Es un amor, ya lo verás.

—Seguro que sí.

Me paso las manos por el pelo y bostezo, estoy muerta y eso que solo llevamos medio día. Entre una cosa y otra nunca acabo de descansar bien, menos aún cuando duerme Lucía conmigo y sobre todo por el jaleo que llevo en la cabeza por culpa de Collins.

—Puede que mañana tengas que quedarte aquí con Lucía.

—No hay problema —dice Tania.

La miro, esta chica es un amor, desde que la conocí ayer no he visto nada que no

me guste, siempre predispuesta con una sonrisa en los labios y una energía que es sorprendente, debe dormir mucho, o algo.

—Muchas gracias, de verdad.

—Gracias a ti por dejar que forme parte de todo esto.

—Es un placer tenerte.

Veo que sonrío algo cohibida, pero acto seguido empieza a limpiar las mesas que se han usado.

Lucía y Joel no tardan más de cuarenta minutos en llegar, vienen cargados con algunas bolsas con *tuppers* llenos de comida. Al verles, mi estómago ruje con fuerza como si fuera un león hambriento frente a su presa. Giro un poco la cabeza y me fijo en que la chica de cabellos castaños tiene la mirada clavada en mis dos amigos, aunque sé perfectamente a quién mira. Observa cómo Joel avanza, ¡míralo! ¡Qué guapo se ha puesto! Se ha vestido con unos tejanos desgastados, un jersey de punto fino azul marino con el cuello redondo, se ha subido las mangas y las lleva a la altura de los codos. Se ha engominado su dorado pelo para que quede todo hacia arriba bien peinado.

—Qué guapo vas, nene. —Le cojo por el cuello del jersey.

Me pongo de puntillas y le abrazo, pobrecito mío, con lo bueno que es y siempre le toca lo más malo.

—Me he puesto guapo para ti, Nati —dice con un toque pícaro, me guiña un ojo y me besa la mejilla.

—Ven que te presente. —Le agarro de la mano y tiro de él, sus ojos se centran en Tania, la observa con detenimiento—. Esta es la chica que te está sustituyendo, Tania, él es Joel.

—Ehm... —contesta ella—. Encantada.

Los dos se quedan quietos sin decir nada como dos pasmarotes, ni se estrechan las manos, ni un beso ni nada y esto no es normal en Joel. Él siempre ha sido muy afectuoso, sobre todo cuando conoce a alguien.

—Vaya dos rancios. —Los miro de arriba abajo—. ¡Dos besos, leñe!

Joel posa una de sus manos en el hombro de Tania y otra en la parte superior de su cadera. Ella lo mira con dulzura, algo raro pasa entre estos dos. Se dan dos besos, pero no dicen nada más, parece que haya que sacarles las palabras con un sacacorchos. A su espalda, Lucía prepara la mesa para que podamos comer tranquilamente. Estos dos siguen medio atontados, aunque tal vez lo estén del todo. Vaya dos... Paso junto a ellos y voy donde está mi amiga, la ayudo a sacar las cosas de la bolsa donde lo traían todo.

—¿Tú los has visto?

—Pues ya ves...

—Parecen estatuas.

—Nuestro niño se ha «pillado» —dice sobre actuando—. Como si fuera un ordenador.

—Y tanto. —Le doy un leve golpecillo y empezamos a reír.

—Oye, comed vosotros antes y yo me quedo de guardia por si entra alguien.

—Da igual, no importa, puedo aguantar.

—¿«Aguantar»? Si parece que lleves un león indomable dentro, nena.

—¿Tú también te has dado cuenta?

—Creo que yo y medio pueblo, así que siéntate a comer, te he traído pollo rebozado que ha hecho mi madre y para nosotros *risotto* de setas.

—Joder... ¡qué pinta! —Casi babeo sobre el plato.

Si por mí fuera volvería atrás en el tiempo, me impediría decirle que me traiga una ensalada y dejaría que fuera ella quien decidiera. Ojalá pudiera zamparme un buen plato de ese *risotto* de setas que hace la madre de Lucía, tiene una mano para la cocina... es increíble, deberían darle a ella las estrellas Michelin, no me extraña que a Lucía le encante comer, con la artista que tiene en casa...

—Tú tienes un *tupper* guardado en casa —dice al ver mi reacción—. Te daría a probar pero acabarías comiéndotelo todo, que te conozco.

—Bueno... —Le saco la lengua y sonrío.

Voy tras la barra, cojo unos cuantos platos grandes, uno para cada uno y los dejo en la mesa. Joel y Tania hablan tranquilamente hasta que suelto un silbido que llama su atención. Con un movimiento de cabeza les indico que vengan conmigo y es lo que acaban haciendo. Lucía por su parte se coloca su delantal y espera por si alguien entra.

Después de un largo día lleno de clientes y movimiento, llega el momento del cierre. ¡Por fin! Tengo unas ganas de irme para casa... Mañana abrirán Tania y Lucía, necesito descansar un día, por lo menos, o esto acabará con mi vida. Cuando acabamos de recogerlo todo para que no lo tengan que hacer ellas mañana, la nueva, baja la persiana del ventanal, yo termino de colocar las sillas, cogemos nuestras cosas, pongo la alarma y salimos del *Jubilee*. Al bajar la persiana central, veo que un coche aparca delante de la puerta, de él se baja Collins. ¡Se me había olvidado! Ya no recordaba que esta noche iba a cenar a su casa. Qué guapo va, bueno, como siempre, esta vez se ha puesto unos pantalones negros con unas zapatillas de tela, un cinturón marrón claro, una camiseta blanca de cuello redondo y una bonita chaqueta verde militar. ¡Madre del amor hermoso! ¿Se puede ser más irresistible?

Capítulo 11

Collins cierra la puerta del copiloto, da la vuelta alrededor del coche y entra, sentándose en su lugar. El *tic* que me controla cuando me pongo nerviosa, vuelve a aparecer, mis pies se mueven de arriba abajo, estoy nerviosa, demasiado incluso. Un extraño hormigueo recorre mis manos, lo que hace que las frote entre sí, pero luego pasa por todo mi cuerpo erizándome el vello. Miro por la ventana intentando distraerme, agarro con fuerza el bolso como si alguien me lo fuera a quitar. Por el rabillo del ojo puedo ver que Collins no aparta la mirada de mí.

—¿Cómo ha ido el día? —pregunta dulcemente.

No respondo, me mantengo en silencio como si no le hubiera escuchado, miro por la ventana, pero entonces me pongo a pensar: «¿estoy tonta?». ¡Ni nervios, ni nada! ¡Se acabó! No voy a seguir pareciendo una pánfila, no lo soy, eso lo tengo más que claro, esta no es la Natalia de siempre y voy a demostrárselo a Collins.

—Bien, muy bien, la verdad. —Sonrío.

—¿Y esa chica nueva?

Le miro con los ojos entrecerrados, ¿de verdad me está preguntando por Tania? Suelto un soplido, cojo aire e intento calmar lo que llevo dentro, este hombre hace que todo mi interior se vuelva loco.

—Pues muy bien, Tania es un amor, lo está haciendo genial, estoy muy contenta con ella.

—Me alegro de que así sea.

Sigo mirando por la ventana, veo que se encamina hacia el centro del pueblo llegando a la zona comercial casi al lado de mi casa, pero entonces se desvía, entra por una calle paralela a la de las tiendas. Esta es más estrecha de lo normal, incluso se podría decir que es un callejón. A ambos lados de esta hay pequeñas casas, si es que se les puede llamar así, son pisos con una parte superior algo más pequeña de lo que suelen ser. Al final de la calle, hay una casa que hace esquina, la parte superior está hecha de ladrillos marrones claros y la de debajo de algo que parece ser mármol también claro, tiene algunos detalles metálicos en la puerta y alguna ventana. Justo antes de llegar, el coche se detiene, estamos a menos de un metro. Collins saca un pequeño mando y le da al único botón que hay en él, la puerta que hay junto a la entrada se abre. El *parking* es pequeño, cabe un solo coche aunque para él ya le va bien. Aparca en su sitio, me mira y salimos del coche.

—Bueno, pues hemos llegado.

Está todo oscuro, la puerta se ha cerrado a nuestra espalda y apenas podemos ver, ya que solo la luz del interior del automóvil nos ilumina. Escucho que él anda por el sitio, hasta que le da al interruptor lo que hace que todo se ilumine. Clava su mirada en la mía, medio sonrío y se pasa la lengua por los labios.

—Por cierto... —dice pensativo—. No me has dado dos besos. —Tras eso una pícaro mirada empieza a brillar en sus ojos.

—Vaya, que mala suerte. —Le guiño un ojo y saco la lengua.

Abre muchísimo los ojos, pobrecillo. Suelto una carcajada, no puedo evitarlo, su cara es un cuadro ahora mismo.

—¿«Mala suerte»? —pregunta sorprendido.

—Ajá. —Le desafío, con una sonrisa.

—Entonces «mala suerte», ¿no?

Asiento, aún con la sonrisa en los labios. Hace una mueca, se pasa las manos por la cara y el pelo intentando parecer algo decepcionado, pero cuando lanza la mirada puedo ver cómo un peligroso lobo vive en su interior.

—¡Ya verás cuando te pille!

—¿Ah, sí, Collins?

—Te vas a enterar. —Ahora es él quien me guiña un ojo y sonrío como un depredador.

Me mira esperando a que dé el primer paso, pero no lo hago, no dejaré que me atrape tan fácilmente, ¡claro que no! Hago un pequeño movimiento como si fuera a ir hacia un lado, cuando veo que va a ir a hacia ese sitio, me voy al contrario. Pero entonces, parece leerme la mente, cuando me doy cuenta corro hacia el otro y él detrás de mí.

—¡Agh! No me cojas.

Intento ir más rápido, pero él parece seguir igual, no se cansa ni tampoco duda. Entonces alarga el brazo y acaba por atraparme.

—¡No, suéltame! —le grito como si fuera una niña pequeña.

—Ah, no, ya no te suelto.

Empieza a hacerme cosquillas hasta que me coloca contra la pared, pegando mi espalda en ella sin que pueda moverme, me apresa con su cuerpo. Coge mis muñecas y las sujeta sobre mi cabeza para que no pueda hacer nada. Pega su boca a mi cuello, lo lame con dulzura e incluso lo muerde, lo que hace que un escalofrío recorra todo mi cuerpo. Siento que empiezo a arder de nuevo, este hombre no necesita hacer nada para tenerme donde quiera... Tras estar unos minutos sobre mi cuello, deja un reguero de besos que acaba en mis labios, devorándome, hambriento, como si me necesitara para seguir con vida, como si no pudiera esperar más a tenerme.

—Te pillé —gruñe contra mi boca.

Se separa un poco de mí para poder observarme, en sus ojos puedo ver de nuevo la lujuria, el deseo, el desenfreno... Hay tanto en él... Pega su cintura a la mía haciendo que le sienta aún más que antes, sus manos me liberan y descienden hasta la parte baja de mi cadera, lo que hace que ni el aire pueda separarnos. Coloco las mías tras su cabeza, clavo mis ojos en los suyos y no puedo esperar más, necesito volver a sentir sus labios contra los míos, así que le beso. Me coge en brazos haciendo que le rodee con las piernas. Poco a poco, vamos avanzando entre besos arrolladores que

hacen que perdamos la poca cordura que nos queda. Cuando llegamos junto a una puerta metálica, rebusca en el bolsillo de sus pantalones y saca unas llaves. Durante unos instantes deja de besarme, y yo solo puedo observar su hermoso rostro, apaga la luz del *parking*, abre la puerta y entramos. Este hombre es tan bello, tiene unos ojos tan bonitos, tan verdes y penetrantes, esos labios rosados y carnosos, esa maravillosa y blanca sonrisa... Parece haber salido de una revista, ¿quién me iba a decir a mí que acabaríamos así?

Le hago un gesto para que me deje en el suelo, no hace falta que me lleve siempre a cuestas, pero niega con la cabeza, no está dispuesto a soltarme, y algo me dice que no quiere que me escape aunque tampoco lo haría. Le doy un dulce beso pidiéndole que me haga caso, necesito sentirle de nuevo, tener su sabor en mí. Enciende la luz de la casa, anda por un largo pasillo hasta que llegamos a lo que parece el comedor, ya que en él hay un sofá y una televisión. Se sienta en él, dejándome a mí encima. Me acomodo, paso mis dedos entre los mechones de su oscuro y despeinado cabello sin darme cuenta, me muerdo el labio inferior, lo que hace que medio sonría, me encanta.

—Vas a volverme loco —murmura con la voz ronca.

—Eso espero.

Y de verdad que quiero; quiero hacerle perder la cabeza tanto como él hace que pierda yo la mía, quiero borrar toda cordura que haya en su interior. Le beso con ansia llevándome conmigo cada suspiro que él me arrancó, cada lágrima que eché la otra noche, esta vez será diferente. Pasea sus manos por mi espalda, las mete bajo la camiseta y deja que nuestras pieles se unan; mi cuerpo arde como si el fuego corriera por mis venas. Bajo mis manos por su cuello mientras nos besamos, llego al cuello de su chaqueta; quiero quitársela pero las manos me tiemblan. Torpemente hago que, poco a poco, se deslice por sus hombros, y que él me ayude. Suelta mi cadera para quitársela. Vuelve a donde estaba, aunque esta vez él también me quita la camiseta dejándola tirada. Siento que mis mejillas se enrojecen, algo hace que me cohíba, ¿pero por qué?

—No tengas vergüenza, pequeña. —Me acaricia con dulzura.

—Yo... —murmuro.

—Tranquila. —Clava su mirada en la mía y puedo ver algo distinto en sus ojos, ahora están llenos de amor, de cariño, también de deseo. Una mezclado todo.

Asiento perdida, su mano sube hasta mi mejilla, y hace que me acerque a él para besarle, lo que empieza siendo un beso tranquilo y dulce acaba volviéndose un torbellino arrollador que hace que mi respiración se vuelva algo agitada, tanto como la suya. Alza la cadera para que sienta lo que estoy provocando en él, puedo notar un enorme bulto presionando mi entrada a través de la ropa.

Me muevo encima, lo que hace que suelte un gruñido. Sus manos bajan hasta la cinturilla de mi pantalón y desabrochan el primer botón. Sonrío, no voy a dejar que vaya tan rápido, ahora mando yo. Entonces, se las cojo y las coloco sobre mis pechos, invitándole a que se recree en ellos y eso hace. Se deshace de mi sujetador que acaba

en el suelo junto a la camiseta, posa sus grandes manos sobre mis pechos, y los acaricia con mimo, los lame y les da delicados mordiscos. Me muerdo el labio inferior tan fuerte incluso que siento cómo de una pequeña herida empieza a emanar sangre, me paso la lengua por ellos hasta que él se percata, sube su boca hacia la mía y empieza a besarme de nuevo.

Me coge con fuerza, pero entonces y contra todo pronóstico, me deja sobre el sofá y se pone en pie, delante de mí. Solo hay una luz encendida y apenas se puede ver, paso mis manos por encima de su camiseta, me levanto también y se la quito. Esto sobra, y hay algo más que también sobra.

Busco la cinturilla de su pantalón, desabrocho el primer botón y bajo la cremallera, se los voy quitando lentamente, deleitándome con las vistas. ¡Madre mía! ¡Lo que guarda Collins es un gran secreto! O no. Me siento de nuevo en el sofá, él me observa hasta que no puede más, se agacha frente a mí y me quita mi pantalón. Se queda, mirándome, lo que hace que me ponga nerviosa y mis mejillas vuelvan a enrojecerse. Alzo una de mis manos y paso el dedo índice por mis labios, muerdo la punta, le necesito... Hace lo que quería, pone dos dedos a ambos lados de mi cintura, se cuelan por debajo de la goma de mis braguitas brasileñas negras y sonrío como un lobo feroz a punto de atacar a su presa. Arrodillado frente a mí, coloca sus manos sobre mis muslos, los acaricia mientras besa su interior, siento cómo el calor empieza a concentrarse en la parte baja de mi vientre, justo por donde pasa.

Poco después, hace que abra las piernas, empieza un reguero de besos que va desde mi rodilla hasta el interior de mis muslos, alza la mirada y sonrío pícaro con ganas de jugar. Mientras sigue besando el interior de mis piernas, cuela uno de sus dedos entre mis pliegues y empieza a jugar con mi pequeño botón, haciendo que mi cuerpo quiera más y más, que le necesite más aún que antes. Siento que, poco a poco, voy deshaciéndome en sus manos, hasta que hace que me ponga en pie, coloca sus manos en mi espalda acariciándola, me besa el hombro y me coge de la mano, tira un poco de mí para que le acompañe y me hace subir al piso de arriba. Al final del pasillo, a mano izquierda, hay una puerta, y a la derecha otra, entramos en la primera. La abre, enciende la luz de la mesita de noche mientras yo espero junto a la puerta. ¡Vaya habitación! ¡Qué cama! Vuelve a por mí cuando ya hay algo de claridad en el dormitorio, coge mi mano, avanzamos pausadamente hasta que mis piernas tocan el borde de la cama.

Hace que me siente, me besa en los labios y yo me estiro en ella, retrocedo hasta que llego al final colocando mi cabeza sobre la almohada. Él se pone a gatas sobre el colchón y me acecha a punto de atacar. Pone sus manos a ambos lados de mi cabeza, clava sus ojos en los míos esperando algo, pero no puede esperar, y yo tampoco, necesito volverle a sentir contra mí. Ahora no me importa nada, ni estar completamente desnuda delante de él, ni el hambre, nada... Solo existimos nosotros.

Alzo las manos y las pongo sobre sus mejillas, lo acerco a mí, nuestras frentes están completamente pegadas, me muerdo el labio inferior y eso era lo que esperaba,

era ese «algo». Me besa con libertad sin importarle nada, con ferocidad, como si fuera a llevarse algo de mí, ansioso por más. Posa, una de sus manos en mi rostro, y la otra recorre mi vientre, acariciándolo hasta que llega a la parte baja, sonrío contra mi boca y cuela un dedo en mi interior. Abro los ojos como platos, ¡madre mía! Siento cómo mi corazón se vuelve completamente loco, más de lo que estaba, igual que mi respiración.

Muevo la cadera, «¡hazme caso!». Bajo mis manos hasta la goma de sus calzoncillos y tiro de ellos hacia abajo lo que puedo, que no es mucho, pero lo suficiente para que sepa qué es lo que quiero. Se deshace de ellos y los tira al suelo, se coloca entre mis piernas, me besa entre los pechos antes de hacer nada, sube por el cuello y acaba en mi boca. Es entonces, cuando, lentamente entra en mí haciendo que suelte un profundo gemido. Empieza a moverse, tranquilamente, pero le siento demasiado dentro, parece que vaya a estallar, ¡madre del amor hermoso! Aumenta el ritmo al poco tiempo, haciendo que decenas de suspiros se me escapen.

—Vas a volverme loca... —susurro sin fuerza.

No dice nada, se limita a besarme; un gruñido sale de él y acaba en mí. Me humedezco los labios, cojo el aire que apenas pueden retener mis pulmones y suelto un suspiro. Collins, me mira dulcemente, aún moviéndose en mi interior, haciendo que mis pechos bailen a su son. No tardo mucho en darme cuenta de que voy a irme, en que no voy a aguantar mucho más, él también se percata de ello. Me besa ansioso, y ese es el detonante, lo que hace que acabe rendida bajo su cuerpo.

Cuando termina, Collins, se tumba a mi lado aunque antes deshace la cama para taparme, se arrodilla junto a mí, pasa uno de sus brazos por debajo de mis piernas y otro por detrás de mi espalda, deshace mi lado, y me tapa. Se mete bajo las sábanas, me pongo de lado, cierro los ojos y cojo aire soltándolo a modo de suspiro.

—¿Estás bien? —me pregunta preocupado.

—Sí, tranquilo.

Me abrazo a mí misma, cierro los ojos de nuevo, estiro bien la sábana, y noto que Collins se acerca por mi espalda y me abraza con fuerza, me besa el hombro y no puedo evitar darme la vuelta. Él se pone boca arriba y aprovecho para echarme sobre su pecho. Posa sus manos en mi cadera, me coloca sobre él, y pasa sus manos por mi espalda, la acaricia, me besa el hombro de nuevo y siento cómo sonrío.

—Me alegra que estés aquí —murmura.

—A mí también.

Cierro los ojos y me dejo llevar por su aroma. Escucho el latido de su corazón; me da un beso en la coronilla. En ese momento, el cansancio me puede, dejo de ser consciente y acabo durmiéndome.

Siento que alguien me empieza a besar por todos lados, la boca, las mejillas, el cuello, los hombros, los pechos, hasta llegar bajo mi ombligo, hace que abra las

piernas, y empieza a lamerme, a castigarme con su juguetona lengua. Abro los ojos de manera desorbitada, ahora estoy completamente despierta, mi respiración empieza a ser agitada, demasiado incluso, suelto un grito ahogado.

Collins levanta la mirada y medio sonrío, ¿se puede ser más malvado? Y la respuesta es sí, sí se puede. Sigue a lo suyo, torturándome con su lengua, como si no hubiera un mañana, sin importarle la manera en que tiembla mi cuerpo. Gruñe, pasa sus manos por mis piernas e introduce uno de sus largos dedos en mi interior, juguetea haciéndome sufrir, disfrutando de tenerme así. Aprieta mi pierna mientras sigue lamiéndome, varios gemidos profundos empiezan a escapármese, tanto que siento que mi garganta va a terminar desgarrándose. Pongo mis manos a ambos lados de su cabeza y la alzo, le necesito aquí arriba, aunque no llega a donde yo quería, no a mi boca, sino que se detiene en mis pechos, deleitándose con ellos, acaricia mis pezones con mimo, los succiona y termina mordiéndolos.

—Co... Collins —susurro perdida en el placer.

—Calla nena, disfruta.

Vuelve a bajar donde estaba, acaricia mi pequeño clítoris, siento que mi sexo va a explotar y parece que él también se da cuenta, ya que me lame como si fuera un dulce helado de chocolate, seguidamente mete un dedo dentro de mí. Acabo deshaciéndome entre suspiros y gemidos, temblando. Con un simple gesto le pido que venga a mi lado, tiro un poco de él hasta que lo hace. Me besa una mejilla pero yo no lo quiero ahí, así que soy yo quien le besa dulcemente.

—¿Qué hora es? —pregunto sin fuerza.

—Las once y media.

—Vaya... qué tarde...

—¿Tienes hambre?

—Sí, un poco.

¿«Un poco»? ¡Mentira! Como dice mi abuela: «tengo más hambre que el perro de un ciego». Creo que un monstruo va a salir de mí en cuanto tenga la comida delante. Collins me da un beso en la frente, se levanta de la cama y se acerca a un gran armario oscuro. Mientras mira lo que hay en su interior, yo me apoyo sobre los codos y me deleito con su esbelta figura. ¡Vaya culo tiene! Tan respingón y terso, quién pudiera ir y darle un buen manotazo. Tiene la espalda al descubierto y todos sus músculos se marcan haciendo que un pequeño hoyuelo se note en la parte baja de esta. Cuando se da la vuelta, me pilla con las manos en la masa, lo que hace que medio sonrío de esa manera tan irresistible que solo él tiene.

Me siento en el borde de la cama, espero que él llegue a mí. En las manos lleva una camiseta algo ancha de color gris. Antes de tendérmela, se agacha un poco y me besa en los labios. Coge mi mano, hace que me ponga en pie y pasa mi cabeza por el agujero de la camiseta.

—Preciosa —murmura colocando algunos mechones de mi pelo tras mi oreja.

—Yo..., gracias. —Mis mejillas se sonrojan—. Debería decirle algo a Lucía...

No quiero que se preocupe.

—Muy bien, adelante —dice con una sonrisa—. Yo había pensado en pedir algo para comer, la verdad es que no tengo ganas de cocinar ahora. —Se pasa una mano por la nuca y hace una mueca.

—Mmm... como quieras, me va bien cualquier cosa.

—Perfecto.

Salimos de la habitación, no sé a dónde ir, ahora mismo me siento muy perdida. Pasa por delante de mí, comienza a bajar por unas escaleras hechas de parqué, igual que el suelo, y metal. Veo todo tirado, incluidas mis braguitas, ¡qué vergüenza! Ladeo la cabeza y me doy cuenta de que las paredes son de color gris perla aunque una de ellas es negra; en esta hay un cuadro bastante grande, es precioso. Hay una chica de espaldas de pelo largo y castaño claro, con un vestido blanco pero más que un vestido parece una túnica; está apoyada en una barandilla de madera mirando el mar. Seguimos bajando y a mano derecha está la cocina, no hay ningún cerramiento, solo está separada por una isleta de mármol blanco acompañada por cuatro taburetes del mismo color. Junto a esta hay una habitación pequeña, lo que supongo que será la despensa, a su lado está el pasillo que recorrimos para entrar desde el *parking*. Una vez abajo, miro hacia el otro lado, detrás del sofá hay una mesa de madera y cristal en la que podrían comer hasta seis personas, ¿para qué tantas? Miro un poco más allá, es entonces cuando me enamoro completamente, no sé si de la casa o de él. Tras la mesa, pegadas a las paredes, hay dos grandes estanterías negras repletas de libros. Creo que me voy a caer de culo, ¡qué cosa más hermosa! Ya me gustaría a mí poder tener tantos, aunque por suerte tengo el *Jubilee*, allí hay un montón. Me acerco a ella y paso mis dedos por los lomos de todos y cada uno de los libros, ¡me encantan!, si hubiera tenido talento para escribir, habría sido escritora, pero los dulces ganaron la batalla y me empujaron a abrir la cafetería.

—¿Son todos tuyos? —pregunto sin apartar la mano de ellos.

—Sí, todos —contesta con una sonrisa.

Viene hacia mí mientras yo sigo observándolos, me coge de la cintura, aparta mi pelo y me besa el cuello.

—Ya te prestaré alguno, si lo deseas. —Hay veces en que su voz cambia y es cuando su deje inglés aparece, se hace más presente.

Asiento, si pudiera me los leería todos, aunque creo que al final acabaría faltándome tiempo. Me paso las manos por los hombros, siento el calor de su cuerpo contra mi espalda.

—¿Japonés?

—Sí, claro.

Se separa de mí y voy en busca de mi pequeño bolso, ¿dónde se habrá metido? Con lo ordenadito que lo tiene todo, sin tener en cuenta lo que hemos dejado tirado. Doy la vuelta al sofá, me agacho para coger mis braguitas, me las pongo al igual que las bambas. Miro por todos lados pero no hay ni rastro de él. Me siento sobre el

cómodo sofá de piel negra, necesito pensar, aunque no lo consigo ya que Collins aparece en mi campo de visión en la cocina y sin camiseta, apoyado contra la encimera.

Escucho que habla por teléfono, supongo que con los del restaurante, paseo el dedo índice por mi labio y acabo mordisqueándolo. Él mira algo que parece ser una carta. Al levantar su mirada, se clava en la mía lo que hace que sienta un escalofrío recorriendo mi cuerpo.

De un salto, me levanto; será mejor que vaya a buscar mi bolso. Lucía debe estar tirándose de los pelos, aunque no sé si por no saber qué es lo que está pasando entre nosotros o porque está preocupada. Cuando me acerco a la isleta de mármol, veo que al final de esta hay un pequeño bol de madera con las llaves del coche y las de casa. Cojo ambas, le miro y sonrío.

—Voy a por mi bolso.

Este asiente y sigue hablando por teléfono. Voy hacia la puerta por la que entramos antes. La abro, atravieso el largo pasillo y cuando llego a la otra, intento meter una de las llaves pero no es, cojo otra, tampoco, y otra más, entonces sí, se abre. Paso la mano por la pared, entro a tientas, apenas puedo ver, busco el interruptor pero no veo nada, no lo encuentro. Avanzo lentamente, le doy al botón superior del mando del coche, las luces de este se encienden, ¡por fin un poco de suerte! Tiro de la puerta, y ahí está, mi pequeño bolso.

Vuelvo al interior de la casa, lo cierro todo, cojo lo mío y saco el móvil. Puedo ver que en la parte superior hay varios iconos: hay llamadas y mensajes. Se habrá quedado a gusto, porque no veas... Lo desbloqueo, hay dos llamadas tuyas y una de casa, ¡madre mía! Esto es peor de lo que pensaba. Abro el *WhatsApp*, y veo cinco mensajes tuyos.

—¿Sigues viva? —A las nueve.

—¿Cómo va con Collins? —A las nueve y diez.

—¿Hola? —A las nueve y media.

—¿Nati? —A las diez.

—¡Natalia Reyes Díaz! ¡Contesta! —A las once.

Me paso la mano por el pelo, esta muchacha cada vez está más y más loca, no sé cómo puede ser tan cotilla.

—1. *Estoy viva, 2. Va bien, 3. Hola, 4. Tranquila, no ha pasado nada, no puedo estar toda la noche con el móvil, así que calla. No me esperes despierta, descansa.*

No más mensajes, ¡por Dios! No es más chafardera porque no le cunde para más

el día que si no... Creo que si por ella fuera tendría una ficha de cada persona a la que conoce con nombre, apellido, fecha de nacimiento, fotografía, DNI... todo. Espero que no lo haya hecho, no sé dónde lo guardaría todo. Cuando levanto la vista del teléfono, me encuentro a Collins, sentado en el sofá, observándome detenidamente.

—¿Pasa algo? —pregunta.

—No, simplemente es que Lucía es una pesada...

—Vaya.

Asiento una vez y voy hacia donde se encuentra, me dejo caer a su lado mientras siento cómo sus ojos me inspeccionan. Estira el brazo para cogerme la mano, tira de esta un poco, indicándome que me acerque a él, y eso hago, me muevo sobre el sofá y recostándome sobre su pecho. Enciende la televisión aunque apenas le hacemos caso, Collins se dedica a pasear sus dedos por mi pelo, jugueteando con él. Cojo aire, al hacerlo me doy cuenta de lo bien que huele, es impresionante. Paso mi mano por una de las suyas y la coloco sobre mi vientre, me encanta sentir su piel contra la mía, el calor que desprende. Este, empieza a hacer círculos alrededor de mi ombligo con dulzura y mimo, me besa el hombro, suelta un suspiro y cambia de canal. ¿Qué está saliendo? No tengo ni idea, giro un poco la cabeza, en la pantalla hay unos peces nadando por un perfecto fondo marino, ¿realmente será así? «¿En qué estás pensando, Natalia?». Me autopregunto.

—¿Qué has pedido para comer? —Intento que no se escuche el sonido que hace mi estómago, me estoy muriendo de hambre, si alimentara le daría un mordisco.

—Ya lo verás —contesta pícaro—. ¿Has comido alguna vez comida japonesa?

—Lo típico, fideos y poco más, algunas veces incluso de esos instantáneos que le echas agua.

—Pues yo creo que esto te va a gustar.

—¿Sí? No habrás pedido mucha cosa, ¿no?

Por una parte espero que no lo haya hecho, porque no sé qué ha pedido, aunque por otra, sí, tengo tanta hambre que podría comerme cualquier cosa, ¡hasta acelgas! Bueno no, acelgas no, que no me gustan nada de nada, no sé cómo la gente es capaz de comerse esas cosas... ¡puag! Siento que los párpados me pesan, ¿tan cansada estoy? Este hombre «ha colmado el vaso», estoy exhausta, entre el trabajo, el haberme levantado temprano y esto. Vuelve a besarme el cuello, el hombro y la cabeza, me coge de la mano y también me besa la palma. Cierro los ojos, me apoyo algo más en su pecho, cojo aire y lo suelto a modo de suspiro.

—¿Estás bien?

—Sí, tranquilo, solo estoy cansada.

—Oye..., puedes dormir si quieres, cuando llegue la comida subo a buscarte.

—No, no hace falta... estoy bien.

Asiento, pero sin mucha gana, creo que no acaba de creérselo del todo. Algo en mí vuelve a cambiar, igual que pasó la otra noche, no quiero que esta acabe así, pero siento cómo un enorme vacío vuelve a crearse en mi interior. Me siento bien, necesito

despejarme y soltar esto que tengo dentro. El *tic* aparece de nuevo, empiezo a mover la pierna, nerviosa, y a coger mucho aire. Quiero tranquilizarme, pasar una buena cena con Collins y dejar el pasado atrás.

—Collins... —murmuro.

—Dime.

—¿Podría darme una ducha? —susurro, qué vergüenza.

—Claro, vamos.

¿«Vamos»? ¡Oh, no! Necesito estar sola, no con él, olvidarme de esta maldita sensación. Se pone en pie, me da la mano para que pueda levantarme y vaya con él. Subimos al piso de arriba. Cuando entramos al baño, abre un armario blanco y saca una toalla de color gris.

—Toma —dice tendiéndomela—. Eso de ahí es el gel de ducha. —Señala el bote que hay dentro de la bañera con hidromasaje—. Si necesitas cualquier cosa, llámame y subiré en nada.

—Gracias —murmuro, cabizbaja.

Asiente y sale del baño. Es bastante grande, más de lo que pensaba en un principio. Las paredes son blancas, impecables, en una de ellas hay un espejo bastante grande y un lavabo. Frente a esta, bajo la ventana, hay una bañera bicolor con la parte superior blanca y la inferior negra con un grifo plateado. Este hombre tiene una casa de revista.

Me deshago de la poca ropa que llevo, es hora de olvidarse de todo, dejar que esta mala sensación se marche y desaparezca con el agua.

Capítulo 12

Cuando termino de ducharme, secarme el cuerpo y vestirme de nuevo con la poca ropa que llevaba, bajo al salón. Collins está sentado en uno de los taburetes de la isleta mirando su teléfono, tecleando algo. Parece que no se ha dado cuenta de que estoy bajando, por lo que sigue tan tranquilo. Carraspeo un poco para que se gire, pero no lo hace, sigue a lo suyo, termino de bajar despacio, me siento en el sofá y le observo. Es tan hermoso, los músculos de su espalda y sus piernas se marcan, haciéndolo aún más bello, hay quién dice: «que pierde cuando va sin ropa», pero este hombre no puede perder de ninguna manera. Se pone en pie, deja el teléfono en la encimera, va a darse la vuelta pero antes de hacerlo, el móvil vuelve a sonar, por lo que él, se apoya con los codos, aún de pie. ¡Vaya culo! ¿No podría venir aquí?

—¿Todo bien? —digo intentando parecer preocupada.

—Sí, tranquila.

Lo deja de nuevo sobre la encimera y creo que acaba apagándolo. Va a venir hacia mí, pero entonces el timbre empieza a sonar. ¿Será la cena? ¡Ojalá! Necesito comer como al aire que respiro, si no acabaré muriendo.

—Mierda... —susurra.

—¿Quieres que abra yo? —pregunto mirándole de arriba abajo.

—Sí, mejor, no creo que sea muy bueno que me vean así. —Suelta una adorable carcajada que hace que no pueda evitar sonreír.

Será mejor, ya que él no lleva nada más que los calzoncillos, me pongo en pie, Collins saca el dinero de la cartera y me lo tiende. Escucho que va a la cocina, coge unos cubiertos y servilletas. Abro la puerta de golpe, sin mirar por la mirilla, ¡tendría que haberlo hecho! Frente a mí está la chica con la que estuvo la otra noche, ¿qué cojones hace aquí?

—¿J.D.? —pregunta ella.

Apenas puedo moverme, se me ha helado la sangre y mi cuerpo se ha quedado completamente paralizado, ¿qué se supone que debo hacer? Doy media vuelta y entonces, le veo, está detrás de mí. Salgo de donde estaba y me voy a la planta de arriba, tengo que irme de aquí, no puedo quedarme y menos con esta aquí. Me encierro en el baño, apoyo mi espalda contra la puerta y me deslizo hasta que acabo en el suelo. Mi cuerpo empieza a temblar, unas terribles ganas de vomitar empiezan a nacer en la boca de mi estómago, no puedo más, intento recogerme el pelo, gateo hasta la taza del váter y acabo echando lo poco que llevaba dentro. Las náuseas no cesan, es más, empiezan a mezclarse con los lagrimones que emanan de mis ojos. No voy a aguantar más aquí.

—¿Pero qué coño haces aquí? —escucho cómo le grita.

—Necesitaba verte.

—Ahora no es el momento, sabías que venía, ¡lo sabías! —dice furioso.

—Pero...

—¡Pero no! ¡Lárgate!

—J.D., por favor... es importante.

—No, ahora no, ¡fuera de aquí!

—J.D., por Dios... necesito que hablemos.

—¡He dicho que te vayas!

Escucho cómo la empuja y cierra la puerta de golpe, pero eso no sirve de nada, quiero irme de aquí, no puedo aguantar más este malestar. Cuando oigo que empieza a subir las escaleras, echo el pestillo, intento calmar las lágrimas que no dejan de salir, bañando mi rostro.

—Natalia... —murmura.

No digo nada, no quiero que entre. Me apoyo de nuevo contra la puerta, espero que no intente hacerlo. Pero me equivoco, la golpea un par de veces.

—Natalia, por favor.

—Márchate —le ruego.

—No voy a irme, deja que entre.

—No...

Me quito la ropa y me meto en la ducha, el agua tiene que llevárselo, si no lo hace acabaré volviéndome loca, no puedo seguir así. Me siento en la bañera, dejo que el líquido caiga sobre mi cabeza, cierro los ojos, cojo aire y lo suelto a modo de suspiro. Intento calmar este dolor que llevo dentro, esta angustia que me corroe lentamente sin control, la que va acabando conmigo día a día.

—Natalia, por Dios... déjame entrar.

—¡He dicho que no! —grito sin apenas fuerzas, controlada por el dolor.

Golpea de nuevo la puerta pero no sirve de mucho, no se abre. Mi llanto se vuelve cada vez más profundo, no quiero sentir esto, no quiero estar mal, ni que él lo esté, ¿por qué siento este miedo? Un profundo quejido rasga mi garganta y eso hace que acabe perdiendo los nervios, Collins le da un buen golpe, por lo que acaba sacando la cerradura de su sitio y entrando. Cuando me ve se queda quieto, paralizado, alzo la vista y su mirada está llena de pena e incluso terror. No hace nada, se queda en la puerta, observándome asustado, hasta que da un paso adelante y se acerca a mí, se arrodilla a mi lado y pasa sus manos por mi cabeza.

—No llores más, mi pequeña —me pide con dulzura.

Detiene el agua, se pone en pie lentamente, y coge su albornoz azul marino, me tiende la mano haciendo que me incorpore lentamente. Me envuelve con él y me coge en brazos, con cuidado. Acerca su rostro al mío, pegando su frente a mi mejilla, respira hondo y me besa. Empieza a andar, abre la puerta de la habitación con el pie, anda tranquilamente, hasta que llega al borde de la cama, me deja en medio y se sienta conmigo.

—¿Qué ha pasado, Natalia? —pregunta serio.

—No lo sé... —susurro perdida.

—Claro que lo sabes, ¿por qué no quieres contármelo?

—Collins, deja el tema, por favor —le pido.

—Está bien...

Entonces, se escucha el timbre, alguien está llamando a la puerta. Collins se levanta, sale de la habitación sin decir nada más, sin girarse, está molesto, puedo notarlo, sé que lo está. Me pongo en pie yo también, no quiero arruinar la noche, no otra vez. Voy al baño, cuelgo el albornoz del gancho en el que estaba colocado, me pongo la ropa que había dejado allí tirada y bajo con él, o esa era la idea, aunque me detengo a media escalera, me siento en ellas y le observo. Deja la bolsa con la comida sobre la isleta, deshace el nudo que la cierra, saca todo lo que hay dentro de esta y lo deja en la encimera. Cuando alza la mirada, se encuentra con la mía, está triste, disgustado.

—Estoy bien —le aseguro, aunque sé que no sueno muy creíble.

—Vuelve a la cama, te llevaré la cena.

—No hace falta.

Acabo de bajar las escaleras, me acerco a donde se encuentra y me siento en uno de los taburetes blancos.

—Lo siento —murmuro—. Sé que me repito como el ajo, pero es verdad, lamento lo que acaba de ocurrir...

—Espero que algún día me cuentes qué es lo que pasa por tu mente —dice apenado.

—Algún día.

Saca un par de platos de uno de los armarios, también dos copas y un vino tinto, los deja delante de mí, por lo que soy yo quien los coloca, uno para cada uno. Collins abre los *tuppers* en los que está metida la comida, hay demasiada como para que nos la podamos comer toda, pero entonces veo que en uno de ellos hay *sushi*.

—Vaya —comento sin darme cuenta.

—¿Te gusta?

—Sí, creo que sí.

Me echa un poco de fideos, o lo que él llama y *akisoba* de ternera, un poco de pollo rebozado, también llamado *teriyaki*, *gyoza*, *uramaki* de pollo rebozado, y *maki* de salmón. ¡Madre mía, cuánta cosa! Vaya nombres más raros, con lo fácil que es llamarles fideos, pollo, rollito y demás, no sé por qué los japoneses se complican tanto la vida. En la bolsa, también había palillos aunque yo no sé usarlos, parece que Collins sí. Los separa con cuidado, se los coloca entre los dedos y coge un trocito de *sushi* de salmón, ¿estará bueno?

—Abre la boca —me ordena.

—Uy... Eso ha sonado mal —digo tapándome la boca con la mano, intentando no reírme.

Pero no puedo aguantar más, él está medio sonriendo, suelto una carcajada, lo que

desencadena un montón de risas, tanto por mi parte como por la suya, nos reímos tanto que a él incluso se le llegan a caer los palillos en el plato, con el *maki* entre ellos. No puedo dejar de reír, me duele hasta la tripa de tanto hacerlo, cuando él para, se queda observándome con una sonrisa en los labios, contento de verme así.

—Ya está. —Intento contenerme.

—Sí, mejor.

—Es que no puedo...

Otra carcajada se escapa de mi interior, cojo aire y lo suelto, calmándome, «¡venga!». «¡Qué tú puedes!», me grita una mini-Natalia. Cojo aire, de nuevo, y lo suelto, así un par de veces.

—Ya está, ya está —repito.

Collins sigue sonriendo como un bobo, baja la vista hacia los palillos, los vuelve a colocar igual que antes y coge el trocito de *sushi*, lo acerca a mis labios, le doy un beso, y me lo como. A ver qué tal está... Lo mastico, no está mal, no soy muy fan del pescado y mucho menos crudo, pero no está tan malo como me han dicho, está pasable.

—¿Te gusta?

—Sí, creo que sí.

—¿«Crees que sí»?

—Ajá. —Asiento—. Ahora te toca a ti.

Como no sé utilizar los palillos, lo cojo con dos dedos, lo meto en la salsa de soja y se lo llevo a la boca, me agarra por la muñeca con algo de fuerza para que no lo aparte, entonces, se lo come. Cuando ya se lo ha tragado, toma los dedos en los que lo llevaba y los lame con lujuria, lo que hace que una pequeña descarga atraviese todo mi cuerpo y me ponga en alerta.

—¿Qué quieres probar ahora? —pregunta con su voz felina.

Una vez más, no sé qué decir, este hombre me deja completamente en blanco, es el único capaz de hacerlo. Como alternativa a hablar, opto por alzar los hombros. Collins suelta una carcajada y sonrío.

—Está bien, nena —dice alegre—. ¿Qué te parece si probamos los *gyoza*?

—Perfecto. —Consigo decir.

Deja los palillos a un lado, imitando lo que he hecho yo, coge una de esas empanadillas japonesas y la mete en la salsa, aquí hay salsa para todo, ¡madre mía! ¿De qué estarán rellenas? Le doy un pequeño mordisco, entonces me doy cuenta de que están hechas de carne picada y verduras, está bueno, mejor que el *maki*, creo que al final acabaré haciéndome experta en el tema. Esta vez hago lo mismo que ha hecho él conmigo, sujeto su mano, y le lamo los dedos, siento cómo su cuerpo se tensa, una de sus manos se coloca sobre mi muslo, apretándolo. Sonrío satisfecha, a esto podemos jugar los dos.

—Eh... ehm... ¿Qué quieres probar ahora?

—Te toca a ti, el *gyoza*.

¡Punto para Nat! Vamos uno a uno, pero con previsión de que acabe ganando yo, es la primera vez que se queda atontado perdido, ¡bien! Me muerdo el labio inferior, antes de que pueda coger otro para él, posa su mano libre tras mi cuello, se acerca a mí, y me besa apasionadamente. ¡Punto para Collins! Calladita estoy más guapa, seguro. Cojo el *gyoza*, lo meto en la salsa y se lo llevo a la boca, le da un mordisco y antes de que pueda darle el siguiente me lo como yo. Sonrío triunfante, rápidamente se acerca a mi boca y me muerde el labio, lo que hace que suelte un gemido que acaba llevándose él.

—Tú me quitas lo mío... yo te quito lo tuyo.

—¿Y ahora?

—¿*Uramaki*?

—Vale —digo haciendo una mueca.

Aún quedan dos piezas de cada cosa para cada uno, pero esta vez optamos por el pollo rebozado, tiene pinta de estar bueno, lleva una salsa por encima y lo que parecen ser semillas de sésamo. Cogemos un trocito, nos lo comemos, está buenísimo, la salsa le queda que ni pintada, creo que deberían poner de esta también en el *gyoza*, estaría aún más bueno.

Cuando terminamos de cenar, recogemos todo lo que hemos ensuciado y guardamos los *tuppers* en una bolsa para poder tirarlas. Antes de irnos de la cocina, Collins coge las copas y el vino que había abierto durante la cena, la verdad es que no soy mucho de vinos, es más creo que es la segunda vez que he probado uno. Me siento en el sofá antes de que lo haga él. No sé cómo lo hace ni de dónde sale, pero saca una pequeña mesa blanca, en la que coloca las copas. Se sienta a mi lado, coloca sus manos sobre mis piernas y les da un beso. Tras eso alza la cabeza de nuevo y sonrío. Estiro el brazo hasta que llego a coger mi copa, le doy un pequeño sorbo sin apartar la mirada de él, dejo la copa en su sitio, gateo sobre el sofá, y voy a su lado hasta que me coloco a horcajadas.

—Hola, pequeña —susurra.

—Hola —respondo con una media sonrisa.

—Me alegra que estés aquí, tenía ganas de poder pasar un rato a solas contigo.

—A mí también —digo sinceramente—. Aunque lamento lo que ha ocurrido antes y lo de la otra noche... no sé bien qué me pasa...

—Tranquila, no es culpa tuya, no pasa nada.

—Bueno...

Collins hace una mueca, algo parecido a una sonrisa, pero no acaba de serlo. Pasa sus manos por mi pelo, dejando algunos mechones tras mi oreja para que no se me pongan por la cara, y me da un beso en la mejilla.

—¿Estaba buena la cena?

Asiento como una niña pequeña a la vez que paseo mis dedos por su torso

desnudo, deleitándome con cada una de las curvas de sus músculos. Le beso el hombro, igual que hace él conmigo, luego paso por su cuello hasta que llego a la boca, ¡bendita boca! Con esos labios tan carnosos y rosados, irresistibles para cualquier mujer. Simplemente delicioso. Pero entonces, me acuerdo de la mujer que vino antes, ¿qué hacía aquí? ¿Debería preguntarle? ¡No, mejor no! No quiero arruinarlo todo. Cojo sus manos y las coloco en mi cintura mientras yo pongo las mías a ambos lados de su rostro, ¡es tan bello!

—¿Dónde está el postre? —pregunto pícaro.

—Ahh...

No dice nada más pero siento que algo en él se despierta, igual que en mí, solo que en su caso es más que evidente. Me muerdo el labio inferior, vuelvo a pasear mis dedos por su pecho, le doy pequeños besos, deleitándome con cada centímetro de su piel. Veo cómo Collins estira el brazo y bebe un poco de vino, parece que se le está quedando la boca seca.

Le beso con ansia, llena de deseo y lujuria, necesito volver a sentirle igual que hace unas horas, viendo cómo se deshace sobre mi cuerpo, lleno de placer y cariño. Una de sus manos se cuela por debajo de mi camiseta, empieza a acariciarme lentamente sobre la ropa interior, lo que hace que dé un respingo y mi vello se erice, al instante. Sigue a lo suyo, el calor invade mi cuerpo y acaba centrándose en la parte que él toca; beso su mejilla, vuelvo a su boca, cada vez estoy más y más sensible y él parece darse cuenta, aparta las braguitas, cuela uno de sus dedos entre ellas y mi pequeño botón. Juega con él haciendo que un profundo gemido salga de mi boca, pega nuestros labios, quiere llevarse cada uno de ellos. Hago que saque la mano de ahí, y me restriego contra su notable erección. Creo que voy a volverme loca, él va a hacer que pierda la cabeza.

No puedo evitar restregarme contra él, cada vez le siento con más fuerza. Posa sus manos en mis nalgas, me coge en brazos, y se pone en pie. Comienza a andar pero algo me dice que no llegaremos muy lejos. Paseo mis manos por su espalda, sus hombros y acabo hundiendo los dedos entre su pelo mezclándolos con sus mechones. Le beso en la boca, le lamo los labios y le muerdo el inferior, ¡tengo tantas ganas de sentirle! Me aprieta con fuerza contra él haciendo que le note aún más.

—Co... Collins —murmuro, perdida por el deseo.

—Tengo —dice entre beso y beso— tantas ganas de tenerte para mí..., de que seas solo mía.

—Ya me tienes para ti —susurro contra su boca.

Me restriega contra su gran erección, lo que guarda este hombre en los calzoncillos no es normal. Suelta un gruñido cuando ataca mi cuello, lo muerde, lo besa y hace círculos con su lengua. Mi sexo arde pidiendo algo de su atención, si no se la da pronto seré yo quien lo haga. Nos acerca a la isleta, aparta los taburetes con los pies dejándolos lo más lejos posible y me coloca contra el frío mármol. Cuela una de sus manos bajo la camiseta que me ha dejado, acaricia mis pechos con mimo,

juega con mis pezones y los pellizca levemente a la vez que me besa apasionadamente. Me agarro con fuerza a su cuello, ahora mismo, hasta las fuerzas me fallan. La mano que tenía libre se desliza por mi vientre, aparta mis braguitas, cuela dos dedos entre ella y mi sexo, acaricia mi pequeño botón con el pulgar e introduce los dos dedos en mi interior, los mueve a la vez que tortura mis pezones con la mano que tenía bajo la camiseta; acaba deshaciéndose de ella tirándola por ahí encima.

Me besa la boca, el cuello, el hombro, entre los pechos y lame mis pezones, los mordisquea, hace que me ponga más al borde de la isleta mientras sigue acariciándome. Cuando saca sus dedos de mí, se los lleva a la boca y eso hace que me vuelva completamente loca, muerdo mi labio inferior con fuerza, tanta que siento que una pequeña herida se abre en él. Un profundo gemido se me escapa, él medio sonrío a la vez que coloca sus dedos por dentro de la goma de mis braguitas, empieza a bajarlas, las desliza por mis piernas hasta que acaban en mis tobillos. Fijo mi mirada en la suya, una descarga de placer me recorre el cuerpo y acaba alertando a mi sexo. Collins me observa de arriba abajo, deleitándose conmigo hasta que abre mis piernas y empieza a lamerme. ¡Por Dios! Creo que me va a dar algo. Varios jadeos y gemidos se escapan de mi interior, cuela los dos dedos que usaba antes en mí, de nuevo, lo que hace que abra los ojos como platos. Sigue lamiéndome, mezclándonos, siento cómo me voy, cómo mi cuerpo empieza a tensarse y él también se da cuenta. Se levanta, ahora utiliza los dedos para volverme loca, los desliza y lentamente va penetrándome, lo que hace que suelte un grito ahogado.

No deja de moverse, me dejo caer sobre la encimera aunque antes de que pueda hacerlo él coge la camiseta que me había quitado, hace una bola con ella y la coloca donde iba a poner la cabeza. Me agarro al mármol como puedo, ya que apenas tengo fuerza para hacerlo, siento que me enviste haciendo que a cada una de ellas mi cuerpo tiemble y que mis pechos bailen al mismo son. Posa sus manos en mi cadera y me sujeta aunque acaba bajando una de ellas hasta mi clítoris, lo masajea y no tardo en sentir una oleada de placer que está a punto de arrasarse conmigo. Cierro los ojos, pero entonces Collins suelta un gruñido gutural que hace que los abra de golpe, tiene la mirada fija en la mía, puedo ver el deseo y la lujuria, el desenfreno que lleva dentro. Vuelvo a cerrarlos, necesito terminar o acabaré explotando.

—Ábrelos —me ordena—. Vamos, nena, hazlo por mí.

Y es este simple hecho lo que hace que me deje ir, cientos de gemidos y jadeos se me escapan, no puedo más, me deshago con él aún en mi interior. No deja de moverse, sigue torturándome, haciendo que me retuerza de placer, se inclina encima de mí, me mordisquea los pechos y los lame, con su lengua deja un reguero que llega hasta mi ombligo, haciendo círculos en él. No puedo detener los quejidos que luchan por salir de mi boca por hacer que sea Collins quien pierda la cabeza, eso hace, no tarda mucho en irse entre gruñidos y gemidos que me suenan a gloria. Sale de mí, me besa en la boca, se pone los calzoncillos, vuelve a subirme las braguitas y me tiende

la camiseta. Tras eso, me ayuda a bajar de la isleta, vuelve a besarme en la boca y coloca algunos mechones que se posaban en mi cara, detrás de la oreja.

—Deliciosa, pequeña —dice con su ronca voz, hay veces que le cambia y parece un lobo feroz—, eres sencillamente deliciosa.

Siento cómo mis mejillas se enrojecen, ¿qué se supone que debo decirle ahora? Parpadeo un par de veces, algo nerviosa y atontada pero entonces toma mi mano, se encamina hacia el sofá, se sienta y me hace un hueco para que me recueste sobre su pecho. Enciende la televisión y coge las copas que antes no nos hemos acabado. Me da la mía, le doy un largo trago y la dejo en la mesita. Pego mi oreja a su pecho, escucho de qué manera late su corazón, está frenético, aún no ha sido capaz de calmarse, cojo aire, llevándome conmigo su placentero olor. Una de sus manos se pasea por mi espalda, recorriéndola desde el final de mi cintura hasta el inicio de mi cuello, masajea mis hombros y los acaricia.

—Gracias por venir, Natalia —me susurra al oído, dejando que su deje inglés salga de nuevo—. Es un placer tenerte aquí.

Me besa la cabeza y empieza a hundir sus dedos en mi pelo. Parpadeo, poco a poco, siento el sueño empezando a hacerse con mi cuerpo que respira exhausto, y el hecho de que él no deje de acariciarme el pelo no es algo que ayude mucho. Alzo la mirada y me encuentro con la suya, la cual no desprende más que amor y cariño, me estiro un poco, le beso en los labios y él me lo devuelve.

—Duerme pequeña, mañana será otro día.

Capítulo 13

Abro los ojos, la habitación está totalmente a oscuras, ¿dónde estoy? Esta no es mi cama, huele diferente, huele a él. Me doy la vuelta y ahí está, tan hermoso como un Dios griego. Apenas está tapado, tiene un pie fuera de las sábanas, y estas, solo le cubren hasta la cintura. Casi no entra luz por la ventana, no pasa como en mi casa, la persiana está completamente bajada, solo hay una rendija por la que se cuelan los rayos del sol iluminando la habitación. Creo que nunca antes había visto a un hombre tan bello como lo es él. Le observo desde la distancia, aunque si por mi fuera me tiraría encima, para así, besuquearle hasta que me cansara. Me siento en la cama, recostándome contra la pared. Levanto la sábana y descubro que no tengo puesta ni la ropa interior. La aparto lentamente, y voy levantándome, intentando que Collins no se despierte, quiero que siga durmiendo como el angelito que parece. Ando, despacio, sin hacer ruido. Sobre una silla blanca cerca de la puerta está la camiseta que llevaba la otra noche, además de mis braguitas. Antes de salir de la habitación, alargo el brazo para coger mis cosas, voy con cuidado para no hacer ruido, y salgo de allí. ¿Qué hora es? Me meto en el baño, me pongo la camiseta y me recojo el pelo en un moño con la goma que llevo en la muñeca. Me echo un poco de jabón en la palma de la mano, enciendo el grifo y dejo que el agua vaya corriendo, empapándome. Tras lavármela y secarla, salgo, empiezo a bajar las escaleras con cuidado para no caerme. En el salón hay mucha más luz que en la habitación, las persianas están subidas, dejando que los rayos de sol entren por la zona que da a un pequeño jardín en la cocina. No me había dado cuenta de que eso estaba ahí, supongo que la oscuridad de la noche y que no estaba mucho por la labor, hizo que ni me percatara de ello. Miro hacia todos lados, todo está recogido, las cosas están en su sitio y mi bolso sobre la isleta de mármol. Me siento en uno de los taburetes, saco el móvil y veo varias llamadas; son las diez de la mañana. Desbloqueo la pantalla, hay tres llamadas de Lucía, normal, es bastante tarde, debería de estar ya en la cafetería. Marco su número y le doy a la tecla de llamar.

—¡Natalia Reyes! —grita al otro lado.

—Tranquila, nena.

—¿Cómo que tranquila? —dice enfadada.

—Anoche me quedé dormida y no pude decirte nada.

—Ya claro. —Sopla.

—Lo siento de verdad, me quedé dormida y Collins no quiso despertarme, supongo...

—Mira... —dice pensativa— porque estás con él, que si no me enfadaba aún más.

—¿Estás en el *Jubilee*?

—Sí, con Tania, tranquila, está todo controlado.

—Eso sí que no..., miedo me dais, entre las dos puede arder Troya.

—No, no, de verdad, tranquila.

—Espero poder ir en un rato. —Cojo aire y lo suelto a modo de suspiro.

—Nena, tú no te preocupes, disfruta de ese *machoman* que tienes por ahí y descansa que ya trabajas demasiado.

—¿Te he dicho alguna vez que te quiero? —pregunto muerta de alegría—. ¡Gracias, gracias! —Alzo la voz, hasta que me doy cuenta—. ¡Ups! Será mejor que hablemos luego.

—¡Tira! —Me anima—. Bueno, mejor dicho... ¡tíratelo!

Suelto una carcajada al escucharle, esta chica está como una cabra, aunque vale su peso en oro, bueno, más porque es la «chica alambre». No sé qué haría sin ella, demasiadas veces me ha ayudado, si no fuera por Lucía no habría llegado a donde estoy, en ninguno de los sentidos, ni con Collins ni con el *Jubilee*, es el empujoncito de aire fresco que siempre necesito.

Apago el teléfono, no me queda mucha batería y será mejor que la guarde para cuando haya una emergencia, o algo, aunque tal vez Collins pueda dejarme el cargador. Lo dejo en el bolso y vuelvo a la habitación dando pequeños pasos, para no ser brusca. Abro la puerta con sigilo para no despertarle, la cierro y al darme la vuelta, me doy cuenta de que ya lo está. No se ha movido ni un ápice, la sábana sigue en el mismo sitio en la que estaba, tiene los ojos abiertos y las manos sobre la almohada, para así poder apoyar la cabeza. Una media sonrisa se dibuja en sus labios nada más verme, lo que hace que, en cierto modo, me cohíba. No dice nada, solo me observa de arriba abajo, yo tampoco digo nada, avanzo entre la oscuridad de la habitación hasta que siento cómo mis piernas chocan contra el borde de la cama. Me pongo de rodillas y gateo sobre ella, acercándome a Collins. Cuando llego frente a él, me muerdo el labio inferior, sabiendo lo que conseguiré haciéndolo. Estira uno de sus brazos pero solo logra rozar mi mejilla, le digo que no con un movimiento, no quiero que se mueva, quiero hacerle perder la cabeza, que diga mi nombre dejándose llevar por el placer. Me agacho un poco, le beso el cuello y los hombros, me coloco a horcajadas sobre él, le acaricio el pecho haciendo círculos alrededor de sus pequeños y rosados pezones. Me estiro un poco, lo suficiente como para que nuestros labios se toquen, cuando va a besarme me retiro para que no llegue. Sonrío e incluso escucho que una risilla se me escapa. Pongo mis manos a ambos lados de su rostro y le beso apasionadamente dejándome llevar por este fulgor que siento en cuanto le veo y que me corroe por dentro.

—Buenos días, preciosa —murmura contra mi boca.

—Buenos días —saludo con una amplia sonrisa.

Vuelvo a besarle, él me lo devuelve, posa una de sus manos en mi nuca acercándome un poco más a su hermoso rostro para que no me escape, para que no me separe de su boca. Apoyo mis hombros sobre la almohada haciendo que todo mi

cuerpo quede pegado al suyo, solo separado por su camiseta, la que llevo puesta.

—Me parece que hay algo que te sobra —me susurra al oído, lo que hace que todo el vello de mi cuerpo se erice.

Coloca sus manos en mi cintura, coge la camiseta y empieza a tirar de ella hacia arriba para quitármela, pero le detengo: hoy mando yo. Le pongo las manos donde estaban, tras su cabeza.

—Quietecito —le ordeno.

—¿Y si no?

De un salto, me levanto cojo la otra almohada, le quito la funda blanca que la cubría y me siento de nuevo sobre él. Sonrío con la vista clavada en la suya, coloco la funda bajo sus manos y las ato con fuerza para que no pueda moverlas. Me mira sorprendido, ¡esto le pasa por listo! Me pongo un poco más arriba, le sujeto la cabeza entre mis manos y le beso una y otra vez, dejando que nuestras lenguas jueguen juntas; haciendo que este calor que me quema por dentro, aumente sin control. Collins, intenta deshacerse de la atadura, pero no lo consigue, pone los ojos en blanco, gruñe y suelta un soplido algo molesto. No puedo evitar sonreír triunfante y orgullosa de tenerle así, de saber que soy capaz de hacerle perder los nervios de esta manera. Pego mis pechos al suyo, lo que hace que entre beso y beso su respiración se vuelva agitada. Paseo mis manos a lo largo de todo su torso, deleitándome con cada una de sus formas, grabando en mi mente cada centímetro de su piel. Sin apartar la mirada de la suya, voy bajando lamiéndole, haciendo un pequeño reguero con mi lengua hasta que llego a la cinturilla de su calzoncillo. Sonrío pícara, es el momento de empezar a jugar. Echo la sábana hacia un lado, ahora mismo me molesta donde está, así que, la pongo a los pies de la cama hecha un lio. Le beso por encima de la tela, entonces alza la cadera pidiendo atención: una notable erección crece bajo el calzoncillo. Vuelvo a sonreír, parece que consigo lo que quiero. Subo de nuevo, hasta su boca, paseo mi lengua por sus labios hasta que estos esbozan una sonrisa. Me muevo sobre él, restregándome contra su miembro, haciendo que algunos gemidos se escapen de su interior.

—Me encanta escucharte —le susurro al oído como una auténtica gata.

—¿Ah, sí? —pregunta él sorprendido.

—Sí, me encanta —murmuro.

Ahora es él quien ronronea cual feroz felino. Vuelve a levantar la cadera pidiéndome que le preste más atención. Acercó mi dedo índice a sus labios rosados y carnosos, que cada vez se vuelven más llamativos a causa de los besos. Le doy uno rápidamente, pongo las manos al final de la camiseta, y bajo su atenta mirada voy quitándomela, lentamente, mientras veo cómo se muere de ganas de hacerlo con sus propias manos. Me deslizo, poco a poco, hasta que llego a sus rodillas, cuelo dos de mis dedos bajo la gomilla de sus calzoncillos, le beso justo ahí, entre ella y la piel expuesta, y voy bajándolos hasta que su erección queda totalmente fuera.

Siento que mis mejillas se enrojecen, cómo mi sexo grita de alegría, observo el

regalo que tenía guardado para mí, ¡madre mía! Cuando ve mi reacción, suelta una carcajada, no puedo evitar sorprenderme cada vez que la veo. Me agacho un poco hasta que mis labios le rozan, la sujeto con una mano a la vez que paso mi lengua a su alrededor, escucho cómo él suelta un profundo gruñido. Me la meto en la boca por completo, o lo que puedo, la acaricio de arriba abajo con la mano mientras la lamo. Collins mueve las manos bajo las ataduras, pero no logra nada.

—Suéltame —gruñe entre jadeos—. Natalia, suéltame.

Alzo la cabeza, le miro y sonrío, no pienso hacerle caso, me encanta llevar el mando en situaciones como esta, además de que adoro escuchar cómo gime, es igual que un lobo feroz.

—Natalia, por Dios... —susurra.

Suelto una carcajada, le doy un largo lametón desde la base hasta la punta y vuelvo a metérmelo en la boca. Siento que su cuerpo se tensa, gruñe una vez más, no por placer, sino molesto. ¡Me encanta! Le dejo tranquilo, un instante, y mediante un reguero de besos subo desde su cintura a su cuello. Hago que mi sexo quede encima del suyo, él en un intento desesperado sube la cadera, ambos sabemos lo que quiere y lo que yo también deseo. Devoro su boca con ansia llevándome conmigo su agitada respiración. Paso las manos por mis pechos, acariciándolos, mientras me observa, los masajeo sensualmente, estoy más que segura de que desearía poder hacerlo él. Me muerdo el labio inferior, este hombre cada vez me gusta más y más. Bajo una de mis manos hasta su miembro y lo coloco en mi entrada.

—Natalia... —protesta desesperado.

Alza la cadera y acaba penetrándome. Los dos soltamos un profundo jadeo que nos deja vacíos, le beso apasionadamente, coloco mis brazos a ambos lados de su rostro, pongo mis manos sobre la atadura y la deshago. Lo primero que hace es agarrarme por la nuca para que no me separe de él ni un solo milímetro. Tras eso, baja hasta mi cadera, siento cómo empieza a moverse aún más, con mayor rapidez lo que hace que me vuelva loca. La mano que se había posado sobre mi cadera, ahora se coloca sobre mi sexo, entre mis pliegues y empieza a masajear mi pequeño botón.

—Joder, Natalia... —masculla con su ronca voz—. Cómo estas...

Suelta un soplido, levanta un poco la cabeza para comerse mi boca, jadeante. Sonrío aún pegada a él, me encanta. No deja de moverse en mi interior, sin llegar a salir, haciendo que cada investida pueda ser la detonante de esta maravillosa oleada de sensaciones. Collins sigue acariciándome con mimo, con detenimiento, haciendo que pierda la cabeza bajo su mano. Siento nuestros cuerpos tensarse, el mío incluso empieza a temblar. ¿Tan poco soy capaz de aguantar? ¿O es que él lo hace demasiado bien como para que resista? Sé que se acerca un torbellino de placer, el cual arrasará conmigo, pero me doy cuenta de que a él también se le acerca, tiene los ojos fijos en los míos y no los aparta de mí hasta que terminamos yéndonos juntos entre besos y jadeos.

Caigo rendida encima, me besa el cuello, pasa sus manos por mi espalda haciendo

círculos y acariciándola.

—Eres *mi dulce locura*, Natalia.

Cierro los ojos, asiento, y rodeo su cuello con mis brazos, le beso el pecho y sonrío, ahora mismo soy feliz.

—Tú también eres *mi dulce locura*.

Permanecemos abrazados durante unos minutos, insuficientes para mi gusto, si por mí fuera me pasaría el día así, abrazada a él, sin separarme, oliendo su maravilloso perfume y escuchando los latidos de su corazón.

—Quédate aquí —me pide.

—No... No te vayas.

—No tardaré, pequeña.

Me deja a un lado de la cama, besa mi boca dulcemente, estira la sábana por encima de mí, se pone los calzoncillos, la camiseta que llevaba antes y sale de la habitación sin cerrar la puerta. Doy la vuelta sobre mí misma, quedándome boca abajo, me abrazo a la almohada y estiro las piernas tanto como puedo. Qué bien se duerme en esta cama, bueno y lo que no es dormir, también. Mis ojos van cerrándose lentamente, los párpados me pesan y noto a mi cuerpo relajándose por completo.

Abro los ojos de nuevo, creo que por un momento, me he quedado dormida, pero... ¿cuánto tiempo? Bostezo, me siento en la cama, me paso las manos por la cara y veo que la puerta acaba de abrirse del todo. Detrás de esta aparece Collins con una gran bandeja de madera clara, llena de cosas que no logro distinguir, lo único que veo con claridad es un pequeño jarrón blanco con tres rosas rojas. Sonrío atontada, este hombre cada vez me sorprende más, no sabía que fuera a ser tan atento. Le miro de arriba abajo y sonrío, es tan adorable. La deja en la mesita de noche, se sienta a mi lado, pasa un brazo por encima de mis hombros, me besa la cabeza y yo no puedo evitar recostarme contra su pecho.

—Gracias —murmura.

—¿«Gracias»? —pregunto extrañada—. ¿Por qué?

—Por seguir aquí.

—¿Por qué no iba a hacerlo?

—Por lo que ocurrió anoche.

Puedo notar cómo su voz suena diferente, está preocupado, parece que realmente le importo. Me abrazo a él, sonrío contra su piel contenta de que quiera saber qué es lo que me ocurre, aunque todavía no es el momento. Pasa las manos por mi pelo, pega su nariz a él y lo huele.

—Me encanta el olor que desprendes, es tan dulce como tú —dice embelesado.

Mis mejillas se encienden, intento que él no lo vea, me paso las manos por la cara y suspiro.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, tranquilo.

Le miro y sonrío. Vuelve a besarme en la cabeza, aparta el brazo que tenía sobre mis hombros, se mueve un poquito hacia un lado y coge uno de los cojines que anoche había sobre la cama. Se lo coloca sobre las piernas y en este apoya la bandeja que ha traído.

—No sabía qué querías para desayunar, así que, he preparado esto.

Miro lo que ha preparado: en un plato grande hay cuatro rebanadas de pan de semillas, a uno de los lados hay jamón de york y queso, también ha traído mantequilla y mermelada de cereza, dos tazas de café con leche y una jarrilla con zumo de naranja.

—Perfecto —digo con una sonrisa.

—¿Café?

—Sí, por favor.

Me tiende la taza y un azucarillo, le doy un sorbo, hay veces que soy un poco *especialita* para el café, pero está bien, caliente pero no ardiendo. Collins también se toma el suyo, le da un largo trago y unta una tostada con mantequilla, le pone mermelada de cereza y le da un bocado, tras eso me la tiende. Le digo que no con la cabeza, pero insiste, y acabo comiéndome un trozo.

—¿Contento? —le pregunto cuando me trago lo que me ha dado.

—¡Mucho! No te haces a la idea, nena. —Me besa en los labios y esboza una hermosa sonrisa.

Cojo la cucharilla con la que ha untado la mermelada, la meto en el bote, y me mancho el dedo. Se lo acerco a la boca y cuando va a lamerlo, lo subo y le mancho la nariz. Suelto una carcajada que acaba convirtiéndose en una risa de loca, Lucía siempre picaba, hasta que aprendió, ahora le toca a él. Abre mucho los ojos y me mira sorprendido, hace una mueca, pero no tarda en dedicarme una de sus medias sonrisas que enamoran. Coge mi mano, la cuchara de la mermelada, me mancha el mismo dedo que había usado yo. Se lo lleva a la boca y lo chupa con una sensualidad inhumana, hace que todo mi cuerpo se encienda como si fuera el mismísimo infierno. Un gemido ahogado se escapa de mi interior. ¡Madre del amor hermoso! Hago lo mismo que él, mancho su dedo, me lo meto en la boca y lo lamo de arriba abajo como he hecho hace unos minutos con su miembro. Ahora soy yo quien sonrío victoriosa y él quien gruñe, quiere más.

—Será..., será mejor que desayunemos —dice entrecortadamente con su profunda voz.

Me rio otra vez, no puedo evitarlo, su reacción me parece graciosa, ¡qué mono! Le beso en los labios castamente, y me termino la tostada que tenía a medio comer.

—Está bueno —murmuro.

—¿Sí?

—Ajá. —Asiento.

Cojo el cuchillo que había usado antes, unto otra tostada de mantequilla, aunque

esta vez no le echo mermelada, le pongo varios trozos de jamón de york. Cuando era pequeña mi padre solía hacerme pan tostado así, al principio me pareció extraño, no las había probado nunca, pero después me acabaron gustando. Levanto la rebanada y se la acerco a la boca.

—Vamos, pruébala.

Le da un pequeño bocado y acaba repitiendo, parece que sí le gusta. Se la doy para que se la termine mientras yo me tomo el café que queda.

—Vaya... está bueno. —Me imita.

—¡Oye! —Le golpeo el brazo—. Ya te vale, eres malo conmigo —digo pareciendo una niña pequeña y triste.

—No soy malo contigo.

Me voy hacia un lado, apartándome de él, me tumbo en la cama y me abrazo a la almohada. Al ver cómo me alejo, abre la boca.

—¿A dónde vas, nena?

No digo nada, permanezco en silencio con los brazos bajo la almohada. Le escucho dejar la bandeja en la mesita de noche. Se acerca a mí bajo las sábanas, pone una mano en la parte final de mi cintura, aparta el pelo de mi cuello, y me besa la nuca. Empieza a acariciarme la espalda, posa una de sus manos sobre mis nalgas y las aprieta. Rápidamente me doy la vuelta quedando boca arriba. Pone sus manos en mis mejillas y acuna mi rostro, con dulzura, una que jamás había sentido nadie por mí. Me besa con mimo y al separarnos, me muerdo el labio inferior.

—No soy malo —susurra contra mi oído, haciendo que todo mi cuerpo se vea sacudido por un escalofrío.

—Sí lo eres. —Logro decir.

—No lo soy y lo sabes. —Vuelve a decirme con su rasgada voz—. Dilo, admítelo —me pide, o más bien me ordena.

Ya ni las palabras me salen, por lo que le digo que no con la cabeza, no pienso darle esa satisfacción. Me aparto de él, recorro la cama a gatas y de un salto me pongo en pie. Desde donde me encuentro, lo miro y hago una mueca.

—Yo me voy a dar una ducha, con tu permiso.

—¿Y si no lo tienes?

—Pues lo haré igualmente. —Le saco la lengua y salgo corriendo de la habitación.

Cuando voy a abrir la puerta del baño, escucho que anda por la habitación acercándose peligrosamente a la puerta, la abre un poco y se asoma por ella.

—¿Me dejas ir contigo? —dice como un cachorro triste.

—Oh, no Collins —niego con una risilla tonta—. Eso sí que no.

—Vaya, vaya..., esta me la apunto.

Hace una mueca como si estuviera enfadado, se da la vuelta y se mete de nuevo en la habitación. Entro en el baño, le escucho salir de la habitación y niego con la cabeza, no tiene remedio. Me miro al espejo y una sonrisa se dibuja en los labios de

la chica que hay en él. Levanto la mano y la llevo hasta mi boca, sonrío, pero... ¿Quién es el causante? ¿Collins? Hacía tiempo que no me sentía así, tan yo misma, tan libre, sin que nada me importara. Cojo aire y lo suelto como un suspiro. Paso las manos por mi pelo y luego por la cara. Tras eso me meto en la bañera, enciendo el agua y dejo que vaya cayendo empapándome entera, incluso el pelo. Me abrazo a mí misma, paseo mis manos por todo mi cuerpo, entonces la puerta se abre, y sé perfectamente que es él quien entra. Deja sus calzoncillos en el suelo, caen sin que tenga que hacer mucho esfuerzo. Se mete conmigo en la bañera y pone sus manos en mi cintura, la aprieta levemente, pega sus labios a mis hombros, se acerca a mí hasta que nuestros cuerpos quedan unidos. Durante un momento, sus manos desaparecen de mi cuerpo, ladeo un poco la cabeza para saber qué hace, alarga el brazo y coge un bote de gel de ducha, el mismo que usé yo la otra noche. Se echa un poco de jabón en la mano, la restriega contra la otra y empieza a masajear mis hombros.

Cuando se cansa, baja las manos a mi espalda, hasta que llega a mi cintura y mis nalgas, las enjabona y pasa a la parte delantera sin darme la vuelta, simplemente me acaricia. Cierro los ojos, me gusta sentir cómo toca cada una de las partes de mi cuerpo, cómo se deleita con cada centímetro de mi piel igual que lo hacía yo con él. Sujeta mis pechos con delicadeza, los llena de jabón y sigue hasta que llega a mi sexo; deja la mano encima, pero no hace nada más, apoya su cabeza sobre mi hombro y me besa la mejilla. No sé si quiero que me toque, quiero que lo haga pero no hay tiempo, ¿no tendría que estar trabajando? Me doy la vuelta de golpe, lo que le deja sorprendido.

—Oye, ¿tú no tendrías que estar trabajando?

—He llamado al banco esta mañana, antes de que te despertaras.

—¿Banco? ¿Trabajas en un banco?

—Natalia, ¿tú crees que este es el mejor momento para hablar de ello? —dice aguantándose la risa.

—No, la verdad es que no. —Paso las manos por mi pelo, echándolo hacia atrás—. Es que me he acordado ahora.

Acabamos de ducharnos, tranquilamente, sin estar mucho rato, y más nos vale porque con tanto juego no sé cómo no hemos acabado ya muertos de sueño. Collins me ayuda a secarme, me da una toalla para el pelo y lo envuelvo.

—Ahora vengo, voy a por otra camiseta limpia y unos pantalones.

—Los pantalones no hacen falta —le digo con una sonrisa.

Cuando se da la vuelta, le doy un golpecito en el culo, por lo que se gira rápidamente para mirarme, le saco la lengua y me guiña un ojo. Tras eso, sale del baño. Me seco todo el cuerpo, sigo con la toalla alrededor de este, deshago el turbante que llevo en la cabeza, y seco el pelo como puedo, ya que este hombre seguramente no tenga secador. Entonces entra.

—Por casualidad, ¿no tendrás un secador?

—Sí, ahora te lo traigo.

Sale de nuevo, y al volver tiene el secador que había pedido, ¿de dónde lo habrá sacado? ¿Acaso él usa secador? Sería gracioso ver cómo lo usa.

—Se lo había dejado a... —dice inconscientemente—. Lo había dejado en la otra habitación —rectifica.

¿A quién se lo había dejado? No le doy más importancia, ¿qué más da? Me lo tiende, le hago un gesto para que lo deje sobre el lavabo, mientras cojo un cepillo que hay junto el grifo y me peino deshaciendo alguno de los nudos que se formaron anoche entre tanta caricia y arrumaco. Miro de reojo a Collins, quien me observa con detenimiento, no hay movimiento que se pierda, ni un simple aleteo de mis pestañas pasa desapercibido bajo su intensa mirada.

—¿Qué pasa?

—Nada, me gusta mirarte.

—Pues a mí me pone de los nervios, te lo aviso.

Me saca la lengua, sonrío y se sienta en la taza del váter para seguir mirándome, sin apartar la vista de mí, se seca el pecho con otra toalla que no es la que le rodea la cintura. Sigo peinándome intentando olvidarme de que sigue ahí, siento que sus ojos se clavan en todo mi cuerpo, me mira de arriba abajo, devorándome.

—¿Quieres dejar de hacer eso?

—¿De hacer qué? —pregunta provocativamente.

—De mirarme así.

Se pone en pie, se coloca tras mi espalda, me agarra por la cintura, hace que me dé media vuelta y quede de cara hacia él.

—¿«Así» cómo?

—Como si fueras a devorarme, igual que un lobo feroz.

—¿Y quién te dice que no voy a hacerlo?

Alzo las cejas; noto mi corazón latir con mayor rapidez que antes, mucho más deprisa, tanto que parece que vaya a salir corriendo. Me besa en la mejilla, en el borde de los labios y en la boca apasionadamente.

—Eres tan sumamente deliciosa nena...

Se pega a mí más de lo que ya lo estábamos antes, sin dejar que ni el aire pase entre nosotros. Baja una de sus manos hasta mi muñeca, me quita la goma que llevaba en ella y me recoge el pelo en un moño mal hecho del cual salen algunos mechones rebeldes. Me besa el cuello una y otra vez, me da un leve mordisco en este, provocando que el vello se me erice y que mi sexo arda por sentirle.

—Collins... —murmuro—, Collins, si esto sigue así no saldremos de casa en todo el día.

—¿Para qué quieres salir? —dice, aún besándome el cuello con delicadeza.

Lo lame y no puedo evitar asentir, ¿para qué quiero salir de casa si aquí tengo todo lo que quiero? Además, Lucía y Tania están encargándose de todo en el *Jubilee*, por un día, soy libre. Deja caer la toalla, coloca sus manos en mis nalgas y las masajea a la vez que pega su torso al mío haciendo que nuestras respiraciones se

acompañen y vayan al mismo son. Pongo mis manos sobre sus mejillas, no quiero que se aleje, le beso desenfrenadamente siendo yo la que ahora, devora su boca. Necesito volver a sentirle, que haga que me vuelva loca como solo él sabe hacerlo. Sube las manos desde mis nalgas hasta el final de mi espalda, me besa por todos lados, los pechos, el vientre, los hombros, el cuello... todo. Adoro sentir su piel contra la mía, sus labios erizando mi vello, su voz susurrándome al oído cuánto le encanta tenerme aquí con él. Me coge en volandas haciendo que mis piernas rodeen su cintura, me agarra con fuerza para que no caiga y salimos del baño.

Collins me lleva a la habitación donde un maravilloso cuento de amor lleno de pasión y desenfreno tiene lugar, donde nos dejamos llevar por todo aquello que tenemos dentro.

Capítulo 14

Paseo mis manos por el pecho de Collins, lo acaricio, es tan sumamente suave... Le doy un beso en la barbilla y me pongo en pie. Cojo la camiseta que llevaba antes, bajo al salón, y recojo toda mi ropa que estaba doblada en la gran mesa del comedor, ¿lo ha hecho él? ¡Qué mono! No tardo en subir de nuevo, dejo las prendas sobre el final del colchón, me pongo el pantalón y cuando voy a ponerme mi camiseta y quitarme la que llevo, algo me hace dar la vuelta.

—¿Ahora te da vergüenza? —pregunta divertido.

—Sí, déjame.

Escucho cómo se mueve por encima de la cama, gateando por toda ella hasta que lo noto más cerca y siento su aliento contra mis hombros. Pone sus manos en mi cintura, las va subiendo por mi vientre hasta que llega a mis pechos, las coloca encima de ellos, los acaricia y pega su torso a mi espalda sin soltarme.

—No tiene por qué darte vergüenza —murmura con ternura.

—Collins —digo alargando la primera vocal—. Estate quieto, anda.

Pongo mis manos sobre las suyas y las aparto, aunque acaban por colarse en el interior de mi pantalón y mis braguitas. Dejo ir un suspiro, este hombre es insaciable, siempre quiere más y más.

—¡Collins! —grito.

—Vale, vale. —Se enfurruña—. Ya paro.

Se tira en la cama de espaldas mientras termino de vestirme, vuelvo a sentirme yo misma y no la Natalia boba en la que me convierto cuando estoy con él. Collins también se viste, se pone un pantalón de deporte corto y una camiseta blanca algo holgada.

—Necesito un café. —Me paso las manos por el pelo y le miro.

Salgo de la habitación y él detrás de mí, descendiendo las escaleras lentamente, intentando no caerme, soy especialista en hacer cosas estúpidas.

Al llegar abajo, me siento en uno de los taburetes y espero a que sea él quien me haga un café, después de tanto ajeteo mañanero necesito algo que me despierte del todo.

—¿Café entonces?

—Sí, por favor.

Se acerca al final de la isleta, rebusca entre las llaves que hay en el cuenco de madera, y de este saca un pequeño mando, muy parecido al que tenemos en el *Jubilee*. Hace que todas las persianas terminen de levantarse, y deje que los rayos del sol iluminen el interior de la casa. Un maravilloso jardín se deja ver tras una puerta de cristal, de la cual no me había percatado. Me levanto y voy directa a ella, fuera hay grandes rosales llenos de rosas rojas, un jazmín repleto de flores blancas y algunas

más. Hay una pequeña pasarela que te lleva hasta una isla de la misma madera en la que hay una mesa y varias sillas, y todo eso rodeado de césped y jardineras en las que están las plantas.

—Vaya —murmuro asombrada.

—Me alegro de que te guste —menciona orgulloso—. ¿Quieres tomártelo ahí?

—Claro —afirmo con una sonrisa.

Coloca la llave en la cerradura, cuando la abre, salgo al jardín y veo que hay una pérgola, aunque está recogida. Me siento en una de las sillas de madera y espero mientras observo las bonitas flores. Collins no tarda en aparecer con dos cafés, los deja sobre la mesa, se acerca a la pérgola y la va abriendo cuidadoso, para que el sol no nos deshaga.

—Se está genial —digo tras darle un trago al café.

—Había pensado en ir a comer a un sitio que conozco. —Se sienta a mi lado, me coge de la mano y toma algo más de café, acaricia mi mano dulcemente y acaba besándola—. ¿Qué te parece?

—Perfecto, pero tendría que ir a mi casa, me gustaría cambiarme.

Entro en casa, y me encuentro a Joel tirado en el sofá con una bolsa de patatas viendo la televisión, sin apenas enterarse de que he llegado. Dejo el bolso en el recibidor y me acerco a él.

—Hola, ¿eh?

—Ah... ¡hola! —saluda con la boca llena de patatas.

—¿Qué haces?

—Ver la televisión. —Don obviedades ha vuelto, se mete otra patata en la boca y me mira—. ¿Qué haces tú aquí? ¿No ibas a pasar el día con ese estirado de Collins?

—No es un estirado —digo entre dientes—, y sí, voy a pasar el día con él.

Entro en mi habitación, me descalzo, desabrocho el primer botón del pantalón, los bajo un poco y dejo que se vayan deslizando por mis piernas hasta que se arremolinan a mis pies. Me deshago de la camiseta, la dejo encima de la cama, me quito la ropa interior y la dejo junto al resto. Voy hacia el sifonier, miro en el primer cajón y saco una muda limpia, me la pongo y me acerco al armario, no tengo ni idea de qué ponerme. ¿Vestido? ¿Falda? ¿Pantalón? Cojo un vestido bicolor, la parte superior es negra, ceñida, con escote en forma de corazón y la parte baja algo más holgada de color gris, igual que las paredes de su casa. Me lo enfundo rápidamente, me miro en el espejo, pero entonces algo me grita que no salga así a la calle, no porque me quede mal sino porque no es el momento. Me lo quito y vuelvo al armario, será mejor que me cambie.

Minutos después, cuando estoy desesperada, lo veo, mi vestido blanco. Este también es algo más apretado en la parte superior y más lacio en la inferior. En él hay dibujadas pequeñas rosas rojas por toda la tela y lleva un lazo del mismo color en la

cintura, ¡es perfecto! Me lo pongo, miro el zapatero, saco unas sandalias de tacón ancho de madera y tela roja atadas al tobillo con un lacito rojo en la puntera. Corro hacia el baño bajo la atenta mirada de Joel. Me lavo la cara, cojo el estuche de maquillaje, me pongo un poco de base fluida, antiojeras, polvo, delineador negro, rímel y cuando voy a salir veo el pintalabios que me regaló Collins, «¿me atrevo?». «¿No me atrevo?». «¿Ahora vas a ser una cagada?», me autopregunto. ¡No! ¡Claro que no! Lo abro, el aplicador es como si fuera un *gloss*, nunca antes me había puesto un pintalabios tan potente como este, pero bueno... allá voy.

Al salir de la portería, veo a Collins, me observa atontado, se ha puesto unas gafas de sol marrones con cristales oscuros, una camisa blanca medio abierta con las mangas subidas y unos pantalones grises. Una hermosa sonrisa se dibuja en sus labios, como de costumbre.

—Estás preciosa.

—Gracias. —Me coloco un mechón libre tras mi oreja.

—Vaya —dice asombrado—. Llevas el pintalabios que te regalé.

Alzo la mano y me la llevo a la boca, inconscientemente paso los dedos por encima de ellos, tiene razón, se ha dado cuenta de que lo llevo. Me miro la mano y no hay ni rastro, no mancha. Le dedico una amplia sonrisa, busco el móvil en el bolso, y me miro en el reflejo, parece que sean de terciopelo rojo.

—Te queda genial, sabía que te favorecería.

Asiento un par de veces pero no digo nada más, vuelvo a sonreír, él también lo hace y no puedo evitar quedarme embobada, su dentadura es tan blanca y hermosa como él en su totalidad. Me tiende la mano para que la coja, la agarro firmemente, miro hacia todos lados pero no veo su coche, ¿tanto he tardado? Tal vez sí y haya ido a dar una vuelta y lo haya aparcado en otra zona. Miro nuestras manos, jamás pensé que las vería así, no podía ni imaginarlo, ¿J.D. Collins, el estirado, conmigo? ¡Anda ya! ¿Cómo se me podría haber ocurrido? Tira un poco de mí para que vaya más deprisa. Al llegar, nos subimos en el coche, enciendo la radio y busco la emisora adecuada: Rock FM. *Sweet Child O'Mine* de los Guns N'Roses empieza a sonar, subo el volumen y canto a la vez que Axel Rose.

Al cabo de veinte minutos aproximadamente, aún estamos en la carretera en dirección al mar, lo puedo ver a través de la ventanilla, la música sigue sonando, nosotros conversamos animadamente, pero en ningún momento me dice a dónde nos dirigimos.

—Eres un cabezón.

—¿«Un cabezón»? —Abre los ojos, sorprendido, y me mira—. ¿Me estás diciendo que tengo la cabeza grande?

—¿¡Cómo!?! —No entiendo a este hombre, ¿qué se supone que debo decirle?—. ¿De qué hablas? ¡Yo no he dicho eso!

—Anda que no... —dice dejando que salga su deje inglés—. Eso has dicho, nena.

—¡Mentira!

—¿Ahora me llamas mentiroso? —Niega con la cabeza unas cuantas veces—. Cabezón y mentiroso... ¿Qué haré con mi vida?

Acaba sonriendo a la vez que me mira, suelto una carcajada, está haciendo el tonto, sabe perfectamente que lo que le he dicho es que es un testarudo y tengo razón porque no suelta prenda. Le doy un golpe en el brazo, suelta un leve quejido fingido y cuando ladea la cabeza para verme le saco la lengua.

—Venga. —Alargo la vocal.

Clava la mirada en la carretera, no dice nada, no responde, seguro que ya se imagina qué quiero, él es un cabezota y yo soy demasiado impaciente como para esperar hasta que lleguemos para saberlo.

—Dime a dónde vamos —digo fingiendo que estoy enfadada.

—No te lo voy a decir.

—Por favor —le ruego.

Me incorporo sobre el asiento, me acerco a él y empiezo a besarle el cuello, le doy un leve mordisco que hace que suelte un pequeño gemido. Se lo lamo dibujando círculos en él. Coge una de mis manos y la coloca entre sus piernas, ¡madre del amor hermoso!

—¿Es que tú siempre estás en guardia?

—Esto es lo que tú haces —asegura con su rasgada voz—. Me vuelves loco.

Un escalofrío recorre toda mi espalda erizando mi vello, no sé si por cómo lo ha dicho o por lo que ha dicho. Aprieta la mano contra su paquete, siento que mis mejillas se enrojecen, aparto la mano, si no lo hago creo que esto no acabará como debe, que es con nosotros llegando al sitio al que vamos y seré yo quien acabe volviéndome loca solo de imaginarme lo que podríamos estar haciendo en casa.

—Si supieras lo que haces en mí...

—¿Ah, sí? —pregunta seductoramente.

Asiento embobada, es tan bello, esos ojos verdes, esa piel lisa, su mandíbula marcada que lo hace tan sumamente masculino, esa perilla... ¡Mmmm! Es irresistible. Le beso en la mejilla, y me vuelvo a sentar bien, si esto no acaba ahora, no sé qué pasará.

—¿Vas a decirme a dónde vamos?

—No, te lo he dicho antes.

—¡No me lo has dicho!

—Antes te he dicho que no te lo diría, y no te lo diré. —Me mira y saca la lengua.

Fijo mi vista en la suya, enfadada, lo estoy, este hombre hará que pierda la cabeza por una cosa u otra, lo conseguirá, o hará que lo acabe matando. Miro por la ventana, al otro lado de la carretera hay algunas naves industriales y más allá el mar, ¿vamos a la playa? Hago una mueca, no sé por qué pero no me lo esperaba.

Giro la cabeza hacia el otro lado, hay una montaña, la cima de esta, es más oscura que el resto; apenas hay árboles, parece que toda vida allí se haya calcinado. Un enorme cartel azul con letras blancas llama mi atención: *Vilassar de Mar*. Sí, vamos a

la playa. Collins, toma el desvío del cartel hasta que llegamos frente a una rotonda adornada con flores, piedras de colores y un bote pintado de blanco y negro. Sigue la carretera hacia delante, al lado derecho hay campos de *conreo*, flores, palmeras y olivos, y al otro lado más de lo mismo, además de una enorme tienda de flores, ¡qué bonito!

—Así que aquí es donde veníamos...

Le miro de reojo, y solo asiente sin apartar la vista del camino. Entramos en el pueblo: parece muy cálido, alegre y lleno de vida; por todos lados hay más plantas y flores, está lleno de color. Todas son tan bonitas que si pudiera llenaría toda mi terraza de ellas, aunque tendría que aguantar las quejas de Lucía a todas horas.

—¿Qué vamos a hacer?

—Ya lo verás.

Deja de seguir el camino recto y cambia de carretera, baja hasta que vemos el mar, solo nos separa de él las vías del tren. Gira hacia la izquierda, pasamos bajo un puente por donde van las vías y llegamos a la playa. Aparca el coche junto a otros, me mira, coge mi mano y la besa dulcemente.

—¿Vamos?

—Sí, vamos.

Abro la puerta del coche, él también sale, viene a mi lado, me tiende la mano y me ayuda a salir con cuidado.

—¿A dónde vamos?

—Un poco más allá.

—Vaya, así me queda todo claro. —Pongo los ojos en blanco.

Seguimos cogidos de la mano, tira de mí para que siga caminando a su lado, pero no puedo ir tan deprisa como él, tiene las piernas demasiado largas como para seguir su paso.

—Espera, espera, *pataslargas*.

—Es que vas muy lenta.

—Y tú muy deprisa.

Una risilla se escapa de su interior, vuelve a llevarse mi mano a la boca y la besa, ¡vaya manía tiene con hacerlo! Aunque debo admitir que hace que me deshaga. Sonrío como una boba atontada, ¡me encanta este hombre!, cada vez más, no sé qué es lo que hace pero siempre acaba dejándome noqueada. La mano con la que sujetaba la mía, ahora baja hasta mi cintura, y me coge en brazos, suelto un chillido que hace que todo el mundo se gire para mirarnos.

—¿Pero qué haces? —le grito.

—Llévate.

—¿¡Pero tú estás loco!?

Acerca su rostro al mío, y cuando va a besarme, me aparto.

—Se me va a ir el pintalabios.

—No, este no.

Me besa apasionadamente haciendo que una oleada de calor abrasador me arrolle y que mi sexo arda en segundos. ¡Por Dios! Vuelve a besarme, devorándome delante de todo el mundo, incendiando, las brasas que se habían apagado en el trayecto de casa a la playa. Mi corazón late frenético intentando escapar de todo esto, y mi respiración se vuelve algo agitada e irregular.

—Co... Collins —murmuro contra sus labios.

Los muerde levemente, tira de ellos sin hacer mucha fuerza intentando no hacerme daño. Suelto un gemido que se deshace en su boca, lo captura y consigue que se repita.

—Collins, por Dios...

—No puedo resistirme —dice con la voz ronca.

—Pues resístete, guapete, ahora no es el momento.

—¿Y cuándo lo será? —pregunta inocentemente, como si fuera un niño.

—Cuando volvamos a casa.

Le hago un gesto para que me deje en el suelo, no me gusta ser el centro de atención, y yendo con un hombre igual que él, como para no serlo, todo el mundo le observa. Me dice que no con la cabeza, no quiere hacerme caso, así que intento soltarme por mí misma. Al final acaba dejándome de pie, ya que si no acabaremos cayéndonos los dos. Seguimos caminando tranquilamente.

—¿Qué hora es? —pregunto.

—Es casi la una.

—¿Ya? Vaya...

—¿«Vaya»?

—Sí, pensaba que sería más pronto.

Durante un buen rato, paseamos por la playa, ninguno de los dos tenemos prisa ni hambre, por lo que vamos con tranquilidad dejando que el aire que viene del mar nos acune, disfrutando de las maravillosas vistas que hay. Vamos cogidos de la mano como una pareja normal... «¡Espera, espera!», me grita una miniyó, ¿cómo que «una pareja normal»? ¿Pareja? ¿Qué es eso? ¿Se come? ¡No, por Dios! ¡Nada de pareja! Le suelto la mano, y cruzo los brazos bajo mis pechos, abrazándome a mí misma. Me mira, extrañado, hago una mueca intentando sonreír. ¿Cómo puedo haber pensado en eso? De pareja nada, por lo menos de momento. ¿¡«De momento»!? Grita histérica la mini-Natalia. Normal que lo haga, yo también lo haría si fuera otra quien estuviera en mi situación. ¿En qué demonios estoy pensando? ¡Deja de hacerte ilusiones, boba!

—¿Estás bien? —pregunta preocupado, sacándome de mis pensamientos raros.

—Sí, claro. —El aire ahora sopla con más fuerza haciendo que un escalofrío recorra todo mi cuerpo—. Solo es que tengo un poco de frío.

Pasa uno de sus brazos por encima de mis hombros y me pega a él, haciendo que esta extraña sensación desaparezca en gran medida.

—¿Quieres que vayamos a por una chaqueta?

—¿A casa?

—No, tonta —dice cariñosamente—, al coche, no está muy lejos de aquí.

Alzo los hombros, tampoco es que me esté congelando, además no creo que tardemos mucho en ir a comer, no es necesario, pero estoy segura de que este cabezota no estará tranquilo hasta que no tenga la chaqueta puesta. Pasamos junto a un restaurante muy bonito con vistas a la playa llamado «Palomares». Seguimos adelante, no muy allá veo el coche de Collins, pensé que tardaríamos más en llegar.

—Hace un buen día —comenta, rompiendo el incómodo silencio que se había creado.

—Sí, se está bien, aunque el viento...

—Serás tú, que eres una friolera.

—¿Perdona? —digo alzando las cejas.

Le miro de lado, no deja de chincharme una y otra vez, es imposible que deje de hacerlo. Le golpeo el brazo con fuerza, apenas lo nota, puedo verlo, pero suelta un quejido sobreactuando, me coge por la espalda inmovilizándome, pone sus brazos sobre los míos, entrelaza nuestros dedos y me besa el cuello.

—No puedes conmigo —susurra contra mi oreja.

—Claro que sí —le desafío.

Pega su pecho a mi espalda tanto que ni el aire puede pasar entre los dos. Sigue besándome insistentemente el cuello, recorriendo la piel que tengo visible con delicadeza, con mimo y pasión. Intento liberarme, pero no sirve de nada, hasta que él no me suelte no podré escapar.

—¡Collins! —chillo.

—¿Qué, nena? —responde con su rasgada voz.

Bff... ¡madre mía! Los mil calores de la muerte entran en mi cuerpo, quiero darme la vuelta y comérmelo a besos, es tan sumamente irresistible que solo sintiendo cómo su piel roza la mía, vuelvo loca. Necesito más, mucho más. Sus manos se colocan sobre mi vientre, me quejo, necesito que me suelte o acabaré perdiendo la poca cordura que aún me queda.

—Collins, por favor.

—J.D. —Me corrige, como la otra vez.

—Suéltame —le ordeno.

—¿Y si no lo hago qué?

—Que me iré de aquí.

Lo que he dicho es mentira, ambos lo sabemos, pero aun así me suelta, me toma por la cintura haciendo que dé media vuelta y quede de cara a él. Da varios pasos hacia delante, hasta que siento que mi espalda toca el metal caliente del coche. Me besa como si no lo hubiera hecho nunca, con delicadeza y mimo, pero también como si mis labios le hicieran falta para vivir, para respirar. Estos se vuelven cada vez más apasionados, distintos, llenos de lujuria y deseo. Todo mi cuerpo arde, igual que el

suyo, cuando pega aún más su cadera abro los ojos desorbitadamente, este hombre siempre tiene ganas de mí, ¿o qué? El fuerte aire vuelve a hacer acto de presencia, distrayéndonos, vuelvo a sentir que el vello se me eriza.

—Será mejor que vayamos a comer, ¿no?

Fijo mis ojos en los suyos, brillan con fuerza, sus pupilas están tan dilatadas que apenas se puede ver el verde que normalmente tienen. Me muerdo el labio inferior, sonrío y abre la puerta del coche para que pueda entrar. Hasta que no estoy bien sentada no suelta mi mano. Lo rodea y entra por el lado del piloto.

—Pensaba que íbamos a comer ahí —digo señalando el restaurante por el que acabamos de pasar.

—No, iremos a otro que está en el pueblo.

Asiento perdida, a mí como si me dice que vamos a ir a la *Conchinchina*, no tengo ni idea de a dónde iremos, así que... Arranca el coche, entonces veo una enorme cometa de *kitesurf*, cian y amarilla, que se alza no muy lejos de donde nos encontramos, sigo la cuerda a la cual va atada y veo cómo una chica la sujeta intentando domar el aire que se la lleva.

Pasamos bajo el puente que hemos atravesado antes, entramos de nuevo en el pueblo de las flores y subimos la carretera que habíamos recorrido para ir a la playa que nos lleva al centro. ¡Todo es tan bonito!, está lleno de color, no sé si es porque tiene el mar cerca, pero parece tan cálido que me hace ir con una sonrisa en los labios todo el rato. Miro a Collins, él también sonrío, ¡qué mono! Al lado izquierdo hay un gran edificio marrón y gris, pone que es el mercado, es bonito, lo pasamos y seguimos la carretera hacia arriba, al final del todo detiene el coche. En la esquina puedo ver un cartel en forma de velero, debajo de este pone: *Atlántida 2*, tiene buena pinta. Cuando era pequeña, mi padre solía ponerme una película llamada *Atlantis*, donde un grupo de investigadores buscaban la ciudad perdida. Aparca el coche al lado izquierdo de la carretera, me mira y sale. Espera a que yo también lo haga, entonces vuelve el aire, él se da cuenta, abre el maletero y saca una chaqueta tejana.

—Toma —dice con una sonrisa.

—Gracias.

Me la tiende, la cojo y me la pongo, cuando llego a su lado, vuelve a cogerme de la mano; algo que últimamente se ha vuelto una costumbre, ¿es que cree que voy a perderme? Al llegar a la esquina, veo la entrada. Hay unos cuantos escalones y una puerta rotatoria. Al entrar, me enamoro de este sitio, ¡es tan bonito! Frente a nosotros hay una barra de mármol blanco con la parte inferior azul iluminada con luces blancas y banquetas de madera. Huele tan bien, creo que de aquí me comería cualquier cosa. Al lado contrario, están las mesas, aunque no todas están con sillas, sino que las más pegadas a la pared de cristal tienen una parte de sillón, el cual parece supercómodo.

—Buenos días, y bienvenidos a *Atlántida 2*.

—Muchas gracias —digo atontada.

—¿Cuántos van a ser?

—Solo nosotros dos. —Ahora es Collins quien responde.

—Muy bien, si tienen la amabilidad de acompañarme, les llevaré a su mesa.

Ambos asentimos, el hombre pasa delante de nosotros, coge dos cartas y nos lleva un poco más adelante, nos indica una mesa con sofá, antes de llegar a unas escaleras que quedan a la derecha. Nos hace un gesto para que nos sentemos, sonrío y lo hago encantada.

—Aquí tienen las cartas.

Nos las da, para que podamos echarle un ojo mientras nos apunta la bebida.

—¿Qué quieres tomar, Natalia?

—Lo que quieras, a mí me va bien cualquier cosa.

—Tráiganos un vino de la casa.

El hombre lo apunta en su libretilla, se la guarda en el delantal, y se marcha. Miramos lo que hay, son tantas las cosas que parecen estar exquisitas que no sé por cual decantarme. Entrantes de ensalada italiana, *pizzas*, combinado de pastas, de ensalada, pescado, carne... ¡Uf! Mi estómago empieza a sonar, leer lo que lleva cada cosa hace que cada vez tenga más hambre.

—¿Qué vas a comer?

—Creo que una *pizza*, tienen una pinta...

—Sí que la tienen, sí.

—Aunque la ensalada italiana también tiene buena pinta.

—Si quieres podemos pedir una pequeña ración de ensalada.

—¿No será mucho?

—No creo.

Sigo mirando la carta, tantas *pizzas*, pastas y demás hará que acabe llevándome algo para casa, ¡seguro! Además aquí pone que hay una tiendecita donde también venden la comida que hacen y servicio a domicilio. Miro todos los platos y al final acabo decidiéndome por pedir una *pizza* llamada «Navarra», lleva queso, beicon y un huevo en medio, tiene que estar de buena... ¡Me voy a poner las botas!

—¿Ya saben que van a tomar? —pregunta el hombre mientras abre la botella de vino, le saca el corcho y nos sirve un poco en cada una de las copas.

—Yo sí —respondo rápidamente.

—Yo también.

—Muy bien, díganme.

—Pediremos para compartir una tapa de ensalada italiana, y yo para comer una *calzone*.

—Yo una Navarra, por favor.

—Perfecto, ha hecho una gran elección —responde con una amplia sonrisa.

Cuando el hombre se marcha a llevar la comanda a la cocina, Collins me mira.

—¿Es que no le ha gustado lo que he pedido?

—¿Por qué?

—A ti te ha dicho que has «hecho una gran elección» y te ha sonreído, tal vez no haya hecho yo lo mismo...

Se queda pensativo durante un instante, suelto una carcajada y empiezo a reír, está «como una cabra», como diría Lucía. Niego un par de veces con la cabeza, aún riéndome, es gracioso, sí. Me mira atento y una dulce sonrisa se dibuja en sus labios, lo que hace que se la devuelva.

—Con que lo hagas tú, yo ya estoy contento.

Capítulo 15

El camarero no tarda mucho en traer lo que hemos pedido, pensé que al haber tanta gente sería algo más lento o, por lo menos, lo sería la cocina. La ensalada italiana ha llegado antes que las *pizzas*, está buenísima, aunque lleva pasas, pero bueno, está deliciosa igual. A Collins parece gustarle también, es un *zampabollos*, parece que le encante comer tanto como a Lucía, y mira que superarla es complicado. Casi se ha comido toda la ensalada, pero por suerte, llegan las *pizzas*, recién sacadas del horno con el queso chisporroteante. ¡Por Dios, qué bien huele! Hacía tiempo que no veía una *pizza* con tan buena pinta. Cojo el cuchillo para ir partiéndola, pero me cuesta, la fuerza que tengo parece haber desaparecido.

—¿Te ayudo?

—No, gracias, puedo yo.

Sigo intentando cortarla bajo su atenta mirada, ¿cómo puede ser que esta *pizza* sea más resistente que yo? Me ayudo con el tenedor, hago más fuerza con el cuchillo y acabo partiéndola: Natalia 1, *pizza* 0. Sonrío orgullosa, él me observa, hace una mueca y sigue cortando su comida, se lleva un trozo a la boca y se la come. Su masa está doblada quedando por dentro los ingredientes, también tiene buena pinta aunque es algo extraña, nunca antes había visto una así.

—¿Está buena?

—Sí, ¿quieres probarla?

—Ah, no, gracias, toda tuya, yo tengo de la mía.

Asiente mientras sigue cortándola, yo voy a lo mío, cojo la copa y le doy un traguito al vino, este está más dulce que el de la otra noche, me gusta. Sí, sí, está más bueno. Cojo un trozo de *pizza* con la mano, todo el mundo lo está haciendo así que... Bueno, menos Collins, él es demasiado *fisno* como para hacerlo. ¡Madre mía! Nada más probar el primer bocado se me cae la baba, ¡esto está delicioso!

—¿Quieres?

—No, no, no hace falta.

No sé por qué le he preguntado, la verdad es que no me importa lo que me dice, es una de esas preguntas que hacen las abuelas a las cuales no importa que respondas porque van a hacer lo que quieran. Con el tenedor y el cuchillo cojo un trozo, se lo pongo en el plato y sonrío.

—Tienes que probarla.

—No hacía falta.

—Bueno...

Me como otro trozo, corto lo que queda intentando no pinchar el huevo, será lo último que me coma. Seguro que ahora mismo debo parecer una niña, diseccionando la *pizza*. Recuerdo que cuando era pequeña, mi hermana separaba el queso y demás

ingredientes de la masa, iba comiéndoselo poco a poco, papá siempre acababa regañándole. Cuánto echo de menos aquello, cuando todo iba bien y era casi perfecto.

—No sabía que trabajabas en un banco.

—Sí, desde hace tres años.

Coge la copa de vino, le da un trago, se pasa la lengua por los labios y nos sirve a los dos un poco más, ya que apenas nos queda.

—Está bien —murmuro—. ¿Y antes?

—Estuve en una empresa de artes gráficas.

—¿Y qué haces ahora?

—Soy subdirector del banco.

—No está mal, debe ser aburrido.

—No tanto —dice dándole un mordisco a su comida.

—Claro, si te pasas el día en el *Jubilee*...

Abre los ojos como platos, sorprendido por lo que le he dicho, pero sabe que tengo razón, se pasa el día tomando café conmigo, apareciendo cada dos por tres, en vez de estar trabajando frente a su ordenador.

—Te preguntaría a ti, pero..., creo que ya lo sé.

—¿Sí? ¿De verdad? ¿Lo sabes? —digo ironizando.

Collins asiente, sigue comiendo igual que yo, no queremos que esto se quede frío aunque estoy segura de que seguiría estando delicioso. No puedo apartar la vista de él, es tan bello, tan distinto, creo que nunca había visto a un hombre con sus rasgos. Esa piel bronceada, su cabello oscuro, su mandíbula marcada, la perilla, esos ojos tan verdes que tiene.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Ya lo estás haciendo —dice con retintín.

—Otra cosa.

—Venga, a ver.

—Tú no eres de aquí, ¿de dónde eres?

—De Cardiff, a dos horas de Londres, en Gales.

—Ya decía yo... —murmuro pensativa—. ¡Eres un *guiri* permanente!

Empieza a reírse a carcajada limpia, parece que le ha hecho mucha gracia, a mí también me la habría hecho si me hubiera visto la cara de loca que probablemente tengo. Le miro y sonrío, es tan adorable.

—No soy *guiri*, Natalia —dice poniéndose serio.

—¿Por qué?

—Mi madre es española, se llama Rosa, es de este pueblecito, ha vivido aquí toda la vida con mis abuelos hasta que conoció a mi padre, se enamoraron perdidamente, se quedó embarazada y se fueron a Cardiff a vivir.

—Pero... ¿naciste allí?

—Sí.

—Pues entonces eres un *guiri*.

—Y dale..., luego el cabezón soy yo.

—Bueno, cuéntame más, suena bien.

Come un poco, bebe vino, y se limpia la boca, todo eso sin apartar la mirada de mí.

—Pues no hay mucho más; me crie allí, venía aquí de vacaciones, fui un niño normal, estudié lo que quería, vine aquí a acabar los estudios, me enamoré y me quedé a vivir.

—Ah... —No sé por qué eso de que se enamorara no me sienta bien, aunque gracias a ello, hoy está aquí conmigo.

—¿Cuál es tu historia, pequeña?

—Mi historia es simple, siempre he vivido en el mismo sitio, hace unos años mis padres se divorciaron, se llevan medianamente bien y cada uno ha rehecho su vida, tengo una hermana menor a la que apenas veo porque se pasa el día encerrada en casa estudiando.

—¿Qué estudia?

—Derecho y Criminología.

—Tiene que ser duro.

—Sí, supongo, nunca he tenido que pasar por ello.

Se queda callado durante unos minutos, en los que come, a la vez que piensa en algo, puedo notárselo, ¿qué se le estará pasando por esa cabecita suya? Hago una mueca mientras le observo.

—¿Y Lucía?

Le miro con los ojos entrecerrados, ¿a qué viene preguntar ahora por Lucía? ¿Por qué tiene que acordarse de ella ahora? Miro al plato y luego a la copa, bebo un poco de vino y me como un trozo de *pizza*.

—¿Qué?

—¿De qué os conocéis?

¿Así que es eso? Pensé que sería otra cosa lo que quería preguntar, es una tontería, y yo aquí preocupada por lo que podía ser, pero... ¿por qué? ¿Qué más da lo que piense o lo que quiera? ¿Estoy celosa por una tontería? No lo entiendo, apenas nos conocemos y hace que me sienta así, no puede ser. Bebo otro poco de vino, creo que al final me voy a acabar volviendo loca por culpa de este hombre.

—Bueno, pues... nos conocemos desde que éramos niñas, fuimos juntas al colegio desde que teníamos tres años y acabamos volviéndonos como hermanas, inseparables. —Le doy un bocado a un trozo de *pizza*—. Hasta ahora nos ha ido bastante bien.

—Ya veo, ya.

—Desde que dejamos el colegio, decíamos que íbamos a ir a vivir juntas, todo el mundo nos decía que no íbamos a poder, que no nos aguantaríamos..., pero ellos no saben cómo somos, y mucho menos juntas.

—Eso está bien.

—Sí... ¿Por qué lo preguntabas?

—Curiosidad.

¿Así que «curiosidad»? Vaya, vaya, bueno, parece que se interesa por mi vida, ya sea presente o pasado, algo que me alegra, creo.

—Y tú, ¿tienes amigos aquí?

—Claro, ¿cómo no iba a tenerlos después de cinco años?

—No sé, a lo mejor eres un rarito psicópata o algo.

Pone los ojos en blanco, suelta un soplido, sigue comiendo y niega con la cabeza varias veces. Quién sabe, tal vez tenga razón y sea un loco que solo me invita a comer para camelarme con su hermoso rostro, luego raptarme y tenerme en un zulo encerrada para que no pueda contar nada de lo que hace. «Déjate de tonterías, Natalia», me digo a mí misma, será mejor que no me monte historias, porque soy especialista en hacerlo.

—Eres única, Natalia.

—Lo sé, por eso te gusto. —Las palabras se escapan de mi boca, e inmediatamente me la tapo, ¿por qué demonios he tenido que decir eso?

—Tienes razón —admite.

¿Tengo razón? ¡Agh! Siento cómo mis mejillas se sonrojan rápidamente. ¿Por qué ha tenido que decir eso? Yo vivía tan tranquilamente en mi inopia, en mi mundo en el que estaba con un chico guapo comiendo sin pensar más allá de en lo que tomaría de postre. Corto otro trozo de *pizza*, le doy gran bocado, será mejor que no diga nada más o acabaré escuchando cosas que no sé si quiero oír.

Collins acaba invitándome a comer, otra vez, es un cabezota, no me deja pagar nunca. Antes de salir del restaurante, saluda al dueño que estaba en la puerta, y a un par de camareros a los que parece conocer bastante bien. En la calle de enfrente hay una heladería llena de diferentes sabores, parece diferente a la que fuimos la otra noche, más sencilla, más... de pueblo. Saluda al hombre que hay tras la barra, quien sale para darle un fuerte abrazo, tendrá unos cuarenta y cinco años, habla con él de algo que no logro entender, mientras yo miro todos los sabores que hay.

—Natalia, ven —me pide Collins.

Me acerco a donde están, ya que han ido un poco más lejos.

—Este es Manel, el dueño de la heladería, lo conozco desde que era un niño.

—Encantada —digo dándole dos besos.

—Ella es Natalia —murmura, sin saber bien qué añadir—, mi pareja.

¿¡Cómo que pareja!?! ¿Es que se ha vuelto loco? ¿O acaso es que es piloto de carreras y por eso va tan deprisa? Creo que me flojean las piernas, bajo la vista y cuando la vuelvo a alzar, me encuentro con la de Manel, quien sonríe ampliamente.

—Vaya, es una chica muy guapa.

—Es única —le contesta, clavando su mirada en mí.

—Gr... Gracias —susurro.

Me hago a un lado, necesito sentarme, creo que algo no me ha sentado bien porque mi cuerpo empieza a revolucionarse, las náuseas acuden a mi garganta haciendo que tenga muchas ganas de vomitar. El aire me falta, ¿otra vez? ¡No por favor! Me tiemblan las manos, el *tic* vuelve a aparecer. Intento respirar tranquilamente, cojo aire por la nariz y lo suelto por la boca, hasta que una de las manos de Collins se posa en mi hombro.

—¿Estás bien?

—Sí, sí —digo en voz baja—. ¿El servicio?

Manel levanta la mano y señala a su espalda, entonces veo el cartel, seré tonta... No me he dado ni cuenta. Me levanto poco a poco, viendo si puedo aguantarme sola, o tengo que volver a sentarme para disimular esto. Cuando veo que puedo ir hasta allí, Collins se hace a un lado dejándome pasar. Intento parecer lo más segura posible y autoconvencerme de que puedo solucionar esto sin que él se dé cuenta. Por suerte, no está muy lejos, entro rápidamente, me encierro en el lavabo de mujeres que hay, y me siento en el váter. Cierro los ojos con fuerza intentando calmar esta angustia que empieza a corroerme por dentro, otra vez. Me paso las manos por la cara, pero de nada sirve, todo sigue ahí, haciendo que esta ansiedad siga creciendo, arrollándome. Siento cómo mis ojos se inundan de lágrimas que luchan por salir, por hacer desaparecer todo esto. Mi cuerpo vuelve a temblar una vez más, me recojo el pelo, rebusco en el bolso, y por suerte llevo mi kit de emergencia de maquillaje. Abro el grifo del lavabo las meto debajo y me las llevo a la cara. ¡Por favor, que funcione! Necesito calmarme, hacer que todo esto se vaya igual que se ha ido la tranquilidad que tenía. Pequeños hipidos empiezan a sonar en todo el baño, las lágrimas recorren mi rostro descontroladamente, haciéndome sentir lo peor del mundo. No puedo más. Dejo que todo este mal se haga conmigo, lloro como una niña pequeña, sin consuelo alguno, nada me lo dará ya... nunca lo volveré a tener.

Cinco minutos después, me niego a seguir así, me paso las manos de nuevo por la cara quitando las lágrimas que aún la empapan. Me pongo en pie, abro el grifo, meto las manos debajo de este, y me las llevo al rostro, limpiando el rímel corrido; parezco un cuadro mal hecho. Cojo un poco de jabón para poder limpiarme mejor, cuando ya no tengo nada, me seco con unas cuantas servilletas de papel. Saco del bolso el maquillaje, me pongo un poco de antiojeras, polvos, delineador y rímel. Vale, bien, casi no se nota y si lo hace es que tiene un don. Me repaso el pintalabios, quito la goma que sujetaba mi pelo y salgo.

—¿Estás bien? —pregunta Collins al verme.

—Sí, tranquilo.

—De tranquilo nada —gruñe.

Hago una mueca, se ha dado cuenta, ¿cómo puede ser? Cojo aire, lo suelto a modo de soplido y voy hacia donde están los helados. Manel nos mira, pasa por detrás de la barra y espera que decidamos.

—¿Tú de qué lo quieres? —Pruebo a distraerle.

—Natalia, que nos conocemos.

—Déjalo, Collins, estoy bien, de verdad.

Me mira enfadado, no se va a olvidar tan rápidamente de lo que está pasando. Aunque espero que sí. Niega con la cabeza varias veces, baja la vista hasta los helados e intenta decidirse.

—Ese tiene buena pinta. —Señalo el helado de galleta Oreo, mientras él asiente.

—Creo que ya lo sé.

—Yo también.

—Manel, ponme un cono mediano de mora y melón, ¿tú qué quieres?

—Un granizado de fresa mediano, por favor.

—Muy bien, ahora mismo os lo pongo.

Pone una de sus manos en mi brazo, lo agarra con fuerza y me echa a un lado para que el hombre no pueda escuchar lo que hablamos.

—¿Qué es lo que te ocurre, pequeña? —pregunta con dulzura.

—Hablemos de ello en casa, por favor —le ruego.

En realidad no tengo intención alguna de que hablemos sobre lo que ha ocurrido, no necesito hacerlo, ahora estoy bien y es lo que cuenta. No quiero amargarle con mis problemas, no creo que sea asunto suyo, yo sola puedo salir, ya lo he hecho antes.

—Está bien —murmura.

El hombre acaba de prepararnos lo que hemos pedido, y antes de que Collins pueda impedirlo, pago lo que vamos a tomar. No me voy a arruinar por cinco euros, después de que me haya invitado él a cenar la otra noche, anoche al japonés en su casa y hoy a comer, aún tengo dinero como para poder invitarle yo a un helado. Antes de marcharnos, abraza a Manel y le da recuerdos para su mujer y sus hijos, y para una tal Alejandra. ¿Quién será? Da igual, ¿o no? Al salir de la heladería, me puede la incertidumbre y le pregunto:

—¿Quién es Alejandra?

—Su hija.

—Ah...

—Fue por ella por quien me quedé —admite.

¿Cómo? ¿Después de todo aún es capaz de mandarle recuerdos? Bueno, en realidad no sé cómo acabaron, tal vez son amigos y se ven de vez en cuando, quién sabe, aunque espero que no. Frunzo el ceño, sorbo un poco de granizado y voy hacia el coche.

—Está casada y con dos niños —añade al ver mi reacción.

Pues vaya, al parecer no soy más que una tonta, ¿por qué tengo que ponerme a la defensiva? Sentirme mal cuando me siento amenazada, no puede ser que me ponga así por un simple comentario, solo le ha dicho que la salude, sea quién sea.

—Vaya.

—Sí.

—¿Vamos?

—Había pensado en que podíamos dar un paseo, no muy lejos hay un parque.

—Como quieras.

Me coge de la mano, tira de mí, antes de que lleguemos a la altura en la que está el coche, gira, y nos metemos por una calle adornada por un montón de árboles con flores de color lila que van cayendo por culpa del aire. Son muy bonitas, dignas de hacerles unas fotos. Saco el teléfono y hago unas cuantas, me encanta como queda. El parque no está muy lejos, es más, no tardamos nada en llegar. Hay columpios y una zona de césped, observo que dentro y fuera de él hay bancos para sentarse tranquilamente. Vamos a los que están fuera, no creo que lo mejor sea entrar con tacones a un parque lleno de arena y hierba.

—¿Por qué has dicho eso?

—¿El qué? —pregunta confuso.

—Cuando me has presentado a Manel —murmuro, no quiero decir exactamente lo que ha dicho.

—No te sigo, Natalia, de verdad.

—Le has dicho que soy «tu novia».

Se queda callado comiéndose su helado, sin decir nada, con la vista fija en el parque seguro que ni él mismo sabe por qué. Cojo aire, lo suelto y vuelvo a coger más, cierro los ojos hasta que siento que una de sus manos se coloca sobre mi muslo. Entonces los abro de golpe, sube la mano hasta mi mejilla y me besa con delicadeza.

—Natalia, eres *mi dulce locura*, estás haciendo que pierda la cabeza, solo he dicho lo que siento —dice al fin.

—Yo...

—Tú...

—Sí, no lo sé Collins, ahora mismo no puedo pensar en eso...

Aprieta la mandíbula, sigue comiéndose su helado y cuando termina se pone en pie, coge mi mano y tira de mí para que vayamos por donde hemos venido, en dirección al coche. Ya no dice nada más, parece estar enfadado. Normal que lo esté, supongo que si yo le hubiera dicho lo mismo y él hubiera contestado como yo, también lo estaría.

—Collins... —murmuro.

—¿Qué? —dice de mala manera.

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Por ser así...

Me abrazo a él con fuerza, no quiero que esté enfadado y mucho menos por mi culpa, no puedo verle así. Entierro mi rostro en su pecho, escucho su corazón, sus brazos me rodean y acaban por abrazarme tanto como lo hago yo a él. Me besa en la cabeza, suelta un soplando y me separa de él.

—Es que no lo entiendes, Natalia...

—¿Qué no entiendo?

—Que esto pueda ir tan deprisa.

—Tienes razón, no lo entiendo.

Me besa en los labios dulcemente intentando calmar ese enfado que lleva dentro, coloco mis manos tras su cuello y me dejo llevar, le devuelvo el beso, todos los que me da. Quiero decirle que hay algo en mí que me grita que le diga lo que siento, pero otra parte me dice que no debo hacerlo, ¿me estaré volviendo loca?

Cuando volvemos al pueblo, le pido que me deje en casa, necesitamos estar solos pensar en lo ocurrido, en cómo hemos pasado estos días, en lo que cada uno siente sin verse influido por el otro. Aparca el coche en su casa y me acompaña a la mía, vamos en silencio, como casi todo el camino hasta aquí. Me coge de la mano y caminamos tranquilamente sin decir nada.

Antes de llegar a la portería le hago sentarse en un banco, necesito que hablemos esto, no puedo tener estos bajones y es todo porque estoy con él, solo me pasa cuando estamos juntos. Me muerdo el dedo índice y la uña, estoy nerviosa, mi corazón late con fuerza intentando escaparse para no presenciar este doloroso momento.

—Collins... yo...

—¿Qué pasa, Natalia?

—Pues que no, que no puedo, no podemos estar juntos.

—¿Por qué no?

—Porque no, no puedo hacerlo.

Le miro a los ojos y veo que algo se rompe en su interior, igual que lo hace en el mío, no quiero hacerle daño, pero ya lo estoy haciendo, pero debo pensar en mí también, no puedo seguir con estos bajones.

—Collins..., lo siento, de verdad que lo siento, eres un hombre maravilloso, no un psicópata ni un loco —digo con tristeza—, y te mereces a alguien que te pueda hacer feliz.

—Sé que tú puedes hacerlo Natalia, desde que nos conocemos, cada vez que te veo se me cae la baba, no puedo estar sin ti —murmura—. No sabes el tiempo que hace que deseaba besarte, mimarte como te mereces, ver cómo me dedicas esas sonrisas que solo tú tienes, esas que me enamoran.

¿«Enamoran»? ¡Oh, no! Ya no hay vuelta atrás.

—Lo siento...

Me pongo en pie y me voy hacia la portería, no puedo verle así... Ahora mismo me afecta demasiado. Escucho que se levanta rápidamente, viene detrás de mí hasta que me coge por la muñeca, hace que mi espalda se pegue a la pared y me besa apasionadamente.

—Te quiero —susurra.

Una lágrima se desliza por mi mejilla y acaba muriendo en su mano. Me besa de

nuevo, una y otra vez, las pequeñas gotas siguen cayendo, más y más, sin que pueda hacer nada para detenerlas.

—Piénsalo...

—Ya lo tengo pensado... Te lo he dicho.

Intenta abrazarme, pero no puedo dejar que esto siga, las manos me tiemblan, se tambalean a la misma vez que mi interior va quebrándose, haciéndose añicos. Me hago a un lado, abro la puerta y le dejo ahí, solo, mirando al suelo, sin decir nada.

—Lo siento, Collins...

Antes de que pueda cerrar la puerta tras mi espalda, las lágrimas ya empiezan a recorrer mi rostro, apenas sé qué hacer, cómo reaccionar, mi cuerpo se mueve lentamente, no sé ni cómo avanzar. Un profundo quejido se me escapa, quiero volver, tirarme en sus brazos y decirle que no se vaya a ninguna parte sin mí, pero no puedo. Cuando giro la esquina donde está el ascensor, mis piernas ceden, caigo de rodillas, y me echo a llorar desconsoladamente. Joder... ¿por qué tengo que hacer esto? ¿Cómo puedo hacerle daño de esta manera? Siento un gran vacío que empieza hacerse conmigo, ¿qué haré yo ahora sin él?

Quiero salir de aquí, correr y decirle que juntos podemos estar bien, que nada ocurrirá si seguimos unidos, pero mentiría. Las gotas empiezan a empapar mi ropa llevándose mi maquillaje a medida que descienden por mis mejillas, y la angustia que siento por dentro. Me arrodillo, asomo la cabeza por la esquina, le veo, ahí está, no se ha movido ni un ápice, solo se ha apoyado en el cristal. Lamento tanto hacerle daño, hacer que se sienta tan mal. Me siento otra vez, me paso las manos por la cara, entierro mi rostro entre ellas intentando calmarme, pero de nada sirve. Cojo aire por la nariz y lo suelto por la boca, intentando relajar mi respiración, la cual se ha vuelto agitada, nerviosa. Apoyo las manos en la pared, poco a poco, voy poniéndome en pie y subo a casa. Busco las llaves en el bolso, al encontrarlas, me cuesta meterla en la cerradura. Cuando entro, voy directa a mi habitación, bajo la persiana, me quito los zapatos y me meto en la cama, no puedo hacer nada más, no tengo ni fuerza para acabar este día.

Varios golpecillos hacen que abra los ojos, Lucía entra sin que le dé permiso, se sienta en la cama, y me acaricia el pelo con delicadeza.

—¿Qué ha pasado, pequeña? —pregunta preocupada.

Rompo a llorar como una niña con el corazón roto, sacando todo el dolor que siento por dentro, ese que hace que apenas pueda respirar. Los hipidos pasan a ser un profundo llanto desgarrador, que hace incluso que me duela la garganta. Las lágrimas empapan su camiseta, dejan el rastro del desconsuelo que ahora mismo sale de mi pequeño corazoncito. ¿Cómo he podido hacerlo? ¿Cómo he sido capaz de dejarlo ahí tirado con el corazón tan destrozado como el mío?

—Sh... ya está, nena.

—Le quiero, Lucía.

Mi teléfono empieza a sonar una y otra vez sobre la mesita de noche, pero

ninguna de las dos atendemos la llamada. La pantalla se vuelve a oscurecer hasta que suena una última vez, es un mensaje. Lucía coge el móvil, con una mirada me pregunta si puede abrirlo, asiento lentamente, quiero saber qué dice.

—Nati... —murmura.

—¿Qué... Qué dice? —pregunto, entre sollozos.

—Se marcha.

Capítulo 16

Un mes después

He leído tantas veces su mensaje desde el día en que se fue, tantas que incluso he perdido la cuenta. Han pasado muchas cosas desde aquella tarde. Jamás pensé que todo eso ocurriría, y mucho menos, tan deprisa.

Me siento en la cama, recostándome contra la pared, abrazándome a mí misma, son las once de la mañana, la luz del radiante sol de primavera entra por la ventana, Lucía se ha ido al *Jubilee* con Joel y Nadia, desde que Tania decidió dejar la cafetería, otra chica tiene que echarnos una mano, de vez en cuando, en realidad, siempre. Salgo de la habitación con los pies a rastras, voy al baño, me lavo la cara y me dirijo a la cocina. Necesito un café bien cargado con urgencia, caliento la leche en el microondas, la vierto en la taza donde está el café y me siento en el sofá, enciendo la televisión pero no dan nada. Cambio de canal repetidas veces hasta que encuentro uno en el que sale un hombre perdido en la jungla, vaya... Ojalá estuviera yo allí, perdida, sin tener que ver a nadie, lo he pensado en muchas ocasiones, sobre todo el último mes. Si hubiera estado allí, no habría conocido a Collins, ni habría tenido que sufrir lo sufrido, aunque tampoco ha sido culpa suya, sino mía.

Siempre mía. Aquel día destrozó mi vida, aprendí a vivir con ello, a soportar el mal que acarreaba hasta que llegó él, hizo que todo detonara, que se volviera oscuro y el dolor volviera. Flexiono las rodillas encima del sofá y me abrazo a ellas, es la única manera de poder aliviar lo que llevo dentro para que no se descontrole. ¿Cuántos días han pasado desde que dejé de ir a la cafetería? Por lo menos dos semanas, demasiado tiempo sin salir. Me paso las manos por el pelo, está enredado y sucio, lo recojo en un moño, asunto resuelto, además, tampoco va a verme nadie, ¿qué más da? El teléfono empieza a sonar, es la alarma, toca pastilla. Dejo la taza de café a medio tomar sobre la mesita de enfrente del sofá, voy a la habitación, estiro las sábanas de la cama y rebusco en mi bolsita. Ahí están, mis pequeñas pastillas blancas. Cojo una de ellas, me la meto en la boca y voy de nuevo hacia el sofá, le doy un trago al café y me la tomo. Ahora solo queda pasar el día, otro más. Acabo el café, dejo la taza en la mesa y me estiro, siento que mi cuerpo se vuelve pesado, cada vez más, mis párpados también van cayéndose hasta que mis ojos se cierran.

Una molesta melodía empieza a sonar, me resulta familiar, demasiado, ¿qué es? ¡Mi teléfono! Alguien está llamando, pero apenas tengo fuerzas como para abrir los ojos y cogerlo, ¿será él? ¿Qué tontería es esa, Natalia? Me pregunto. Pues la verdad es que es una enorme, no será él, a Collins ya no le importo, igual que tampoco debería

importarme él a mí, pero aun así sigo preocupándome por lo que pueda ocurrirle, ¿estará bien? Tal vez haya enfermado, o no llegara a donde fuese, quién sabe... Ahora ya no suena nada, solo lo ha hecho durante el rato suficiente como para que me despierte. Levanto una mano, me la paso por la cara y abro los ojos, ¡por fin! Esto de tomar las pastillas es horroroso, parece que me haya pasado un camión por encima, varias veces. Intento sentarme en el sofá, en vez de estar estirada, pero no puedo, mis fuerzas a eso no llegan de momento. Mi cuerpo aún tiene que acabar de despertarse, aunque sea un poco. ¿Qué hora será? Puede que haya dormido poco, o mucho, a saber... Escucho a alguien meter la llave en la cerradura de casa, lo que hace que me asuste, si no es Lucía o Joel no sé quién puede ser, y estando como estoy ahora no podría protegerme de nada.

La puerta se abre, pero nadie dice palabra alguna, escucho varios pasos, se acerca demasiado, está a la altura de la cocina, oigo como se cierra, y una cabecita aparece tras el sofá, es Lucía quien entra.

—Por Dios... —murmura—. Nati, ¿estás bien?

—Shh... Sí, tranquila.

—Claro que no estás bien, tienes que dejar esas pastillas.

—Me van bien.

—Eso es mentira —dice molesta.

Viene hacia mí y me ayuda a sentarme. Sabe tan bien como yo que estas pastillas blancas no son precisamente lo que necesito, me dejan peor de lo que estoy, pero por lo menos, no tengo que sentir nada, solo duermo.

—Lucía, estoy bien.

—No lo estás, nena, ¿no ves lo que te hacen? Podría pasarte cualquier cosa estando sola.

—No, no me pasará nada.

—No quiero que las sigas tomando, hablaré con Beth, no puede ser que aun viendo lo que te hacen te las tomes.

Niego con la cabeza varias veces, ahora no me las pueden quitar, las necesito para seguir bien, para no desmoronarme ¿qué clase de vida me espera? No quiero seguir así, quiero ser la misma Natalia que antes del accidente, la misma que he sido durante todo este tiempo, hasta que Collins me recordó aquel maldito día.

—Tienes razón —digo casi sin fuerza.

—¿Ves? —Hace una mueca, estira el brazo y coge su teléfono—. Ahora mismo vamos a ir a ver a Beth y me da igual lo que digas.

—Pero...

—¡Ni peros ni peras!

Empieza a toquetear la pantalla del móvil, intento quitárselo pero no sirve de nada, ¿qué pretendo? Si no tengo fuerza ni para levantarme. Lucía hace una mueca, parece que Beth no le coge el teléfono, no escucho nada, solo a nosotras respirar.

—Beth —dice alegremente—. Soy Lucía —aclara—. No, no le ha pasado nada,

bueno, «nada». —Hace el gesto de entre comillas pero Beth no puede verla—. Necesito que vengas a casa o nos des hora para ir a verte, Natalia no puede seguir tomando estas pastillas de mierda.

—No hace falta —murmuro, aunque no creo ni que me haya oído.

Lucía asiente un par de veces, a la vez que escucha como la psiquiatra psicóloga le habla. Esto no puede ser, siempre acaba saliéndose con la suya, primero con Collins, y ahora con ella.

—Muy bien, pues nos vemos ahora.

Le da a la pantalla colgando la llamada. Me mira y una amplia sonrisa se dibuja en sus labios, lo ha conseguido, está claro.

—Viene ahora mismo, hoy no tiene visitas por la mañana, estaba comprando unas cosas por aquí cerca, así que se pasará en nada.

De un salto se pone en pie, empieza a recoger todo lo que hay por en medio, que tampoco es tanto, últimamente le encanta tenerlo todo ordenado, más aún cuando tiene que venir alguien, aunque sea Joel, que ha vivido durante muchísimo tiempo con nosotras y ha estado todo por medio. Desde la cocina, me observa con la mirada fija en mí, ¿qué le pasa? No entiendo por qué me mira con lástima, con pena.

—¿Por qué lo haces?

—¿El qué?

—Mirarme con pena.

Hace una mueca, desvía la vista, la baja y la clava en la encimera, sabe tan bien como yo lo que está haciendo. No quiero que sienta lástima por mí, esto lo tengo porque me lo he ganado, aquello fue culpa mía, aquel día no debería haber perdido él la vida. Se pasa las manos por la cara, se acerca a donde me encuentro, coge la taza de café y vuelve a la cocina.

—Nena, no siento pena, siento frustración e impotencia, no sé cómo puedo ayudarte, me da miedo que esto vaya a más.

—No va a ir a más, lo superaré, dejaré de sentir todo esto, lo sé. —Parezco segura de mí misma—. Lo hice una vez, ¿por qué no dos?

Un suspiro se escapa de su interior, me lanza una media sonrisa, y sigue recogiendo.

—Tienes razón.

No mucho después aparece Beth, han pasado algo más de diez minutos desde que la llamó, le ha dado tiempo a ponerlo todo en su sitio y supongo que ella ha podido comprar todo lo que necesitaba. Llama al timbre del portal, Lucía le abre, y escuchamos que sube las escaleras deprisa.

—Buenos días, Beth, gracias por venir —saluda Lucía.

—Buenos días, niña.

Beth es más mayor que nosotras, algo más de diez años aunque tiene una gran carrera. Me fijo en el kimono que lleva puesto, es negro con algunas delicadas flores rosas, se ha vestido con unos vaqueros no muy oscuros, y una camiseta blanca, no

parece distinta a cuando la veo dentro de la consulta, hacía mucho que no nos veíamos fuera de ella.

—¿Qué te pasa, Natalia?

—Lucía se ha *emparanoiado* con que debo dejar de tomar estas pastillas —digo lentamente.

—¿Y eso por qué? —le pregunta a ella.

—¿Es que no ves cómo la dejan? —murmura mirándome—. Parece que sea un *zombie*, cuando he entrado en casa estaba tirada en el sofá sin apenas poder sentarse.

—Eso es mentira —rebato, alzando el dedo, y del impulso que he tomado para hacerlo, casi caigo hacia delante.

—¿Ves?

—Sí, lo veo... —Rebusca en su bolso, de este, saca una libretilla y apunta algo con un bonito bolígrafo—. Natalia, ven la semana que viene, el martes, a mi consulta, tenemos hora a las doce, acuérdate.

—Sí, tranquila, me acordaré.

—Bueno ya te llamaré para recordártelo. —Se lo apunta también—. Ah, y deja de tomarte las pastillas, te recetaré otras.

Asiento mirándola detenidamente mientras acaba de apuntar sus cosas. Supongo que ella se entenderá porque con todo lo que apunta yo no entendería nada, y si es así con todo el mundo tiene que tener un centenar de libretas o apartados, uno para cada paciente. Tras eso, nos dice adiós y se marcha por donde ha venido.

Los días se van acumulando, ni llamadas, ni mensajes, ni rastro de vida, no sé nada de él, no sé si sigue vivo, ni si ha muerto en un accidente o simplemente ha conocido a otra y ya no le importa nada de lo que aquí pasó. La luz del sol me deslumbra, apenas puedo ver, Lucía ha levantado la persiana hasta arriba esta mañana antes de irse al *Jubilee* con Joel. Así se ha asegurado de que no volvía a quedarme dormida, desde que me quitaron las pastillas duermo bastante bien, antes apenas podía hacerlo salvo cuando me las tomaba, que caía totalmente rendida. Aparto la sábana hacia un lado, me siento en la cama y me recuesto contra la pared, tengo pelos de loca, seguro. Con la goma que llevo en la muñeca me lo recojo en un moño, así se solucionan las cosas, es simple. Me pongo en pie, estiro las sábanas, coloco bien las almohadas y salgo de la habitación, toca una buena dosis de cafeína con la que estar despierta, por lo menos, hasta el mediodía.

Voy a la cocina, pongo una taza con café y azúcar, un vaso con leche en el microondas. Corro al lavabo, necesito lavarme la cara a ver si acabo de despertarme. Cuando oigo cómo el sonido del *micro* acaba, voy a preparar el café, cuelo la leche y dejo lo demás en el fregadero. Me siento en el sofá, enciendo la televisión como cada mañana, y miro a ver qué dan, pero igual que siempre no hay nada interesante, así que opto por dejar los dibujos, por lo menos son entretenidos y no deprimen. Mi

teléfono empieza a sonar y por una extraña razón me pongo nerviosa. Dejo la taza en la mesita que hay frente al sofá, y voy rápidamente hacia la habitación, ¿y si es él? ¿Cómo va a ser él? «¿Estás tonta?». Me pregunta una miniyó algo enfadada. Claro que no es él, ¿por qué iba a serlo? Miro la pantalla, entonces veo que es Beth quien me llama.

—Buenos días —contesto disgustada.

—Vaya, veo que tienes ganas de hablar conmigo.

—Dime.

—Te llamo para recordarte que tenemos cita en mi consulta.

—Sí, en dos horas.

—No, Natalia, la tenemos a las doce —dice un poco enfadada—. ¿Ves por qué tengo que llamarte?

—Sí, lo sé, estoy despistada.

—Arréglate y ven.

—Vale —digo alargando la primera vocal.

Cuando él se marchó, volví a ver a Beth con mayor regularidad, como al principio. Antes no tenía que ir más que una vez cada dos meses, ahora tengo que ir como mínimo una vez por semana, hay algunas en las que incluso tengo que ir dos. Cuando cuelgo, me vuelvo a sentar en el sofá, y me tomo el café tranquilamente, ¿de qué se supone que hablaremos hoy? Nos vimos hace poco, no ha dado tiempo para que pase nada, es más, no he salido de casa en todos estos días, solo lo hago para verla a ella. ¡Vaya mierda de día!, con el calor que hace y yo aquí encerrada, muriendo poco a poco, sin poder hacer nada. Dejo la taza vacía sobre la mesita que hay frente al sofá, apago la televisión. Me quito la ropa y la dejo en el suelo. Entro en el baño, retiro la cortina de la ducha, me hago bien el moño para que no se escape ningún mechón, pero entonces, salgo del lavabo y voy a por mi móvil, será mejor tenerlo a mano. Lo dejo sobre la taza del váter, me meto en la ducha y enciendo el agua. Cuando estoy completamente empapada, el teléfono empieza a sonar.

—Joder... ¡pues no lo voy a coger!

Cojo el gel y la esponja, echo un poco y voy recorriendo todo mi cuerpo con ella enjabonándome. Cuando estoy a punto de aclararme vuelve a sonar, suelto un soplido, me echo el agua por encima quitando todo el jabón que me envolvía. Cojo la toalla, me la paso bajo las axilas y me la enrolló. Salgo, cojo el móvil y me siento en el váter, paso las manos por otra toalla, para no mojarlo. Desbloqueo la pantalla, dos llamadas perdidas de Lucía. Esta se vuelve negra y la melodía suena otra vez, al final acabaré cogiéndole asco.

—¿Qué?

—Ha vuelto —dice escuetamente.

—¿Cómo?

—Collins, ha vuelto.

El teléfono se me escurre de entre las manos, y cae sobre la toalla de los pies...

¿Cómo que ha vuelto? Aquí no se le ha perdido nada, bueno sí, su casa, pero esa no está perdida, ya podría venderla e irse a donde estuviera.

—Joder, joder, joder... —murmuro.

—¿Natalia? —Escucho que dice Lucía desde el teléfono—. ¿Estás bien?

Estiro el brazo, lo cojo y me quedo quieta, mirándolo, ¿Collins aquí? No puede ser, se fue para no volver, o eso creía.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto en un hilo de voz.

—Acaba de venir al *Jubilee* con aquella chica.

—¿Cómo? Te habrás confundido, o eso espero.

—No, Nati, los tengo delante.

—¿Y sabe que estás hablando conmigo?

—No, he dejado a Joel al cargo, estoy en el cuartillo.

—Por Dios, Lucía...

—Tranquila, nena no dirá nada.

—Tengo hora con Beth, hablamos luego.

Las manos me tiemblan, pero ahora no puedo decaer, tengo que irme.

Llamo insistentemente al timbre de la consulta, pero nadie me abre. No está muy lejos de casa, en realidad está a medio camino del *Jubilee*, lo que hace que me ponga de los nervios, los cuales empiezan a florecer, ¿y si aparece? ¿Qué le digo? ¿Qué hago? ¿Y si le veo con esa «maldita furcia»? Miro por el cristal pero no aparece nadie que pueda abrirme, nadie me hace caso, tal vez Beth esté con un paciente, o más le vale porque creo que me va a dar algo. Vuelvo a llamar hasta que una mano se posa en mi hombro, mi cuerpo se acalora y tiembla levemente. Se vuelve completamente loco. Alzo la vista, miro por el cristal y ahí está, tan hermoso como la última vez que nos vimos, solo que con el pelo algo más corto. Mi corazón empieza a latir frenéticamente, mucho más rápido que antes, creo que se me va a escapar corriendo del pecho. Levanto la mano, giro sobre mis talones y le doy un bofetón. Se queda tan pasmado como yo, ¿de verdad he hecho eso? No se mueve, se queda paralizado con la mirada fija en el suelo.

—Natalia... yo... —Empieza a decir, pero entonces es Beth quien habla en mi lugar.

—¿Sí?

—Beth, soy yo, abre.

Inmediatamente abre la puerta del portal, entro tan rápido como puedo, y la cierro para que Collins no pueda pasar detrás de mí. Subo corriendo las escaleras como alma que lleva el diablo. No puedo dejar que me siga, no quiero verle, no ahora. Aporreo la puerta varias veces, miro hacia atrás pero no viene nadie, hasta que tras ella aparece Beth con su pelo oscuro recogido en un moño con un palillo chino, vaya mujer más extraña.

—Pasa, pasa.

Un mechón se le escapa, acaba frente a su rostro, con la mano se lo coloca detrás de la oreja, se aparta a un lado para que pueda entrar. Cierra la puerta a mi espalda, y viene conmigo.

—¿Puedes esperar un momento?

—No, Beth, no —murmuro histérica—. No puedo esperar.

—Tranquila, relájate.

—Estaba ahí —digo llena de angustia.

—Vale, tranquila, entra en la salita, ahora mismo vengo a por ti.

Me siento en el sofá que hay en la sala de espera, intento relajarme, pero cada vez que lo pienso, todo se vuelve más intenso, más real. Escucho que va a la sala principal, donde tiene la consulta, habla de algo con alguien y luego pasos, van por el pasillo, pasan junto a la sala, y acaba marchándose. Beth abre la puerta, hace una mueca, y me lanza una mirada para que vaya con ella.

—Vamos, pasa.

Atravesamos todo el pasillo hasta que llegamos a la consulta, si es que se le puede llamar así, ya que parece más el salón de una casa que una consulta de psicólogo. Se sienta en la butaca de piel negra que hay al final de la sala, en la parte más estrecha de esta, junto a las dos estanterías repletas de libros. Me acomodo en la que hay enfrente, al lado de la mesita.

—A ver, Natalia —dice—. ¿Qué ha ocurrido?

—Yo... es que... a ver..., después de que me llamaras, me estaba duchando y me ha llamado Lucía, me ha dicho que Collins estaba en el *Jubilee* con la «furcia» de la que te hablé..., no me lo creía, hasta que me ha sorprendido aquí abajo.

—¿Aquí abajo? —pregunta sorprendida.

—Sí, aquí mismo —murmuro—, no sé ni cómo me ha encontrado, tal vez me haya seguido.

Coge aire, se levanta, y nos sirve un poco de té rojo en una taza. Me lo tiende y le doy un sorbo.

—¿Cómo te sientes, Natalia?

—No lo sé...

Miro las blancas paredes adornadas con varios cuadros y vinilos, hay un enorme cerezo con flores rosas, es precioso, lo más seguro es que lo hicieran especialmente para ella, sé que le encantan las flores. Cojo aire por la nariz y lo suelto por la boca intentando calmar este pequeño corazón que se vuelve loco, que late frenético, por culpa de ese maldito hombre.

—¿Por qué tenía que volver ahora? No lo entiendo...

—A ver, Natalia, piensa bien qué te he preguntado.

—Estoy confusa, siento una gran impotencia porque creo que no me he olvidado de él, aún le quiero...

—¿Por qué crees eso?

—Porque si no, no le habría dado un bofetón ni ahora estaría así. —Pongo los ojos en blanco.

—Entiendo —dice observándome.

Se pasa las manos por el pelo. Ahora mismo no sé dónde meterme, ni qué hacer, ¿de verdad le he olvidado? No, eso está claro, no le he olvidado.

—Beth... no sé qué hacer.

—¿Qué sientes por J.D. Collins? ¿Le quieres?

—Eso creo.

—¿Qué has notado cuando le has visto?

—Rabia, anhelo, confusión, dolor..., pero no solo eso... amor, deseo, he necesitado tirarme encima de él, pedirle que me abrazara y no me soltara —admito.

Asiente sin decir nada, clava su vista en la mía, pero yo no soy capaz de sostenerla, así que la desvío para mirar hacia otro lado.

—Estoy confusa, Beth, no sé si le quiero, si no, si tengo que estar con él, o no...

—¿Qué piensas de esos bajones que te dan?

—Que no quiero que se repitan.

—Estamos mejorando Natalia, desde que empezamos, ¿recuerdas qué perdida estabas?

—Igual que ahora.

—No, Natalia, ¿cuántas horas has estado aquí llorando?

—Yo...

—¿Entonces?

—No puedo verle, no quiero volver a pasar por eso —digo disgustada—, además, se largó sin decir nada, ha estado más de un mes sin dar señales de vida.

Suelto un soplido, tengo razón. No se ha preocupado por lo que a mí me pudiera pasar, y me dijo que me quería... Cierro la mano y la aprieto en un puño. A este debería haberle dado otra torta y más le vale no volver a buscarme, porque acabará por llevarse unas cuantas más.

—Esa cara no estoy segura de que me guste. —Me observa.

—¿Por qué?

—Pareces enfadada.

—Y lo estoy, lo estoy, espero que no vuelva a aparecer, porque la cosa no acabará precisamente bien.

—Bueno, mira..., algo hemos avanzado hoy.

—¿El qué?

—Que ya no veo ese mal y esa angustia en tus ojos, esa que noté el día en que me llamaste, desesperada.

—Ya... tienes razón.

—Te veo mejor, Natalia, antes intentabas esconderte, no sentir el dolor que llevas dentro.

Bajo la mirada, ¿tan mal se me veía? ¿Tan dañada y débil parezco? Yo no soy así,

no soy una niña pequeña, soy una guerrera, como me hicieron mis padres.

—Pues ya estoy cansada Beth, este hombre me cambia, me vuelve débil, indefensa, y no voy a dejar que eso siga así.

De un salto y como un resorte, me levanto de la butaca, no hay tiempo que perder.

—¿A dónde vas? —pregunta confusa.

—No voy a seguir en mi casa encerrada, amargada, sin salir, siendo una persona que no soy, cuando tengo toda una vida por delante.

—Natalia, esto no es tan sencillo, has mejorado mucho, pero debes tener cuidado con el tema Collins, quiero que sigas viniendo a las citas que tenemos concertadas y tomes estas pastillas —dice apuntando una receta.

—Vale —respondo alargando la primera vocal.

Se levanta ella también, viene detrás de mí hasta que llego a la entrada. Cuando voy a buscar mi móvil para llamar a Lucía, al salir, me doy cuenta de que me he dejado el bolso en la salita. Beth, que siempre es más rápida que yo, va a por él.

—Gracias —digo cuando me lo tiende.

—De nada. —Sonríe y se coloca junto a la puerta—. Ve con cuidado, y cualquier cosa, llámame, ¿vale?

—Sí, tranquila.

Me da un abrazo, de esos que son más de amiga que de psicóloga, le doy un beso en la mejilla, abre la puerta y se hace a un lado para que pueda pasar. No hemos tardado nada, como mucho media hora, aunque ha sido más que suficiente, no necesitaba más. Estoy cansada de pasarme el día en el sofá sin hacer nada, como si no fuera más que otro mueble de casa. He estado muchos días encerrada, llorando hasta que caía rendida, sin fuerza para ayudar en mi pequeño *Jubilee*.

Bajo las escaleras con tranquilidad, esa que no tenía al subir. Cuando llego a la planta baja, me asomo a ver si Collins sigue ahí, pero no está. Algo en mí se desilusiona, ¿acaso quiero que esté? Natalia, no te hagas preguntas de las que no quieres saber la respuesta, me digo a mí misma. Salgo del portal y algo llama mi atención, hay una pequeña *Vespa*, anterior a la mía, pintada igual que si fuera de camuflaje, es muy bonita. Entonces aparece él, con su pelo corto engominado, sus gafas de sol y su casco, ¿su casco? ¿Desde cuándo Collins sabe ir en moto? Sus ojos se fijan en los míos, en ellos hay algo de lo que no me había percatado antes, hay arrepentimiento, culpa y dolor, ¿realmente lo siente o solo intentará tocar mi herido corazón de nuevo? Hago una mueca y me encamino hacia mi casa, haciéndome la disimulada, para que no me diga nada, aunque realmente, no sé para que lo hago porque ya sabe que le he visto.

—Natalia. —Oigo que me llama.

No le hago caso, aligero el paso para que no me alcance. Voy tan rápido como puedo, solo me falta echar a correr. Escucho cómo pasan varios coches por mi lado, hasta que es Collins con su *Vespa* quien está aquí.

—Natalia, por favor —dice levantándose el casco.

Sigo andando a mi paso, tranquilamente, mirando hacia delante, haciendo como que no le he escuchado, como si fuera un robot programado, sin decir nada.

—Natalia, por Dios..., tenemos que hablar. —Esta vez suena más molesto que la anterior.

—Yo no tengo nada que hablar contigo.

No puedo aguantarme más, no soy de las que se callan y asienten. Quiero que le quede claro que yo no tengo nada con él, por lo tanto, tampoco hay tema del que hablar.

—¡Claro que sí! —grita.

—Déjame en paz, Collins.

Después de decirle esto último, sigo andando. Siento cómo mi corazón late frenéticamente y mis manos tiemblan. No, otra vez no, no voy a desmoronarme con tanta facilidad, o eso espero, y mucho menos aquí en medio. Cojo aire por la nariz y lo suelto por la boca.

—Vamos, que tú puedes —me digo a mí misma.

Ya no escucho la moto, ni a él llamándome, miro de reojo y ahí está quieto, observándome sin decir nada. Por un momento me da lástima, me entran ganas de ir a abrazarle y decirle que le he echado de menos.

Estoy llegando a casa, solo quedan cinco minutos. Ya veo la portería, ¡no queda nada! De repente le veo aparecer al final de la calle con su dichosa moto. Voy más rápido, tanto como puedo, hasta que llego a la entrada, rebusco en el bolso a ver si encuentro las llaves, pero como siempre, no aparecen.

—Natalia. —Escucho a Collins a mi espalda.

Cuando me doy la vuelta, posa sus manos en mi cintura, el cuerpo no me responde, me es imposible apartarme, el calor empieza a tomarme y no soy capaz de hacer nada. Me besa apasionadamente, pero también con dulzura. Sube una de sus manos hasta mi mejilla, y sonrío.

—*Mi dulce locura* —susurra contra mi boca.

Pongo las manos en su pecho, lo aparto de mí, no quiero que esto vaya a más, no soy así. Cojo las llaves, que por fin aparecen, abro la puerta y me escabullo dentro. Cuando llego al ascensor apoyo la espalda en la pared y me paso las manos por la cara. ¿Qué he hecho? ¿Por qué lo he permitido? Abro la puerta de casa, dejo el bolso en el recibidor, cierro con llave y voy a la habitación, necesito quitarme la ropa y las zapatillas para ponerme el pijama. Desde aquí escucho que mi teléfono empieza a sonar una y otra vez. Vuelvo al recibidor, miro en el bolso y lo saco. Es él, después de más de un mes me llama, ¿ahora quiere saber de mí? Pues me da que no va a ser así. Le cuelgo, es mi momento, mando yo, no voy a dejar que se salga con la suya. Me siento en el sofá con el móvil entre las manos, enciendo el televisor, aún están dando los dibujos aunque no tengo ganas de risas. Cambio de canal y me encuentro con «Mentes Criminales», me encanta, si no he visto el noventa por ciento de los capítulos, no he visto ninguno. El móvil no deja de sonar, Collins no deja de llamar,

es demasiado cabezota como para dejarlo pasar, no puede olvidarse de lo que tiene entre ceja y ceja.

Después de estar un rato viendo la televisión, me pongo a preparar la comida, pero... ¿qué hago? Abro la nevera y veo que hay una bolsa con diferentes tipos de lechuga y pollo, así que perfecto. Aunque antes de nada, llamo a Lucía.

—Dime, preciosa.

—¿Vas a venir a comer?

—Sí, hoy tengo toda la tarde libre para ti —dice seductoramente—. En media hora estoy allí, en cuanto llegue Nadia, voy. —Muy bien, nena.

Cuando cuelgo, saco una pechuga de pollo fileteada, la pongo en un recipiente de cristal, corto varios dientes de ajo, los pongo con aceite, un poco de romero seco que nos dio mi padre de su huerto, sal, pimienta y a la nevera. Me encanta cocinar, hacia tanto que no me sentía tan bien, y mucho menos cocinando. Corto un poco de cebolla, queso de cabra, y nueces. Lo sirvo en dos platos, preparo la sartén en la que haré el pollo y voy a poner la mesa. Dejo las ensaladas encima de esta, les preparo una vinagreta, y la dejo, entre los platos.

Cuando Lucía sale del *Jubilee* me manda un mensaje, enciendo el fuego, lo pongo a tope, y cuando ya está caliente empiezo a hacer el pollo. No tarda en llegar, eso de que vaya a todos lados en patines hace que lo haga rápidamente y sin tener que gastar nada, con lo agarrada que es ya le va bien.

—Buenas tardes, preciosa —saluda cuando entra en la cocina y tras eso me da un beso en la mejilla.

—Ya tengo la comida casi lista, solo queda esto. —Le señalo el pollo.

Deja las cosas en la habitación, sirvo el pollo en los platos y lo llevo todo a la mesa, me siento en el sofá y espero a que venga, tengo demasiadas cosas que contarle, hoy no ha sido un día precisamente normal.

—¿Cómo ha ido hoy con Beth? —pregunta con la boca llena.

—Bueno... extraño.

—¿Cómo que «bueno... extraño»?

Le explico mi encontronazo con Collins, como ha ido la terapia, la «persecución» con la moto y el momento beso. A cada cosa que le cuento parece más sorprendida que en la anterior, sus ojos acabarán por salirse de las cuencas como los abra más.

—¿Qué te dijo a ti?

—En realidad nada, cuando entró estaba en el cuartillo y fue Joel quien les atendió, yo simplemente los observaba desde la barra.

—Vaya... —murmuro.

Fijo mi vista en el plato, y cientos de preguntas se agolpan en mi mente, ¿por qué ha vuelto? ¿Por qué ahora? No lo entiendo, ¿qué hace con esa «furchia»?

—Esa cara no me gusta.

—Es la mía de siempre.

—No, es la de: «Voy a dejar calva a alguien».

—Bueno, tienes razón —admito—. Pero es que no entiendo qué hace con esa mujer, ¿quién es?

—No lo sé, pero yo no los veo saliendo.

—¿Cómo?

—Pues eso, que no creo que sean pareja.

—¿Por qué?

—No la mira como te miraba a ti.

¿Pero cómo puede decirme algo así y quedarse tan pancha? El trozo de pollo que había pinchado y estaba a punto de meterme en la boca, acaba cayéndose al plato.

—Ya te vale —digo mirándola con los ojos entrecerrados.

—¿Por qué?

—Por decir que «a ella no la mira como me miraba a mí».

—Nena, yo solo he dicho la verdad. —Se come un trozo de pollo, le da un trago al agua y sigue hablando—. A ella le puede tener cariño, pero en sus ojos no se ve la pasión que veía cuando eras tú la que estaba delante.

Bien, justamente lo que necesitaba, lo que mejor me va, recordar aquellos buenos momentos que pasamos juntos, pero..., espera, espera, Lucía cree que no están saliendo, eso es un punto para mí, ¿no? ¿Y para qué quiero yo un punto? Para nada.

—Estoy hecha un lio, no sé qué pensar, Lucía, ni qué hacer.

—¿Qué sientes por él?

—Pues si no lo sabes tú, vamos mal.

—Ya...

No puedo dejar de pensar en ello, pincho un poco de ensalada y me la llevo a la boca. Cuando no estaba, todo era más sencillo, no tenía que preocuparme por qué pensara ni qué sentir hacia él, ahora que ha vuelto todo es más gris, más confuso que antes. Demasiado, diría yo.

—Le quiero, «hermanita», no puedo evitarlo.

Capítulo 17

Ya han pasado dos días desde mi encuentro con Collins, desde la última cita con la psicóloga, desde que decidí que no iba a esconderme más. Él ha seguido llamando, tanto a mí como a Lucía, a pesar de que ninguna de las dos le cogemos el teléfono. Tras pensarlo bien y hablarlo con Lucía, creo que ya tengo claro que voy a hacer. No quiero volver a sentir ese vacío, ni tener los bajones que tenía con Collins. No, no quiero, no puedo seguir sufriendo así, voy a acabar volviéndome loca.

Me pongo el pequeño delantal, lo ato en la parte baja de mi cintura y me coloco tras la barra mientras Joel acaba de poner bien las sillas. Me alegra tanto volver a tenerle aquí, y sobre todo que ya esté bien como para poder vivir en su casa de nuevo y venir a trabajar.

—Joel, ¿has desayunado?

—No, no me ha dado tiempo.

—¿Te hago un café?

—Mejor leche con *Cola Cao*, gracias nena.

—Muy bien, ahora te lo pongo, cuando estén los cruasanes te guardo uno, no puedes ir con el estómago vacío.

Joel gira un poco la cabeza y sonrío, parezco la madre de todo el mundo, siempre preocupándome por ellos y cuidándolos, aunque la verdad, no me quejo, me gusta cuidarles, y sobre todo cebarlos. Preparo lo que me ha pedido para que desayune y para que no lo haga solo, me preparo un café con leche, coloco la taza en la cafetera, entro en la cocina y miro cómo van los cruasanes, los cuales ya se están dorando, no les queda para acabar de hacerse. La bombilla se me enciende, voy a hacer cañas de chocolate, aunque para eso necesito chocolate y no tengo. Cuando salgo, miro qué hace Joel, tal vez podría salir en un momento para ir a por él.

—¿Qué pasa? —pregunta al darse cuenta de que le observo.

—Ah, nada. Oye, ¿a qué hora entra Nadia?

—Después de comer, aunque me dijo que vendría antes, ¿por qué?

—He pensado hacer cañas de chocolate y me falta el hojaldre y el chocolate.

—Si quieres puedes ir y me quedo yo al cargo.

—Perfecto, en un rato voy.

Asiente y sigue a lo suyo, mientras yo termino de preparar nuestro desayuno. Dejo dos platillos sobre la barra y coloco las tazas encima con su sobre de *Cola Cao* y azúcar para Joel. Lo necesito para seguir pareciendo una persona y sobre todo viva. Joel se sienta en uno de los taburetes, echa el cacao en la leche y yo el azúcar en mi café. Meto la cucharilla y empiezo a removerlo sin apartar la vista del reloj. No son ni las diez de la mañana, dentro de nada empezarán a llegar los primeros clientes. Él termina antes de tomarse la leche y al hacerlo, comienza a sonar el horno, los

cruasanes ya están hechos. Va a por ellos y los coloca como solemos hacer. Los pone en un plato y separa dos, uno para cada uno. Me lo llevo a la boca, está delicioso, aunque esté feo que lo piense yo, nunca me cansaré de hacerlos.

Cuando termino el desayuno, coloco las cosas sucias en la bandeja del lavavajillas y voy al cuartito, me quito el delantal, cojo el monedero y el móvil, y salgo a la sala. Veo que Collins se sienta de espaldas a la barra, por suerte no me ha visto. Le hago una señal a Joel para que no diga nada y sepa que me voy, se acerca a él para tomarle nota, pero de reojo veo que se da cuenta de que paso y se levanta.

—Joder...

Ando más rápido y antes de que pueda ver donde estoy, me escondo en un portal, he tenido suerte de que esté aquí, si no se asoma es imposible que me vea. Siento a mi corazón latir cada vez más deprisa, mi respiración se vuelve agitada y cuanto más se acerca y escucho sus pasos, más ganas de ir al baño me entran, como cuando era pequeña y jugaba al escondite. Está a punto de llegar a donde me encuentro, pero al final acaba volviéndose al *Jubilee*. Suelto un suspiro, esta vez me he salvado, pero... ¿por qué me escondo? Porque no quiero hablar con él, no puedo hacerlo ahora, aún no. Apoyo las manos en el mármol negro que hace de pared, para poder asomarme rápidamente y sin caerme de bruces contra el suelo; algo en lo que soy especialista. Saco la cabeza, no está, parece que ya ha entrado. Salgo de mi escondite, voy tranquilamente al supermercado, no está muy lejos, así que llegaré en nada.

Al entrar veo que al final del pasillo principal está esa «furcia» que no deja de revolotear alrededor de Collins como si no fuera más que una «mosca cojonera», ¡ojalá tuviera un poco de insecticida!, la haría desaparecer en un santiamén. Cojo aire por la nariz y lo suelto por la boca, ahora mismo y si por mi fuera, la dejaba más calva que el calvo de la lotería, pero por desgracia este no es el lugar adecuado como para hacerlo. Cojo un carrito azul y voy hacia el pasillo donde está la bollería y las cosas de repostería, busco el chocolate que necesito, voy a por la masa de hojaldre, y cuando voy a dirigirme hacia la caja, me la encuentro de frente. Nuestros ojos se quedan fijos los de una en los de la otra, no los aparta, ni yo tampoco, eso jamás, y mucho menos con ella. Espero a que se mueva, pero sigue sin reaccionar con esa cara de rancia que tiene, hasta que es una de las empleadas la que le pide paso y hace que se ponga a un lado.

—Gracias —murmura la chica.

La morena me mira con rabia, mientras yo le dedico la más falsa de mis sonrisas, ¡que se joda! Va tras la empleada y desaparece. Ale, ¡adiós! Creo que cada vez le tengo más manía, normal... Voy a la caja, pago lo que he cogido y me voy.

Cuando llego a la cafetería, Collins ya no está y solo ha pasado media hora desde que me fui. Han llegado algunos de los clientes más habituales, la sala está casi llena, solo hay tres mesas libres y en cada una de las ocupadas hay varias personas. Joel va de un lado a otro, el pobre no da abasto con tanta gente.

—Joel, ya estoy aquí —informo, alzando la voz para que me escuche.

Sin darse la vuelta, levanta la mano y alza el pulgar, recibido, me ha escuchado bien. Dejo las bolsas en la cocina, me coloco el delantal y salgo de nuevo a la sala, es hora de trabajar.

—¿En qué te ayudo? —le digo desde detrás de la barra.

—Prepara: dos cafés con leche, uno con soja, y otro solo.

—¡Marchando!

Pongo cuatro tazas en la cafetera, bajo cada uno de los agujeros por los que sale el café. Le doy al botón, pongo cuatro platos pequeños en la barra, con sus azucarillos y sus cucharillas. Vierto un poco de leche en la jarra metálica, la caliento y cuando ya ha acabado de salir el líquido, la echo, la lavo y hago lo mismo con la de soja. Veo como él se encarga de preparar unos platos con cruasanes y va colocándolo todo en una bandeja, para poder llevarlo.

—¿No hay más cruasanes?

—Ahí hay un plato lleno, ¿qué más quieres?

—Que solo quedan estos.

Hago una mueca, sorprendida, ¿cómo que «solo quedan estos»? ¿Es que se han volatilizado? ¡Madre mía, si es que son un éxito! Coge el plato que estaba lleno y se lleva tres más, a este paso no voy a poder ni respirar.

—¿Qué más te preparo?

—¿Puedes hacer más cruasanes?

Asiento, acabo lo que estaba haciendo y me pongo a preparar todo lo necesario para hacerlos, además de las cañas de chocolate, así no volarán tan rápidamente. Mi teléfono empieza a sonar en cuanto pongo el chocolate en el fuego, sea quién sea, no puede aparecer en peor momento. Acabo de cortar el chocolate, desmigajándolo con un cuchillo, haciendo trozos pequeños que irán sobre el que ya está deshecho. Cuando voy a cogerlo, deja de sonar, perfecto. Bueno, si es importante ya volverán a llamar. Abro los paquetes de la base de hojaldre, lo coloco sobre la encimera de acero, la divido en seis trozos, en el centro pongo el chocolate deshecho y el troceado por encima, doblo la masa, y con un tenedor voy sellando el borde para que no se salga a la hora de hacerse en el horno. Hago lo mismo con las tres masas que he comprado. Acabo de hacer los cruasanes, y cuando está todo listo, los meto en las bandejas del horno. En veinte minutos estarán perfectos para comer.

La mañana sigue llena de trabajo, desde que me fui no había vivido un día como este, ¡madre mía! Parece que todo el mundo venga a desayunar con nosotros, hasta la sala de la biblioteca está a rebosar, aunque sin gente que lea. Suerte que Nadia no ha tardado en llegar, porque si no habríamos acabado muriendo. Entre el calor que hace y el trabajo que hay, cuatro manos no son suficientes para sacarlo adelante y tener tiempo para respirar, es completamente incompatible. Al final habríamos acabado echando los pulmones por la boca, ¡agh, qué asco!

—Natalia, tu turno ya ha acabado, ¿no? —dice Nadia.

—Sí, pero no tengo ganas de volver a casa.

Me doy la vuelta, coloco todas las tazas sucias en la bandeja del lavavajillas, le doy al botón, para que se ponga en marcha y sigo haciendo cosas. Limpio algunas mesas vacías, me llevo lo usado, lo dejo tras la barra y así todo el rato. Hasta que entra otra vez ella, la morena con la que estuvo Collins, «la *moscardona*». Me mira, hace un gesto de asco con la boca, y se sienta en una de las mesas. Cuando veo que Nadia va a ir a tomarle nota, le lanzo una mirada para que no lo haga, de esta me voy a encargar yo, y más le vale no decir nada.

—Buenas tardes —le saludo intentando ser respetuosa.

—Tráeme un café solo, con hielo.

—Vaya... me temo que no hay hielo —digo sobreactuando, en realidad sí que hay, pero para ella no.

—Si no lo has mirado.

—Pero lo sé. —La miro desafiante.

—Entonces que sea el café solo.

—Las cosas se piden por favor, ¿es que en su casa no le han enseñado? Es de mala educación no hacerlo.

—En mi casa me han enseñado muchas cosas, pero eso no es de tu incumbencia, ahora, me traes el café, por favor —responde remarcando lo último, enfadada.

—Muy bien.

Con una amplia sonrisa, me doy la vuelta victoriosa, esta mujer no sabe con quién se está enfrentando, no voy a dejar que me toree. Pero... ¿realmente, por qué lo hago? Porque le quiero. Preparo lo que me ha pedido, con el café ardiendo, esta no va a poder ni hablar. Se lo dejo delante, cojo el dinero que ha dejado sobre la mesa, y me marcho.

—Nadia, me voy ya a casa.

—¿Ya?

—Sí, ya he hecho lo que tenía que hacer —digo con una sonrisa.

—Muy bien.

Entro al cuartillo, deshago el nudo de mi delantal, lo dejo en el colgador, recojo todo lo que hay en medio y que se estaba escurriendo de cuando he hecho las pastas, cojo el bolso, y salgo a la sala de nuevo. Joel se acerca a mí, me da un beso en la mejilla y sonrío.

—En un rato os mando a Lucía.

—Perfecto. —Me guiña un ojo, lo que hace que yo también sonría.

Antes de irme, cojo un cruasán y le lanzo un último vistazo a la morena. Aún no se ha terminado el café, tiene la mirada fija en el ventanal, está sentada en el mismo sitio en el que se sienta Collins, ¿casualidad? No lo creo. Sabe dónde suele ponerse él y seguro que lo ha hecho solo para ver si me molesta, pero ya ves tú, es una tontería como una casa, ¿cómo me iba a molestar eso? Clavo mi mirada en su cogote, en

algún momento se dará cuenta de que la observo, ¿no? Se pasa la mano por su cuello desnudo, ¿de verdad esto funciona? ¡Madre mía! Será mejor que me vaya a casa o acabaré volviéndome loca e inventándome cosas.

—Bueno, chicos, me voy —me despido.

—Hasta mañana.

—Escuchad, ¿por qué no os venís a cenar?

—Perfecto —dice Joel por los dos, hay veces que Nadia es un poco sosa.

Les sonrío antes de irme, me cuelgo bien el bolso, y cuando voy a salir por la puerta me acuerdo de algo, me he dejado el casco dentro. Voy corriendo a por él, mi teléfono empieza a sonar, pero no le hago caso, ahora solo quiero volver a casa, comer algo, y tirarme en el sofá.

Maldita caravana, al final he tardado más que de costumbre en llegar a casa, normalmente suelo tardar de cinco a diez minutos, esta vez han sido veinte, el doble... ¡Vaya porquería! Esto de que haya tanto coche es un agobio. Aparco mi pequeña preciosidad delante de casa, tengo suerte de que siempre hay sitio libre en ese diminuto aparcamiento y eso que solo hay cuatro plazas. Cuando me quito el casco, veo la moto de Collins aparcada, ¿qué hace ahí? Subo rápidamente a casa, al llegar al rellano, huelo su perfume, está aquí, o por lo menos, lo ha estado. Suelto un gruñido, abro la puerta y le veo. Está sentado en el sofá con Lucía, hablando tranquilamente, esta se sorprende al verme entrar.

—¿Qué hace él aquí? —gruño, enfadada.

—Ha venido a hablar conmigo, ¿no lo ves? —murmura señalando lo obvio.

—Eso ya lo veo.

—Natalia..., tenía que hablar contigo.

—Lárgate Collins, ya lo hiciste una vez, ¿por qué no dos? Por cierto, tienes a la morena en el *Jubilee*, tal vez te esté esperando.

Dejo el bolso en el recibidor, saco el móvil de dentro, y veo las llamadas, hay una de Lucía y dos de Collins; seguro que la de ella era para avisarme de que estaba en casa. Me meto en mi habitación, no quiero verle y menos en mi casa, ¿no estará loco? Tal vez sí que es un psicópata con ansias de sangre, no sé cómo es capaz de saber dónde estoy a cada momento del día.

—J.D., por favor, márchate, ya hablaremos. —Oigo que le pide Lucía.

—Está bien —asiente desganado.

Lo escucho ponerse en pie, se queda junto a mi puerta, y acaba yéndose. ¡Por fin! Fuera de mi territorio. Cojo aire por la nariz y lo echo por la boca intentando calmar estos nervios que empezaban a nacer en mí, es impresionante cómo me afecta este hombre. Salgo de la habitación y veo que Lucía clava su vista en mí.

—¿Qué?

—Tampoco tendrías que hablarle así.

—¿Perdona? Después de largarse sin decir nada, ¿aún tengo que hablarle mejor?

—Tú tampoco te portaste muy bien con él, recuérdalo.

Ahí tiene razón, yo tampoco fui una santa, es más, fue mi culpa que se marchara, si yo no le hubiera rechazado, él habría estado aquí, ¿o no? No lo sé, solo sé que ahora mismo necesito un poco de tiempo para pensar, para asumir que está aquí de nuevo y que quiere hablar conmigo, que quiere que haya algo que antes ya había y que yo pensaba que había desaparecido, pero una vez más, me equivocaba.

—Bueno...

—No, «bueno» no, sabes que tengo razón.

—Sí...

Hace una mueca, se come una tostada con jamón serrano, que tiene en la mesita del sofá y enciende la televisión.

—Deberías hablar con él.

—¿Por qué?

—Porque tiene una razón para haberse ido, y no quieres escucharla.

—Dímela.

—No, eso es algo que tenéis que hablar vosotros.

Voy a la cocina, cojo un vaso y lo lleno de agua fría, con el calor que hace parece que se me vaya a deshacer hasta el cerebro. Cojo el vaso y me dejo caer sobre el sofá, tengo ganas de descansar.

—¿Quieres? —dice con la boca llena.

—No, gracias, ahora me haré algo.

—Te he llamado para decirte que estaba... —murmura.

—Lo he visto ahora.

Clavo la mirada en la pantalla, ¿debería hablar con Collins? Tal vez sí, pero no quiero hacerlo, no quiero que sea tan sencillo, tan fácil ni tan pronto. Tiene que escarmentar, o a lo mejor lo tengo que hacer yo.

—Nena, estoy tan confusa —murmuro embobada.

—Lo sé, por eso le he llamado.

Cierro los ojos, me paso las manos por la cara suelto un suspiro. Siento un enorme vacío creándose en mi interior y unas incontables ganas de llorar aparecen.

—Joder... —musito.

—Ya está, pequeña. —Se acerca a mí y me abraza—. Ya lo arreglaremos...

—No sé cómo...

—Habla con él, «hermanita».

El timbre de abajo suena por sorpresa, miro a Lucía y ella hace lo mismo, sorprendida. Que yo sepa no espero a nadie y Lucía tampoco, porque se tendría que ir ya al *Jubilee*, y por cómo me mira, tampoco parece que tenga idea de quién es. Alzo los hombros, no sé quién puede estar llamando.

—Ya voy yo, tranquila.

Se pone en pie lentamente y va hacia la entrada, abre la portería y entonces escuchamos que alguien va subiendo por las escaleras, dos minutos después, llaman al timbre de la puerta. Lucía la abre y ya no escucho nada más, hasta que habla:

—Natalia... —habla en voz baja.

Me levanto del sofá, me asomo un poco y ahí está, «la pelandrusca» que no deja de ir detrás de Collins. Abro los ojos muchísimo, ¿de verdad que está ahí plantada? ¿Cómo demonios sabe dónde vivo? ¡Vaya panda de locos!

—¿Qué haces tú aquí? —gruño.

—He venido a hablar contigo. —Tiene una voz extraña, un deje distinto, el cual me suena mucho, pero nunca antes me había dado cuenta de que lo tenía.

—Yo no tengo nada que hablar contigo.

—Natalia. —Parece rogarme—. Tenemos que hablar, de verdad.

—¿Por qué sabes mi nombre?

Lo más seguro es que lo haya oído en el *Jubilee*, o que simplemente lo haya visto en el buzón, pero aun así me extraña que lo sepa.

—Él me lo ha dicho, me ha hablado mucho de ti.

—¿Quién?

—J.D.

—¿Y tú eres...?

—Laura.

Alzo una ceja, estoy alucinando, no entiendo nada de lo que está ocurriendo y más le vale explicármelo, porque si no, voy a cantarle las cuarenta y más, esta no se va «de rositas» de aquí.

Salgo de casa como alma que lleva el diablo, corriendo tan rápido como puedo y más, tanto que apenas me paro en los pasos de cebra. ¿Por qué no me lo había dicho? ¿Estará en casa? ¡Por Dios, que lo esté! No veo su moto por ningún lado, lo que me hace pensar que tal vez la tenga en el *parking*, así que estará allí.

—Joder... —murmuro nerviosa perdida.

Voy por la calle principal, llena de tiendas y para un día que tengo prisa y tengo que ir rápido, está todo lleno de gente; son solo las cuatro y media de la tarde, ahora mismo es momento de la siesta, ¡hay que descansar!, ¿qué hacen todos aquí? ¿Es que regalan algo? ¡Madre del amor hermoso! Que todo el mundo se aparte, o acabaré atropellándoles. Miro a cada persona que pasa por mi lado, hasta que entro en su calle, cuando llego a su casa, veo que todas las persianas están bajadas, incluida la del jardín. Llamo al timbre varias veces, pero nadie me atiende, espero en la puerta, miro por uno de los agujeros de la valla, pero no veo nada.

—¡Collins! —lo llamo aporreando la puerta.

Escucho que la ventana de arriba, la de su habitación, se abre. Doy dos pasos hacia atrás para poder ver bien, y entonces aparece una mujer rubia en ella. No dice nada, solo me observa, ¿quién es? La he visto en otro lugar, lo sé, estoy segura, hasta que recuerdo de dónde me suena su cara, ¡es la mujer de *La Tagliatella*! Esa a la que dejó tirada por llevarme a mí al hospital con Joel. De repente, la puerta se abre de

golpe y tras ella aparece Collins, anudándose el cordón del pantalón de chándal blanco que lleva puesto, y todo ello sin camiseta.

—Natalia —susurra.

Aprieto la mandíbula, cierro las manos, haciéndolas puños e intento calmar mi respiración, la cual empieza a descontrolarse igual que mi corazón. Un repentino calor hace que mi interior arda, a cada minuto que pasa se va volviendo más y más intenso, demasiado incluso.

—¿Qué haces aquí? —pregunta confuso.

—Yo... —Me paso una mano por la frente y los ojos—. Había venido a hablar contigo, pero ya veo que estás ocupado, será mejor que me vaya.

Me doy la vuelta, no es el momento, ni ahora ni nunca más, ya sé cómo es, a la mínima ya está con otra, ¿eso es lo que le sigo importando? Seguro que primero vino a probar conmigo, a ver cómo reaccionaba y al no hacerle caso, la ha llamado a ella, tal vez necesite un poco de compañía. No me creo lo que me ha contado Laura, o por lo menos, no en la parte en la que dice que «aún soy importante para él», lo siento pero no pienso tragármelo, he visto lo que he visto, y no hay vuelta atrás. Empiezo a caminar y escucho cerrar la puerta tras su espalda, ¿de verdad se ha ido? ¿Me deja ir así como así? Giro la cabeza, estaba equivocada, sigue ahí, observándome.

—No te vayas, por favor —me pide desde la distancia.

—¿Por qué no iba a hacerlo? Ya tienes visita... —murmuro entre dientes.

—Ella...

—Da igual, no necesito que me expliques nada.

—Claro que sí —dice acercándose.

Mis ojos se llenan de lágrimas poco a poco, hasta que acaban desbordándose y cayendo por mis mejillas empapándolas, muriendo en mi camiseta. Miro al suelo y me doy cuenta de que va sin zapatillas, ¿este hombre está loco? Podría pisar algo y hacerse daño. Cojo aire, me seco las mejillas, y le miro.

—¿Por qué?

—¿«Por qué», qué?

—¿De verdad te fuiste por ella?

Traga saliva, aprieta la mandíbula. Asiente lentamente, así que tenía razón, Laura era la causante de todo, el porqué de su marcha.

—Natalia, ven esta noche, dame una oportunidad para que te lo explique todo.

Lo pienso durante un momento, ¿de verdad vale la pena arriesgarse? ¿Volver a tener esos bajones por un amor que no sabes si va a funcionar? Le veo apenado, sus ojos brillan llenos de lágrimas, algo hace que me dé lástima dejarle aquí, sin respuesta. Alzo la mirada y me encuentro con la de la rubia, ¿qué hace aún ahí? ¿Será chafardera la vieja! En realidad no es muy mayor, será diez años mayor que Collins, pero aun así, ¿qué hace con él?

—Hay cosas que no me cuadran, J.D.

—¿«J.D.»? ¿Desde cuándo me llamas así?

—Desde que estoy enfadada contigo —digo frunciendo el ceño.

Hace una mueca de tristeza. ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Perdonarle y ya está? ¿Seguir enfadada? ¿Qué? No entiendo nada, todo me cuesta horrores, pero no puedo verle así, ver en sus ojos lágrimas no derramadas, hay dolor que yo misma he creado. ¿Realmente le quiero? Sí, creo que sí, y al corazón es imposible engañarle. Tal vez arriesgar todo lo que he mejorado con Beth por probarlo de nuevo no sea lo más acertado, pero si no lo hago me arrepentiré, sufriré más de lo que lo he hecho durante todo este tiempo en el que él no ha estado conmigo.

—Por favor —me ruega.

—Está bien —murmuro.

—Te invito a cenar, ven a casa y lo hablamos.

Sin decir nada más, asiento, me doy la vuelta y comienzo a andar hacia casa. Tengo muchas cosas que pensar, y si aún está Laura con Lucía, no dejaré que se marche hasta que no me haya respondido a cada una de las preguntas que rondan mi mente.

Capítulo 18

Siento que los nervios van aflorando, es casi peor que cuando me dijo de cenar la primera vez, hace unos meses. Estaba atacada, no sabía ni cómo comportarme con él, ¿debía ser yo misma? Sí, lo fui y funcionó, sino ahora mismo no estaría así. Abro el armario, después de cambiarme de ropa cuatro veces ya no sé ni con qué vestirme. No queda nada, la hora se acerca y aquí sigo yo. Me paso una mano por la cara y entonces Lucía da dos golpecillos en la puerta, la abre, asoma la cabeza en el hueco que queda y acaba entrando.

—Ya estoy aquí, nena.

—Hola.

Me doy la vuelta, le beso en la mejilla derecha y sonrío.

—¿Cómo vas?

—No sé qué ponerme —digo sin ganas.

Suelto un soplido, cada vez me pongo más y más nerviosa, no queda ni media hora para que tenga que marcharme y aún estoy así, en ropa interior, de pie en medio de la habitación. Me dejo caer en la cama, mientras ella mira lo que hay colgado en el armario, aunque no creo que saque algo que acabe maravillándome.

—¿Y este? —Coge el vestido gris perla que quise ponerme cuando fuimos a Vilassar de Mar a pasar el día, aunque para entonces me pareció excesivo.

—¿No será demasiado?

—Yo si fuera él, te lo arrancaba a mordiscos —dice pícaramente.

—Sí, pues este no me va ni a catar, ¡vamos! —Parezco muy segura de lo que digo—. Eso ya te lo aseguro yo.

—Bueno... —Una sonrisilla se dibuja en sus labios—. A ver nena —dice mirándome de arriba abajo, hasta que empieza a decirme que no con la cabeza—. Eres un bombón, estás *sexy* con cualquier cosa, pero vamos a hacer que se le caiga la baba.

Abre el primer cajón de la cómoda blanca que hay junto a la puerta y empieza a rebuscar. De él saca un conjunto que me compré hace nada, el sujetador es de color azul marino con topes blancos y un poco de encaje del mismo color, un lacito en el centro, la parte baja más de lo mismo, es un tanga no muy fino pero igual de *sexy*.

—¿Ese?

—¡Claro! —exclama con energía—. Si no acaba quitándotelo con la boca, tranquila, que ya lo haré yo. —Me guiña un ojo y me sonrío pícaramente—. ¡Vamos, vamos!

Me doy la vuelta, aunque no sería la primera vez que Lucía me ve desnuda, ahora mismo no es el momento, engancho el sujetador y me lo pongo. Cojo el vestido y hago lo mismo, me quito las braguitas y me pongo el tanga. Lucía hace que me dé la

vuelta girando sobre mis talones, pasa las manos por mi pelo y acaba recogéndolo en un moño bajo.

—Ahora con un poco de base, sombra, y «arreando que es gerundio».

Suelta una carcajada, seguro que no quería decir «arreando», la conozco. Salgo de la habitación, voy rápidamente al baño, me lavo la cara y hago lo que ha dicho Lucía, ¿para qué más? Aunque eso sí, me pinto los labios rojos con el labial que él mismo me regaló.

—Estás para comerte entera, nena. Se le van a caer los calzoncillos solos.

Sonrío y siento cómo mis mejillas se enrojecen, solo ella sabe hacerlo tan sencillo. Vuelvo a la habitación, me pongo unas sandalias de cuña de terciopelo negro, ¡ya estoy! Mira que es fácil todo cuando está mi «hermanita» conmigo, no sé qué haría sin ella. Voy a la cocina, me tomo un vaso de agua, estoy nerviosa, muy nerviosa, será mejor que me calme. Cojo el bolso, antes de irme le doy un beso y un fuerte abrazo a mi pequeña celestina.

—Pásalo bien.

Cuando salgo del portal, me lo encuentro sentado en el banco que hay justo delante. Le miro atontada, está tan sumamente guapo, bueno él siempre lo está, por lo menos a mí me lo parece.

—¿Qué haces aquí? —pregunto intentando parecer dura y algo enfadada, pero la verdad es que cuando le veo así se me olvida todo.

—No podía esperar más para verte, da gracias que no he subido a tú casa.

Se pone en pie, y yo no hago más que mirar hacia otro lado, para que no me vea sonreír. Va acercándose poco a poco, hasta que se queda frente a mí, posa sus manos en mi cadera e intenta acercarme más a él para besarme, pero no le dejo, me abrazo a su pecho y me quedo con su delicioso olor. Ahora no es el momento, no va a ser tan fácil volver a ganarse mi amor.

—Estás preciosa —me susurra al oído, lo que hace que un fuerte escalofrío me recorra toda la piel.

—Gracias —murmuro perdida en él.

Nos separa, toma una de mis manos y hace que empecemos a andar en dirección hacia su casa, tira un poco de mí para que vaya más deprisa, ¿por qué? Siento como si todo volviera a ser igual que antes, como si todo este tiempo no hubiera pasado, como si el dolor se hubiera esfumado, como si nunca hubiera existido...

Bajo la vista hacia nuestras manos, y sonrío, no puedo evitarlo, ¿vuelvo a sentir aquella felicidad que creía efímera? Sí, la siento, aquí está, a su lado. ¿Será él mi salvación?

—Había pensado en que podíamos pedir algo para cenar en casa, pero luego todo eso se ha ido... —murmura, mirándome de reojo—. Espero que te guste lo que he preparado.

—Seguro que sí.

—La verdad es que no tenía ni idea de qué hacerte —admite.

—Tranquilo, a mí me va bien cualquier cosa.

Puedo notar que él también está nervioso, su voz suena entrecortada, parece indeciso, tanto como yo o incluso más.

—Necesitaba verte —asegura en voz baja.

Hago como que no le escucho, no sé qué contestar a eso, ¿yo también? Sí, claro que le he echado de menos, me moría de ganas de tenerle conmigo, de besarle y de decirle cuánto le necesito. Cojo aire y lo suelto a modo de suspiro.

No tardamos nada en llegar a su casa, abre la puerta y me deja pasar delante de él, tiene todo a oscuras, no puedo ver nada. Cierra la puerta cuando ya está dentro, me coge el bolso, lo cuelga en el gancho de la entrada, posa sus manos en mi cintura y va guiándome.

—Co... J.D. —rectifico—. No veo nada.

—Shh, calla —me dice al oído.

De repente, sus manos desaparecen, no las siento por ningún lado, pero aún puedo notar su respiración cerca de mí. Algo se pone sobre mis ojos, ahora sí que no veo nada. Me detengo en seco hasta que le noto contra mi espalda.

—Como me caiga te enteras —le amenazo.

—Tranquila, pequeña —susurra con dulzura.

Hace que vuelva a andar, estoy completamente perdida, no sé a dónde voy, hasta que noto la brisa del aire entrando. Me ayuda a pasar a través de algo, sube sus manos hasta mi cabeza, y va deshaciendo el nudo de la cinta que había sobre mis ojos. Parpadeo un par de veces, hasta que me doy cuenta de qué es lo que tengo frente a mí. Estamos en la puerta del jardín, lo ha adornado con dos antorchas que alumbran levemente los alrededores y la mesa está llena de velas, algunos platos tapados por campanas de cristal y en los que comeremos. Todo está absolutamente precioso, es impresionante lo que ha hecho este hombre por mí. Sonrío atontada, aún no sé ni qué decir, es tan bonito...

—Vaya...

—¿Te gusta?

—Sí, claro que sí. —Me doy la vuelta para poder verle, sus ojos brillan de emoción y siento que los míos también se llenan de lágrimas—. Gracias.

Hace un gesto para que pase, se coloca tras la silla, la retira para que me siente, y eso hago. Espero a que él haga lo mismo, pero entonces desaparece en la penumbra interior del piso, aunque no tardo en ver algo de luz procedente de la nevera. Hay dos copas y varios platos que no dejan de llamar mi atención, ¿qué habrá bajo las campanas? Me acerco un poco, tanto que incluso llego a levantarla, pero entonces escucho que carraspea.

—Vale, vale, me espero. —Le saco la lengua.

—Más te vale. —Me guiña un ojo, y me dedica una de sus medias sonrisas, lo que hace que algo en mí se encienda.

¡Madre del amor hermoso! Y eso que acabamos de llegar, no quiero ni pensar en

cómo puede acabar la noche, aunque le he dicho a Lucía que no iba a pasar nada, pero sabe tan bien como yo que eso es mentira, no puedo resistirme a este hombre. En las manos lleva una botella de vino, espero no beber demasiado, porque si no ya lo tengo todo perdido. La descorcha y nos sirve a ambos en nuestras copas. Alza la suya, me hace un gesto para que haga lo mismo.

—Por nosotros. —Hace que choquen y sonrío ampliamente.

—Sí —murmuro.

Es tanto lo que hace en mí que ya ni me acordaba de que tenemos un tema pendiente del cual hablar, y no sé si es mejor que lo hagamos antes de la cena, o después. Le doy un sorbo al vino, él también lo hace sin apartar la mirada de mí. Noto las mejillas enrojecerse como si fueran dos manzanas.

—J.D., sabes que he venido a hablar, hagámoslo.

—Contigo haría cualquier cosa.

Por un momento, mi corazón se acelera hasta límites insospechados, creo que al final acabará dándome un ataque.

—Natalia, cenemos, luego hablaremos, con el postre.

—Pero...

—Por favor —me ruega.

Esa cara de angelito puede conmigo, no sé cómo lo hace pero siempre acaba convenciéndome de que haga lo contrario a lo que realmente quiero. Levanta la primera de las campanas, bajo ella hay dos pequeños platos: uno lleno de algo que parece ensalada, pero no puedo reconocerlo bien, y otro más alargado con unas brochetas.

—¿Qué es?

—Supongo que no lo habrás comido nunca, es *Coleslaw*, ensalada de col, con una salsa que hago yo mismo, he hecho poca por si no te gustaba, bueno... —Ahora ha vuelto el Collins nervioso, lo que hace que mis labios esbocen una sonrisa.

Coge su tenedor, lo mete entre la fina col, y me lo acerca a la boca. Pongo la mano sobre la suya, para comérmelo, pero no lo suelta, quiere ser él quien me lo dé. Al final termino cediendo.

—¿Qué te parece?

—Está muy bueno.

—¿Sí?

—Sí, de verdad, si no me gustara te lo diría —le aseguro.

Miro el otro plato, parecen brochetas de tomate, queso *mozzarella* y algo más.

—¿Quieres probarlo?

—Sí, claro, pero... ¿qué lleva?

—Tomate, *mozzarella* y albahaca.

Asiento, cojo uno de ellos y me lo como con cuidado, es muy fresco y está buenísimo, jamás pensé que algo tan simple podría tener tanto sabor. Él también se come un pincho, estira el brazo y levanta otra de las campanas.

—Aquí hay unos canapés de queso de cabra y membrillo —dice señalando los cuatro primeros—, esos de ahí son de salmón y queso en crema —tras eso los cuatro siguientes—, y ese es de jamón serrano y pasta de calabaza dulce.

—Vaya... ¿dónde has aprendido a hacerlos?

—Me enseñó mi madre —dice nostálgico.

—Tiene que ser una auténtica fenómeno —comento a la vez que cojo uno de los canapés de queso y membrillo. Le doy un mordisco y no puedo evitar abrir los ojos como platos—. ¡Esto está delicioso!

—Gracias.

Come un par de ellos mientras me observa con detenimiento, como si no quisiera perderse nada de lo que ocurre. Tomo un poco de vino y un pinchito de tomate y *mozzarella*, nunca antes los había probado, la verdad es que me están gustando mucho.

—Tenemos que hablar, J.D. —Me apena estar así, no sé si pasarlo bien y después sentirme culpable por no saber cómo va a cavar la noche.

—No, no quiero que hablemos.

Levanta un poco la silla y se acerca, posa una de sus manos sobre la mía, la alza, se la lleva a la boca y la besa con dulzura.

—Esto no se va a arreglar así...

—Ya lo sé, Natalia —dice con tristeza—. Pero esto no quiero perdérmelo. —Levanta los hombros como si fuera un niño pequeño que no sabe qué decir—. No quiero dejar de verte disfrutar con lo que comes, o simplemente, cuando digo alguna tontería.

Se acerca un poco más a mí, clava sus ojos en los míos, me coge las manos, y medio sonrío. Cojo aire, me pongo serio e inmediatamente él hace lo mismo, traga saliva y hace una mueca.

—Explícamelo —le pido.

—A ver... —comienza sin muchas ganas—, lo primero es que lo siento, lo siento muchísimo, estaba enfadado, no podía creer que me hubieras rechazado así, sin motivo, eso hizo que mi corazón se resquebrajara... —me explica en voz baja—. Debería haberte explicado por qué me fui, no haberte enviado ese mensaje. Desde que lo envié me he arrepentido de hacerlo. Pensaba en ti cada segundo, cada minuto, cada hora de cada día que pasaba sin ti, pero estaba tan irritado conmigo mismo por no saber qué te ocurría...

Mi corazón empieza a latir frenético, me tiemblan las manos, siento cómo mis ojos empiezan a llenarse de lágrimas. Intento aguantarlas, controlar mi angustiada respiración.

—Mi hermana Laura tiene cáncer. —En sus ojos veo que acaba quebrándose—. Cuando... Cuando se lo diagnosticaron vino aquí a hacerse un tratamiento, vieron que el tumor iba haciéndose cada vez más pequeño... Hace un par de meses, se volvió a Cardiff, con mis padres. Cuando me marché le acababan de decir que el

tumor se había reproducido...

Sus ojos se inundan de lágrimas, algunas gotas acaban desbordándose, se deslizan por sus mejillas, y acaban muriendo en su camiseta. Un enorme vacío se crea en mi interior, no quiero ni imaginarme cómo tiene que estar pasándolo, no puedo verle así. No puedo evitarlo, me echo a llorar, le abrazo con fuerza y él hace que me siente en su regazo. Collins llora conmigo como si fuera un niño pequeño, desesperado, sin poder controlarlo. Acaricio su espalda, le beso el cuello intentando calmarle, pero de nada sirve. Varios hipidos se escapan de su interior, intenta pararlos pero ni eso funciona. Pongo mis manos a ambos lados de su rostro, me aparto un poco de él, le beso en la mejilla y luego en los labios.

—Ya está, cielo —susurro contra su boca—. La ayudaremos, ¿vale?

—No puedo perderla —dice entrecortadamente.

—No vas a perderla —le aseguro.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta entre sollozos.

—Porque si es tan cabezona como tú, es imposible que no se ponga bien —digo con una sonrisa—. Estaremos ahí para ayudarla.

Parece un niño pequeño, nunca antes le había visto así, ni jamás pensé que lo fuera a hacer. Le beso con dulzura en los labios, noto que una leve sonrisa acaba por asomar y dibujarse en ellos.

—Ya está, ¿vale?

Asiente un par de veces y cuando quiero levantarme, me sujeta con fuerza para que no me mueva. Me coge por la cintura y me besa por todos lados.

—Gracias —susurra contra mi oído.

Pongo mis manos en sus hombros, me aparto y le miro asombrada, ¿de verdad está dándome las gracias?

—¿Tú eres tonto? —le espeto sin más, ahora es él quien me mira sin entender nada—. No tienes que dárme las.

—Claro que sí, pequeña —murmura—. Te dejé sola, no te di explicaciones, ni te llamé, nada...

—Tenías tus motivos, y ahora lo sé, ahora lo entiendo todo, o casi todo.

—¿Casi todo?

—Sí...

Me mira esperando a que le diga qué es lo que no acabo de entender, pero realmente no sé si hacerlo, no quiero que piense que soy una celosa, o una acosadora. Le digo que no con la cabeza, hasta que pone sus manos sobre mis mejillas, para que me esté quieta.

—Dímelo.

—Bueno... yo... ¿qué hacía esa mujer rubia aquí? —pregunto confusa.

—Es la directora jefa del banco, vino a ver cómo estaba, después de estar un mes en Cardiff sin dar señales de vida, estaba preocupada, cuando llegué la llamé para decirle que volvía al trabajo.

—No sabía que era tu jefa...

—No tenías por qué saberlo, yo tampoco te lo había dicho...

Fija su mirada en la mía, cojo la copa de vino, le doy un pequeño sorbo, la dejo de nuevo en la mesa, me paso la lengua por los labios, mientras él sigue sin apartar la mirada de ellos.

—¿Seguimos comiendo? —digo alegremente.

—Sí, sí... claro.

—¿Te pasa algo? —le pregunto con una sonrisa.

—Tú me pasas —responde con la voz ronca—. Tú que a pesar de todo sigues aquí, volviéndome loco, *mi dulce locura*.

Siento que todo el vello se me eriza, mi corazón se descontrola, me coloco a horcajadas encima de él, estiro bien el vestido y pongo sus manos en mi cintura. Me muerdo el labio inferior y le beso.

—Vas a hacer que pierda la cabeza nena.

—Tú ya lo has conseguido.

—¿Ah, sí?

—Ajá...

Bajo mi vista hasta sus labios, tan rosados y carnosos que solo me piden que los bese cada vez más. Alzo la mirada y la clavo en la suya hasta que noto sus manos colándose bajo el vestido y empezando a masajear mis muslos. Le beso con ansia, le he echado tantísimo de menos, apenas recordaba a qué saben sus besos, ni cómo es ese dulce perfume que acaba embriagándome.

—Vamos.

¿«Vamos»? ¿A dónde vamos? ¡No, no! Había dicho que no me iba ni a catar y me estoy dejando llevar así, ¿tan fácilmente? «¡Ve!». Me grita una miniyó, quiero hacerlo pero al mismo tiempo no.

—Espera, espera... —murmuro.

—¿A qué?

—No hemos acabado de cenar.

—Da igual, yo tengo de sobra contigo. —Me besa el cuello, encima de la clavícula, las mejillas, en el escote y luego alza la vista.

—Collins...

—Vale —dice alargando la primera vocal.

Sonríó al ver que se comporta como un niño, siempre le pasa igual. Le beso en los labios, y me siento en mi sitio.

—Estate quieto. —Le guiño un ojo.

Coge un canapé de salmón y queso con crema y se lo mete a la boca tal cual, sabiendo lo que este hombre come es imposible que ya esté saciado. Cojo un pinchito de jamón y crema de calabaza dulce, está buenísimo, es todo un artista. Ya sé quién cocinará en casa, de ahora en adelante. Suelto una carcajada, me mira y sonrío, no sabe por qué me rio pero aun así le hace gracia.

—Eres como un niño pequeño.

—O peor...

—Sí, tienes razón. —Ahora es él quien se ríe al ver la cara que pongo, me gusta, le quiero, no puedo evitarlo.

Come un par más, yo más, ya casi no quedan. Doy un sorbo al vino, y cuando ve que apenas me queda, me echa un poco, entre los dos casi estamos acabando la botella, ¡madre mía! ¿Cómo se supone que voy a volver a casa? ¿A gatas? Aunque realmente, no creo que vaya dejarme escapar así como así.

—Cuéntame más cosas —le pido mordiendo un canapé de queso.

Le da un trago a su bebida, deja la copa frente a su platillo, y se limpia la boca. ¡Quién fuera servilleta!

—No sé qué más explicarte —dice riendo.

—¿Cuántos años os lleváis Laura y tú?

—Cinco, aproximadamente.

Tuerzo el gesto, ¿cuántos años tiene Collins? No debe tener muchos más que yo. ¿Le pregunto? ¿O será de mala educación hacerlo? La curiosidad me vence, y acabo preguntándole.

—Tengo treinta años.

—¿¡Treinta!?! —No me lo puedo creer, ¿tantos tiene? ¡Si parece jovencísimo! Bueno treinta tampoco es mucho, pero me ha sorprendido saber que tiene más de los que creía.

—¿Cuántos aparento?

—Entre veintiséis y veintiocho, ¡como máximo!

Suelta una sonora carcajada que hace que yo también me ría, parece que se ha tomado con humor que le haya llamado viejo.

—¿Cuántos crees que tengo yo?

Durante un minuto se queda pensando, sin decir nada, solo me observa, no sé si embobado o realmente pensativo. Hace una mueca, toma otro poco de vino, y me vuelve a mirar. ¿Tengo algo o qué?

—¿Tengo monos en la cara?

Abre los ojos mucho, no se lo esperaba, frunce el ceño y acaba sonriendo.

—Sí.

—¡Pues cuidado que tiran cocos!

Vale, ahora dirá que tengo diez años. ¡Vaya tonterías dices, Nat, hija! Cada vez me sorprendo más de que crean que tengo la edad que realmente tengo. Collins no deja de reír como un loco, creo que le ha dado un ataque de risa.

—¿Estás bien? —le pregunto, cuando empieza a toser.

—Sí, tranquila, ya está..., es que me ha hecho gracia.

—Ya, ya... si eso ya lo he visto...; entonces, ¿cuántos crees que tengo?

—Pues... debes tener, unos... veintidós.

—¡Já! ¡Fallaste! Tengo veintitrés.

—No está mal tampoco.

Vuelve a reírse, acaba el vino que tenía en la copa, suspira, hace una pausa y empieza a hablar, otra vez:

—¿Quieres postre? —Alza las cejas.

Le miro de arriba abajo con una pícaro sonrisa, es tan atractivo, provocativo y diferente. Esos deliciosos labios rosados no hacen más que llamarme, ahora es él quien se los muerde y quiero ser yo quien lo haga, quien los aprese entre los míos. Cojo una de sus manos, la coloco sobre mi muslo. No dejo de observarle, baja la mirada para ver qué es lo que hago, al verla colocada en esa zona, vuelve a fijar su vista en mí.

—Si eres tú, sí.

Capítulo 19

Coge una de mis manos, tira de mí para que me ponga en pie. Él también lo hace, se levanta, posa sus manos en mi cintura, y me besa. Sonríe contra mi boca, dulcemente. Anhelaba tanto que lo hiciera, que me besara así. Me coge en brazos haciendo que rodee su cadera con mis piernas. Los besos cada vez se vuelven más ardientes y pasionales, igual que nuestras desacompañadas respiraciones, que poco a poco, van perdiendo el ritmo que antes tenían. Le muerdo el labio inferior, él no puede evitar que se le escape un leve gemido, tenía tantas ganas de hacerlo.

—Ahora sí, vamos.

Paso mis dedos por su pelo, entrelazando los mechones con ellos, le beso por todos lados, aparto un poco la camisa blanca que lleva y empiezo a desabrocharla; ahora mismo estorba. Le doy un mordisquito en el cuello, lo que hace que otro quejido salga.

—No seas mala —gruñe contra mi oreja.

—¿Por qué?

—Porque te he echado demasiado de menos como para dejarte ahora.

Ronroneo pegada a su boca igual que una auténtica gatita, me mira pícaramente como si fuera a hacerme suya en cualquier lugar de esta casa, y la verdad es que no me importaría que eso ocurriera. Se detiene bajo el umbral de la puerta del jardín. Me deja de pie en la entrada y me besa de nuevo en los labios.

Clava sus ojos en los míos, y en ellos puedo ver cómo me devora. Sin decir nada más se acerca al sofá, y enciende una lamparita, entonces veo un precioso manto de pétalos rojos que adornan el camino hacia la habitación. Sonrío atontada, jamás nadie había preparado algo así. Coge un pequeño mando, se acerca a mí y le da al primer botoncito haciendo que la música empiece a sonar. La primera en envolvernos es *Crazy*, de Aerosmith. Pensé que ya no se acordaría, esta es la primera canción que cantamos los dos juntos en el coche, en aquella desastrosa cita, si es que se le puede llamar así. No está con demasiado volumen; por lo tanto es perfecta. Se guarda el mando en el bolsillo delantero del pantalón, no tardarán mucho en estar en el suelo, estoy segura. Ahora soy yo la que lleva el relevo, le cojo de la mano y hago que vaya hacia el sofá; será mío para siempre. Le doy un empujoncito sin apenas fuerza, para que caiga sobre los cojines que lo adornan. Sonrío al verle ahí, a mi merced, esperando a que llegue nuestro encuentro. Me siento encima de él, a horcajadas, el vestido cubre tanto sus piernas como las mías haciendo que no se vea nada. Cojo sus manos, las coloco sobre mi cintura, de nuevo, me encanta tenerlas ahí, y empiezo a besarle desenfrenadamente. Me aprieta contra él, juntándonos tanto que ni el aire puede pasar entre nosotros, tenía tantas ganas de estar así, de volverle a tener conmigo, de saber que nada ha cambiado. Aunque por otra parte aún temo que los

bajones puedan volver.

Mi corazón se vuelve loco, igual que mi respiración y la suya, que a cada beso se vuelve más agitada y cambiante. Cuela una de sus manos bajo la falda del vestido, pasea sus manos por mis muslos hasta que me restriego contra él, acariciando la notable erección que no deja de crecer dentro de sus pantalones. Respiro contra su boca, lo que hace que todo sea aún más intenso. Me pongo en pie, él hace lo mismo, aunque ese no era el plan. Con un gesto le pido que me quite el vestido, ahora ya estorba. Cae rápidamente, arremolinándose a mis pies, y a él casi le pasa lo mismo. Me mira de arriba abajo, embobado, se pasa la lengua por los labios y puedo ver cómo sus ojos brillan, llenos de lujuria.

—Natalia —dice entrecortadamente.

Le digo que se calle, no es el momento de hablar, le he echado demasiado de menos como para ponernos a hablar. Vuelvo a sentarme encima de él, pone sus manos sobre mis nalgas y las masajea mientras le beso y lamo el cuello, me encanta hacerlo, sobre todo porque sé cómo reacciona. Mientras lo hago, voy desabrochándole la camisa, fuera, no la quiero aquí. Paseo mis manos por encima de su pecho, las bajo hasta su cadera, y empiezo a acariciarle suavemente. Él hace totalmente lo contrario, sube sus manos hasta la altura de mis pechos, las coloca a mi espalda y se deshace del sujetador, dejándolo tirado encima del sofá.

—Te he echado tanto de menos... no te haces a la idea.

—Yo también, Collins.

Masajea mis pechos con delicadeza, los besa detenidamente, mimándolos como nadie antes lo había hecho, juguetea con mis pezones y acaba succionándolos. Me muerdo el labio inferior, esto de verle así hace que cada vez me encienda más. Empiezo a moverme encima, haciendo que su respiración se vuelva cada vez más y más agitada. Tengo tantas ganas de sentirle...

Este tiempo que no ha estado me ha parecido más largo de lo que realmente ha sido. Desabrocho su pantalón, cuelo una de mis manos dentro y le acaricio por encima de los calzoncillos; está tan duro que incluso mis mejillas se sonrojan al ver de lo que soy capaz. Collins acaricia mis pechos, juguetea con mis pezones, hace lo que quiere conmigo mientras yo siento que cada vez tengo más calor, me humedezco, tengo ganas de que esta dulce locura acabe por desatarse. Posa sus manos en mi cintura otra vez, hace que me siente a un lado, se pone en pie, se deshace del pantalón, se arrodilla delante de mí, cuela sus dedos entre la cinturilla del tanga y mi piel, y acaba quitándolo. Me lame como si fuera un delicioso manjar, poco a poco, torturando mi pequeño botón a cada lametón que da. Siento que voy deshaciéndome, el calor aumenta de manera considerable, no queda nada, no puedo aguantar mucho más... Le lanzo una mirada, le necesito a él, en mí. Me coge en brazos, me besa con ansia, con necesidad, como si fuera el aire que precisa para vivir. Hace que mi espalda quede pegada a la fría pared gris, una de sus manos baja hasta sus calzoncillos, se los quita, me sujeta y acaba penetrándome con lentitud haciendo que

me vuelva completamente loca. Este hombre puede conmigo. Hacía tanto que no le tenía así que incluso me molesta, me duele, pero no importa, porque el placer es aún mayor.

—Joder... Natalia... —gruñe.

Pongo mis manos alrededor de su cuello, le abrazo mientras le siento como nunca, entrelazo mis dedos con los mechones de su pelo. Le beso en la boca, ahora soy yo quien lo ansía. ¡Madre del amor hermoso! Creo que me va a dar algo, la oleada de placer que siempre acaba arrasando conmigo, no tardará en llegar, es más, lo hará como si de un tsunami se tratara. Una de sus manos se cuela entre nosotros, y empieza a masajear mi pequeño botoncito a la vez que él aprieta el ritmo. Las embestidas cada vez son más rudas y rápidas, lo que hace que cientos de gemidos y quejidos salgan de mi interior. A él también se le escapan, no deja de gruñir contra mi boca, lo que le da un aspecto feroz que me encanta. Las últimas estocadas que da son más duras que las anteriores, lo que hace de detonante. Termino entre gemidos y titubeos, apenas puedo ni hablar. Dos minutos después, lo hace él.

—Te quiero... —susurro contra su oído.

—Y yo a ti, *mi dulce locura*.

Ya ha pasado un buen rato, en el que simplemente hemos estado disfrutando del calor de nuestros cuerpos, del tacto de nuestras pieles unidas por este fuerte sentimiento. Se levanta del sofá, lo que hace que tenga que levantarme yo también para dejarle pasar, se acerca a la cocina, y de la nevera saca un poco de agua. Me lanza una mirada para ver si quiero. Deja un par de vasos en la encimera, les pone hielo a ambos, los rellena de agua, y viene de nuevo conmigo.

—Toma.

—Gracias. —Sonrío.

Cruzo las piernas sobre el sofá, se sienta a mi lado, y bebe un poco de lo que ha traído. La música ha dejado de sonar, la televisión está parada; solo estamos nosotros. Apenas entra luz, solo está encendida la que hay junto al sofá y tampoco es que alumbre mucho. Veo que el mando está en la mesita contraria a la de la lámpara, gateo sobre la piel negra de la que está hecho el sofá y lo cojo. ¿Qué otra música habrá? Le doy al mismo botón que le había dado él; a ver qué será lo próximo en sonar. La canción empieza lenta, una voz de hombre, y una guitarra, sencilla... Me resulta muy familiar, demasiado, entonces recuerdo cuál es *Flightless bird* de Iron & Wine, ¡me encanta!, desde que la escuché en una película, la he puesto cientos de veces, me relaja, es tan tierna... Le miro, asombrada, jamás habría pensado que él escuchara canciones así, tan diferentes. Me coloco tras su espalda, le abrazo y le doy un beso en el hombro. Hacía demasiado tiempo que deseaba estar así con él, con ningún otro.

—No sabes cuánto he añorado el tenerte para mí —murmura—. Te echaba tanto

de menos...

Me levanto del sofá, me arrodillo delante de él, ya que tiene la cabeza baja, apoyada entre las manos, y se las beso.

—Yo también..., lamento haberte hecho daño... no me di cuenta... ¿Sabes eso que dicen de que «no sabes lo que tienes hasta que lo pierdes»? —asiente y suelta un suspiro—. Yo no me había dado cuenta de cuánto te quiero.

Alza la mirada y sonrío ampliamente, pone sus manos a ambos lados de mi rostro, se acerca un poco más, y me besa dulcemente. Coge mi mano y hace que me siente en el sofá. Mientras la música sigue sonando, él se levanta con todo el cuidado del mundo y se encamina hacia la habitación intentando no estropear lo que ha montado. Le observo desde donde me encuentro deleitándome con lo que veo, solo lleva puesto los calzoncillos, el resto de ropa sigue por ahí esparcida, ¡vaya culo tiene el tío! Pongo un cojín contra el reposabrazos y me recuesto contra él, para esperar a que vuelva.

—He pensado que estarías más cómoda con otra ropa —menciona bajando por las escaleras minutos después.

En una de las manos lleva una camiseta azul marino. Se acerca al sofá, se detiene delante de mí y le tiendo la mano para que me levante. Cuando estoy en pie, le quito la camiseta que sujeta, la dejo donde estaba sentada y me pego a él, cojo sus manos, las pongo en la parte baja de mi cadera y me pongo de puntillas hasta que nuestros labios se rozan, rodeo su cuello con mis brazos, entrelazo mis dedos con los mechones de su cabello y le beso. Noto que sus manos llegan a la altura del cierre de mi sujetador, con un rápido movimiento lo abre, hace que los tirantes se deslicen por mis brazos y acaba tirándolo al sofá, ¿y ahora qué? Mi vello se eriza, sonrío y me muerdo el labio inferior.

—Estás mejor así —dice guiñándome un ojo.

—Bueno... si yo te dijera cómo estás mejor creo que no tomaríamos nunca el postre.

—Vaya, ¿y eso? —pregunta pícaramente.

—No me hagas decirlo.

Pega su boca a la mía, me besa con pasión, la lleva hasta mi oído y ronronea como un gato salvaje. Me junta más a él, a la vez que pasea sus manos por mi espalda.

—Dilo —me pide.

—No —murmuro cegada por el deseo.

Me besa, en realidad, me devora lentamente provocando que mis piernas empiecen a flojear sin fuerza alguna, suerte que me tiene sujeta por la cintura, sino ya habría caído de culo al sofá, seguro.

—Dímelo, pequeña.

¿De verdad te vas a dejar ganar por este que tienes delante? Le miro desafiante, claro que no voy a dejar que gane. Me dejo caer en el sofá, quedándome a la altura

perfecta, ¡madre del amor hermoso! Este hombre siempre está en guardia ¿o qué? Pongo mis manos sobre su calzoncillo, cuelo dos de mis dedos entre la goma y su piel, y me deshago de ellos, ¡adiós, y hasta nunca! O por lo menos eso espero. De un salto y como un resorte, me pongo en pie.

—Así estás mejor. —Me muerdo el labio inferior.

Se queda callado y es entonces cuando empieza a sonar *Give me love* de Ed Sheeran, coge el mando, sube el volumen, y antes de que me pueda dar cuenta, me coge en volandas, me besa con fuerza, con fiereza, pero también con mimo y cariño. Le devuelvo cada uno de ellos y le doy cientos más, me abrazo con fuerza a él, no puedo dejarle ir, no ahora, nunca más dejaré que se escape. Delicadamente me deja sobre la mesa del comedor, la más grande de todas, aunque antes coloca la camiseta por debajo de mí para que no coja frío. Mediante un reguero de besos, recorre todo mi vientre con ternura, pasea su boca por cada centímetro de mi piel. Sube hasta el cuello, lo lame, lo mordisquea y lo besa, lentamente, sin prisas, igual que lo hace con mi boca.

Con un solo movimiento me coloca más cerca de él, un poco más al borde, lo suficiente para poder encajarse a la perfección, como si fuéramos dos piezas de un puzle. Pone sus manos sobre mis pechos, los acaricia con dedicación, con dulzura y con prudencia; baja su boca por mi barbilla, de ella pasa de nuevo al cuello y sigue hasta mis pechos, los lame, juguetea con mis pequeños pezones, los endurece, los muerde, haciéndolos cada vez más sensibles, tanto incluso que varios gemidos se escapan de mi interior. Mi cuerpo arde con fuerza como si el mismísimo infierno se prendiera dentro. Siento que mi sexo se humedece, clama su atención, ¿cómo puede ser que ya esté preparada para recibirle? Una de las manos que acunaba mis pechos a la vez que él los lamía, desaparece entre nosotros, hasta que noto dónde está, abro los ojos desorbitadamente igual que la boca, me falta hasta el aire. Sin apartarme el tanga, noto cómo juguetea con mi pequeño botón, cómo se enorgullece de tenerme así. Un profundo gemido sale disparado de mi boca cuando uno de sus dedos entra en mi interior. Pasea su lengua por todo mi vientre, hace círculos alrededor de mi ombligo, y baja hasta mi sexo, lo lame pausadamente, haciendo que todo sea más intenso, recreándose con mi placer. Ahora sí que no tengo firmeza para nada. Pongo una de mis manos sobre su cabeza, mezclo mis dedos con su pelo, sin hacer fuerza, solo está ahí, pidiéndole que no se detenga. Aunque... ¿realmente quiero que siga? ¡Por Dios, sí!

—Collins... —digo sin apenas poder hablar.

—Vamos, nena —susurra alzando la vista.

Ahora lo hace todo más deprisa, tanto que me da la sensación de que me voy a volver completamente loca, este hombre va a hacer que pierda el norte. Siento cómo va llegando esa enorme bola de placer, va haciéndose aún más grande. Cierro los ojos y me paso el brazo derecho por encima.

—Mírame —me ordena.

Hago caso a lo que me dice, aparto el brazo y abro los ojos. Están llenos de lágrimas, no de pena ni de felicidad, sino de que ya no puedo aguantar más. Me muerdo el labio inferior, le ruego con la mirada que termine con esta locura.

—Por favor...

Saca el dedo que tenía en mi interior, me acerca un poco más a él, hasta que acaba penetrándome. La mano que tiene libre se mete entre nosotros, con el pulgar empieza a hacer círculos sobre mi pequeño botón hasta que acabo dejándome ir. Collins gruñe como un auténtico animal mientras sigue moviéndose en mi interior, sin dejar de acariciarme, haciendo que tiemble. Pega su boca a la mía, me besa con más ansia de la que jamás había sentido en él, y este simple hecho, hace que dos minutos después, la oleada de placer nos llegue a ambos.

—Gracias... gracias por devolverme la luz, gracias, *mi dulce locura*. —dice Collins, saliendo de mí. Me coge en brazos y me lleva al sofá.

Vuelve a la mesa, coge la camiseta, se sienta a mi lado, y me la coloca para que no tenga frío. Sonrío como una auténtica tonta. La música sigue sonando, solo que esta vez, no soy capaz de reconocer la canción. Me apoyo contra su pecho, él me acaricia la espalda al mismo tiempo que tararea la canción que va sonando.

—Cantas bien, Collins.

—¿Ah, sí? ¿Tú crees? —dice un poco embobado.

—Sí, claro que sí. —Alzo la vista y veo que sonrío.

—También sé hacer más cosas, pero ya te las enseñaré mañana.

Le doy un beso en el pecho, otro en la barbilla y me abrazo a él como si alguien fuera a quitármelo.

—¿Qué canción es?

—Se llama *The only thing that looks good on me is you* de Bryan Adams.

—Vaya título más largo.

—Sí, la verdad es que sí. —Suelta una carcajada y sigue cantando—. Le escucho desde muy pequeño, en realidad, mi primer concierto fue de él, cuando solo tenía seis años. Mi padre me llevó, estaba tan emocionado..., creo que tanto como yo o más.

Sus ojos brillan, se nota que al recordarlo algo aflora en su corazón, sonrío como un niño pequeño. Paseo mis manos por su pecho, hago circulitos por encima de su piel, y acabo dándole un beso.

—¿Quieres postre?

—¿Más? —pregunto abriendo exageradamente los ojos.

—Postre de verdad, cielo.

—¿Qué hay?

—Helado de nueces y praliné.

—¡Oh! ¡Qué bueno!

Suelta una carcajada, se pone en pie con cuidado de no hacerme daño, se acerca a la nevera, saca dos tazas transparentes bastante amplias, rebusca algo en uno de los cajones, coge el helado del congelador y lo deja sobre la encimera.

—¿Cuánto quieres?

—Lo que pongas está bien.

Coge una cuchara de helado, echa tres bolas en cada una de las tazas, lo recoge todo, y viene al sofá. Se sienta conmigo, coge el mando de la televisión, y la enciende.

—Toma, para ti. —Me tiende la taza con su cuchara.

—Gracias.

Cojo un poco de helado con la cucharilla y me lo llevo a la boca, está delicioso, no lo había probado nunca, alguna vez había comido el de nueces de macadamia y caramelo, pero no este. Me como otro poco, lo saboreo, está muy bueno, me encanta el helado y es dulce, muy dulce.

—Está muy bueno.

—A ti te gusta todo, Natalia.

—No, todo no.

—A ver, dime una cosa que no te guste.

Me quedo pensando un momento, por una parte quiero hacerle una broma y decirle que no me gustan sus besos, solo por hacerle rabiar, pero no sé cómo reaccionará y con lo cabezota que es podría ser una dura batalla. Suelto una carcajada, no sé muy bien qué decirle.

—Vamos, vamos —insiste.

—No me gustan las acelgas.

—¿«Las acelgas»?

—Sí, no me gustan. —Alzo los hombros y sonrío al ver que él hace una mueca—. Creo que solo las he comido una vez, de pequeñita, y dije que nunca más volvería a comerlas, también me pasaba con la col, pero cuando la he probado de nuevo, en la ensalada que has hecho me ha encantado.

—Bueno, me alegro de que te haya gustado. —Se pasa la mano por la nuca—. La verdad es que estaba muy perdido, no sabía qué hacerte y ha sido Laura quien me ha ayudado a decidirlo.

Una sonrisilla se dibuja en sus labios, está tan adorable cuando lo hace, sobre todo cuando habla de su hermana, es como si la venerara, parece que vaya a hacer cualquier cosa por ella, lo que daría yo porque mi hermana me prestara la mitad de atención que le presta él a la suya.

—Oye... —murmuro.

—Dime.

—¿Cómo es Laura?

—Laura... Laura es una de las personas más amables que conozco, es bondadosa, agradable, divertida, inteligente, es tan inteligente que a su edad le han concedido una beca para ir a estudiar a la mejor universidad de toda Suiza.

—Vaya... Suiza...

Me quedo pensando durante un momento, nunca he salido de España, me

encantaría poder visitar Londres, Bruselas, Roma... y ya no solo Europa, si pudiera me iría a América, aunque tendría que llevarme a Lucía, seguro que no podría quedarse en casa sabiendo a dónde voy.

—¿Qué va a estudiar?

—Medicina.

—Tiene que ser difícil...

—Sí, bueno, empezó estudiando en Londres y ahora se marcha a Suiza, a la Universidad de Basilea, una de las mejores de toda Europa.

Y pensar que yo dejé todo eso a un lado por seguir lo que me gustaba, por la repostería, por sacar el *Jubilee* adelante, y gracias a que tuve a Lucía a mi lado, eso ha sido posible, si no hubiera sido por ella esto no habría salido. Collins coge el cojín que tenía puesto contra el reposabrazos y lo pone en el que está más cerca de él, se apoya y yo me recuesto contra su pecho. Escucho su corazón mientras acabamos de comernos el helado.

—Hace diez años murió mi abuela, tenía cáncer en el cuello del útero, era joven, mucho; Laura la quería como si fuera su madre y cuando se nos fue, decidió que estudiaría para mejorarlo, para que nadie tuviera que pasar por las quíquias, ni por lo que ella pasó...

—Y ahora es Laura quien tiene cáncer... —murmuro.

—Así es, del mismo del que murió mi abuela.

—Pero Laura no va a morir, es demasiado joven como para no luchar por su vida, tu abuela era más mayor, no puedes comparar.

Hace una mueca y alza los hombros sin saber qué decir. Sé que Laura puede con esto y con más, Collins va a estar a su lado, y yo igual, vamos a ayudarla en lo que sea posible, no voy a dejar que se rinda... Por él, por volver a ver esa hermosa sonrisa en sus labios. Me abraza con fuerza como si necesitara sentir mi calor, giro un poco la cabeza y le beso en el pecho intentando consolar ese dolor que le corroe por dentro. Busco el mando de la televisión hasta que lo encuentro, le doy al primer botón y empiezo a cambiar los canales hasta que llego a uno de dibujos.

—¿Qué es esto? —pregunta.

—*Lucky Luck*, es una serie de dibujos donde un pistolero del lejano oeste persigue a unos prófugos —le explico—. Cuando era pequeña, siempre la veía con mi padre.

—Está bien. —Suelta una carcajada y mira lo que le pongo.

—¿«Bien»? ¡Es el mejor! No hay nadie que escape a sus balas.

Levanto un poco la cabeza para poder mirarle de reojo, sonrío como un tonto, aunque en realidad creo que piensa que estoy loca. No me importa, realmente lo estoy, y si él se divierte con ello, pues aún mejor.

—No te rías de mí, ¿eh? —le advierto.

—¿O qué?

—¡Te daré un mordisco!

—Vale —dice riéndose.

—Huy... ¡has cruzado la línea!

Me doy la vuelta sobre mí misma para quedar encima de él, acerco mi boca a la suya, le beso los labios, y luego le doy un buen mordisco en el brazo, ¡este se va a enterar de lo que vale un peine! Suelta un pequeño quejido, no lo he hecho tan fuerte como para que le duela, pero sí para que quede un poco de marca.

—¡Mira lo que has hecho! —exclama segundos después al ver que la zona se le pone roja.

—Y más que se pondrá si lo vuelvo a hacer. —Me paso la lengua por los labios y luego por el colmillo.

Sonríe mientras me observa, no puede evitarlo, ya que a mí me pasa lo mismo. Le doy un beso en la mejilla y me vuelvo a colocar como estaba, para así poder ver la televisión.

—¿Qué hora es?

—No lo sé, ¿por qué?

—Porque se suponía que aquí no iba a pasar nada y me iba a casa.

—Tranquila, Lucía te conoce mejor que tú misma, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas, ella lo sabe todo.

Seguro que mi pequeña ninfa ya se lo esperaba, ese «bueno» que dijo antes era la prueba de que sabía que la cosa no iba a acabar como yo decía. Lo más seguro es que cuando llegue a casa me diga: ¡Yo ya lo sabía! Eso canturreando y dando saltos por todo el comedor como si fuera una niña pequeña.

Siento el cansancio llegar, los párpados me pesan y un horrible bostezo se hace con mi boca, cierro los ojos, me giro un poco hasta que él me pasa el brazo por encima y me da un dulce beso en la coronilla.

—Buenas noches, pequeña.

—Buenas noches, Collins —susurro.

Capítulo 20

Abro los ojos, poco a poco, me doy la vuelta sobre mí misma, ya que estaba boca abajo, estiro los brazos y las piernas, vaya cama más grande. ¿Dónde estoy? Miro hacia un lado y luego hacia el otro, algunos rayos de sol se cuelan por la persiana mal bajada de la habitación. Estoy en casa de Collins, en su cama, y él no está. Bostezo, me paso las manos por los ojos y luego a lo largo de toda la cara. Me estiro como un gato, acabándome de despertar. Saco las piernas de debajo de la sábana, aún llevo puesta la camiseta azul que me dejó anoche. Vuelvo a bostezar, es como si no hubiera descansado en toda la noche, me paso las manos por el pelo, lo peino con los dedos y acabo por recogérmelo en un moño mal hecho. Salgo de la cama y de la habitación, voy al baño, me lavo la cara y bajo al comedor.

Desde las escaleras, veo que Collins está sentado en uno de los taburetes de la isleta con cientos de papeles sobre ella, con el teléfono en la mano y vestido con un pantalón de básquet azul claro con rayas blancas a ambos lados. Habla con alguien pero no entiendo qué es lo que dice. Intento no hacer ruido para no molestarle. Paso frente a él, cojo un vaso, lo lleno de agua de la nevera, me apoyo en la encimera y le observo mientras habla. No presto atención a lo que dice, parece algo del trabajo, alza la mirada de los papeles, y es cuando se da cuenta de que realmente estoy allí. Se estira por encima del mármol blanco y me besa en la frente. Cierro los ojos y sonrío; dulce beso de buenos días. Voy al perchero, cojo mi bolso, y saco el teléfono. Tengo varias llamadas, algunas de Beth y otras de Lucía, cómo no. Abro el *WhatsApp*, y veo que Beth me ha escrito, ¿qué querrá? ¿Teníamos cita para hoy? Miro la hora: son las diez y media. Tal vez sí habíamos quedado, aunque todavía no es la hora.

—Natalia, ¿estás bien? Te he estado llamando. Teníamos hora a las doce y media, pero me ha surgido un imprevisto y tendríamos que vernos a las once, ¿te va bien?

¡Las once! Pero si son las diez y media, ¿cómo se supone que voy a llegar? Cojo aire, lo dejo ir a modo de suspiro, miro a Collins y luego de nuevo al teléfono.

—¡Nena! Ha estado llamando Beth a casa, también a mi móvil, cree que te ha pasado algo, ¿estás bien? ¡Dime que estás bien! ¡Por Dios, Nat! Como te haya pasado algo por culpa de ese estirado de Collins, te juro que lo mato. —Me escribe Lucía.

—Tranquila, buenos días. —Escribo sin poder aguantarme la risa—. Sigo viva, no me ha pasado nada, me acabo de levantar; ayer estuvimos hasta tarde viendo la

televisión y no he dormido muy bien —le explico—. No me acordaba de que tenía cita con Beth, pero bueno, me ha escrito para decirme que al final se adelanta... ¡Yo que quería dormir! Espero que ya estés en el Jubilee con Nadia. Nos vemos luego, pequeña.

Antes de que pueda dejar el móvil sobre la encimera, empieza a sonar de nuevo, es Beth, quien llama otra vez. Me aparto un poco de la isleta, voy hacia la puerta de jardín y salgo.

—Hola, dime —le digo nada más cogerlo.

—Buenos días, ¿eh? ¿Estás bien?

—Sí, sí, tranquila, ya he visto tu mensaje, en media hora estoy allí.

—Perfecto. —Hace una pausa, escucho que escribe algo en un papel y suelta un soplido—. ¿Va todo bien?

—Sí, claro, ¿por qué no iba a ir bien?

—Porque sé dónde estás y con quién estas.

Entrecierro los ojos, ¡será asquerosa! Lucía le ha dicho que estoy con él, ahora me tocará una buena bronca, seguro que está enfadada. Cierro los ojos, me siento en una de las sillas que hay en el jardín y cojo aire.

—Ya te lo ha contado...

—Sí, claro que lo ha hecho, estas cosas las tengo que saber.

—Ni que fueras una detective.

—Pues casi.

Lo que me faltaba, ahora solo queda que me vayan siguiendo por la calle para saber a dónde voy y con quién estoy a todas horas del día. Pobre Collins, lo que le queda por pasar, sobre todo porque el interrogatorio de Beth es casi peor que los de Lucía, y cuando se alían, entonces, ya es una verdadera tortura.

—Bueno, en un rato estoy allí.

—Dile que venga.

—Oh no, eso sí que no, ni loca lo llevo.

Escucho cómo al otro lado del teléfono suelta un gruñido enfadada, sabe que no lo voy a hacer, ni de broma voy a ir con Collins a verla a la consulta, y mucho menos porque no sé si realmente sabe que voy allí. Me paso la mano por la cara, entonces, oigo la puerta del jardín abriéndose a mi espalda.

—*Nos vemos luego.*

—Pero díselo... —dice justo cuando voy a colgarle.

Siento que sus manos se posan sobre mi cadera, se pega a mi espalda y me besa el hombro. Está todo impoluto, no hay ni rastro de lo que organizó anoche, es como si unos pequeños duendes lo recogieran todo por la noche mientras duermo. Doy la vuelta sobre mis talones para poder verle bien.

—¿Va todo bien?

—Sí, sí, tranquilo, era solo una amiga, necesita que vaya a verla.

—Perfecto, porque me acaba de llamar Julia, tengo que ir al banco a solucionar un asunto que se les ha ido de las manos.

Hace una mueca, parece que no quiere ir, yo tampoco tengo ganas de salir de casa, y mucho menos para ir a terapia. Suelto un suspiro que él acaba atrapando con su boca, me besa lentamente con dulzura y mimo, pero a cada segundo que pasamos unidos, todo se va volviendo más intenso, más apasionado y desenfrenado.

—Collins... —murmuro contra su boca—. No tenemos tiempo ahora.

—Prométeme que volverás cuando termines.

—Te lo prometo.

Me coge de la mano para que entremos en casa, el calor empieza a ser más fuerte, y se está mejor dentro que fuera. Se acerca a la cafetera, pone agua, deja que se caliente y coloca una cápsula en la parte de arriba. No me había dado cuenta de que tenía una de cápsulas en vez de una normal como la mía, con su tambor para el café, aunque la pobre se ha quedado un poco obsoleta.

—Quieres café, ¿no?

—Sí, pero antes voy a subir a vestirme.

Asiente mientras saca un par de tazas del armario para poder verter el café. Dejo el teléfono sobre la encimera y subo a la habitación. Ha dejado mi ropa perfectamente doblada sobre una de las sillas que hay junto al sifonier. ¡Qué mono! Siempre lo tiene todo tan ordenado, tal vez sea un maniático del orden, de esos que no pueden ver una cosa fuera de su sitio. Me quito la camiseta y la dejo sobre la cama, pero la cojo de nuevo, la dejo encima de la otra, aparto las almohadas, y estiro las sábanas, aunque sea que esté bien hecha. Coloco las almohadas en su sitio, doblo la camiseta que llevaba puesta y la dejo donde estaba durmiendo. Me quedo sentada en la cama mirándolo todo, me gusta la calma que se respira en esta casa. Me visto tranquilamente, no tardo nada, solo tengo que ponerme el vestido y el sujetador. Bajo al comedor de nuevo, y me encuentro a Collins sentado en el mismo taburete en el que estaba antes, con unas rebanadas de pan y dos tazas de café.

—He hecho tostadas por si querías comer algo.

—Oh... gracias —le agradezco con una sonrisa—. No tengo mucho tiempo... pero bueno me comeré una.

—Te llevo en coche, desayuna tranquilamente.

Este hombre es un cielo, no creo que exista un hombre más perfecto que él, aunque... ¿realmente es perfecto o solo me lo parece? No creo que lo sea, nadie es perfecto, ni tampoco quiero tener conmigo a alguien así, quiero sus defectos, su cabezonería y sus enfados. Unto una de las rebanadas con mantequilla y le echo un poco de mermelada de melocotón por encima. Collins me pasa el azúcar, no debe haberle echado al café, así que le pongo un par de cucharadas, necesito despertarme.

—Había pensado... —Empieza a decir.

Ladeo un poco la cabeza, esperando a que me siga contando qué es lo que ha pensado, pero se queda callado, mirando la tostada sin saber cómo continuar.

Tampoco creo que sea muy difícil, ¿no?

—¿Qué habías pensado?

—Había pensado que podríamos quedar con Laura para cenar... Me gustaría que la conocieras bien.

—Es una gran idea —contesto, antes de darle un mordisco a la tostada—. Podría venirse Lucía también, si te parece bien, claro.

—Sí, será divertido. —Sonríe.

Durante nos minutos se queda callado, toma café, se come una tostada y sigue pensando, ¿qué se le pasará por la cabeza?

—Podríamos hacerlo aquí.

—Sí, podríamos pedir la cena a *La Tagliatella*, nuestro amigo Marc estará encantado de traerlo, bueno, tienen el servicio y eso... además, está coladito por Lucía.

—También, o podríamos cocinarlo nosotros.

—Como tú quieras.

¡Madre mía! Esto puede llegar a ser una locura, pero también será divertido, voy a hacer que alucine con lo que sé preparar.

—¡Lo hacemos aquí! ¡Sí!

Suelta una carcajada y empieza a reír a la vez que me mira, creo que el entusiasmo que le he puesto a la frase le ha hecho más gracia de la que debería. Le doy un golpecito en el hombro y no puedo evitar sonreír.

—¿Qué haremos?

—Solomillo, consígueme solomillo, un par, que sean grandes, ajos, miel, mostaza, queso de cabra, calabacín y algo más que ya se me ocurrirá. —Cuento con los dedos—. Ah, no, miel no hace falta, tengo yo que me dio mi padre, pero el resto lo necesito.

—¿Qué es lo que quieres hacer? No te vuelvas loca.

—No, no, si es muy fácil. —Le resto importancia—. Bueno, ya iré a comprar yo, no creo que tarde mucho en acabar con Beth.

—¿Beth? —pregunta confuso.

—Ah, sí, mi amiga.

Asiente un par de veces sin mucha energía, ¿Lucía le habrá contado algo sobre ella? Suelto un soplido, me termino la tostada y bebo el café. Carraspeo, ¿qué se supone que se debe decir en estas ocasiones?

—Bueno... yo creo que debería irme, no quiero llegar tarde.

—Si esperas un momento me visto y nos vamos —dice acabándose el último sorbo que le queda, y levantándose del taburete.

—Vale, pero ve rápido. —Le saco la lengua y cuando veo que va a llevar las cosas al friegaplatos le detengo—. Ya lo hago yo, tranquilo.

Sonríe, se da la vuelta y sube a la habitación mientras yo limpio lo que hemos utilizado, no tardo nada, son solo dos minutos. Los pongo a escurrir, me seco las

manos y cuando me doy la vuelta, ahí está, ¡vaya rapidez! Ha tardado menos de lo que esperaba, mucho menos, y va tan guapo... ¡ains! Este hombre no necesita apenas nada para que su hermosura natural salga a relucir. Se ha puesto un pantalón negro parecido al del traje, una camiseta básica del mismo color y una americana gris no muy oscuro. Lleva las gafas en vez de las lentillas, son las que suele ponerse siempre: negras y redondas, parece un Harry Potter *hipster gafapasta*.

—Vaya, vaya, Señor Collins —murmuro sin apartar la mirada de él—. Le quedan muy bien esas gafas. —Le guiño un ojo, acto seguido, él sonrío, medio atontado.

—Si yo le dijera lo bien que le queda ese vestido no saldríamos de casa en todo el día —dice él acercándose a mí.

—¿Y por qué no me lo dices?

—Porque yo tengo que ir al banco y tú has quedado con una amiga. —Me da un beso en la nariz y toma mi mano.

Tiene razón, ambos tenemos cosas que hacer y si nos quedáramos todo el día en casa podría acabar siendo un desastre, o nuestra perdición. Le beso en los labios, no quiero dejar nunca de hacerlo. Vamos hacia la puerta del *parking*, cierra con llave la principal y la intermedia, yo me acerco al coche, espero a que abra las puertas y cuando lo hace me subo.

—¿A dónde te llevo? —me pregunta nada más meterse él.

—Donde me encontraste el otro día.

—Entendido.

Cinco minutos tarde, he llegado cinco minutos tarde por culpa del maldito tráfico, y yo que pensaba que este pueblo era tranquilo... Sí, hasta que a todo el mundo le da por salir a la misma vez que a nosotros, o a mí, porque el otro día cuando fui a buscarle me pasó lo mismo. Detiene el coche en la acera de enfrente de donde está la portería de Beth, baja la música y ambos permanecemos callados durante un par de segundos.

—Esto... gracias por traerme.

—No hay de qué, pequeña, ¿vendrás a comer conmigo y hablamos de la cena?

—Claro —digo acercándome a él, le beso en los labios, y salgo del coche.

Escucho cómo la ventanilla se baja justo cuando cierro la puerta, me doy la vuelta antes de que pase ningún coche, ¿se me olvida algo?

—Natalia —me llama.

—¿Qué? —pregunto confusa.

—Te quiero.

—Y yo a ti, Collins.

Tras eso, cruzo la carretera y voy hacia la entrada al edificio de Beth, llamo varias veces al interfono, pero nadie me atiende, encima que llego cinco minutos tarde aún no ha terminado con el anterior. No sé para qué le pago... Espera, espera, en realidad

casi no le pago, tampoco puedo pedir mucho... Cuando Lucía la conoció hace unos años y me la presentó, nos caímos bien al instante, y gracias a eso es ella la que me trata, sin tener que pagar una burrada. Escucho que alguien coge el interfono, es ella, seguro.

—¿Sí? —dice con su dulce voz.

—Soy yo.

—¿Tú, quién?

—Sabes que soy Natalia, ábreme. —Antes de que cuelgue, escucho cómo suelta una carcajada y entonces me abre.

Empujo la puerta, subo rápidamente a la planta donde vive, me espera en la entrada con los brazos cruzados y el gesto torcido, está molesta, estoy segura de ello.

—Llegas tarde.

—Lo sé... y créeme que lo siento, esta vez no ha tenido nada que ver conmigo, había demasiados coches...

—No me importa, venga pasa. —Me interrumpe.

Hago lo que me dice, entro en la casa, y voy directamente a la sala en la que está la consulta. Ha colgado un cuadro nuevo, en este hay la silueta de un elefante en blanco y negro, solo es la cabeza; se puede distinguir una de las orejas, su enorme trompa y la boca. Me siento en la butaca de siempre, y ella frente a mí.

—¿Cómo ha ido con él? —pregunta yendo directa al grano.

—Muy bien, la verdad.

—¿Algún bajón?

—No —digo orgullosa de mí misma.

Sin apartar la vista de mí, asiente, una sonrisa se dibuja en sus labios, estoy segura de que está tan orgullosa de mí como yo. Es un gran paso el haber podido estar con él, sin que haya pensado en todo lo malo, es lo mejor que podría pasarme en un reencuentro.

—¿Te ha dicho por qué se fue?

—Sí...

—Cuéntame.

—Su hermana Laura tiene cáncer en el cuello del útero, estuvo en Barcelona haciéndose un tratamiento, iba mejorando pero cuando se volvió a Cardiff, todo empeoró, le encontraron otro tumor y se marchó —le resumo.

Asiente, atenta a lo que le explico, pero ya no hay nada más que contar, por lo menos, no hay nada que vaya a interesarle.

—¿Hay algo más que debas contarme?

—No, nada.

Muerde el bolígrafo que llevaba en la mano, se me queda mirando durante unos segundos, pensando en algo, ¿en qué? No lo sé, pero no tardará en decírmelo, o eso espero.

—¿Por qué no le has dicho que venga?

—Porque él no tiene nada que ver aquí, el problema es mío, no nuestro.

—Entiendo... —Apunta algo en un papel y se lo guarda en el bolsillo—. Sabes que te iría bien que viniera a alguna sesión.

—Pero no quiero que lo haga, y no vendrá, ya te lo aseguro yo, además, ahora tenía que ir al trabajo un momento.

Estira el brazo y coge un vaso de agua que tenía en la mesita que hay al lado de su butaca. Le da un largo trago, tanto que se lo termina.

—Bueno, eres tú la que elige si viene o no, tranquila, no voy a llamarlo ni nada por el estilo.

—Pues solo te faltaba eso, porque entre tú y Lucía, estáis que parecéis detectives, y eso no me gusta nada. De ella puedo esperármelo, se preocupa, es mi «hermana», tú eres mi amiga y mi psicóloga, nada más —digo, algo alterada.

—Lo sé, Natalia, pero entiende que solo quiero ayudarte.

—Bien, puedes ayudarme, no controlarme.

—Tampoco lo pretendo.

—No sé yo. —Frunzo el ceño al mirarla.

Se pasa las manos, por la cara y luego por el pelo, peinándose, colocando uno de los mechones que se le escapan del moño tras la oreja.

—Te he estado llamando simplemente para cambiar la hora, sabía dónde y con quién estabas porque cuando he llamado a Lucía me lo ha explicado, para tranquilizarme.

—Espero que solo fuera por eso.

—¿Qué sientes por él?

—Ya lo sabes...

—¿Te ha dicho que te quiere? ¿Cómo fue anoche?

Poco a poco y con calma, voy explicándole cómo fue la cena, lo que vi nada más entrar en el jardín, fue maravilloso; también le explico de lo que hablamos, la manera en que me habló de su hermana, de su abuela, sus padres... bueno menos la parte amorosa, no es de su incumbencia, solo nuestra. Una hora después, ya está todo listo.

—Bueno, Natalia, te espero la semana que viene, cualquier cosa ya sabes...

—Te llamo, lo sé.

Vamos a la salida, pero antes de irme le doy un fuerte abrazo.

—Oye, siento haber estado a la defensiva.

—Tranquila, es normal, a nadie nos gusta que nos controlen. —Me guiña un ojo y me da un beso en la mejilla.

—Gracias.

Cuando salgo de casa de Beth, me voy directamente al mercado, allí tienen la mejor carne de todo el pueblo. No es la primera vez que compro solomillo y el que tienen allí está buenísimo. Aparte de la carne, en el mismo sitio compro queso de cabra,

jamón serrano y algo más. Tras eso, me voy corriendo a casa, meto el solomillo en un *tupper* de cristal con ajos, aceite y orégano, para que coja sabor para la noche. ¡Mierda! Se me ha olvidado comprar calabacín, sin eso no podemos hacer la otra parte de la cena. Mi teléfono empieza a sonar y tengo las manos llenas de aceite, especias y demás. Me las lavo rápidamente en el fregadero, rebusco en el bolso a ver si lo encuentro, pero no hay manera, voy a comprarme uno más pequeño porque de aquí seguro que soy capaz de sacar hasta un gatito. Deja de sonar y es entonces cuando lo encuentro; últimamente me pasa siempre lo mismo, cada vez estoy más cansada. Hace algo más de media hora que he llegado a casa y todavía llevo la ropa del día anterior, ni me he duchado. Miro la pantalla y veo que era Collins quien me llamaba y no Lucía, pero bueno... Busco su número y le doy a llamar, a ver qué es lo que quiere.

—Hola, pequeña.

—Dime, ¿qué pasa?

—Tengo una mala noticia... —murmura.

—¿Ha pasado algo?

—Tengo que quedarme en el trabajo hasta esta tarde, no podemos comer juntos...

Una parte de mí se alegra de que así sea, por lo menos tendré algo más de tiempo para prepararme, ducharme, descansar y acabar de preparar la cena. Lo llevaré todo prácticamente hecho para que así solo tengamos que cocinarlo al fuego, preparar la mesa y ya está. Como tampoco sé a qué hora estará él listo...

—He pensado que si quieres te puedo pasar a buscar cuando salga del trabajo.

—¿Más o menos a qué hora sería? Es para tener las cosas listas.

—¿«Las cosas»?

—Sí, la cena, ya lo he comprado todo.

—Vaya... me sabe fatal, Natalia.

—¿El qué?

—Que lo hayas tenido que pagar tú.

—No pasa nada, no me dejas invitarte a comer, así que... ¡para una vez que puedo!

—Bueno...

Escucho que una mujer le habla al otro lado del teléfono, ¿quién será? Mis nervios se ponen alerta nada más escucharla.

—Oye, cielo, Julia necesita que mire unos archivos, te paso a buscar a las seis como muy tarde.

—Perfecto.

Pues nada, parece que esa «arpía» necesita que Collins esté con ella. Suelto un soplido, no me hace ninguna gracia esa *Barbie* vieja con el pelo de estropajo.

—Te quiero, Nati.

—Y yo a ti, pequeño, ve con cuidado.

Al colgar, siento algo malo empezando a crearse en mí, esos nervios que tenía

antes ahora se han convertido en las ganas que tenía de dejar calva a Laura. Cojo aire, lo suelto poco a poco, tengo que relajarme, así no voy a conseguir nada. Guardo todas las cosas en la nevera, no lo había colocado, se me había pasado. Vale, ¿qué queda ahora? Tengo que ducharme, hacer la comida para Lucía, llamarla para decirle que se venga a cenar esta noche a casa de Collins, recoger la casa, limpiar y descansar un poco antes de que sean las seis. ¡En marcha!

Me deshago del vestido, dejo que caiga al suelo, voy al baño, miro el cesto de la ropa sucia y cojo la más oscura, pondré una lavadora mientras voy a ducharme. Cuando lo meto todo, me quito la ropa interior, y la introduzco también. Pongo el jabón y el suavizante, me vuelvo al baño y me meto directamente en la ducha. Quito la goma que me sujetaba el pelo, lo dejo suelto, abro el agua y dejo que caiga por todo mi cuerpo. Necesitaba esta ducha después de haberme pasado toda la noche con Collins, era necesaria. Cuando termino, me seco el pelo con la toalla, me pongo el pijama, vuelvo a la cocina, tiendo la ropa mojada en la terraza y cojo el teléfono.

—Dime, preciosa —dice Lucía al otro lado del teléfono.

—Hola, guapa, para comer hay hamburguesas, ¿quieres patatas fritas?

—Como tú quieras, yo por mi sí.

—¡Entendido! —afirmo con energía—. Oye...

—¿Qué pasa?

—Collins nos invita a cenar en su casa esta noche con Laura, para que nos conozcamos mejor y esas cosas...

—¡Oh! ¡Perfecto!

—Compórtate.

—Señora, sí, señora.

No puedo evitar reírme, esta mujer siempre lo consigue, está como una cabra, igual que yo, y eso me encanta, si no lo estuviera no seríamos tan inseparables.

—No tardes en llegar, la comida estará sobre las dos y media.

—Muy bien.

—Bueno, voy a seguir recogiendo porque tú te has estado tocando la barriga y no has hecho nada en casa.

—Vale —dice alargando la primera vocal.

Llamar a Lucía: hecho. Poner la lavadora y tender la ropa: hecho. Limpiar...: casi hecho. Ahora queda hacer la comida, mirar qué me pongo esta noche, comer y a descansar un poco, para no acabar muriendo durante la cena.

Capítulo 21

Después de comer, me acuesto un rato en el sofá, necesito descansar un poco, no puede ser que haya dormido tan mal. Lucía se ha encargado de recoger todo lo que he utilizado para hacer la comida y hemos ensuciado las dos. Media hora después, no puedo seguir durmiendo, son solo las cuatro y media, pero no soy capaz de conciliar el sueño, estoy nerviosa, aunque por lo menos, he podido descansar un poco.

—Oye...

—Dime —susurro, con los ojos cerrados.

—¿Cómo es que me ha invitado a ir?

—Bueno, supongo que también tiene ganas de saber más de ti.

—Eso está bien, además así podré amenazarle formalmente.

—No te pases, ¿eh?

—Tranquila —dice alargando la primera vocal.

Escucho cómo suelta una carcajada, se deja caer en el hueco que le he guardado en el sofá, coge mis piernas y las pone por encima de las suyas.

—Collins me cae bien...

¡Pues qué bien! ¿No? La verdad es que me alegro de que así sea, como «hermana» mía, debe de entender que ahora estoy con él, porque lo estoy ¿no? Creo que sí, aún no me lo ha pedido, aunque tampoco creo que haga falta, ¿o sí? ¡Vaya lío! Si es que cuando me da por pensar me acabo volviendo loca.

—¿En qué piensas?

—Pues no lo sé bien, porque siempre acabo yéndome por las ramas.

—Lo sé, te entiendo, a mí me pasa igual.

Me mira con cara rara y tras eso empieza a reírse.

—¡Oye! ¡No te rías!

Cojo uno de los cojines y le doy con él en toda la cara. Suelta un leve quejido pero luego sigue riendo, como si fuera una auténtica loca. Niego un par de veces con la cabeza y tras eso es ella quien me golpea a mí.

—¡Ah! ¡Que me haces daño, burra! —Me paso la mano por la cara, me ha dado con la parte en la que está el botón.

—¿Estás bien? —dice preocupada.

—No, me has hecho daño —murmuro, intentando parecer enfadada.

En realidad, apenas me duele, ha sido un golpe tonto, pero nada comparado con el que se va a dar ella ahora. Con el pie aparto la mesita que hay frente al sofá, dejando el espacio suficiente para que se caiga al suelo cuando la empuje y que no se haga daño. Se pone de rodillas sobre el cojín, se acerca a mí para mirarme la zona donde me ha dado, y cuando está en el sitio correcto, le doy un empujón haciendo que caiga.

—¡Já! ¡Por lista!

—No sabes con quién te estás enfrentando.

—Y tanto que sí, nena, nos conocemos demasiado bien.

—¿Ah, sí?

Asiento, y cuando va a darme con el cojín otra vez, pongo el brazo en medio, será que no la conozco. Lo que no esperaba es que me diera por el otro lado con el que tenía yo preparado. ¡Será mala! Me da varias veces, hasta que le quito uno de ellos, y soy yo quien le da.

—¡Vale, vale! —grita cuando me tiro encima de ella.

—¿Te rindes?

—Sí, sí, me rindo.

Después de un buen rato haciendo el tonto las dos en el sofá, hablando de nuestras cosas, criticando a ciertas personas, y riéndonos como solo podemos hacer cuando estamos juntas; me doy otra ducha. Necesito acabar de despejarme, esto de haber estado desde que hemos acabado de comer en el sofá, solo ha hecho que esté atontada. Al salir de la ducha, me limpio la cara, cojo el estuche de maquillaje y saco todo lo que voy a necesitar. Durante un momento, me quedo pensando como una tonta, embobada, ¿cómo me pinto? No tengo ganas de hacerlo, me da bastante pereza, pero bueno, aunque sea un poco. Me pongo antiojeras, un poco de base fluida, polvos para fijar, un poco de sombra marrón al final del párpado superior, lápiz negro por la línea de agua, y rímel. Marchando, no necesito más, un toque sencillo, natural y elegante. ¿Elegante? ¿Para qué quiero ser elegante? Me recojo el pelo, el vapor del agua que aún esta en el ambiente hace que me acalore.

Salgo del baño y voy a mi habitación. Es imposible que esto salga bien... Miro el armario, cojo un mono negro de tirantes con algunas florecillas rojas pintadas en él con un poco de encaje en la parte inferior. Lo dejo sobre la cama, bien estirado, ahora toca buscar unas sandalias que me queden bien. ¡Tanto pensar para una simple cena! Sí, simple, pero vas a conocer formalmente a la hermana del que es tu supuesto novio, ¿novio? ¡Madre mía! ¡Collins es mi novio! Creo que de pequeña me di un golpe en la cabeza, sino no sé por qué hay veces que voy con efecto retardado. Suelto un soplido, miro el zapatero y saco unas sandalias negras de piel con un poco de brillante, parecen de charol. Llevan una tira metálica en el centro y varias de piel que rodean mi pie, es de tacón no muy alto, algo ancho, lo que hace que pueda caminar como una persona normal y no como una contorsionista que intenta no caerse. Me acerco al sifonier y saco un conjunto de ropa interior bastante sencillo, negro con un poco de encaje, me encanta.

Cuando ya estoy vestida miro el teléfono, son las seis menos cuarto, quedan quince minutos para que llegue Collins con el coche. Recojo la ropa que tengo por medio, hasta que entra Lucía.

—Oye, ¿esta noche te quedarás en casa de Collins a dormir?

—Puede ser, ¿por qué?

—Me ha llamado Marc.

Alzo las cejas, así que le ha llamado Marc, y lo que quiere es tener la casa para ella sola, seguro. Me jugaría un brazo a que tengo toda la razón. Desvía la mirada al ver cómo la observo, suelta un soprido y asiente.

—Sí, viene Marc, me ha dicho de ir a tomar algo después de cenar y bueno...

—Tranquila, me quedo con Collins. —Le guiño un ojo y me acerco a ella—. Pero que le quede bien claro a ese hombretón que tú eres mía, solo mía.

Empieza a reírse, suelta un soprido, asiente y me abraza. La una por la otra, siempre juntas, hasta que la muerte nos separe. Era así, ¿no? Ah, no, eso es cuando uno se casa, pero bueno, como si lo estuviéramos. Creo que no nos podremos separar nunca, no podría vivir sin ella. Le doy un beso en la mejilla y sonrío.

—Esta noche le dejaré bien clarito a Collins lo mismo, y si hace falta te compro una pulsera con mi nombre para que te la pongas.

—Vale —digo medio desafiándola, si es que a eso se le puede desafiar.

—¿«Vale»?

—Sí, vale.

—¡Uh! Ya verás, ya. —Entonces me mira de arriba abajo—. ¿Pero qué haces así? ¿Es que quieres provocarme?

Alzo una de mis cejas, le guiño un ojo y sonrío. Me acerco a ella, y le paso una pierna por encima.

—Claro, nena, te estaba esperando.

Me coge por la cadera, hace que de varios pasos hacia atrás hasta que ambas caemos en la cama y nos echamos a reír. Me abrazo a ella, no hay nadie igual.

—Te quiero, «hermanita».

—Y yo a ti.

De un salto, me levanto de la cama, acabo de escuchar el timbre: Collins está abajo. ¿O arriba? ¡No sé cuál ha sonado! Lucía también se levanta, con los ojos abiertos, muy abiertos, y solo se le ocurre decir:

—¡Mierda, nos ha pillado!

—Anda calla y ve a abrir mientras yo me visto.

Sale de la habitación y cierra, mientras yo me acabo de poner el mono, todavía estoy en ropa interior. Me visto rápidamente, lo guardo todo, cuando empiezo a ponerme las sandalias, aparece él por la puerta.

—Hola, pequeña.

—Hola —contesto embobada, mirándole.

—Eh, Collins, sal de ahí. —Escucho que le grita Lucía desde el comedor—. ¡Que es mía!

Se da la vuelta para poder mirarla, y es entonces cuando entra ella también. Al lado de él parece un peluche, ¡es tan pequeñita!, le saca por lo menos tres cabezas, y eso que Collins tampoco es que sea un jugador de básquet. Termino de calzarme los

zapatos, me pongo en pie, paso entre los dos y salgo al comedor.

—Estaos quietos.

Collins viene detrás de mí como si fuera un cachorro con su madre, mientras voy hacia la cocina, se pega a mi espalda y me besa el hombro desnudo. Tras eso, me da la vuelta y me da un beso en los labios con dulzura, mientras Lucía nos mira.

—¡Quieres dejar de mirar! —digo muerta de la vergüenza.

—¿Por qué? —pregunta en voz alta, alargando la «e».

—Porque no me gusta, ¿puede ser?

—Vale —murmura, enfadada.

Saco de la nevera lo que he preparado, lo meto todo en una bolsa, y es cuando me acuerdo de que no he comprado el calabacín. ¡Mierda! Suelto un soplido, cojo la máquina para cortarlo, lo meto en otra bolsa, y en la primera guardo el queso de cabra y el jamón. Aún faltan los tomates *cherry*, así que antes de ir a su casa tendremos que ir a comprarlos, sino no se puede hacer.

—Oye, tenemos que ir a comprar...

—¿El qué?

—Tomate y calabacín.

—Al lado de casa hay una frutería, así que tranquila.

Asiento algo nerviosa, ¿y si no hay? ¿En qué frutería no hay calabacín y tomate? ¿Estás loca? No, claro que no, bueno, tal vez sí.

—Bueno, Lucía, nos vamos —le digo—. A las nueve en su casa.

—¡Perfecto!

—Pero si no sabes dónde está...

—He quedado con Laura, para ir las dos.

Abro la boca, y creo que la mandíbula se me descoloca, estoy alucinando. ¿Ha dicho de verdad que ha «quedado con Laura»? Esta chica no tiene remedio, no se puede estar quieta, siempre tiene que meter las narices donde no la llaman.

—Ya te vale —murmuro.

—¿Por qué?

—Ya hablaremos tú y yo.

Entrecierro los ojos cuando la miro, esto se le está yendo de las manos. No es más chafardera porque no puede, siempre quiere saberlo todo y hasta que no lo sabe no se está quieta. Cojo las bolsas para irnos, pero Collins me las quita de las manos. Yo puedo sola, pero bueno... Voy al recibidor, me cuelgo el bolso del hombro, rebusco en su interior, saco las llaves y le lanzo una mirada a él para que salga de casa.

—Nos vemos luego, nena.

—Hasta luego —respondo sin muchas ganas.

Nada más cerrar, llama al ascensor mientras voy tras él.

—¿Estás bien?

—Me da rabia que sea así, ¿por qué tiene que hablar ella con Laura para ir a tu casa juntas? Es que simplemente no lo entiendo.

—Bueno, no te preocupes, solo ha pensado que podía ir con ella para que no tuvieras que venir tú a buscarla.

—No sé.

Busco con la mirada el coche, pero no lo veo por ningún lado, a lo mejor ha venido andando. Mejor, así podremos ir dando un paseo hasta casa, aunque no con tanta parsimonia como creía; y comprar lo que a mí se me ha olvidado. Esto de ir siempre con prisas es horroroso.

—¿A dónde vamos?

—A esa frutería de ahí. —Señala una que no está muy lejos.

Se pasa las bolsas que sujeta con las dos manos a una sola, me coge una de las mías y hace que nuestros dedos se entrelacen los unos con los otros. Bajo la vista y miro cómo se unen, igual que lo están haciendo nuestras vidas, que, poco a poco, van uniéndose en una. Giro un poco la cabeza, me observa, siento que mis mejillas empiezan a arder.

Después de comprar lo que necesitamos, vamos directamente a su casa, nada de entretenerse; tenemos cosas que hacer. En cuanto entramos, dejo el bolso sobre la isleta de mármol, luego ya lo pondré en el sitio en el que le corresponde. Collins deja las bolsas con la comida junto a la nevera. Su teléfono empieza a sonar, lo levanta y sube a la habitación, ¿qué es tan importante como para que no pueda escucharlo? Hago una mueca, no lo entiendo... Voy tan rápido como puedo para que la comida no se estropee. La meto toda en la nevera hasta que él desaparece por las escaleras. Me lavo las manos, las seco, y me quedo mirando los armarios de la cocina, ¿dónde estarán los platos? Abro uno, pero no están, en el segundo tampoco, y es en el tercero en el que los encuentro. Saco un par, los dejo sobre la encimera, cojo la máquina que uso para cortar la verdura en finas láminas, la coloco encima del primer plato, cojo el calabacín, regulo la anchura que queda entre la cuchilla y la base, y empiezo a hacerlo en finas laminillas con un poco más de grosor que el filo de un cuchillo. Están quedando perfectas, tan delgadas como necesito. Las voy dejando en el plato que he sacado, una encima de la otra, hasta que tengo dieciséis piezas, ya que para cada uno de los montaditos se necesitan dos. Cuando he terminado de cortarlo, desmonto la máquina y la limpio, entonces, sin querer, me hago un pequeño corte en la palma de la mano. No puedo evitar soltar un quejido, se me cae todo en el fregadero, haciendo un estruendoso ruido.

—Natalia, ¿estás bien? —Oigo que me dice Collins, a la vez que baja por las escaleras, debe de haberle alertado el golpetazo.

—Sí... sí, estoy bien.

—Deja que te ayude.

Se acerca tras mi espalda, coge un montón de papel, enciende el grifo y limpia la herida poco a poco. Luego la seca con delicadeza, para no hacerme daño, presiona con cuidado, intentando cortar el sangrado. Siento que las piernas empiezan a flojearme, apenas tengo fuerza para aguantarme, ¡maldita sangre! Me cojo a él como

puedo, y cuando se da cuenta de lo que ocurre, pasa uno de sus brazos por debajo de mis rodillas, me coge en volandas y me lleva al sofá.

—Cielo —dice pasándome la mano por el pelo.

—Estoy bien, tranquilo —murmuro algo débil.

—¿Qué te pasa? —Está asustado, tiene el teléfono en la mano, y alguien habla al otro lado. Se lo lleva a la oreja y dice—: Marcos, te llamo luego.

Así que estaba hablando con un hombre... ¿quién será este tal Marcos? Lo que no entiendo es por qué estoy pensando en esto ahora que apenas tengo fuerza.

—Tengo fobia a la sangre, cuando la veo me mareo —le resumo en voz baja.

Al cabo de media hora estoy algo mejor, el mal estar se me ha pasado casi por completo, Collins se ha pasado todo el rato conmigo, pendiente de si necesitaba alguna cosa. Me ha hecho limonada con azúcar para que fuera reponiéndome rápidamente.

—¿Qué haces de pie? —pregunta al verme aparecer tras su espalda.

—Ya estoy bien, tranquilo, puedo seguir.

Hace una mueca, me mira la mano vendada y abre un cajón, de este saca un guante de látex blanco, igual que los que tienen los médicos. Me lo da, coge una goma del pelo negra que había en el cuenco de las llaves, y lo pone alrededor de mi muñeca, apretándola, para que el agua no moje la venda.

—¿Qué hay que hacer? —dice deshaciéndose de la chaqueta, y dejándola colgada en el perchero.

—Hay que cortar el queso de cabra en rodajas de un centímetro de ancho y también hay que sacar el jamón.

Asiente, se da la vuelta y lo saca todo de la nevera, incluido el calabacín cortado, que lo había guardado en ella para que no se estropeará. En el mismo plato en el que está el calabacín, empiezo a montarlos, hago una cruz con dos tiras de verdura, así hasta tres, mientras Collins empieza a cortar el queso. Lo pongo en medio de cada uno de los montaditos, hasta que están todos preparados. Encima del queso pongo un poco de jamón, lo cierro, y le doy la vuelta al montadito para que se quede sellado. Hago lo mismo con el resto, los dejo bien puestos y los meto en la nevera, ya está no hay nada más que hacer.

—¿Sabes a qué hora vendrán?

—Pues...

Saca el teléfono, para ver qué hora es, hace una mueca, alza la vista y me mira.

—Creo que en una hora como muy tarde, a mi hermana le gusta cenar pronto, así que supongo que sobre las ocho y media estarán por aquí.

—Son las siete y media... —murmuro.

—Así es.

Ya está todo preparado, voy al sofá, me quito los zapatos, cojo el mando de la

televisión y como si fuera mi casa, la enciendo. Miro a Collins desde donde me encuentro, está pasmado, pero... ¿por qué?

—¿Pasa algo?

—Nada, me gusta la libertad con la que te has quitado los zapatos y te has tirado al sofá... No sé.

Va dando algunos pasos hasta que llega al sofá, sus ojos brillan de emoción, una que no acabo de entender, supongo que le gusta ver que esto va hacia delante, porque así es, ¿no?

—No sabes cuánto me alegra tenerte aquí.

—¿Por qué?

Se sienta conmigo en el sofá, coge una de mis manos, se la lleva a la boca la besa con dulzura, cierra los ojos y sonrío con ellos cerrados.

—Porque cada vez estoy más enamorado de ti.

Me pongo de rodillas en el sofá, y lentamente me voy acercando a él, aún no ve, tampoco quiero que lo haga, cuando va a abrirlos, le pongo la mano encima para que no mire, me siento sobre su regazo y le beso con suavidad en los labios, con delicadeza, y mimo.

—Yo también, y no tengo ni idea de por qué —susurro contra su boca.

No tardan en llegar, Collins tenía razón, son las ocho y media, el timbre empieza a sonar, varias veces. Esa, seguro que es Lucía, no creo que Laura llame así al timbre de su hermano. El jardín ya está preparado, las antorchas encendidas, la mesa puesta, y todo está a punto para acabar de hacer la cena. Voy corriendo hacia la puerta, para no parecer una loca me detengo justo antes de abrir, me estiro el vestido, cojo aire, miro por la mirilla, y abro.

—Buenas noches —saluda Laura.

—Hola —digo con dulzura.

Me abrazo a ella, y por primera vez tengo ganas de pedirle perdón por todo lo que he dicho de ella, por lo que he pensado, y por cómo la he tratado, no he sido buena, no me he portado bien. Suelto un suspiro, abro los ojos y me encuentro con los de Lucía, que rujen con fuerza, está celosa, pero no lo admitirá a no ser que estemos las dos solas. Cuando la suelto, voy a por ella, y le doy un beso en la mejilla.

—Siempre seré tuya. —Le guiño un ojo y veo que sonrío.

Una sonora carcajada se le escapa, me da otro beso, entra en la casa, y se queda pasmada al ver el enorme salón y cocina que tiene Collins. Parece que incluso se le vaya a caer la baba cuando se da cuenta de la superestantería que hay junto a la mesa grande, le ha pasado como a mí, se ha enamorado a primera vista.

—Te acabas de enamorar, ¿verdad?

—Y tanto —susurra sin apartar la mirada de ella.

Empiezo a reírme, entonces Laura se da la vuelta para mirar qué es lo que pasa,

su hermano tampoco puede evitar mirarnos. Me voy hacia ellos, tengo que acabar de preparar la cena. Pongo la sartén al fuego, en la que haré los calabacines, la carne ya está casi hecha, y Lucía y Laura están salivando por culpa del olor que hay por todo el comedor, es delicioso.

—¿Qué hay para cenar? —me pregunta Laura, con su dulce voz.

—Solomillo a la plancha sazonado y unos montaditos de calabacín rellenos de queso de cabra y jamón serrano, espero que te guste.

—Tiene una pinta impresionante, sobre todo el solomillo.

—La verdad es que iba a hacerle una salsa de miel y mostaza pero al final no hemos podido.

Clava su mirada clara en la comida, en cómo chisporrotea el solomillo cada vez que le doy la vuelta.

—¿Qué te ha pasado en la mano?

—Me he hecho un cortecito, y bueno, suerte que estaba tu hermano, si no me habría dado algo.

Sonríe sin decir nada más, la verdad es que es un cielo, tanto ella como él, no sé qué habría pasado si no hubiera estado Collins conmigo.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro, adelante.

—¿De verdad creías que podíamos estar saliendo? —Se aguanta la risa.

—Sí, me volví paranoica, pensaba que estaba jugando con las dos... Tengo demasiada imaginación.

Me mira con detenimiento y pasa un brazo por encima de mis hombros y me abraza, cada vez me cae mejor, aunque no sé muy bien de qué hablar con ella. La verdad es que le debo mucho, si no hubiera sido porque vino a hablar conmigo ahora mismo no estaría aquí con el hombre al que quiero, y enamorada hasta las trancas. Espera, espera, ¿eso lo he pensado yo? Y tanto que sí, lo estoy, me vuelve loca, quiero a Collins como nunca he querido a nadie, bueno... o eso creo. Una leve sonrisa se dibuja en mis labios pensando en él, hasta que siento cómo sus manos se posan en mi cintura.

—¿Cómo va? —me pregunta.

—Mejor os dejo solos —dice Laura guiñándome un ojo.

Sin que Collins me escuche, le doy las gracias, casi gesticulando, y me quedo mirándola, lleva un vestido blanco de palabra de honor, con un cinturón algo más oscuro, es largo casi le llega a los pies, pero como lleva tacones apenas se le nota, a penas se ha peinado, algo de agua y ya está, al tener el pelo corto es todo más fácil. Se ha hecho un leve ahumado de marrones y negro que hace que sus ojos se resalten, en los labios lleva un sutil pintalabios rosa que le queda precioso. Collins hace que gire sobre mis talones y dé media vuelta, sube las manos que tenía abajo y las coloca en mis mejillas, sonrío, me besa y tras eso, como si nada hubiera ocurrido, le da la vuelta a los calabacines.

Cuando veo que la carne ya está y la gran mayoría de montaditos también, saco cuatro platos del armario, le pido a Lucía que saque la bebida, y al ver que es vino abre los ojos como platos, no suele beber eso, solo Coca-Cola, Trina o agua. Con un movimiento de cabeza le digo que mire hacia el otro lado, entonces ve la jarra de agua fría. Lo coge todo; yo pongo la carne en el plato y dejo que Collins termine de hacer la verdura. Llevamos todo a la mesa, Laura se sienta, Lucía lo hace a su lado, dejándonos a nosotros justo enfrente.

—Tengo un hambre —dice mi «hermanita».

—Yo también —admite Laura.

—Pues ni os imagináis el que tengo yo... ¡Madre mía, todo el rato oliendo la carne!

Por detrás de mí aparece él, con la carne en una bandeja y la salsa que se ha hecho con su propio jugo por encima. Lo deja en el centro de la mesa, descorcha el vino y nos sirve un poco a todos, menos a Lucía, que le dice que no con la mano.

—Espero que os guste lo que hemos preparado.

—En realidad lo has preparado tú, pequeña —aclara él.

—Bueno... tú me has ayudado.

—Si es que sois más monos... —casi grita Lucía, alzando los brazos—. Por cierto, estiradillo, vaya casa tienes..., ya me gustaría a mí tener este superjardín.

La mira, suelta una carcajada, le da un trago al vino y sonríe.

—Gracias, supongo.

Cada vez que habla me doy cuenta de que su deje británico es más visible, y la verdad es que me encanta, pasa lo mismo con Laura, al principio no se lo noté, apenas hablaba pero ahora, cada vez que abre la boca lo percibo más.

—De nada —dice con una sonrisa.

—No le llames estiradillo —le riño.

—Vale —murmura alargando la primera vocal.

Después de la cena, hablamos tranquilamente, terminamos de tomarnos el vino, y Laura saca el postre, unos maravillosos pastelitos algunos de frutos rojos, otros de plátano, y los últimos de ron y vainilla, todos pequeñitos, pero suficientemente grandes como para poder saborearlos.

—Son típicos de Cardiff, me gustaría que los probaras. —Estira los brazos para acercarme el plato, cojo uno de los de frutos rojos y le doy un bocado.

¡Madre mía! En esta familia son todos unos cocinitas, es impresionante lo bueno que está esto, sabe dulce pero no en exceso, lo suficiente para que contraste con el ligero toque salado de la crujiente masa.

—Está buenísimo, Laura.

—Los hace ella misma —contesta Collins.

—Pues eres toda una artista, como tu hermano.

Se miran entre ellos y puedo ver algo especial, muy especial; la relación que hay entre ellos es única, más fuerte que la distancia o el pasado.

Capítulo 21

Nada más abrir los ojos, una alarma empieza a sonar en mi cabeza, ¿qué hora es? Alargo el brazo, cojo el móvil, y enciendo la pantalla, son ya las nueve y media, a las diez tiene que estar el *Jubilee* abierto como muy tarde, ya que normalmente abrimos a las nueve, y Lucía no creo que esté en condiciones de ir. De un salto me levanto de la cama, me doy la vuelta, no puedo evitar sonreír al ver a Collins dormir como un adorable angelito. Cojo mi ropa, rápidamente voy al baño, me lavo la cara, me paso las manos por el pelo, lo peino un poco y acabo recogéndolo en un moño. Mierda... Debería haberme traído algo de ropa para poder ir a trabajar, no puedo ir con el vestido. Tomo aire e intento calmarme, ya está, no pasa nada... Bajo al comedor, y me encuentro encima de una de las sillas de la gran mesa una bolsa de color verde, ¿qué es eso? La abro y dentro hay unos pantalones tejanos con una nota. La desdoble y es de Lucía:

«Como sabía que te ibas a quedar te he traído unos pantalones».

¡Ya claro! ¿Y qué camiseta me pongo? ¡Agh! Ahora mismo tengo un colapso mental bastante grande. Tengo que irme pero no tengo ropa que ponerme, necesito que Collins se despierte y me deje algo, tal vez una camiseta suya me pueda servir, o tal vez no. Saco los pantalones, me los pongo, y guardo el vestido en la bolsa de tela en los que venían. Me siento en uno de los taburetes de la cocina, pienso qué hacer, porque al final me dará algo. Escucho que la puerta de la habitación se abre, poco a poco anda por el pasillo, va al baño y tras eso baja al comedor.

—Buenos días, pequeña.

—Sí que te has levantado pronto, ¿no?

—Tengo que hacer unas gestiones en el banco, debería estar ya allí... —murmura pasándose las manos por su terso pecho.

—Yo también tendría que estar ya en el *Jubilee*.

Se toma un vaso de agua fría de la nevera, viene a por mí y me besa con dulzura.

—¿Nos vestimos, vamos al *Jubilee*, y me preparas un café? —pregunta.

—Claro —digo con una sonrisa—. Pero hay un problemilla...

—¿Qué pasa?

—No tengo camiseta.

Hace una mueca, pero no tarda en sonreír.

—No pasa nada, ahora miramos a ver que te puede servir, me parece que hay algo de Laura en la habitación de invitados.

Durante un momento, me quedo pensando, por eso había salido del baño el otro

día a buscar el secador, ¡es de Laura! Sube a la planta de arriba, cojo la ropa que llevaba antes y el vestido y voy tras él, a ver qué es lo que me da. Entra en su habitación, empieza a rebuscar en el sifonier, saca una camiseta pequeña negra, es de chico, ¿era suya? No creo que eso le quepa ahora... La deja sobre la cama, va a la habitación de invitados, y yo tras él como un cachorro perdido, mira dentro del armario empotrado que hay junto a la cama, coge un par, casi de la misma medida que la otra que ha dejado en la cama, estas son una blanca y la otra gris con un dibujo de un enorme lobo, preciosa. No puedo evitar quedarme embobada, es muy bonita, a mi las camisetas con estampado no suelen gustarme, pero las que llevan animales como los lobos, zorros, o leones, acaban robándome el sentido.

—Es muy chula.

—No creo que a Laura le importe que te la pongas.

—Gracias...

Me la tiende, la cojo, voy a su habitación, doblo el vestido, lo pongo encima de la silla en la que estaba puesto antes, me quito la camiseta que uso para dormir, y me pongo la que me ha dado. No sé cómo me queda, no es grande, pero tampoco me queda estrecha, espero no parecer un lomo embuchado.

—Te queda genial —asegura Collins cuando me doy la vuelta.

Estiro las sábanas de la cama mientras él se da una ducha rápida, coloco las almohadas, los cojines cada uno en su sitio adornándola, está perfecta, es más fácil de hacer que la mía, y eso que tampoco tiene mucho misterio, aunque a Lucía le parece todo un desafío, o eso, o no la hace porque es una vaga.

Diez minutos después estamos saliendo por la puerta, me acerco al coche pero desde la primera puerta, me silba para que no lo haga. ¿Vamos a ir andando? Abre un pequeño armario que hay en la entrada, de él saca dos cascos: iremos en moto. Sonríe como un niño travieso, me da el casco y va hacia la moto. Voy tras él, veo que coge el mando de la puerta del *parking*, la abre, va sacándola poco a poco mientras salgo a su lado. Me pongo el casco y cuando ya la tiene arrancada, me subo detrás de él. Me quedo mirándole de lado, lleva un traje de un color extraño, entre gris y marrón claro, una camisa blanca a medio abotonar, y una cartera de piel marrón; nunca antes la había visto. Cierra la puerta con el mando, sin esperar a que se cierre, le da gas a la moto y nos vamos. Pasamos junto a los coches, adelantándolos como si nada mientras los conductores se nos quedan mirando, pasmados. Veo a Beth entrando en su portería, quiero saludarla, pero ella no se dará ni cuenta si lo hago, así que... ¿para qué? Cuando llegamos al *Jubilee*, veo que apenas hay gente, aunque suerte que está Joel atendiéndolos.

—¡Ya era hora!

—Lo siento, me he dormido.

Entro en el cuartillo, cuelgo el bolso en el ropero, me pongo mi mandil, miro si está todo dentro, y salgo corriendo a ayudarle.

—Ya estoy, ¿qué te preparo?

—Lo primero es que vayas a atender a tu novio —dice mirando a Collins con los ojos entrecerrados.

—No es mi novio —murmuro.

Me doy la vuelta y me encuentro con la mirada de Collins, la tiene fija en mí, ¿lo habrá escuchado? Espero que no, ahora mismo no tengo tiempo de discutir si realmente somos pareja o no.

—¿Café solo?

—Sí, por favor.

Se lo preparo tan rápido como puedo, lo pongo en un vaso para llevar, dejo que se eche los azucarillos que quiera, me deja el dinero encima de la barra, y antes de que se vaya, me recuesto sobre la barra y le beso en los labios. Cuando está poniéndose el casco, cojo un par cruasanes los meto en una bolsa de papel, y voy a llevárselos.

—¿Hablamos luego? —le pregunto.

—Claro.

Ahora es él quien me besa, se guarda los cruasanes y el café bajo el sillín de la moto, me vuelve a besar, y se marcha. Sin decir nada más. Entro al *Jubilee* de nuevo, con cara de tonta. Joel me mira de manera extraña, parece algo molesto, pero no sé por qué, tal vez sea porque he llegado tarde.

—¿En qué te ayudo?

—Hazme dos cafés con leche y uno solo.

Cuando el lavavajillas termina, saca la bandeja, empieza a colocar las tazas y los platos en su sitio, amontonándolos, deja tres sobre la barra. Preparo lo que me ha pedido, lo dejo en los platos, me giro y ha desaparecido. Una pareja entra en la cafetería, mira la sala y se sienta en una de las mesas. Saco la libretilla y el bolígrafo, salgo de detrás de la barra y voy a ver qué es lo que quieren.

—Buenos días.

—Buenos días —saluda el hombre.

—Lo serán para ti —murmura la mujer, en un tono algo agresivo, sin apartar la mirada del hombre.

Hago una mueca, esto no es que sea muy normal, se habrá levantado con el pie izquierdo...

—¿Qué quieren tomar?

—Un café con leche y otro con leche de soja.

—¿Te he dicho yo que pidas por mí? —le recrimina la mujer.

—Yo...

—¿Tú, qué? —espeta, enfadada.

Me quedo quieta, no digo nada, será mejor que no me meta o acabaré recibiendo yo también, porque madre mía como está esta mujer. No sé qué le habrá pasado, pero viene bien enfadada.

—Tráeme un café con leche normal, dos cruasanes y... ¿tenéis cañas de chocolate? —pregunta fijando los ojos en los míos.

Abro los ojos exageradamente, ¿y ahora qué hago? Estoy por tirarme al suelo y hacerme la muerta, a ver si así no me ataca. Trago saliva, cojo aire, apunto lo que me han pedido, y cuando levanto la vista del papel me vuelvo a encontrar con la de la mujer.

—Eh... tendría que mirárselo.

—Pues si hay me traes una, será para llevar.

Vaya educación, ni un gracias, ni un por favor, la gente cada día se vuelve menos agradecida, ¿qué le costará? Suelto un suspiro, miro a Joel y pongo mala cara, creo que hoy va a ser un día muy largo.

—¿Qué pasa? —me pregunta cuando dejo la libretilla sobre la barra.

—Esa mujer está loca, seguro.

—¿Por qué?

—¿Hay cañas de chocolate? —me dice que no con la cabeza, pero por suerte el otro día compré todo lo necesario para hacer varias bandejas—. Pues será mejor que hagamos antes de que decida marcharse, porque si no ya te digo yo que acaba quemándonos el *Jubilee*.

Una sonora carcajada se escapa del interior de Joel, abro los ojos y le miro haciendo una mueca, no sabe de qué estoy hablando, pero como no haya antes de que se vaya seguro que acabará sabiéndolo.

—Voy a hacerlas.

Entra en el cuartillo mientras yo pongo las tazas bajo los pitorros por los que sale el café, preparo la leche y los platillos, le doy al botón, pongo dos cruasanes en un plato y lo dejo en la bandeja. Echo la leche en las tazas, dejo cuatro azucarillos junto al plato de pastas y me lo llevo todo.

—Aquí tienen —digo cuando lo dejo encima de la mesa.

—Gracias —me responde el hombre con una sonrisa, aunque rápidamente desaparece. Cuando miro a la mujer, veo que le observa como si fuera a degollarlo aquí en medio.

Pongo el plato de cruasanes en medio de los dos, para que cada uno coja uno, pero parece que no tiene que ser así.

—¿Qué te crees que haces? —pregunta de mala manera.

—Lo siento, señora.

—¿Señora? ¿A mí? —Alza la voz desmesuradamente—. ¡¿A mí?!

—No... yo... lo siento.

Y al final he acabado recibiendo. Sí, señor, si esto me pasa por ser educada. La verdad es que la mujer tendrá ya su edad, entre unos cuarenta y cinco y cincuenta años, así que lo más normal es que la llame señora, ¿no? Debería haberme callado y no haber dicho nada, así no habría metido la pata.

—Lo siento, de verdad.

—No pasa nada —contesta el hombre.

—¡Claro que pasa! ¡Me ha llamado «señora»!

Por el rabillo del ojo, veo cómo Joel se acerca a nosotros, algo asustado, aunque yo creo que más que asustado, está alucinando.

—Disculpe a mi compañera, por favor —le pide—. En cuanto tengamos las cañas, yo mismo se la traeré.

La mujer le mira de arriba abajo, atontada, casi se le cae la baba con tan solo verle, hace una mueca, se pasa la lengua por los labios y sonrío.

—Gracias, guapo.

Abro los ojos mucho, ¿a él sí y a mí no? ¡Anda ya! Me coge por el brazo para que me aparte de la mesa, vamos hacia la barra y no puedo evitar decir:

—Esta lo que necesita es un buen polvo.

—Pues sí...

Acabo de recoger lo que hay por en medio, miro como van las cañas de chocolate, están empezando a dorarse, con suerte, antes de que se vaya tendrá la suya, a ver si se la mete en la boca y se atraganta, por mal educada, por lo menos para que así se dé un susto y deje de amargar al pobre hombre, que tiene unas ojeras que le llegan hasta la barbilla. Miro el reloj, no ha pasado ni media hora, el día se me va a hacer interminable.

—¿Cómo fue anoche? —me pregunta cuando salgo a la barra.

—Bien, genial, estuvimos cenando en su casa con su hermana Laura y con Lucía, la próxima vez podríais veniros Nadia y tú, sería genial.

—Sí... genial —dice sin muchas ganas.

—¿Estás bien?

—Sí, Natalia, estoy bien, pero me da rabia que después de tanto tiempo siga sin tener el lugar que me corresponde.

—No te entiendo, Joel...

Hace una mueca de tristeza, algo no va bien, me acerco a él, tenemos que hablar, no puede ser que se guarde para sí mismo lo que está ocurriendo.

—¿Qué pasa?

—Pues que me da rabia, que a ella la invites y a mí no, que no signifique lo suficiente como para que me presentes a tu novio formalmente... —explica dolido.

—A ver, a ver... —Me paso las manos por la cara y suspiro—. Vayamos por partes, uno: Collins invitó a Lucía; dos: tú estabas trabajando; tres: Collins y yo no somos pareja y cuatro: no fue nada formal; fue para que conociera a su hermana.

Parece que no se lo acaba de creer, empieza a recoger las cosas de algunas mesas que ya están vacías y me da el dinero para que lo meta en la caja. Por lo menos podría responderme, ¿no? No estaría nada mal. Cuando hablo con una persona, lo mínimo que quiero es que me responda.

—Joel. —Le agarro del brazo, impidiéndole que se vaya así como así.

—¿Qué?

—No te enfades, no puedes hacerlo, no por eso.

—Sí puedo, es que no te das cuenta.

Lo que yo decía, un día largo, largo.

Dos horas después, Joel sigue igual, sin decir palabra alguna, callado, haciendo su trabajo, hasta que llega la hora de la comida. Se va con Nadia, y me dejan sola. Pues qué bien, perfecto... Me siento en uno de los taburetes, ya no queda nadie, están todos en sus casas comiendo y yo aquí, sin hacer nada. Ahora mismo como alguien me diga algo, salto. Me tomo un vaso de agua, con el calor que hace no me extraña que la gente no salga a la calle, si parece que te vayas a deshacer solo con sacar la mano por la ventana. Escucho que entra una persona al *Jubilee*, me da varios golpecillos en el hombro, y cuando estoy preparada para atacar, me doy la vuelta y veo que es Laura quien está detrás de mí.

—Oh...

—¡Hola, Natalia! —dice abrazándome.

—Podrías haber avisado de que eras tú... Casi te arreo un guantazo...

—¡Uy! ¿Y eso? ¿Estás bien?

Se sienta delante de mí, aunque antes deja una bolsa de papel, sobre el que hay detrás suyo. Una enorme sonrisa se dibuja en sus labios, y por una extraña razón me hace sentir mejor, como con Collins, ambos tienen algo que les hace especiales.

—Estoy cansada, anoche nos acostamos tarde, esta mañana me he levantado sobresaltada y no tenía ropa. Tu hermano me ha dejado tu camiseta; hemos venido aquí deprisa y corriendo; una mujer me ha hablado mal porque la he llamado señora y Joel se ha enfadado conmigo por no haberle dicho que se viniera anoche a cenar. — Desembucho.

—A ver, tranquila, no pasa nada —dice tranquilamente—. Relájate, ¿vale?

Asiento un par de veces, cojo aire y lo suelto, pero de nada sirve, estoy nerviosa, no puedo aguantarme, hoy estoy en uno de esos días en los que todo me saca de quicio, no quiero pagarlo con ella, ni con nadie, solo quiero estar tranquila.

—Es que me agobia...

—¿El qué?

—Pues todo —contesto alargando la última vocal—. No entiendo el porqué del enfado de Joel, no deja de decir que Collins es mi novio, y realmente no sé si lo es... Estoy confusa, no quiero hacerle daño, le quiero, estoy enamorada de él, pero tengo miedo...

—¿«Miedo»? ¿Por qué? —pregunta confusa.

—Es una larga historia...

Antes de contarle nada, saca lo que había en el interior de la bolsa, ha traído un par de ensaladas con pollo rebozado a trocitos, diferentes tipos de lechuga y nueces. Vaya... ¡qué mona! Venía a comer conmigo, parece que ha sido la única que no se ha olvidado de mí, bueno Lucía tampoco, solo que creo que aún no se ha levantado.

Le explico lo que ocurrió hace un año y medio, quiero que lo entienda todo,

aquello solo lo saben Lucía y Joel, los únicos que dejé que me ayudaran entonces. Antes de que pueda terminar, se echa a llorar como una niña pequeña, sufriendo por lo que pasó, por lo que yo sentí en aquel momento. Me abraza llorando desconsoladamente, le paso las manos por la espalda intentando calmar lo que hay ahora en ella, tal vez no debería haberle contado nada... Si no lo hubiera hecho ahora no estaría así.

—Lo siento... lo siento tanto —murmura entre lágrimas.

—No pasa nada...

Cojo una servilleta y se la doy para que pueda limpiarse los ojos, se suena y la tira. Mientras acabamos de comernos las ensaladas que ha traído. Le da un sorbo a una Coca-Cola que le he servido y no aparta la mirada de mí.

—Entiendo por qué le dijiste a mi hermano que no podía ser...

—¿Te lo explicó?

—Claro, J.D. me lo explica todo, desde que éramos pequeños somos uña y carne, siempre ha estado conmigo, cuidándome... —dice con dulzura—. Cuando era pequeña siempre me ponía enferma, estaba débil, él no quería separarse de mí, a duras penas iba al colegio y desde que se enteró de que tengo cáncer, no me ha dejado sola...

—No sabes cómo se puso al contármelo... pensaba que le daba algo, cuando le vi ahí llorando, como un niño, me dio una lástima... un enorme vacío se hizo conmigo, no podía dejarle así...

—Cuídalo —me pide.

—Lo haré —le prometo.

Su teléfono empieza a sonar, ya que no es el mío ni hay nadie en la cafetería como para decir que no es suyo.

—Hablando del rey de Roma...

No puedo evitar sonreír como una auténtica tonta, solo sabiendo que es él, ya siento algo por dentro, tengo ganas de verle. Recojo lo que queda de las ensaladas, que no son más de un par de hojas sueltas que no nos vamos a comer, lo meto en una bolsa y lo tiro en la basura. Joel aparece con Nadia, ambos tienen una amplia sonrisa en los labios, aunque rápidamente desaparece.

—Hola —dice Nadia, escuetamente.

—Hola.

Laura se retira para hablar con Collins, tendrán algo de lo que hablar, o simplemente no quiere que Joel y Nadia escuchen lo que dice.

—¿Cómo ha ido?

—Bien, la verdad es que bien.

Apenas hablan, solo dicen las palabras justas y necesarias, estando así no quiero seguir compartiendo la tarde, ni perdiendo el tiempo. Limpio la barra donde estábamos comiendo, guardo los vasos en el lavavajillas, me meto en el cuartillo y saco los cruasanes que llevaban un rato haciéndose. Los coloco en un plato, los saco

fuera para que queden igual que las cañas, que también estaban en el horno y así tendrán para poder venderlos esta tarde.

—Oye... —murmuro—. Me voy a ir a casa, no me encuentro bien, y para que estéis los dos de morros, prefiero irme y no empeorar.

—Vale —contesta sin más.

—Muy bien.

Alzo una ceja mientras le miro, ¿cómo puede ser así? Cuando se pone tan repelente me dan ganas de patearle el culo hasta que me pida que pare, o eso o darle un buen bofetón, ese que no le dio su madre cuando era pequeño. Entro en el cuartillo, me quito el mandil, cojo mis cosas y cuando salgo veo que Laura me está esperando.

—¿A dónde vas? —pregunta confusa.

—No tengo ganas de aguantar más tonterías, por hoy se ha llenado el cupo.

—Vaya...

Me bebo un poco de agua, doy la vuelta a la barra, salgo del *Jubilee* y Laura conmigo.

—¿Quieres ir a algún lado?

—Sí, por favor, necesito despejarme.

Dicho y hecho, adiós agobio, hola aire fresco... Necesito dejar de pensar en todo esto y que mi mente esté un poco en blanco.

Capítulo 23

Dos semanas después

El móvil no deja de sonar, una y otra vez, cada vez con más insistencia, lo que hace que me ponga más y más nerviosa, ahora mismo no puedo cogerlo. Otra vez vuelvo a llegar tarde, por mucho que calcule el tiempo y vaya lo más rápido posible siempre acabo llegando la última. Me paso las manos por el pelo, peinándolo, me echo un poco de champú, lo restriego por la cabeza, luego me enjabono el cuerpo, agua y fuera. Tengo que llegar a tiempo. El timbre de la portería suena, ¡madre del amor hermoso! ¿Es que se han puesto todos de acuerdo para que vaya más lenta? No voy a ir, seguro que es el cartero, ya le abriré alguien. Me enrolló la toalla alrededor del cuerpo, salgo del baño y voy a la habitación. Abro el armario, esto cada vez es peor, no sé qué ponerme, siempre me pasa igual, cuanto más prisa tengo más me pienso las cosas. El teléfono vuelve a sonar, a la vez que el timbre. Suelto un grito al aire, voy al baño, cojo el teléfono y veo que es Collins quien me está llamando. Una tonta sonrisa se dibuja en mis labios.

—¿Sí? —contesto.

—¿Estas lista?

—La verdad es que no...

—Entonces... ¿me abres?

—¿Eras tú el que llamabas?

—Sí, pensaba que te había pasado algo, no cogías el teléfono ni nada, y como estaba aquí abajo... —dice preocupado.

Doy varias zancadas hasta el recibidor, cojo el telefonillo que va al de la portería, me lo pongo en la otra oreja.

—¿Hola?

—Hola, preciosa —contesta Collins por el telefonillo.

—Ahora te abro.

Le doy al botoncito para que la puerta se abra, cuelgo el móvil sin decirle nada más, ¿para qué vamos a estar hablando por ahí si está subiendo? Corro a la habitación, tengo que ponerme algo antes de que suba, no quiero que me vea así, aunque no sería la primera vez, ni la última. Me pongo la ropa interior y me vuelvo a envolver con la toalla, aunque sea para taparme un poco por si hay algún vecino. Varios golpecillos en la puerta llaman mi atención, ya está aquí. Un leve cosquilleo empieza a recorrerme el vientre, estoy nerviosa, más de lo que debería estarlo, pero... ¿por qué?

—Buenos días, pequeña —dice nada más verme.

—Buenos días. —Siento como mi voz suena débil, entrecortada y sin fuerza

alguna.

Le cojo de la mano para que pase, pero entonces se detiene en seco, me observa de arriba abajo como si fuera a devorarme solo con la mirada, como si un lobo hambriento rugiera en su interior. Sonrío, mis mejillas empiezan a arder y se enrojecen. Se pega a mi espalda, coloca sus manos a ambos lados de mi cintura, me besa el cuello, llevándose consigo mi olor.

—Hueles tan sumamente bien... —susurra contra mi oído—. Me dan ganas de quitarte esa toalla, besar cada centímetro de tu suave piel y hacer que te deshagas conmigo hasta que no puedas más.

¡Agh! Creo que me va a dar un *flus* de los míos, mi corazón se acelera, se vuelve completamente loco, late tan rápidamente como puede, quiere alejarse de aquí, o que le haga perder el sentido. Mis piernas flojean, ahora mismo solo quiero tirarme encima de él, hacer el amor en cada uno de los rincones de esta casa, pero por desgracia tenemos cosas que hacer. Me besa el cuello, lo mordisquea y lo lame mientras masajea mis caderas, con delicadeza pero a la vez firmemente.

—Collins...

—Lo sé —murmura—. Vamos a llegar tarde. —Me suelta pero no antes sin darme la vuelta y besarme apasionadamente.

Me paso la lengua por los labios, me muerdo el inferior y le sonrío, él también lo hace, una hermosa sonrisa se esboza en sus labios. Cuando voy a irme hacia la habitación, me da un manotazo en el culo, me doy la vuelta y me saca la lengua juguetón.

—Ya verás tú, ya... —le amenazo.

—¿Qué es lo que veré, nena? —pregunta viniendo detrás de mí.

—Te vas a enterar.

Le guiño un ojo, me aparto de él, me quedo frente al armario y miro a ver qué es lo que hay. Rebusco en uno de los cajones, saco unos pantalones cortos tejanos algo desgastados y con algún que otro agujero. Lo dejo encima de la cama, ahora toca una camiseta, no sé cual coger... De repente me encuentro con una que me compré hace unos años en los *Harley Days* en Barcelona, con un amigo. Es negra y en ella hay una Harley roja, sobre esta con letras blancas pone: *Lady Rider*, con una pequeña rosa roja al final de las letras. Dejo que la toalla se arremoline a mis pies, me pongo la camiseta, bajo la atenta mirada de Collins, me pongo también los pantalones y las zapatillas negras. Salgo de la habitación, voy al baño, me quito la toalla que llevaba en la cabeza, me lo seco un poco con ella, enciendo el secador y le doy con la máxima potencia. No me importa cómo quede, de todas formas acabaré llevando un moño... Cojo el antiojeras, me echo un poco, y arreando, no necesito más. Arreglo levemente el baño, será mejor no dejarlo por ahí tirado.

—Estás preciosa —dice observándome.

—¡Eso es mentira!

—Yo no miento, pequeña.

Voy a la cocina, me tomo un vaso de agua, lo necesitaba, este hombre es capaz de dejarme sin aliento. Miro un poco por encima que todo esté en su sitio, está bien, no hay nada fuera de lugar. Cojo el bolso, y me doy cuenta de que me he dejado el móvil a saber dónde, ¿debería ir a buscarlo? Miro el reloj de la cocina, vamos tarde, en dos minutos deberíamos llegar y no creo que lo hagamos. Corro a la habitación mientras Collins espera en el recibidor, miro sobre el sifonier, encima de la cama, en el armario, lo veo encima de la mesita de noche.

—¿Vamos? —le pregunto a Collins.

Asiente, pero no deja que abra la puerta, me coge por la cintura, hace que mi espalda se pegue a la puerta, y me besa como nunca antes lo había hecho.

—Luego no vas a escaparte tan fácilmente —gruñe contra mi oreja.

Mi cuerpo se queda quieto, no responde, solo es capaz de respirar y de sentir cómo mi corazón vuelve a latir rápidamente, igual que lo hacía antes. Si Collins sigue así, voy a acabar muriendo pronto por culpa de una taquicardia. El móvil empieza a sonar, lo que me saca de este estado de ensimismamiento, lo miro y es Beth quien llama.

—Ya vamos. —Me limito a decir y cuelgo, ahora no estoy para nada más.

Aparta las manos de mí, me da un beso en la mejilla y un último en la boca, tras eso me deja. Suerte que lo ha hecho porque si no al final habría acabado arrancándole la ropa.

Cuando abre la puerta nos mira con el ceño fruncido y los brazos cruzados, está enfadada, como siempre, tal vez sea ella quien necesite un psicólogo y no yo. No es normal que se cabree cada dos por tres solo porque llego tarde. Por una parte tiene razón porque es un día tras otro, pero tampoco es para tanto. Después de mirarme a mí durante un rato, para que vea que está realmente enfadada, se fija en Collins, le da un repaso de los grandes, de arriba abajo, hasta que me vuelve a mirar. Con una simple mirada le digo que no lo vuelva a hacer, ¿qué es eso de mirar como una babosa a mi Collins? ¿Realmente es «mi Collins»? Se hace a un lado para que podamos pasar, dejo que sea él quien entre primero, a ella le lanzo una de esas miradas que si mataran habría muchos muertos en el mundo, más le vale no volver a hacerlo, o tendré que hablar con ella seriamente.

—Bienvenidos.

Jamás pensé que algún día le contaría que iba al psicólogo, pero después de que él me contara toda su vida, pensé que sería lo más justo para él, para nosotros. Porque si hubiera seguido guardándome esto y en algún momento lo hubiera descubierto habría sido peor que contárselo. Cuando lo hice estaba nerviosa, demasiado incluso, por un momento pensé que creería que estoy loca o cualquier otra cosa, podría haber sido lo más normal. Pero no lo estoy, no estoy loca, creo, no más de lo que todo el mundo sabe.

—A ti ya te vale —le digo por lo bajini a Beth cuando empezamos a andar hacia la consulta.

—¿Por qué? —pregunta haciéndose la tonta, como si no supiera de que le estoy hablando.

—Ya hablaremos.

Cuando entramos en la sala, Collins no puede evitar mirar hacia todos lados, parece todo tan tranquilo, a Laura le encantaría, todo lo que sea oriental y relajante, le encanta. Recuerdo cuando fuimos a una de las tiendas de incienso que hay en el pueblo, casi se dejó todo el dinero que llevaba encima, suerte que pude pararla, porque si no... Sonrío al recordar cómo estaba disfrutándolo, desde aquella noche en casa de Collins, nos hemos vuelto como uña y carne, es un amor de chica, me alegro muchísimo de haberla conocido.

—Bueno, sentaos —inquire Beth haciéndonos un gesto para que nos sentemos en el sofá que hay tras la butaca en la que suelo sentarme yo, a la cual ha dado la vuelta para poder sentarse ella.

Él asiente, y yo simplemente me dejo caer, cojo uno de los cojines grises que hay sobre este, me lo pongo encima de las piernas, pero entonces, Collins toma una de mis manos, y hace que nuestros dedos se entrelacen.

—Bien... —murmura mirando la pequeña libreta que siempre le acompaña—. Después de un montón de tiempo escuchando hablar de ti, por fin te conozco, Collins. —Alza la mirada y sonrío.

—J.D., por favor, Collins solo me llama ella —dice mirándome de reojo.

La sonrisa que había en sus labios acaba por desaparecer, le dice que sí con la cabeza y sigue con lo suyo.

—Muy bien, J.D., entonces.

—Sí, por favor.

Ahora mismo no sé qué decir, normalmente al estar las dos solas es mucho más fácil, con él delante hay cosas que no me salen, que no soy capaz de decir o admitir. Trago saliva mientras pienso en cómo voy a contestar a lo que me pregunte.

—J.D., ¿te ha contado Natalia por qué tiene que venir?

—No del todo —contesta sinceramente.

—No, no lo he hecho, Beth —murmuro.

—¿Por qué no lo has hecho?

—Yo...

—No importa —dice Collins.

—Claro que importa, sino ¿de qué sirve esto?

Es hora de afrontarlo, de que sepa el porqué de todos esos bajones, del miedo, de la angustia... de todo, de porqué lo dejé ahí tirado sin poder decirle cuánto le quería.

—Bien, como veo que ella no es capaz de hacerlo, lo haré yo, aunque que sepas que deberías estar haciéndolo tú —me recrimina.

—Lo haré.

—Hazlo.

—Mira, Collins... yo...

—Tranquila, cielo.

Cojo aire, intento calmar los nervios que empiezan a recorrerme el cuerpo, esos que hacen que mis ojos vayan a llenarse de lágrimas. Otra vez no, lo llevo bien, soy capaz de controlarlo, ahora no es el momento de ponerse así. Suelto un suspiro, me paso una mano por la cara, y alzo la vista.

—Hace algo más de un año... —Empiezo a decir, pero mi voz acaba quebrándose — iba en el coche con el que por aquel entonces era mi novio, Óscar, yo conducía, íbamos por una carretera secundaria, todo estaba oscuro, las luces del coche apenas alumbraban el camino... no lo vi venir...

Siento que una de esas lágrimas que antes amenazaban con inundar mis ojos ahora acaba recorriendo mi mejilla, liberándose.

—Yo... —murmuro—, aquella noche, Óscar perdió la vida, debería haber muerto yo, no él... —Algo en mí acaba por resquebrajarse, me echo a llorar desesperadamente, no puedo evitarlo, el vacío vuelve a mí, como tantas veces ha vuelto desde entonces—. Aún no me lo he perdonado...

Sin decir nada más, Collins me abraza con fuerza, intentando calmar este horrible llanto que desgarrar mi garganta, que acaba conmigo cada vez que recuerdo aquella noche. Tantas veces he llorado sin decir nada, sin poder evitarlo, sin poder detener este dolor que llevo dentro. Me da un beso en la coronilla mientras pasa sus manos por mi espalda, como si fuera una niña pequeña que se ha caído y le sangran las rodillas.

—Natalia —dice Beth—. ¿Quieres ir a lavarte la cara?

—Sí... —murmuro.

—Espera, te acompaño.

Me pongo en pie, mis piernas apenas tienen fuerza para aguantarme, otra vez, me aguenta él, como si fuera el pilar que sujeta mi vida. Poco a poco avanzamos hasta el aseo, necesito calmarme, no quiero seguir sintiendo esto, ni que Collins tenga que pasar por ello. Enciendo el grifo mientras él sigue aguantándose para que no me caiga, me paso las manos por la cara. Cuando me yergo, cojo aire, me doy la vuelta. Me observa. En sus ojos hay una mezcla de pena y dolor.

—No puedo verte llorar, pequeña... —susurra entrelazando una de sus manos con mi pelo.

Con la otra mano me acaricia la mejilla izquierda haciendo pequeños círculos en ella, pega su frente a la mía, acaba besándome con dulzura y delicadeza.

—Simplemente no puedo.

Vuelve a besarme, salimos del aseo, y volvemos a la sala.

—¿Estás mejor?

—Sí —afirmo mediante un hilo de voz.

Nos sentamos de nuevo en el sofá, Collins pasa uno de sus brazos por encima de

mis hombros, me aprieta contra él, coge mi mano y la acaricia.

—Natalia tiene un trauma a causa de ese accidente no intencionado, lo que le hace tener episodios de depresión, angustia, de vivencia súbita de indefensión; lo que hace que rompa a llorar —le explica—. Esos episodios no tienen que venir por un recuerdo fijo, sino que puede que ni ella misma esté pensando en aquella noche, puede que solo un pequeño recuerdo, algo parecido pueda llevarle a ese estado de miedo, de angustia...

—No acabo de entenderlo...

—Cada vez que Natalia siente algo de lo que sintió aquella noche, o algo que se lo recuerde, entra en un estado de desesperación momentánea, no sabemos cuánto dura, solo que acaba pasándosele.

—Ahora sí que lo he entendido —dice mirándola fijamente—. ¿Por qué no me lo dijiste? —Se dirige a mí.

Alzo los hombros, realmente ni yo misma sabía lo que me pasaba, no ahora. Cuando Óscar murió vine a ver a Beth, entonces sí lo sabía.

—Yo...

—Natalia vino en mi ayuda porque no sabíamos si era por eso —comenta.

—¿Y a hora cómo está?

Collins me mira atento, aunque realmente a quien pregunta es a Beth, es ella quien debe responderle a la pregunta. Yo puedo decirle que estoy bien, pero tal vez no acabaría de creerme, así que será mejor que le conteste mi psicóloga.

—Bien, lo lleva mucho mejor, cuando te fuiste acabó por arrastrarlo todo, vino y empezamos con una terapia intensiva, le fue muy bien, ahora ya lo tiene controlado, ¿verdad? —dice guiñándome un ojo.

—Sí... sí, claro.

—Pequeña, aquí me tienes para lo que necesites, ya lo sabes... Por Dios, no vuelvas a asustarme así —me ruega.

—Tranquilo...

Pasa una de sus manos por mi pelo, acaricia mis mejillas, me besa en una de ellas, e intenta reconfortarme algo más. Sonríó a medias, sin apenas fuerza, pero es lo que hay, tengo que seguir siendo fuerte, y con él a mi lado todo irá mejor, estoy segura de ello.

Después de una hora hablando con Beth e ir a comer con Collins a un restaurante de ensaladas y demás, me deja en el *Jubilee*. Esta tarde me toca trabajar hasta el cierre, con Joel. Quien por suerte ya ha razonado un poco y se le ha pasado el enfado que tenía unas semanas atrás. Nada más entrar, Collins se sienta en la barra, le pide un café a Joel y mientras se lo sirve yo voy a cambiarme; a dejar las cosas en el cuartillo y a ponerme mi mandil. Salgo rápidamente, así podré ayudarle a recoger las mesas. Cojo una bandeja en la que voy poniendo las tazas, platillos, y demás utensilios.

Ladeo un poco la cabeza, de repente me encuentro con la atenta mirada de Collins, no deja de observarme. Abro los ojos, le digo que no con la cabeza pero sigue a lo suyo, haciendo que cada vez me ponga más nerviosa, tanto que al final una de las tazas acaba cayéndose al suelo.

—Joder... —murmuro.

Me agacho al lado de los trozos; están desperdigados por el suelo, los voy poniendo encima de la bandeja hasta que los recojo todos.

—¿Estás bien? —me pregunta un chico moreno de ojos oscuros.

—Eh... sí, gracias. —Me pongo en pie.

—Vaya... —Me coge la mano, entonces me doy cuenta de que estoy sangrando, solo un poco, pero lo suficiente para que se dé cuenta.

—Tranquilo, no es nada.

Antes de que pueda apartarme de él, saca un pañuelo de su bolsa de deporte, lo coloca sobre la herida y presiona.

—No pasa nada —murmuro.

Alza la vista de la herida hasta que se encuentra con la mía. Es tan profunda, tan oscura y penetrante, tanto que hace que mi corazón se acelere, mis manos tiemblen y un escalofrío recorra mi cuerpo.

—Ya está, ahora entro a curarme —le digo con una media sonrisa.

—Si necesitas ayuda no dudes en decírmelo, soy Robert.

—Encantada Robert, yo Natalia.

Cojo aire, mis piernas vuelven a flojear, maldita fobia... Si no fuera porque me da pánico la sangre ahora podría estar tan tranquila. Me doy la vuelta, y Collins que se da cuenta de lo que ocurre nada más verme la cara, se levanta como un resorte y se acerca a mí tan deprisa como puede. Me coge por la cintura, pasa uno de mis brazos por encima de sus hombros y me lleva a una de las mesas que hay junto a la puerta para que me pueda sentar en la silla.

—¿Dónde está el botiquín?

—Dentro, en el cuartillo.

Y por primera vez, Collins entra realmente en la cafetería. Sale con Joel a su lado, los dos preocupados, en las manos lleva el botiquín, que en realidad no es más que un neceser lleno de gasas, esparadrapo, de esas que usan los médicos, guantes, tiritas, yodo y poco más.

—Nati, ¿qué ha pasado?

—Se me ha caído una taza...

Joel coge una gasa, la moja con agua y jabón, se la da a Collins y me limpia la pequeña herida que tengo, pero de la que aún sale sangre. Hace un poco de presión sobre ella y cuando ya casi no queda nada, la limpia con yodo. Corta un poco de gasa haciendo un cuadrado y cuatro tiras de esparadrapo, la pone sobre la herida y la cierra con él. Arreglado, ya no sale sangre y no creo que le pase nada.

—Ya está, tranquilo, está bien.

—¿De verdad?

—Sí, no pasa nada, ahora se me pasará —le aseguro—. ¿Puedes traerme un poco de agua? —le pido a Joel.

—Claro, ahora te la traigo.

Vaya día que llevo... Creo que no podría ser peor, aunque suerte que tengo conmigo a mis dos hombretones, si no fuera por ellos, ahora mismo estaría ahí tirada en el suelo. Medio sonrío, me tomo el agua que me ha traído, se me pasará en nada, espero... Es un poco de sangre tampoco ha sido mucho, no entiendo por qué me pasa esto.

—Natalia, cielo, tengo que irme a trabajar —dice con tristeza.

—Ve, tranquilo, cuando llegue a casa te llamo.

—Vale...

Antes de irse, me besa en los labios, le paga el café a Joel, y sale de la cafetería. Soy afortunada de tener a Collins, es un gran hombre, no solo por fuera, sino también por dentro, es un pequeño tesoro. Un par de minutos después, me pongo en pie, ya estoy más o menos bien; puedo seguir con lo que hacía. Cuando voy a ir a recoger lo que había quedado en el suelo, me doy cuenta de que Robert ha colocado cada uno de los trozos encima de la bandeja.

—Oh... gracias, de verdad.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, ya estoy bien, ha sido un leve mareo —le explico—. Pero ya estoy bien.

Una bonita sonrisa se dibuja en sus labios, tiene unos dientes prácticamente perfectos, blancos y resplandecientes. Se pasa las manos por la frondosa barba que cubre gran parte de su rostro, acaba de tomarse un té rojo, me da el dinero y vuelve a sonreír.

—Espero que te mejores.

—Gracias.

—Y que nos volvamos a ver pronto, también.

Algo en mí quiere contestarle, pero otra parte me dice que no lo haga, debo centrarme en Collins, no puede ser que ahora este *Adonis* me distraiga con sus ojos oscuros y su pelo negro recogido en un grácil moño. Ni que me llame la atención por esos tatuajes que asoman bajo los puños de su camisa.

—Vuelva cuando quiera —respondo automáticamente.

«¡Te he dicho que no digas nada!». «Calladita estás más guapa», me grita una miniyo interior. Por último, mi subconsciente hace que sonría como una tonta, ¿por qué lo hago? Antes de irse, me guiña un ojo, no de manera pícara sino adorable y graciosa.

—Adiós —se despide alegremente.

—Sí, adiós...

Cuando me giro para seguir recogiendo las otras tazas, veo que Joel me observa sin hacer nada, tiene la vista fija en mí. ¿Qué hace? Le saco la lengua y acaba

sonriendo atontado.

—¡Vamos! —le digo haciendo aspavientos para que espabile.

—Sí, sí.

Suelto una carcajada, no sé ni a qué le dice «sí», tampoco le he pedido que haga nada. Dejo la bandeja encima de la barra para que vaya colocando las tazas sucias en el lavavajillas, mientras yo voy a por las que quedan. Cuando me doy cuenta, veo aparecer a María, aquella chica pelirroja que venía desde Barcelona al *Jubilee* para desconectar.

—¡Hombre! —digo alegremente—. ¡María!

—Hola, Natalia —saluda con una sonrisa en los labios—. ¿Qué te ha pasado ahí? —pregunta preocupada al ver mi mano.

—Nada, un pequeño accidente, pero ya está solucionado.

—Eso espero.

Le digo que sí con la cabeza y le hago pasar a la sala para que se siente donde quiera, y lo hace donde siempre: junto al gran reloj. Le encanta casi tanto como a mí, es tan bonito... Termino de recogerlo todo, dejo la bandeja sobre la barra y voy a tomarle nota.

—¿Qué quieres tomar?

—Un suizo y uno de esos maravillosos cruasanes que tenéis.

—¡Marchando! Ahora mismo te lo traigo.

Antes de irme a prepararlo, entra una pareja; voy a atenderles, así lo hago todo de una tirada.

—Joel necesitamos cañas —le digo.

—Ahora me pongo con ello.

—Gracias.

Cuando llego tras la barra, le paso la mano por el pelo despeinándoselo, es como un niño pequeño. Le doy un beso en la mejilla y sonrío. Le preparo el suizo a María y lo que me habían pedido.

—Aquí tienes.

—Muchas gracias —dice María con una sonrisa.

—¿Qué te trae por aquí?

—Pues tenía que hacer unas compras y he decidido venir, así me pasaba a veros, pensé que estaría también Lucía.

—No, ella tiene fiesta hoy.

—Vaya...

—Sí, pero tengo a Joel conmigo.

—Uf... —murmura mirándole—. ¿No veas no?

—¿Qué?

—Pues que está para hincarle el diente.

La miro con los ojos abiertos como platos, ¿ha dicho lo que creo que ha dicho? Sí, lo ha hecho.

—Pues no se... yo le veo como a mi hermano pequeño.

—Pues vaya «hermanito», chica.

Vale, creo que esto no debe seguir por este camino, además, Joel tiene pareja, creo, Nadia y él están cada vez más juntos, María no debería intentar nada.

—Pero viendo cómo te mira, a él no le pareces su «hermanita», ¿eh?

—¿Cómo? —pregunto confusa.

—Ya has escuchado lo que te he dicho. —Me guiña un ojo.

¿Cómo me mira Joel? Siempre lo ha hecho igual, seguro que María está confundiéndose, o simplemente lo ha visto mal. Joel quiere a Nadia, creo.

Capítulo 24

Ya son las nueve, hora de cerrar, le he dicho a Joel que se vaya a casa, lleva desde por la mañana y lo más seguro es que esté tan cansado que no pueda ni con su alma, suerte que *Tigretón*, su gato, no le da mucho trabajo, solo tiene que ponerle de comer y limpiarle la arena.

Lo recojo todo, limpio las mesas, barro, friego y preparo las cosas para que mañana nada más abrir apenas haya que hacer nada. Creo que mañana nos toca a Lucía y a mi abrir la cafetería, a ver cómo está, porque después de la manera en que ha estado esta mañana aquí con Joel, a saber cómo puede amanecer. Antes de irme, me siento un rato en uno de los taburetes, espero a que todo esté seco para no dejar ninguna huella en el suelo. Me tomo un vaso de agua, estoy cansada y eso que solo he trabajado de tarde, si hubiera estado como él todo el día creo que habría acabado muriendo del cansancio. Cuando ya está todo, cojo el bolso, me guardo el móvil en el bolsillo de atrás del pantalón, igual que la tarjeta de crédito, tengo que ir a sacar dinero y a comprar algo para la cena. Cierro la puerta del cuartillo, desenchufo el horno, para que no pase nada, apago todas las luces, salgo y bajo la persiana.

Cuando estoy yendo hacia el supermercado, veo que un hombre gira la esquina, va vestido con una camiseta negra, tejanos y gorra, pero al ser de noche no se le ve la cara. Algo no me huele bien, antes de que vayamos a encontrarnos, me paro en un paso de cebra, pero los coches no dejan de pasar. Entonces, el hombre me agarra del brazo con fuerza, demasiada, me está haciendo daño. Me lleva hasta un portal casi arrastrándome, mi corazón empieza a latir rápidamente como si quisiera escaparse; tengo miedo, no hay nadie que nos vea, podría hacer cualquier cosa. Me tira al suelo sin que pueda hacer nada por impedirlo, de la fuerza con la que me tira, mi cabeza acaba golpeándose contra la pared.

—Joder... —murmuro para mí misma.

Aguanto la respiración intentando parecer más fuerte de lo que realmente soy, pero no creo que sirva de nada. Subo la mano hasta la suya, necesito que me suelte, me duele. Pero entonces, tira de mi pelo hacia arriba, mientras que con la otra mano me coge por el cuello de la camiseta.

—Vas a hacer todo lo que yo diga, ¿vale, guapa?

Me quedo callada, no voy a hacer nada, no quiero hacerlo. Hace que vuelva a ponerme en pie, me sujeta con más fuerza que antes. De un manotazo hace que mi espalda quede pegada a la pared, sube una de sus manos hasta mi hombro, y lo pega a la fría piedra negra. Mi respiración se acelera, ¿qué demonios va a hacer? Entonces la respuesta viene a mí como un *flash* de luz, pega su cintura a la mía, mientras aún me sujeta por el pelo.

—No... por Dios... —digo sin fuerza.

—Vamos a jugar, nena. —Acerca su boca a mi cuello, saca la lengua y le da un largo lametón, desde mi clavícula hasta la parte baja de mi oreja.

Un asqueroso escalofrío me recorre todo el cuerpo, me repugna. Pasea una de sus manos desde mi cintura hasta mis pechos, vuelve a bajarla y a subirla, una y otra vez. Contengo la respiración, hasta que vuelve a lamerme el cuello, una de sus manos baja hasta la cinturilla de mi pantalón, y de esta se coloca sobre mi sexo, lo acaricia a través de la ropa entonces suelto un leve grito.

—Antes de nada... dame todo lo que tengas —gruñe.

Al ver que no hago lo que me pide, me agarra de nuevo del pelo y me tira al suelo. Lo miro desde abajo, no digo ni hago nada, me quedo callada, observándole, no puedo verle la cara, la luz no es suficiente como para poder hacerlo. Se mete la mano en el bolsillo del pantalón, y saca algo reluciente. Contengo la respiración al ver qué es, abre una enorme navaja, casi tan grande como mi mano.

—¡Dámelo! —me ordena—. ¡Ahora!

—Yo...

—¡Que me lo des!

Me coge por el pelo con fuerza, tira de él hacia atrás, siento que varias punzadas de dolor cruzan mi cabeza, no puedo aguantar. Suelto un pequeño grito, sobresaltada, cada vez me duele más.

—¿Es que eres tonta, niña? —Su voz se vuelve más agresiva, más ronca.

Le tiendo el bolso, lo mira, pero no es suficiente como para que me suelte, entonces, y gracias a Dios, alguien baja, enciende la luz y justo cuando está a punto de llegar al portal, el hombre sale corriendo. Un hombre de unos cuarenta años me mira, lleva una bolsa de basura en la mano, y yo no puedo evitar echarme a llorar. Vaya día...

—¿Estás bien? —me pregunta asustado.

—Se... Se ha ido —digo señalando en dirección por donde se ha ido el hombre—. Se ha llevado mi bolso...

—Joder... —Deja la bolsa de basura en el suelo y me ayuda a ponerme en pie—. ¿Necesitas que llame a alguien?

—No... yo... —baluceo.

Me paso la mano por el pelo, me lo vuelvo a recoger en el moño que llevaba esta mañana, intentando recomponerme de lo que ha ocurrido. ¡Madre mía...! Saco el móvil, mis manos están temblando, igual que toda yo, no puedo dejar de hacerlo; tengo miedo.

—Deja que llame a la policía. —Saca del bolsillo de sus bermudas un teléfono blanco.

—Vale...

El hombre hace que me siente en un banco que hay junto al paso de cebra, viene conmigo para que esté tranquila, ¿qué se supone que debo hacer ahora? Miro la pantalla del móvil, está apagada, y rota, al haberme tirado al suelo debe haberse

partido.

—Joder...

Lo desbloqueo, ¿a quién llamo? Busco en la agenda y el primero en aparecer es Collins así que le llamo a él.

—Hola, cielo —saluda dulcemente.

Algo en su voz hace que no pueda aguantar el llanto y me eche a llorar.

—¿Natalia, qué pasa? ¿Estás bien?

Suena preocupado, demasiado, sabe que algo ha ocurrido, está en lo cierto, y no puedo evitarlo, algo en mí hace que todas esas lágrimas que luchaba por aguantar ahora salgan disparadas, como si necesitaran libertad.

—Un... Un hombre me ha robado el bolso —con-sigo decir.

—¿Dónde estás?

—Al lado del *Jubilee* —contesto a la vez que me sueno los mocos con un pañuelo que me da el hombre que ha salido del portal.

—No te muevas de ahí, ahora mismo voy.

—Vale...

Me paso las manos por la cara, me tiemblan, demasiado. Ese hombre podría haberme hecho cualquier cosa, incluso podría haberme matado, y no podría haber hecho nada por evitarlo. Estaría indefensa ante él. Siento que mi pulso se va acelerando cada vez más y más, me falta el aire, mis pulmones apenas pueden tomar el aire que necesitan. Un fuerte dolor acaba atravesando mi cabeza, es tanta la angustia que siento que empiezo a tener náuseas.

—¿Estás bien? —me pregunta el vecino.

—No... No mucho...

Entonces sin querer, vomito a un lado del banco, dejándolo todo completamente perdido. El pobre hombre, se sienta a mi lado, me aguanta el pelo para que no se me ensucie e intenta calmarme.

—¿Mejor?

—Sí, creo que sí —murmuro.

—Iré a por agua.

¿Irse? ¿A dónde? Abro los ojos tanto como puedo, ¿cómo va a irse y a dejarme aquí sola? ¿Y si vuelve el ladrón?

—¡No, por Dios! No se vaya por favor, no se vaya —le ruego casi arrodillada en el suelo.

—Solo iba a subir a mi casa a por una botella de agua.

—No... por favor, no me deje aquí, no... No puedo quedarme aquí.

—Tranquila, no te dejaré, pero espera un segundo aquí.

Mis manos empiezan a sudar, tiemblan y siento cómo las lágrimas acechan, no tardarán en salir. Tengo miedo, mucho miedo, ¿y si vuelve a aparecer? ¿Y si quiere terminar lo que no ha acabado? El vecino se acerca a la portería, sin apartar la mirada de mí, para que sepa que sigue pendiente. Se gira un segundo hacia el interfono, le da

a uno de los botones y escucho que habla con alguien.

—Ahora mismo baja mi mujer con algo de agua.

—Gra... Gracias.

En menos de cinco minutos, una mujer de cabellos caoba aparece en el portal, es diminuta, más bajita que Lucía, y eso es difícil. En una de las manos lleva una botella de agua y en otra un pequeño bocadillo de pan de molde.

—Toma, niña —dice tendiéndome el bocadillo.

—Oh... yo... No es necesario, de verdad...

—Bebe un poco de agua y comételo, no puedes estar con el estómago vacío.

Me tomo el agua, casi toda, y cuando le voy a dar el primer mordisco al bocadillo, escucho que el coche de Collins frena a nuestra espalda. Lo aparca en el paso de cebra y baja rápidamente.

—Natalia, cielo. —Viene preocupado.

—Collins... —murmuro sin apenas reaccionar, no puedo hacerlo.

Se sienta a mi lado y me abraza con fuerza como si hiciera años que no nos vemos, como si lo necesitara más que yo incluso. Una oleada de sensaciones acaba arrasándome, las lágrimas empiezan a caer, empapando su camiseta. Lloro desconsoladamente, sin poder evitarlo, tengo tanto miedo, tanto dolor dentro...

—Ya está pequeña, ya está. —Acaricia mi espalda con dulzura, intentando calmarme—. Ahora estoy yo aquí contigo.

Asiento un par de veces contra su pecho, sin decir nada, varios hipidos se escapan de mi interior haciendo que parezca una niña pequeña.

—¿Habéis llamado a la policía? —pregunta Collins al matrimonio, sin soltarme.

—Sí, no tardarán en llegar.

Unos cuantos minutos después, una patrulla de los Mossos d'Escuadra aparecen en la escena. Se detienen en la acera de enfrente, cruzan la calle, y nos miran. ¿Qué es lo que esperan para hacer preguntas? La mujer del vecino, Lara, no ha vuelto a subir a casa, se ha quedado con nosotros para hacernos compañía.

—Somos el agente Parejo y Martínez —dice el más alto de ellos.

—Buenas noches, señor agente.

Collins se levanta del banco, se coloca junto a Pol y Lara, quienes están hablando con los agentes. Miro hacia todos lados, no quiero que se vuelva a acercar. Martínez, el *mosso* más bajito y rechoncho, se acerca a mí, se sienta a mi lado y me mira.

—¿Cuál es su nombre, señorita? —me pregunta con delicadeza.

—Natalia Reyes.

—Muy bien, Natalia. —Lo apunta en una especie de libretilla que llevaba colgada del cinturón—. ¿Qué es lo que ha ocurrido?

Cuando Collins escucha que me pregunta, se sienta al otro lado, me coge de la mano, para darme fuerzas. Intento sonreír, pero ni eso me sale. Me paso la mano por

la cara, y luego por el pelo.

—Pues... había salido de trabajar y me iba a casa, cuando un hombre me cogió por el brazo, quiso hacer a saber qué, y me robó el bolso. —Intento explicarle al agente lo que pasó, pero las palabras apenas me salen.

—¿Recuerda cómo era?

—No pude verle la cara, llevaba una gorra oscura y con la poca luz que hay no he podido verle.

—¿Y rasgos físicos?

—Era más o menos como él de alto —digo mirando a mi Collins—, tenía los brazos fuertes e iba vestido con una camiseta oscura y tejanos.

—¿Puede levantarse? —le pide ahora a él.

—Sí, señor.

Collins se pone en pie para que el agente pueda ver su estatura. Tal vez fuera algo más alto, pero apenas puedo recordar cómo ocurrió todo. Fue tan rápido, tenía tanto miedo... Cojo aire por la nariz y lo suelto por la boca, intentando calmar esta ansiedad que empieza a nacer en mí. Cierro los ojos con fuerza, siento una pequeña lágrima recorrer mi mejilla.

—¿Recuerda algo más? ¿Iba armado?

—Sí, llevaba una navaja tan grande como la palma de mi mano —digo enseñándosela—, tenía algo brillante... estaba muy afilada.

—¿Qué le hizo? —pregunta—. ¿Le agredió?

—Me llevó hasta allí. —Señalo el portal—. Me tiró al suelo, me agarró por el pelo y me volvió a levantar, quería... —Mi voz acaba quebrándose—. Quería que jugáramos, quería follarme —acabo diciendo—, por suerte, apareció Pol...

Lloro en silencio, sin decir nada más, me falta el aire, apenas puedo respirar, ese hombre habría conseguido lo que quería si no hubiera sido por Pol, ¿cómo puedo estar tan sumamente indefensa? Si la cosa hubiera salido mal podría incluso haberme matado.

—Ya está, cielo. —Me acaricia la espalda.

—¿Y usted quién es? —le pregunta Martínez.

—Soy J.D. Collins —le dice—. Su pareja —aclara.

—Ajá. —Lo apunta en la libretilla a la vez que asiente—. Necesito que escriban aquí sus números de contacto y dirección, mi compañero les tomará declaración a ellos, de momento, pueden marcharse, si recuerda algo más, llámeme. —Me da una tarjetilla con su número de teléfono.

—Gracias —digo sin fuerza.

Collins me ayuda a levantarme, no puedo apenas moverme, mi cuerpo está agarrotado, prácticamente inmóvil. Le da las gracias a Pol y Lara, también a los agentes, hace que le dé la vuelta al coche, abre la puerta del copiloto y con delicadeza, hace que me siente dentro. Cuando cierra la puerta, desaparece tras el coche, no le veo, mi respiración se vuelve agitada, mis pulmones no logran coger el

aire que necesito. Pongo el seguro para que nadie pueda volver a abrirla si no soy yo desde dentro, o Collins con el mando. Miro por la ventana y cuando entra, algo en mí se dispara, no han sido más que dos minutos sin él, pero eso ha bastado para que me pille por sorpresa.

—¿Cómo te encuentras? —me pregunta preocupado, cuando arranca el motor.

—Bueno... —murmuro aún con la vista fija en la calle.

Suelta un soplo, está cansado, debe estarlo, después de todo el día trabajando es normal que lo esté. Pero entonces da un fuerte golpe en el volante, lo que hace que me alarme. No está cansado está enfadado, decepcionado.

—Debería haberte ido a buscar —gruñe.

—No es culpa tuya.

—Sí, lo es.

—No, Collins, no lo es —murmuro—. Esto podría haber pasado hace un año.

—Pero yo no estaba contigo —responde enfadado.

Giro un poco la cabeza para mirarle, tiene las manos cerradas en puños, está más enfadado de lo que creía. No debe estarlo, como le he dicho no es culpa suya, él no sabía lo que iba a ocurrir, además podría haberme pasado hace tiempo y habría sido igual.

—Déjame en casa, Lucía debe estar preocupada.

—No, esta noche te vienes conmigo.

—Collins, por favor...

—No, nena, no puedo dejarte sola, ¿y si vuelve a pasar? —dice preocupado.

Suspiro, este hombre es un cabezón, aunque en cierto modo tiene razón, podría volver a pasar, con él cerca me siento más segura.

—Quédate en casa —le pido, aunque más bien suena como un ruego.

Durante unos segundos se queda con la mirada fija en la carretera, pensando, sin decir nada más, si realmente está preocupado se vendrá, no le importará estar en mi casa en vez de en la suya.

—Por favor...

Quita una de sus manos del volante, la lleva hasta mi muslo, lo acaricia haciendo círculos coge mi mano y como muchas veces antes, se la lleva a la boca y la besa con dulzura.

—Iré, pequeña —me dice con una media sonrisa en los labios—. No te dejaré sola, no volverá a pasarte nada.

Asiento, una oleada reconfortante se hace conmigo, me sacude de tal manera que varias lágrimas se me escapan. Besa de nuevo mi mano, me mira intentando que sonría, pero no puedo hacerlo, ahora no.

Después de pasar por su casa, coger algo de ropa para mañana, también el pijama, las gafas y demás, nos dirigimos a la mía. Aparca el coche dos calles más allá, lo

podríamos haber dejado en el *parking* pero por una extraña razón no lo hemos hecho. Al llegar a la portería, me doy cuenta de que no tengo las llaves, el ladrón se lo ha llevado todo, o casi todo. Llamo por el telefonillo.

—¿Sí? —pregunta Lucía, confusa.

—«Hermanita», soy yo, abre.

—¿Y tus llaves?

—Ahora te lo explico —murmuro, esta es capaz de no abrirme hasta que se lo explique—. Viene Collins.

Nada más decirle eso, aprieta el botón para que la puerta se abra, mira que es chafardera, lo quiere saber todo y lo más seguro es que le haga una exhaustiva entrevista para saber qué es lo que hace en casa. Pongo los ojos en blanco, por suerte o por desgracia, esta chica no cambiará nunca. Me hago a un lado para que Collins pueda pasar delante, pero insiste en quedarse atrás.

Antes de que pueda llamar al timbre, escucho que las llaves se cuelan por la cerradura al otro lado de la puerta, esta se abre, y la cabecita de Lucía aparece entre esta y el marco. Me mira de arriba abajo, hasta que se da cuenta de que algo ha pasado, le mira a él y luego vuelve a mirarme a mí.

—¿Qué ha pasado?

—Será mejor que entremos.

Al entrar en casa, Collins, va directo a mi habitación y deja la bolsa en la que ha metido la muda limpia, mientras Lucía y yo nos sentamos en el sofá, toca volver a explicar lo que ha ocurrido. Trago saliva, cojo aire y lo suelto a modo de suspiro.

—Nena, ¿estás bien? —me pregunta, preocupada.

—No... la verdad es que no —digo en un hilo de voz.

Se deja caer a mi lado, pasa uno de sus brazos sobre mis hombros y me da un beso en la mejilla.

—¿Qué ha ocurrido?

—Pues... bueno... acababa de cerrar el *Jubilee*, le había dicho a Joel que se fuera a casa, pensé que después de estar todo el día trabajando estaría cansado, así que se marchó... —suspiro, perdida en mis pensamientos—. Cuando acabé de recoger, cerré. Iba a ir a comprar algo para la cena, no sabía si habías preparado alguna cosa, pero por si acaso iba a ir a comprar, y entonces, de camino al supermercado, un extraño hombre me agarró por el brazo y me arrastró hasta un portal —el vello se me eriza nada más mentarlo—, Lucía, podría haberme hecho cualquier cosa —digo cogiéndole de la mano con fuerza—. Tuve suerte, si no hubiera aparecido Pol, uno de los vecinos, ese hombre podría haberme violado ahí en medio y nadie se habría dado cuenta... —Mi voz acaba quebrándose, igual que yo.

—Joder... Nati...

—Pero eso ya no volverá a ocurrirle —asegura Collins—. Yo estaré con ella.

Suspiro de nuevo, perdida, ¿realmente voy a tenerle siempre conmigo? No puede ser, no puede estar siempre encima de mí, tengo que saber valerme por mí misma...

Me pongo en pie, voy al baño, me lavo la cara, me enjuago la boca, necesito descansar aunque sea un poco.

—Voy a acostarme... —murmuro.

Antes de irme a la habitación, me tomo un vaso de agua fría. Le doy un beso a Lucía en la mejilla y otro a Collins, ahora no tengo ganas de quedarme aquí, de recordar lo ocurrido con ese hombre. Me cambio de ropa, la que llevaba la dejo doblada encima del sifonier, me pongo el pijama, peino mi pelo un poco y lo recojo en un moño. Bajo la persiana, puedo escuchar cómo hablan al otro lado de la puerta, están preocupados, incluso más de lo que lo estoy yo. Deshago la cama, me siento en ella, apago la luz de la mesita de noche, me paso las manos por la cara, y me tumbo. Collins no tarda en entrar, se sienta a mi lado, me besa el hombro desnudo y pasea sus manos por mi pelo, acariciándolo.

—Nena, ¿desde cuándo no comes?

—Le he dado un bocado al sándwich que me ha hecho Lara...

—Eso no me sirve.

—Desde el mediodía.

Suelta un bufido, me besa en los labios, se pone en pie y sale de la habitación. Escucho que deja un par de platos sobre el mármol de la cocina, o tal vez sean vasos. ¿Estará preparando la cena? No quiero comer nada, estoy cansada, además ahora mismo no me apetece comer. Después del mal trago que he vivido hace un rato, no quiero hacer nada; no tengo hambre. Ya no escucho más, solo como Lucía enciende la televisión, aunque conociéndola no podrá estar mucho rato sin hablar.

—¿Qué haces? —le pregunta en voz baja.

—Voy a prepararle algo para que coma, no puede irse a dormir con el estómago vacío y mucho menos después de haber vomitado.

—Ya...

Diez minutos después, Collins entra con una de nuestras bandejas, en ella hay dos platos y dos vasos con un líquido. No he apagado la luz, ¿para qué? Ya sabía que iba a volver. La deja a los pies de la cama, se sienta a mi lado, en el sitio que está libre, la coge y se la pone sobre las piernas.

—Para cenar hay ensalada de pasta, fresquita —explica con una sonrisa.

—«Fresquita» —repito, intentando aguantarme la risa.

No sé por qué me ha hecho gracia como lo ha dicho, es extraño verle hablando con diminutivos. Una media sonrisa se dibuja en sus labios, haciendo que yo también sonría, es imposible no hacerlo cuando lo tienes delante.

—No voy a comérmelo todo... —murmuro.

—Con que comas un poco ya estaré contento.

Cojo el tenedor que está tendiéndome, le doy las gracias, pincho unos cuantos lacitos, y me los llevo a la boca. Ha hervido pasta, ha cortado un poco de cebolla, pepino, huevo duro y atún. Me encantan las ensaladas con mucha cosa, así nunca te aburres de lo que comes. Me observa mientras como, la verdad es que si fuera otra

persona me estaría poniendo de los nervios, no me gusta que me miren, y mucho menos comiendo, pero, ¿cómo le voy a decir que no lo haga?

Tras la cena, Collins recoge todo lo que ha usado, se pone el pijama, se tumba en la cama y me hace un gesto para que me recueste sobre él. Quiero escuchar su corazón, ese que hace que mi mente se calme, que mis miedos se vayan y me sienta como en casa.

Capítulo 25

Estiro las piernas cuanto puedo, pero entonces acaban saliéndose de la sábana. ¿Qué hace la cama deshecha? ¿Qué ha pasado? Durante unos minutos me quedo mirando la ventana, algunos rayos de luz entran por las láminas mal cerradas, iluminando poco a poco la habitación. Me paso las manos por el pelo y por la cara, bebo un poco de agua de la botella que siempre suelo tener en la mesita de noche, entonces viene a mí como un *flash*... ¡Collins! Ha dormido aquí, es verdad, ya no me acordaba de lo que ocurrió anoche. Vuelvo a estirarme como una gata, la puerta se abre poco a poco, y veo que intenta entrar con delicadeza, para no hacer ruido y despertarme.

—Buenos días, preciosa —saluda al verme con los ojos abiertos.

Rodea la cama, se deja caer sobre el colchón haciendo que todo se mueva. Parece un niño pequeño, acerca su rostro al mío y me besa con dulzura. Pongo mis manos a ambos lados de su rostro, no quiero que se me escape, quiero que siga aquí una vez más, para siempre. Ahora soy yo quien le besa, pero no con tanta delicadeza como lo había hecho él, sino que lo hago con ansia y deseo.

—Natalia... —dice con su ronca voz— Lucía... Lucía está al otro lado.

—Esa no se entera de nada...

Hago que se dé la vuelta, que su espalda quede pegada al colchón. Me siento sobre su cintura, paseo mis dedos por encima de la camiseta, las bajo justo donde se une la cinturilla del pantalón y esta, empiezo a subirla, hasta que es él quien me ayuda a deshacerme de ella.

—Gracias —susurro avergonzada.

Le beso en los labios, en las mejillas, la barbilla, el cuello, en todos lados. Paso mis manos por su pecho desnudo acariciándolo, mimándolo delicadamente, deleitándome con cada centímetro de su piel. Le doy un rápido beso en la boca y luego uno en cada pezón. Cuando alzo la vista puedo ver su mirada, está llena de lujuria y deseo, me encanta, simplemente hace que me vuelva loca. Sonrío orgullosa, me gusta tanto... tanto.

—Natalia —susurra.

—¿Mmm? —murmuro.

—Quiero que seas mía.

—Ya lo soy, cielo.

—Dilo —me pide.

—Soy tuya, Collins.

Suelta un gruñido, se incorpora un poco y acaba devorándome. Me besa apasionadamente, más de lo que ya es normal. Posa sus manos en mi cintura, la sujeta con fuerza, y va subiéndolas hasta llegar a mi rostro, me acerca a él para sentirme mejor. Con un rápido movimiento se deshace del moño que sujetaba mi pelo, se

queda la goma y deja que sus dedos se entrelacen con los mechones que van cayendo poco a poco.

—Te quiero, Natalia, más de lo que crees...

—Shh —susurro interrumpiéndole, le coloco el dedo índice sobre los labios—.
Calla.

Me acerco más a él, haciendo que mis pechos toquen el suyo a través de mi pijama. Pongo mis manos a ambos lados de su rostro, él las coloca en mi cadera de nuevo, le beso como si fuera la primera vez que lo hacemos, lentamente, disfrutando de cada uno de los besos que recibo y doy. Paseo mi lengua por encima de sus labios, bajo por la barbilla, y luego por su cuello. Alzo la mirada, y ahora es él quien se muerde el labio inferior, tan provocadoramente, que hace que no pueda evitar volver para ser yo quien lo muerda. Suelta un leve gemido cuando tiro un poco de este, adoro escuchar cómo se le escapan. Aprieta mi cintura contra la suya haciendo que pueda sentir mejor su miembro, y esa erección que no deja de pedir un poco de mimos. Sonrío contra su boca, este hombre es insaciable, nunca antes había conocido a alguien así y la verdad es que me vuelve loca.

Una de mis manos se cuela entre nosotros y empieza a acariciarle por encima de la ropa, lo que parece pillarle por sorpresa, ya que abre los ojos mucho asombrado. Suelto una carcajada y rápidamente me tapo la boca, será mejor que no haga mucho ruido o Lucía acabará despertándose. Duerme como un tronco pero dudo que no oiga mi risa. Collins sonrío aunque no tarda en pedir un poco más de atención. Sube la cabeza, pidiéndome que le bese y eso hago. Con mimo, pero a medida que van siendo más, se vuelven más húmedos y fogosos. Cuela una mano entre la gomilla de mi pantalón y la de mis braguitas. Sonrío travieso, tira del pijama hacia abajo para quitármelo, le ayudo a hacerlo ya que no creo que sea capaz de conseguirlo solo. Me quedo sentada encima, observándole desde arriba, alzo la mano derecha, me llevo el dedo índice a la boca y muerdo la punta. Me la coge, y es él quien muerde y chupa el dedo, haciendo que todo mi vello se erice. Un leve gemido se escapa de mi interior, cuando la suelta, empiezo a besarle, baja sus manos hasta la cinturilla de mis bragas, quiere quitármelas, pero le digo que no con la cabeza. Hace una mueca intentando parecer molesto, frunce el ceño pero no puede evitar sonreír.

—Gatita —gruñe— hay algo que te sobra —mur-mura con su ronca voz.

—¿Tú crees? —pregunto sensualmente.

—Sí —dice en voz baja—. Como esto. —Sube la camiseta con delicadeza.

Cuando termina de hacerlo, posa sus manos en el cierre del sujetador, me lo quita y lo deja a los pies de la cama. Me observa igual que un lobo hambriento que acecha a su presa. Cojo sus manos y las coloco sobre mis pechos mientras que empiezo a moverme encima de él, acariciando su miembro a través de la ropa. Quiero quitársela sentirle dentro de mí, que me haga suspirar y robe mis gemidos con sus besos.

—Tengo tantas ganas de ti —susurro contra su oreja.

Eso es lo que acaba detonándolo todo. Me coge por la cintura y hace que me

quede tumbada al otro lado de la cama boca arriba, pero no quiero, necesito estar encima de él, observarle. Vuelvo a sentarme sobre su cintura, le beso el pecho y con la lengua voy haciendo un reguero hasta que llego a la parte baja de su cintura. Torpemente, deshago el nudo que sujeta el pantalón, pongo los dedos por dentro de los calzoncillos, y los bajo a la vez. Dejándole así totalmente desnudo. Me quedo quieta, observándole, es tan hermoso como un Dios griego, el perfecto *Adonis*, el hombre que toda mujer desearía, y aquí está, pidiéndome que le haga el amor.

Le doy un mordisco en el interior de la pierna, me gusta morderle, y vuelvo a subir a sus labios. No dejo de moverme encima de él, dejando mi sexo sobre el suyo, haciendo que estén en contacto y se acaricien entre ellos con el vaivén de nuestros cuerpos. Collins pone una de las manos en la base de su miembro, lo conduce hasta mi entrada y de una sola estocada me penetra, con fuerza, salvajemente, con ansia, pero sin hacerme daño. No aparto mi mirada de la suya, empiezo a moverme con él en mi interior, mientras le escucho gruñir como un lobo feroz. Sonrío perdida en el deseo y la lujuria que ahora mismo siento. Sube sus manos hasta mis pechos, acaricia mis pezones, juguetea con ellos e incluso los pellizca endureciéndolos. Me muerdo el labio inferior sin dejar de moverme sobre él, le doy besos rápidos, aunque acabo haciéndolos más duraderos y pasionales.

—Joder, Natalia... —murmura con la voz ronca.

Escucho que la puerta de la habitación de Lucía se abre chirriante, entonces me detengo. Solo espero que no entre. Da varios pasos por el comedor, entra en el baño y va hacia la cocina. Trago saliva, ¿qué se supone que debo hacer ahora? Collins se lleva el dedo índice a la boca para decirme que no haga ruido. Entonces, se aproxima, cada vez está más y más cerca. Contengo la respiración, rápidamente me tumbo encima de Collins, cojo la sábana para que nos quede por encima, me quedo quieta, y es cuando la puerta se abre. «Mierda...», me digo a mí misma.

—Oh... míralos qué monos están... —dice en voz baja, mirándonos.

Siento su mirada clavada en mi cogote, mira que es chafardera, ¿no podía quedarse en su habitación? ¡Podría habernos pillado! Bueno, en realidad lo ha hecho. Collins se aguanta la risa, intenta parecer dormido pero no sé si Lucía acaba tragándose. Suelta un suspiro sin dejar de mirarnos. Se da la vuelta y cierra la puerta a su espalda, ¡por fin!

—¡Madre mía! —espeto.

—Shhh... calla —me dice Collins, riendo, en voz baja—. Es capaz es de volver a entrar.

—Espero que no...

Cuando voy a apartarme de él, me sujeta para que no lo haga. Ahora no tengo la cabeza como para poder seguir con ello, me he ido por culpa de Lucía, he perdido la poca concentración que normalmente suelo tener. Ronronea contra mi oído, pero al decirle que no, suelta un gruñido. Me echo al lado en el que he dormido de la cama, pero se niega a dejarme. Se acerca a mí, pasea sus dedos por encima de mis pechos

haciendo círculos, los lame, los besa y los mordisquea, con cuidado. Tras eso pasa al cuello haciendo que mi respiración se vuelva cada vez más agitada y nerviosa. Pongo una mano en la parte superior de su cuello, sobre la nuca, y hago que me mire, necesito que me bese como solo él sabe hacerlo; aunque estoy segura de que acabaré perdiendo la cabeza. Se me coloca encima con una media sonrisa dibujada en los labios, este hombre está teniendo unas ideas demasiado perversas como para preguntarle por ellas.

—*Mi dulce locura* eres tan hermosa —musita, mirándome.

Mis mejillas arden, se tornan rojizas, mi corazón se acelera igual que mi respiración, siento que incluso llega a faltarme el aire. Besa mis pechos, mediante un reguero va bajando hasta que se topa con mi ombligo. Coloca sus manos a ambos lados de la cintura, me sujeta para que no me escape, aunque no lo haría ni loca. Aparta las sábanas, se coloca entre mis piernas, y antes de nada me hace un gesto para que no haga ruido. Asiento dejándome llevar, por un momento, cierro los ojos, hasta que siento cómo empieza a lamerme, cómo juguetea con su lengua en mi monte de Venus. Varios gemidos se escapan de mi interior, un ardiente fulgor empieza a tomar mi cuerpo al ritmo de sus lametones. Sin apartar la lengua de mi pequeño botón, empieza a jugar con uno de sus dedos, abro los ojos asombrada, Alza la mirada y sonrío; se pasa la lengua por los labios, esos que están rosados e hinchados de tantos besos. Vuelve a lo que estaba haciendo, alargo la mano y se la pongo en la cabeza, necesito tenerle aquí arriba, necesito sus besos.

—Ven... —le pido.

Me muerdo el labio inferior, es imposible no hacerlo, teniendo a este hombre aquí, así solo para mí. Es toda una delicia. Lame mi vientre, hasta que llega a mi cuello, lo besa y lo mordisquea. Le coloco una mano en la nuca, para que se centre en mis labios. Levanto la cadera pidiéndole un poco más de atención. Lo sé, lo quiero todo, pero es que Collins es irresistible. Me besa con delicadeza, deleitándose a cada beso, hasta que se vuelven más potentes y húmedos a la vez que va hundiéndose en mí. Lo hacemos lentamente, nos movemos al mismo son, disfrutando el uno del otro como aún nos faltaba por hacer. Suspiro y cuando quiero darme cuenta, un leve gemido se me escapa. Clava su mirada en la mía, sus ojos están llenos de lujuria y pasión, vuelve a por mi boca, llevándose consigo cada uno de mis suspiros, gemidos y sollozos. Unos minutos más tarde, no tardo en sentir esa oleada de sensaciones. Se acerca, la noto llegar... Él, se da cuenta, solo con mirarme a los ojos lo sabe, mi respiración ha cambiado, se ha vuelto irregular.

—Vamos, nena. —Me anima.

Me besa una última vez y hace que todo se desencadene, que el placer me arrolle como un tsunami, llevándome consigo. Gimo y sollozo intentando no hacerlo demasiado fuerte para que Lucía no me escuche. Collins vuelve a besarme, y no tarda en acabar.

Caigo rendida en la cama, sin fuerza, igual que él, mis ojos empiezan a cerrarse

de nuevo, este hombre me agota. Pasa un brazo por encima de mis hombros, lo que hace que quede mi cabeza recostada sobre su pecho. Como hago siempre, le doy un beso en este y sonrío. Pasea su mano por mi pelo, entrelazando sus dedos con los mechones despeinados que caen sobre la almohada. Bostezo, vuelvo a estar cansada, cuando parece que me estoy quedando dormida, mi teléfono empieza a sonar.

—Toma. —Me da la camiseta que llevaba para que me la ponga.

Gateo por encima de la cama, miro quién es, pero no tengo el número guardado, por lo que lo cojo sin saber quién es.

—¿Sí?

—¿Eres Natalia Reyes? —pregunta un hombre.

—Eh... sí, ¿por qué? ¿Quién es?

—Soy el agente Martínez.

—Oh... buenos días, agente.

Durante unos segundos permanece callado, escucho que de fondo habla alguien, y como Martínez escribe algo en un papel.

—Buenos días, señorita Reyes.

—¿Ha ocurrido algo?

—Le llamaba para saber si recordaba algo más —me explica—. Además, tiene que venir a comisaría a poner la denuncia por el robo y a prestar de nuevo declaración.

—Entiendo..., no, no he recordado nada más, lo que le expliqué ayer es lo que recuerdo.

—Ajá... ¿Podría pasarse en una hora por aquí? Si no estoy yo, alguno de mis compañeros la atenderá.

—De acuerdo, muchas gracias, estaré allí en una hora.

Sin despedirse ni nada, cuelga el teléfono, me quedo mirando a Collins, sin entender muy bien qué es lo que ha ocurrido y dejo el móvil sobre la mesita. Le explico lo que me ha dicho el agente: me acompañará para que no vaya sola. Deberíamos darnos una ducha.

Antes de marcharnos, Collins llama a Julia, para avisarle de que entrará una hora más tarde, le explica lo que ocurrió anoche y acaba dándole permiso para que falte un rato. Al final acabaran despidiéndole, tanto faltar, tanto faltar... Bueno, siendo esa *pelandrusca* la jefa no creo que lo haga, le gusta demasiado eso de «alegrarse la vista» con él. Cuando llegamos a la comisaría, nada más entrar nos topamos con Martínez, quien sale de uno de los despachos. Me quedo mirándole, anoche parecía distinto, mucho más regordete y bajito.

—Buenos días —nos dice.

—Buenos días —le responde Collins, quien tiene su mano entrelazada con la mía.

El agente pasa junto a la recepción de la comisaría, se asoma por el marco de la

puerta de uno de los pasillos, y nos hace un gesto con la cabeza para que vayamos tras él. Miro a Collins, hago una mueca y paso delante de él. Martínez entra en uno de los despachos que hay junto al pasillo.

—Bien, señorita Reyes. —Se sienta.

Nos lanza una mirada para que nos sentemos al otro lado de la mesa, donde hay un par de sillas. Es hombre de pocas palabras y muchos gestos, por lo que parece.

—No voy a mentirle...

—Vale.

—Lo más seguro es que no encontremos al hombre que le robó anoche, a no ser que vuelva a robarle a alguien, en ese caso sería algo más fácil.

Asiento, mirándole fijamente, está serio, muy serio, tal vez también debería estarlo yo, pero la verdad es que solo me alegro de que anoche no pasara nada más.

—Bueno...

—Pero estese segura de que si damos con él acabará recuperando sus cosas.

—Gracias.

Cuando va a seguir explicándonos cómo va la cosa, aparece uno de sus compañeros, deja unos papeles sobre la mesa y le dice algo al oído, nos mira, vuelve a mirarle a él, le dice otra cosa, y desaparece por donde ha venido.

—Bien, ahora le tomaré declaración otra vez. —Se pone las gafas que había sobre la mesa—. Es para que quede constancia.

—Ajá...

Miro de reojo a Collins, está serio, vigilando cada uno de los movimientos del hombre. Tiene la vista fija en él, no la separa ni un solo segundo. Va del papel a su cabeza y así todo el rato. Martínez coge un bolígrafo azul, escribe algo en las fotocopias que le ha traído el compañero, y alza la mirada.

—Bien, cuénteme de nuevo lo que ocurrió anoche.

Parece que este hombre solo sepa empezar las frases con «bien», no deja de hacerlo, suelto un risilla, pero al darme cuenta carraspeo, intentando disimular.

—Anoche, bueno..., cuando cerré el *Jubilee*, la cafetería de la cual soy la dueña, me dirigía hacia casa; recuerdo que me guardé el móvil, el DNI y la tarjeta de crédito en el bolsillo trasero del pantalón, por si tenía que comprar algo. —Hago una pausa, para pensar en todos los detalles—. Al final de la calle le vi aparecer, llevaba una camiseta oscura de manga corta, unos vaqueros, y una gorra —me paso las manos por la cara y prosigo—, cuando le vi me dio muy mala espina, así que fui a cambiar de acera pero los coches no dejaban de pasar, y tuve que quedarme en el paso de cebra.

El hombre va escribiendo todo lo que le digo a una velocidad impresionante, yo no podría hacerlo. Al ver que ha terminado de escribir, sigo contándole lo que pasó.

—Me agarró con fuerza por el brazo, me hacía daño, hizo que me metiera en un portal cercano, me acorraló contra la pared, me tiró al suelo..., estiro la mano hasta cogerme por el pelo, tiró de él hasta que estuve de pie, otra vez —trago saliva, al recordar lo que ocurrió, un escalofrío me recorre—, paseó sus manos por todo mi

cuerpo, sobándome... —veo que Collins cierra la mano que tiene libre y la aprieta en forma de puño—. Volvió a tirarme al suelo, me exigió que le diera lo que llevaba encima, al no hacerlo, sacó una navaja brillante, muy brillante... estaba afilada. Por suerte, apareció Pol, y el ladrón se llevó solo el bolso.

—Muy bien. —Acaba de apuntarlo todo y me mira—. Como le he dicho, será complicado encontrarlo, pero haremos todo lo que esté en nuestras manos.

—Gracias, señor agente.

—Es nuestro deber —dice con una sonrisa—. Estamos aquí para proteger a los ciudadanos.

Cuando salimos de comisaría, Collins se va al banco, y yo, antes de irme al Jubilee, me paso por un gimnasio que está al lado de casa.

—Buenos días —me saluda una chica rubia con una radiante sonrisa en los labios.

—Buenos días —le respondo.

—¿Qué puedo hacer por ayudarla?

—Me gustaría saber qué clases hay de defensa personal y cosas por el estilo.

La muchacha asiente, se agacha a buscar unos papeles en uno de los armarios que hay detrás de ella y debajo del mostrador. Mientras empiezo a mirar todo lo que me rodea. Nada más entrar, a la derecha, hay unas enormes escaleras que van a una planta superior, entonces, por esas mismas veo bajar a un hombre, con un cuerpo de escándalo, aunque va secándose el sudor con una toalla, me resulta muy, muy familiar.

—¡Natalia! —me llama el hombre al apartarse la toalla de la frente.

—¿Robert?

—Sí, soy yo.

La chica que me estaba atendiendo, se levanta de golpe, dando un salto, con varias carpetas en la mano, se queda observando a Robert sin apartar la mirada de él, solo le falta que se le caiga la baba, porque ¡madre mía!, está devorándolo con los ojos. Al llegar al final de la escalera, pasa una tarjeta por un sensor para que se le abran las puertas y sale al vestíbulo.

—¿Qué haces tú aquí?

—Pues si te lo cuento no te lo crees...

—Hola, Robert —dice la muchacha atontada perdida.

—Hola, Carla, ¿todo bien?

—Sí, sí, gracias, estaba atendiendo a esta chica.

Robert tiene la mirada clavada en mí, casi no le hace caso a la muchacha, la pobre incluso tartamudea al hablar.

—Ya me ocupo yo —le informa con una sonrisa en los labios, la cual me dedica.

—Como... Como quieras, Robert.

—Gracias —contesto.

—Ven, pasa a la sala de entrenadores.

Coge las carpetas que estaba sujetando Carla, coloca una de sus manos en la parte baja de mi espalda, y con la otra, que está ocupada, señala la puerta que hay junto al mostrador. Asiento varias veces y entonces me encuentro con sus ojos oscuros como la noche y brillantes como las estrellas.

—Adelante. —Abre la puerta y me deja pasar.

Espero a que entre él y me diga a dónde ir. Con un gesto me dice que me siente en las butacas que hay un poco más allá de la puerta, algo alejadas de la mesa central. ¡Vaya cómo tienen montado esto!

—¿Qué querías hacer?

—Quiero apuntarme a defensa personal, o algo similar.

—¿Y eso?

—Bueno...

—¿«Bueno»?

—Anoche me atracaron.

El semblante de Robert se vuelve serio, mucho, incluso se asusta por un momento. Pero no dice nada, permanece callado esperando a que sea yo quien siga hablando, contándole lo que ha pasado.

—Cuando salí del *Jubilee*, un hombre me atacó, quiso..., bueno... quiso aprovecharse de mí, y acabó huyendo con mi bolso.

—Joder... como lo pille... —gruñe apretando la mandíbula.

—Bueno..., estoy aquí porque quiero ser capaz de cuidar de mí misma, no quiero que vuelva a ocurrir.

Baja la vista, clavándola en las carpetas, suelta un bufido y la alza de nuevo.

—Te convertiré en una auténtica máquina de matar. —Pone voz de malo.

—Eso espero.

Me paso la mano por la cara, y luego por el pelo, con el tiempo que hace me paso el día muerta de calor.

—¿Quieres un poco de agua?

—Sí, por favor.

Se pone en pie, va hacia el dispensador de agua y llena un vasito. Me lo tiende, le doy un sorbo pero no puedo esperar para darle el siguiente, me muero de sed. Cuando me lo termino, lo dejo en la mesita que hay frente a las butacas. Al levantar la vista del vaso, me doy cuenta de que Robert tiene la mirada clavada en mí, lo que hace que mis mejillas se sonrojen. «¿Pero qué haces?», me digo a mí misma.

—¿Mejor?

—S... Sí, claro —digo algo avergonzada.

—He pensado que podríamos hacer clases de *kick boxing*, *jiujitsu*, y podríamos probar algo de *aikido*.

—Ajá...

—¿Conoces todos ellos?

—Creo que sí, el que menos me suena es el *aikido*... Pero bueno, cuando llegue a

casa lo buscaré en internet a ver qué tal.

—Muy bien, si tienes alguna duda, ven y yo mismo te lo explicaré.

Asiento, mirando el vaso que he dejado en la mesa.

—¿Cuándo quieres venir?

—¿Hay clases?

—Sí, pero..., había pensado en que tal vez podríamos hacer clases los dos, siendo yo tu entrenador personal.

¿Entrenador personal? ¿*Comorl*? ¿En serio? Madre mía... ¿y que se supone que debo decirle ahora?

—Claro, estaría genial.

«Natalia, pero, ¿¡qué demonios haces!?!», me grito a mí misma, creo que esto va a acabar mal, sobre todo si Robert se pasa de listo. Aunque solo irá mal para él.

—Bien, pues... ¿quieres que empecemos mañana?

—Sí, sería genial.

Me pongo en pie, necesito irme de aquí, no puedo seguir aguantándole la mirada o acabaré echándome a reír. Inspiro y expiro, una y otra vez, hasta que él también se levanta y me acompaña a la salida.

—Nos vemos mañana —me dice con una sonrisa.

—Sí...

Capítulo 26

El día ya ha empezado, por suerte hoy me toca ir por la tarde. Ayer, nada más acabar de hablar con Robert, me fui directa a la cafetería, estuve allí con Lucía trabajando hasta tarde, y luego vino Collins a recogernos. No se fía de nadie, y por mucho que seamos dos, dice que podría pasarnos algo. Se está volviendo algo protector con ambas, aunque más conmigo, es un cielo de hombre, no sé qué haría sin él. Cuando acabo de tomarme el café, cojo la bolsa del gimnasio, el casco de la moto, y salgo de casa, es hora de ir al primer entrenamiento. No sé cómo será eso de aprender con Robert, tampoco sé cómo reaccionará Collins cuando sepa que es él quien imparte las clases, o que es mi entrenador personal. Miro el móvil, tengo una llamada perdida, ¿de quién será? Desbloqueo la pantalla, lo miro, pero no tengo el número guardado. Qué extraño...

Cierro la puerta de casa, bajo al portal y cuando estoy a punto de ponerme el casco, escucho que mi teléfono empieza a sonar.

—¿Sí? —pregunto amablemente.

—¡Pero serás guarra! ¡Deja a mi hombre!

Abro los ojos de forma desorbitada, no entiendo nada, ¿de qué está hablando? ¿Qué hombre?

—Perdona, no sé de qué me hablas.

—¡Claro que lo sabes! ¡Déjale en paz! ¡Que no eres más que una zorra roba maridos! —Suelta un chillido al móvil y vuelve a hablar—. ¡Cómo te vea, te dejo calva! ¿Me has entendido?

¡Por Dios! ¡Esta mujer ha perdido la cabeza! ¿Qué se supone que he hecho? Pongo los ojos en blanco y separo un poco el móvil de mi oreja, al final va a acabar dejándome sorda.

—¡Cuando te hable me respondes!

—De verdad... no entiendo nada de lo que está pasando.

—¿Cómo no vas a entenderlo? ¿Es que eres tonta? —grita—. No, claro que no eres tonta, sino no estarías con mi marido.

Cojo aire y lo suelto a modo de suspiro intentando relajarme, al final acabaré siendo yo la que vaya a buscarla para dejarle bien claro que yo no he hecho nada, ni le he robado el marido a nadie.

—Serás zorra... —murmura por lo bajini.

—¿¡Pero de quién cojones me está hablado!? —digo perdiendo los nervios—. Seguro que la zorra es usted, si no su marido no le habría puesto los cuernos.

—¡Lo ves! ¡Sabes de qué te estoy hablando!

—¡Que no lo sé!

Escucho que al otro lado alguien entra en casa, se cierra la puerta de algún lado y

la mujer se queda callada.

—¡Mierda, ya ha llegado! —gruñe en voz baja—. ¡Contéstame! —me ordena.

—¿A qué quiere que le responda, señora?

—¡Laia sé que eres tú! ¡Zorra! ¡Eres una hija de perra! ¡Eso es lo que eres! —chilla desesperada—. ¡No tenías suficiente con haberme quitado al primero! ¡También quieres a este!

Abro los ojos como platos, ¿me acaba de llamar Laia? ¿Quién es Laia?

—A ver... señora... —murmuro—, yo no soy Laia, no sé quién es Laia, ni sé quién es usted ni su marido.

—¿Cómo qué no? —dice confusa.

—Se lo estoy intentando decir, mi nombre es Natalia Reyes, soy de Barcelona, y no tengo ni idea de quiénes son.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad, se lo estaba diciendo, no sé de qué me habla. —Intento hacer que se calme, volviéndole a explicar todo.

Suelta un soplido igual que lo hago yo, no entiendo cómo esta mujer puede ponerse así por teléfono y encima sin saber si realmente es con la persona con la que habla, además de que no hacía ni caso de lo que le decía. Le ha dado igual que no sea yo esa tal Laia, estaba tan enfadada que ni se ha dado cuenta.

—Joder... —murmura—. Lo lamento..., siento mucho haberte llamado todo eso... —dice arrepentida—. Es que creo que mi marido me está poniendo los cuernos con Laia, una de su empresa, y no sé qué hacer... Estoy tan perdida, no entiendo por qué lo ha hecho... —Su voz se va volviendo cada vez más débil hasta que acaba quebrándose y se echa a llorar—. Natalia... ¿por qué este también? ¿Por qué me lo ha hecho?

—A ver, señora, yo no puedo responderle al porqué, solo le diré que no es normal cómo se ha puesto, debería estar segura al cien por cien de si su marido le está siendo infiel con esa tal Laia, o no, pero no puede llamar así a un teléfono y sin atender a razones, insultar a la persona que hay al otro lado —le digo, seriamente—. Como comprenderá a mí no es que me siente muy bien eso de que me llamen «zorra, guarra e hija de perra», porque yo no he hecho nada.

—Ya... lo sé...

—Pues ya sabe, no se ponga así, averigüe si realmente su marido le es infiel, arréglole con él y no llame a nadie estando en ese estado de ansiedad.

Cojo aire, ¿por qué todo tiene que pasarme a mí? No lo entiendo, todo lo extraño siempre acaba ocurriéndome a mí, yo alucino... al final tendrán que encerrarme en un psiquiátrico o algo porque acabaré volviéndome loca.

—Lo siento.

—Da igual..., espero que le vaya bien.

—¿Entonces qué hago? —pregunta confusa.

Suelto un bufido, me paso las manos por la cara, cuelgo el casco del manillar e

intento calmar esta voz que me grita que la mande a freír espárragos.

—Hable con su marido, y asegúrese de que le es infiel, o no, antes de llamar a nadie igual que me ha llamado a mí.

—Entendido...

—Muy bien —le felicito—. Que pase un buen día.

—Gracias, igualmente, y lo siento.

Cuelgo el teléfono, y me quedo mirando la pantalla. Han sido los quince minutos más extraños de toda mi vida. Mucha gente se sorprende al escuchar lo que les cuento que me pasa y es que siempre ha sido así; tengo un imán para la gente rara, estoy segura de ello. Guardo el móvil en el bolsillo exterior de la bolsa de deporte, la cuelgo del gancho que tiene la moto para que así esté sujeta, me coloco el casco, pongo las llaves en el contacto, y enciendo el motor. Allá vamos.

Cinco minutos después llego al gimnasio, en realidad podría haber ido andando, pero después tengo que salir pitando hacia el *Jubilee* y quieras que no, así, me ahorro un poco de tiempo. Aparco la moto frente a la entrada, por suerte hay un *parking* para motos, los coches tienen que dar muchas más vueltas para poder encontrar sitio, ya que esta calle está muy transitada y no hay aparcamientos. Al entrar, me encuentro con Carla, la chica rubia que me atendió ayer antes de que apareciera Robert. He rellenado los papeles que él mismo me dio para que hoy se los entregara a Carla, y así me diera el *carnet* para poder pasar.

—Buenos días —dice con una sonrisa.

—Buenos días.

Dejo los papeles encima del mostrador para que los mire y termine de arreglarlos, mientras dejo la bolsa en el suelo con el casco.

—Muy bien, lo has traído todo —comenta alegremente.

—Sí, Robert me lo explicó ayer.

Sonrío igual que lo hace ella, introduce los datos en el ordenador, pasa una tarjetilla por un detector raro y la deja encima el mostrador. Acaba de echarle una ojeada a los papeles, me mira, vuelve a mirar los papeles, y me da el *carnet*.

—Ya puedes pasar.

—Gracias.

Cojo mis cosas y voy hacia las puertas, paso la tarjeta por el detector, y automáticamente se me abren. ¿Ahora dónde tengo que ir? Miro a todos lados pero no sé si debo subir o hay algún pasillo hacia los vestuarios.

—A la derecha. —Me indica Carla desde el mostrador.

Giro un poco la cabeza y le sonrío, suerte que me lo ha dicho si no soy capaz de perderme. Miro hacia donde me ha indicado, hay un no muy amplio pasillo con grandes ventanales que dan a las pistas de pádel y un cartel bastante visible en el que pone «*Vestuarios*» y una flecha. Seré tonta...

Entro en el vestuario de chicas, abro una de las taquillas, y meto una moneda de cincuenta céntimos. Me cambio de ropa, guardo la que llevaba en la mochila, saco la

pequeña toalla para limpiar el sudor y la botella de agua. Lo meto todo en la taquilla, la número diecinueve, cierro y me llevo la llave colgando de mi goma del pelo. Subo las escaleras tranquilamente, a ver qué es lo que me encuentro ahí arriba; miedo me da. Al final de estas, me espera Robert. Va vestido con un pantalón algo holgado de color negro y una camiseta que se pega totalmente a su musculoso torso, de color gris. Una amplia sonrisa se dibuja en sus labios y yo no puedo evitar corresponderle.

—Buenos días —digo en voz baja.

—Buenos días, Natalia —me responde cuando ya estoy arriba—. ¿Estás preparada?

—Ajá. —Asiento.

—Perfecto.

Hace un extraño movimiento de cabeza y con la mano me indica por donde debo ir. A nuestra izquierda hay una gran sala: está vacía. Supongo que debe ser la de entrenamientos; atravesamos unas puertas enormes y nos encontramos con otro pasillo, esta vez descubierta, más bien es una pasarela, ya que en la parte de abajo hay una enorme piscina. Es un sitio muy bonito y mucho más grande de lo que pensaba que sería. Al final de esta, hay un dispensador de agua con vasos de plástico, como el que vi ayer en la sala de entrenadores. Junto al dispensador hay otra puerta, entramos y hay una sala supergrande llena de máquinas de *fitness*.

—Bueno, te explico, como has podido ver, el gimnasio tiene unas cuantas salas, está la principal que es la que estaba vacía, ya que ahora no hay programada ninguna clase, también tenemos otra algo más pequeña para el *kick boxing* y demás clases de defensa personal; junto a esta hay otra más, que solemos usarla para relajación, *yoga*... Luego está la sauna, aquí al lado y esta que es la sala de máquinas —me explica pacientemente.

—Ajá... Es muy grande.

—Sí, todo el mundo nos dice lo mismo, que no parece tan grande por fuera.

—Es verdad...

—Como has visto, hay también piscina, en el precio viene todo incluido, cuando quieras ir, solo tienes que avisar a Carla para que lo sepa.

—De acuerdo —digo con una tonta sonrisa—. ¿Ahora a dónde vamos a ir?

—Iremos a la sala de la que te he hablado, para el *kick boxing*, allí tenemos todos los materiales.

Cuando termina de explicármelo todo, salimos de la sala de *fitness*, y vamos a donde estaremos entrenando durante el tiempo que necesite para volverme toda una experta. Es algo pequeña. Al entrar me doy cuenta de que hay una tarima acolchada, en realidad, es prácticamente toda la clase. Robert se acerca a uno de los armarios que hay al final de esta, saca unas cintas, guantes muy similares a los de boxeo, y algunas cosas más que termina dejando en el suelo.

—Bien... —murmura mirándolo todo—. Ven —me pide.

Me acerco a donde está, se sienta en el suelo, y me hace un gesto para que haga lo

mismo. Me siento frente a él, sin decir nada, esperando que me explique qué es todo esto.

—A ver..., esto son unos protectores de nudillos y muñeca —explica levantando unos guantes finos—, van anudados a la muñeca y reforzados con esta cinta —prosigue levantando un rulo de cinta roja—. Sobre estos van los guantes. —Coge los que son más grandes y me los da para que pueda mirarlos—. Para la parte inferior, tenemos este protector de piernas. —Es muy grande y pesado, ¿se supone que eso tengo que llevarlo yo?—. Normalmente, cuando se hace *Kick Boxing* de una manera más profesional se suelen llevar más cosas, tú solo usarás los guantes, unos protectores para los tobillos y poco más.

—Entendido.

—Muy bien, ponte en pie.

De un salto, me pongo en pie, empiezo a estirar para no tener luego agujetas. Robert espera a que acabe y me tiende lo que me tengo que poner pero como yo sola no puedo, me ayuda a acabar de atarme la cinta. Asiente, entonces dejo la botella de agua y la toalla a un lado, junto a la puerta. Al darme la vuelta, veo que él se ha puesto también unos guantes.

—Bien, empecemos por lo básico, hablemos del *Kick Boxing*.— Hace una pausa para acabar de colocárselos bien—. Es un deporte de contacto, el más practicado en todo el mundo. Se puede practicar desde los cuatro años hasta el límite que pongas tú. Hay dos apartados: el de no contacto como podría ser el *Semi Contact*, y luego vienen los *Power Style* que son el *Full Contact* y el *Kick Boxing*, entre otros.

Le digo que sí con la cabeza, asombrada por todo lo que me está contando. Se nota que le gusta lo que hace, es más, le apasiona.

—Hay dos modalidades, la *amateur* y la profesional, nosotros practicaremos el primero.

—Ajá —murmuro, observándole.

—Ya te he explicado lo que usaremos en las clases, así que, vamos a ir empezando con lo que sería *La Guardia*, es decir, cómo protegerte.

—Vale.

—Levanta los brazos y colócalos así —dice alzando los suyos, poniendo los puños hacia arriba y dejando que el brazo haga un ángulo de noventa grados.

Hago lo que me pide sin apartar la mirada de él, para no perderme ninguno de los movimientos que haga.

—Eres diestra, ¿verdad?

—Sí, ¿por qué?

—Porque has atrasado el brazo y el pie derecho —me explica—. Esto es porque tu cabeza, instintivamente, coloca en la parte trasera el brazo y la pierna potente, con la que puedes hacer más fuerza.

Me quedo alucinada, no sabía ni que lo había hecho, no me había dado cuenta. Sonrío, dándome cuenta de que está en lo cierto. Da dos pasos hacia mí, se coloca

tras mi espalda, y pone una de sus manos en mi cintura.

—Ahora, gira un poco el cuerpo —comenta colocando bien la pierna, haciendo que creen un triángulo—, echa el peso hacia atrás, para estar un poco más defendida. —Ahora coloca la misma mano sobre mi vientre—. El pecho tiene que estar un poco más en diagonal para que sea más difícil golpearlos.

Dejo que sea él quien guie mis movimientos, quien mueva mi cuerpo como debe estar, aunque la verdad es que solo de sentirle tan cerca hace que un escalofrío recorra mi vello y lo erice. Pone sus manos bajo mis codos y los sube para que mis hombros estén más hacia arriba, dejando que las manos queden por delante de la cabeza.

—Estar así, impedirá que puedan darte un codazo en la cara.

—Entendido.

—Esto para distancias largas, ahora, para las cortas. —Pone las manos sobre mis brazos, y hace que queden pegados a mis costillas—. Agáchate un poco; la cara debe estar cubierta por los guantes colocándose encima de los pómulos pero sin dificultar la visión.

—Vale.

Aguanto la postura en la que me ha colocado, intentando recordar todo lo que me ha dicho. Será mejor que lo haga o acabarán dándome de lo lindo.

Una hora después, salgo de la clase con Robert, quien ya acabado su turno. Hasta las cinco no tiene ninguna más. Me voy a la ducha, guardo la ropa en la bolsa, me visto con la otra que llevaba, recojo todo, y al salir me encuentro con él.

—Natalia —me llama desde el mostrador.

Paso la tarjeta por encima del detector, para que se me abran las puertas, dejo el casco y la bolsa en el suelo, para ver qué es lo que quiere.

—Había pensado... —dice en voz baja.

—¿Sí?

—Había pensado en que podíamos ir a comer juntos.

—Oh... —murmuro—. Es que tengo que irme a trabajar, voy bastante justa, y me toca comer allí... pero bueno, si no te importa venir a comer allí, estaré encantada de que me acompañes.

¿He dicho eso yo? ¡Madre del amor hermoso! ¿Te has vuelto loca, Natalia? Tal vez sí, pero pobre chaval, no va a hacerme ningún mal comer con él... «¡Eso lo dices tú!», me grita una miniyo interior.

—¡Perfecto! —exclama.

—Yo voy en moto, si quieres te puedo llevar.

—¿Tienes otro casco?

—Claro.

Asiente, coge su bolsa, yo la mía, y el casco, salimos del gimnasio, pongo la bolsa en el seguro para que no caiga, saco el casco de su bolsa, me la guardo en el bolsillo,

y me lo pongo. Le doy a Robert el casco que suele usar Lucía, cuando veo que ya se lo ha puesto, enciendo la moto. Se sube y se agarra a mi cintura, lo que hace que dé un respingo. Mi teléfono empieza a sonar, ¡qué gente más oportuna! No voy a cogerlo, si no, no llegaremos nunca.

Cinco minutos después, llegamos al *Jubilee*, aparcamos junto a la terraza donde siempre la dejo para poder tenerla bien controlada. Veo que Lucía nos mira desde la barra, guardo el casco que ha usado él en el sillín, lo cierro con la llave, le pongo el seguro a la rueda, y entramos en la cafetería.

—¡Hombre! —me dice Lucía.

—No empieces que no he llegado tarde.

—¿Quién es ese hombretón? —pregunta devorando a Robert con la mirada.

—Es Robert, mi nuevo entrenador personal.

—¿Cómo que «entrenador personal»?

—Sí, trabaja en el gimnasio al que voy, y es cliente del *Jubilee*, así que se ha ofrecido a ser mi entrenador de *Kick Boxing*.

—Ese lo que quiere es echarte un buen polvo, nena, mira cómo te observa —dice sin quitarle ojo.

—Anda, cállate.

Le doy un golpe con el codo en el costado, y no puede evitar soltar un pequeño grito ahogado. Se acerca a Robert, remoloneando como si fuera una mariposa alrededor de una bonita flor.

—Buenas, soy Lucía, la «hermana» de Natalia.

—Encantado, yo Robert, su entrenador.

—Sí, ya me ha contado. —Le mira de arriba abajo—. Aunque aquí la encantada debería ser yo. —Le guiña un ojo.

Entro al cuartillo a dejar todas mis cosas, no sé si Lucía habrá traído algo para comer, tendré que preguntarle, pero como está tan ocupada con Robert... Solo falta que se le caiga la baba, esta chica no tiene remedio, cuando se le pone un chico guapo delante se le nubla el entendimiento.

—Lucía —la llamo desde la barra.

—Ahora voy —murmura sin siquiera mirarme.

Pero no viene, sigue a lo suyo, casi acosando a Robert, no debería haberle traído sabiendo que estaba ella, conociéndola... A esta le gusta más un tío bueno que a un tonto un lápiz.

—Lucía. —Vuelvo a llamarla.

—¡Que ya voy! —Esta vez, sí que se gira, y me lanza una de esas miradas de: ¡Déjame en paz!

Hago una mueca, ya verás, está se va a enterar, luego que venga a pedirme algo. Veo que los clientes de una de las mesas necesitan que les atiendan, así que voy hacia ellos. Recojo lo que había sobre su mesa, lo coloco sobre la bandeja, paso el trapo por encima, y cuando lo tengo todo limpio, saco la libretilla.

—¿Qué quieren tomar?

—¿Hacéis bocadillos?

—Sí, de jamón dulce, serrano, queso, *fuet*...

—Tráeme uno de serrano y otro de queso, ¿no? —le pregunta la mujer mayor a una niña, que debe tener diez u once años.

—Sí, de queso —dice alegremente.

Miro a la niña, es muy guapa, tiene el pelo corto castaño oscuro, sus ojos son entre marrones y verdes, lleva unas gafas blancas con unos cuadrados rojos y negros en las patillas, su cara es redondita, y tiene unos mofletes de esos que necesitas estrujar como si fueras una abuela. Me sonrío, le falta un diente, es tan graciosa... Cuando los tengo, se los llevo, la pequeña espera ansiosa su bocadillo.

—Aquí tenéis.

—Muchas gracias —me dice—. ¿Cómo te llamas? —pregunta curiosa.

—Natalia —le contesto con una sonrisa—. ¿Y tú?

—¿«NATALIA»? —repite prácticamente gritando de alegría—. También me llamo Natalia, y esta es mi yaya.

—¡Vaya, otra Natalia! —Me quedo pensando durante unos instantes, me llevo la mano a la boca y sigo—. Espera aquí.

Entro rápidamente al cuartillo, recuerdo que hace unos días el proveedor de *Chupa Chups*, nos trajo unos cuantos regalos, que me hicieron mucha gracia. Me agacho bajo la mesa en la que suelen estar y encuentro el enorme *Chupa Chups* hecho de plástico duro rojo, esta relleno de por lo menos veinticinco más pequeños. Me lo escondo tras la espalda, y salgo a la sala.

—Tengo una cosa para ti, Natalia.

—¿Para mí? —pregunta con los ojos brillantes.

—Sí, es un regalito para ti.

—¡Yo quiero!

Le enseño lo que llevo escondido, abre la boca asombrada por la grandeza que tiene. Esboza una sonrisa de oreja a oreja, como si no pudiera dejar de sonreír, yo tampoco puedo dejar de hacerlo, es tan mona...

—¿Te gusta?

—¿¡Qué si me gusta!?! —pregunta abriendo los ojos mucho—. ¿Cómo no me va a gustar?

—¿Qué se dice? —le pregunta la abuela.

—¡Gracias, Natalia!

De un brinco se pone en pie y me abraza tan fuerte que apenas puedo respirar, ¡madre mía!, que fuerza tiene la niña.

—De nada.

—Natalia, suéltala ya —le dice la abuela—. Le vas a hacer daño.

Como le ha dicho, me acaba soltando, pero no antes sin darme un beso en la mejilla. Se sienta de nuevo en su sitio y me despido de ella. A ver si esta vez me hace

algo de caso Lucía. Robert se ha sentado en uno de los taburetes que hay en la mesa y frente a él está mi amiga, tocándose el pelo, sonriendo como una tonta, y esperando a que caiga definitivamente en sus redes. Pongo los ojos en blanco, ¡ya le vale! Aunque mejor, así se lo lleva ella, en vez de que venga detrás de mí.

—Lucía, ¿has traído algo de comer?

—No, iba a llamar a Joel ahora. —Saca el teléfono, marca el número y se lo lleva a la oreja—. ¿Tú vas a quedarte a comer? —le pregunta a Robert tapando el micrófono, él le dice que sí con la cabeza, igual que yo—. Hola, nene —le saluda—. Tráete para comer los macarrones a la *putanesca* que he dejado hechos esta mañana —le pide, o más bien le ordena—. Sí, están en un *tupper* enorme en la nevera, pensaba que iba a pasar Nat por casa pero al final no, así que pásate tú.

—No hace falta que se lo cuentes todo, ahora vendrá —digo mirándole mal.

—Ahora nos vemos, guapete.

Cuelga la llamada y sigue hablando con Robert, creo que mi turno acaba de empezar, no veo que Lucía vaya a hacer mucho ahora mismo, suerte que pronto llegará Joel con la comida y luego se quedará conmigo para el cierre.

Capítulo 27

Llega la hora del cierre, Joel sigue aquí, y por suerte Collins me acaba de llamar, viene a buscarme, no quiere que salga sola y mucho menos que nadie me acompañe hasta la mismísima puerta de casa. La verdad es que después de lo que ocurrió, aún tengo miedo de lo que pueda llegar a pasar, solo de pensarlo se me eriza el vello. Ojalá algún día que esté con él me encuentre con el ladrón, porque no iba a dejar que se escapara así como así, conociéndole... Con lo cabezón que es, solo le falta ir en su busca, hasta encontrarlo.

—Oye, ¿sabes a dónde ha ido Lucía esta tarde?

—Pues la verdad es que no tengo ni idea, no me ha dicho nada.

—Creo que se ha largado con ese tal Robert que vino el otro día.

—Pues seguro... conociéndola... Debería parar un poco el carro, pobre Marc, vale que no tienen nada pero..., bueno... A mí me da un poco de pena.

Pobre Marc, desde que la conoció ha estado como un perrito detrás de ella, si chasquea los dedos él está detrás esperando a que le preste un poco de atención, hace lo que ella quiere y cuando quiere. Estoy segura de que si Lucía le pidiera que hiciera el pino puente por toda la calle, acabaría haciéndolo y con una buena sonrisa en los labios para no desagradarla. Pobre chaval, no sabe lo que ha hecho al quedarse prendado de ella.

—Normal...

Seco las mesas que he ido limpiando, mientras Joel acaba de pasar la fregona por la parte que ya está recogida, así es todo más fácil, si lo tuviera que hacer uno solo sería prácticamente imposible.

—Natalia... —dice Joel, acercándose a mí, poco a poco.

Le miro, confusa, ¿qué le pasa? Su voz es algo extraña, parece que está nervioso, algo le pasa.

—¿Joel? —pregunto algo confusa.

Voy tras la barra para dejar el trapo que estaba utilizando, aclararlo y dejarlo que se seque para mañana.

—Natalia, por favor... —me pide—. Necesito que hablemos.

—Ya hablaremos mañana, Joel, estoy exhausta, necesito descansar.

—Pero... es que... —murmura— por Dios... —Se pasa una de las manos por su rubio tupé—. Joder... es que esto no puede esperar.

—Claro que sí, no pasa nada.

Vuelve a acercarse a mí peligrosamente, demasiado, más de lo que me hubiera gustado. Trago saliva, ¿qué demonios está haciendo? ¿Ha perdido la cabeza? Me separo de él y sigo a lo mío, será mejor hacer como que esto no ha ocurrido en ningún momento, o la cosa cambiará, y eso no quiero que pase bajo ninguna circunstancia.

Me meto en el cuartillo para acabar de limpiar lo que hemos usado esta tarde para hacer bocadillos y algunos cruasanes. Pongo un trapo en la encimera, y lo coloco todo encima para que vaya escurriéndose, así mañana ya estará preparado para que puedan volver a usarlo. Escucho que Joel vuelve a acercarse a mí, pero esta vez no lo hace como la anterior, sino que mantiene las distancias, y mejor que lo haga o acabaré degollándole con una espátula.

—¿Qué más hay que hacer? —le pregunto intentando cambiar de tema.

—La biblioteca.

—Ajá. —Cojo la escoba y salgo casi corriendo hacia allí.

Cojo aire y lo suelto, me voy hacia la salita y empiezo a barrer tranquilamente, tampoco tengo prisa, hasta que no llegue Collins no puedo irme así que... La cabeza me da vueltas, no quiero pensar en qué es lo que quiere decirme Joel con ese tartamudeo, me paso las manos por la cara y por el pelo. No puede ser... Joel no... Intento relajar este sentimiento extraño que tengo por dentro. Hasta que me pongo en alerta, alguien se acerca, lo más seguro es que sea Joel, así que intento calmarme, pero entonces, ese alguien me agarra por la cintura. ¡Mierda! ¿Me doy la vuelta? Mi corazón late frenético, asustado, perdido...

—Buenas noches, preciosa —murmura Collins en mi oído.

—Oh... cielo... eres tú —digo girando sobre mis talones.

—Sí, ¿quién iba a ser si no?

Pues eso me pregunto yo, ¿quién iba a ser si no? Suspiro, ¿qué se supone que debo pensar de lo de Joel? Me tiene preocupada... Aunque hasta mañana, nada de nada, ahora solo quiero estar con mi Collins.

—Oye, cielo...

—Dime —contesto intrigada.

—He pensado que podríamos ir a cenar por ahí.

—¡Sí! —digo alegremente—. Sé de un sitio al que te encantaría ir, aunque está en plena montaña, es muy bonito.

—Pues, ¡ya está! ¡Decidido!

Suelto un gritito de alegría, como ya casi lo tengo todo recogido, llevo el trapo a la barra, cojo mis cosas y salgo a la sala donde me espera Collins. Joel no deja de observarle, desvía la mirada hacia mí, y luego hacia él otra vez, está algo triste, sus ojos están apagados, sin apenas vida.

—¿Joel, estás bien?

—Sí, tranquila, ya cierro yo. —Intenta parecer algo más alegre de lo que realmente está—. Y ya hablaremos mañana, ¿vale?

—Sí, mañana hablamos de lo que quieras.

Me acerco a él, le doy un beso en la mejilla, tras eso voy a donde está Collins, le doy un beso en los labios, y le cojo de la mano. Debería cambiarme y tal vez darme una ducha, otra, ya que me he duchado esta mañana en el gimnasio.

—¿Podríamos pasar por casa?

—¿Para qué?

—Me gustaría cambiarme...

—Estas preciosa, cielo, no necesitas cambiarte para estarlo.

Le miro, de arriba abajo con una sonrisa de oreja a oreja. Él va vestido con unos vaqueros oscuros, no le quedan ni justos ni grandes, simplemente perfectos, algo desgastados, lleva un cinturón de color marrón, una camiseta de un color parecido al del cinturón aunque algo más oscuro, y una chaqueta de cuero negra con varios bolsillos, de esas que cuando se cierran acaban haciendo un pliegue en la parte superior. Le queda todo como un guante, a este hombre todo le sienta bien, es irresistible. Me muerdo el labio inferior, me pego a él y vuelvo a besarle nada más salir de la cafetería.

—Eres delicioso.

—No tanto como tú.

Me devuelve el beso, mientras me agarra por la cintura y hace que mi espalda quede pegada a su *Peugeot RCZ* negro.

—¿Qué haría yo sin ti?

—Pues no sé —susurro contra sus labios.

Alzo la vista para poder mirarle, no puedo apartarla, me encanta. Ahora sé que estoy completamente enamorada de él.

—¿Vamos?

—¡Claro, sí!

Abre la puerta del coche, dejo el casco y la bolsa de deporte en la parte trasera, saco el móvil del bolsillo de la mochila, miro la pantalla rota y veo que hay varios mensajes de Lucía. Ya le vale, se ha ido a pasar la tarde con Robert y a saber cómo ha acabado la cosa, conociéndola...

—¿Cómo ha ido la mañana?

—Genial, he estado en el gimnasio, Robert ha sido muy amable conmigo, y nada más; luego me he pasado la tarde aquí en el *Jubilee* trabajando. —Esto último lo digo sin muchas ganas—. Bueno, algo bueno sí que ha habido, he conocido a una niña llamada Natalia, adorable, ha venido con su abuela a comer un bocadillo... Es tan mona que no he podido evitar darle uno de los *Chupa Chups* gigantes que nos trajo el otro día nuestro amigo.

—¿Robert? ¿Quién es Robert?

—Sí, es mi nuevo entrenador personal, es el chico que me ayudó la otra tarde cuando se rompió la taza.

—Ah, qué bien —murmura mirando la carretera.

Su voz suena diferente, algo fría, muy distinta a como suele ser normalmente, parece molesto e incluso enfadado, me quedo pensando durante unos minutos, hasta que acabo por entenderlo, ¡está celoso! Suelto una sonora carcajada, ¡no puede ser! ¿De verdad está celoso? Madre mía...

—¡Estás celoso! —exclamo.

—No estoy celoso, no digas tonterías.

—¡Collins está celoso! ¡Collins está celoso! —canturreo.

—No lo estoy.

—¡Ya lo creo que sí! —digo dándole golpecitos en el brazo—. ¡Ay mi celoson!
—exclamo.

—Vale, sí estoy celoso, mucho. —Acaba admitiendo.

—Lo sabía...

Clava la vista en la carretera, suelta un soplido, enciende la radio y empieza a sonar *Thunderstruck* de AC/DC, no puedo evitar que mi vello se erice solo con el principio, ¡buf! Es impresionante. Hacía mucho que no la escuchaba, y desde que era pequeña siempre me ha encantado. Voy indicándole por dónde debe ir para poder llegar al restaurante, está en medio de la montaña, si no nos perdemos será un milagro, siendo de noche y con los caminos que hay sería lo más probable.

—Collins... —murmuro, sin mirarle.

—Dime, pequeña.

—Eh...

«Natalia, calma, a ver qué es lo que sueltas ahora, no lo estropees», me dice una miniyó interior. Las manos me empiezan a sudar y siento cómo mi corazón empieza a latir desesperadamente.

—¿Pasa algo? —Desvía la mirada de la carretera para fijarla en mí.

—Es que...

¿Por qué me está siendo tan difícil? Es una simple pregunta, es fácil, solo tengo que hacerla y él responderá.

—¿Nosotros qué somos? —escupo rápidamente, si me lo pienso un poco más termino vomitando, o algo peor.

—Pues... —Durante unos segundos permanece callado, sin pronunciar palabra alguna, pensando.

Los minutos pasan y mi nerviosismo va creciendo a cada uno de ellos. Siento que me va a salir el corazón por la boca de tan rápido que late, las manos me tiemblan, solo quiero que responda de una vez, o acabaré volviéndome loca.

—Natalia... quiero que seas mía, que seas mi novia, hasta que esto dure, quiero disfrutarlo hasta que acabemos hartos de todo... —dice apasionadamente y prosigue —; o tal vez eso no pase, y simplemente estemos juntos hasta el fin de nuestros días —murmura.

—Yo también lo quiero —murmuro.

—¿Qué? —dice haciendo como que no lo ha oído.

—¡Vamos! ¡No me jodas!

Collins empieza a reírse como si fuera un niño pequeño, ¡me ha escuchado! Sabe lo que he dicho pero aun así quiere oírlo.

—Que sí, que yo también quiero que estemos juntos..., que no imagino mis días sin ti, que ya no sé cómo podría vivir sin tenerte a mi lado. —Mi voz acaba

desvaneciéndose.

Ale, ya lo he dicho, ya lo he soltado, no hay vuelta atrás, lo que pase, pasará. Me paso una mano por la cara y luego por el pelo, inspiro y expiro, así un par de veces, hasta que mi respiración y mi corazón se calman.

—Vamos a ir a otro sitio a cenar, lo vi un día por internet, cuando buscaba para ir con Lucía y Joel, al final no fuimos pero tenía una pinta...

—Donde tú quieras, amor, iremos donde tú elijas.

Quince minutos después, llegamos al restaurante del que le hablaba, el *Piropo Restaurant*, está a las afueras del pueblo, no más lejos del que íbamos a ir, pero sí que está a un rato de casa. Por suerte, encontramos sitio al pasar por delante. El cielo se ha vuelto totalmente negro, lo que hace que el restaurante resalte. Su interior es muy luminoso y en la parte de arriba podemos ver unas luces de color lilas. Hay mucha gente, más de la que pensaba que habría, entramos y una chica morena con el pelo recogido en un moño nos sonríe amablemente.

—Buenas noches —saluda con una sonrisa.

—Buenas noches —contesta Collins.

La chica no aparta la mirada de Collins, lo revisa de arriba abajo, lo que hace que mis nervios se alerten.

—¿Cuántos van a ser?

«¿No ves que somos dos, lerda?», mi vena asesina empieza a latir, parece que esta ciega. Cojo aire y lo suelto.

—Dos, seremos nosotros dos —responde mi novio.

«¿Novio?». «¡Qué raro suena!». Me coge de la mano, lo que me pilla desprevenida, la muchacha nos acompaña a una de las mesas que hay en la planta baja y nos pone junto a la pared. El suelo de *parquet* es de color gris, las mesas negras y las sillas claras. En la pared más larga de todas, hay una barra de madera del mismo color que las mesas adornado con un montón de cajas del mismo material en las que va el vino y el cava; con botellas de vino y licores dentro. Me siento en la silla que hay junto a la pared y Collins delante de mí, no me aparta la mirada en ningún momento, es más, aun cuando la camarera nos da las cartas, sigue contemplándome.

—Gracias —murmuro.

—De nada, ahora mismo vendré a tomarles nota.

Abro la carta intentando despistarme un poco, si sigue mirándome así, acabaré poniéndome de los nervios, ya empiezo a sentirlos, el calor empieza a nacer en mi interior.

—Deja de hacer eso —digo en voz baja, mirando la carta.

—¿Hacer el qué?

—Mirarme así, deja de hacerlo, me pones nerviosa.

Hace una mueca de tristeza como si fuera un niño pequeño, pero rápidamente se

desvanece y deja paso a una bonita sonrisa. Me escondo tras la carta para que no me vea, y poder estar tranquila. La chica que nos ha acompañado a la mesa hace unos minutos vuelve.

—¿Qué van a querer tomar para beber?

—¿Vino? —me pregunta Collins.

—Sí, vale.

—Tráenos *Beso*, de Valencia.

—Muy buena elección, *Beso* Denominación de Origen de Valencia. —Apunta en su libretilla—. ¿Saben ya que van a comer?

—No, aún no.

Cuando termina de apuntarlo, se da media vuelta sin decir nada y se marcha a atender a otra mesa que ha venido detrás de nosotros.

—¿Qué vas a cenar?

—Me gustaría probar los rollitos de espinacas y queso de cabra —digo en voz baja.

—Tienen buena pinta, sí.

—Podríamos pedirlo para compartir y luego cada uno su plato.

—Buena idea. —Sonríe—. Yo pediré solomillo de cordero con especias del Magreb, ¿y tú?

—Presa ibérica a la piedra.

Tengo hambre, más de lo que creía, y mira que esta tarde he comido algo mientras trabajábamos, cuando no había tanta gente. Como ya sé qué es lo que voy a cenar, cierro la carta, y la dejo sobre la mesa. Él hace lo mismo, la deja encima de la mía, estira el brazo y me coge la mano, se la lleva a la boca y la besa con delicadeza.

—Te quiero, Natalia —dice mirándome directamente a los ojos.

—Y yo a ti, Collins.

Suelta una carcajada, niega con la cabeza un par de veces y sonrío.

—¿Algún día me llamarás J.D.?

—¡Jamás!

Cuando la camarera se da cuenta de que estamos de cháchara y que las cartas ya están cerradas, se acerca de nuevo para que pidamos lo que hemos decidido tomar. Después de diez minutos hablando, llega nuestro primero a compartir: rollitos crujientes de espinaca con queso de cabra. Cuando lo leí, pensaba que serían diferentes aunque realmente son tiras de calabacín muy finas, que enrollan un poco de espinaca y queso de cabra, tiene una pinta buenísima, nunca antes lo he probado pero parece estar delicioso. Nos traen dos platos pequeños para que podamos compartir la comida. Adoro comer, sobre todo cosas tan buenas como estas.

—Está muy, muy bueno —murmura Collins.

—Sí. —Me llevo otro trozo a la boca.

La noche transcurre con normalidad, después de acabar los platos que habíamos pedido, la camarera nos ofrece traer el postre. En la carta estaban todos apuntados, pero ya no recuerdo qué era lo que había, así que le pedimos que lo traiga.

—¿Qué quieres?

—Quiero un *Cake-Mousse de dos chocolates y frutos rojos*, ¿tú que vas a pedirte?

—Nada, no tengo más hambre...

—Vaya... —digo pensativa—. Pues que sepas que no te voy a dejar que pruebes mi postre... así que, tú mismo.

Vuelve a reírse, deleitándome con esa maravillosa melodía que es su voz. La camarera no tarda nada en traer lo que he pedido, el postre es pequeño, pero muy coqueto. Tiene una base de bizcocho de chocolate negro, la parte superior es de *mousse* de chocolate blanco, para adornar lleva arándanos azules y algunas moras rojas.

—¡Madre mía! —exclama él, mirando casi babeando el postre—. ¿Puedo? —Coge un tenedorcillo y cuando va a acercarlo al plato, le doy un manotazo.

—Sí, hombre, ya te he dicho que de eso nada.

—Jope..., yo quiero un poquito —dice como un niño pequeño haciendo pucheros.

Le miro con los ojos entornados, ¿le doy? Corto un trocito de pastel con mi cucharilla, se lo pongo delante, y cuando va a morderlo, hago que se le manche la nariz con el *mousse*. Suelto una carcajada y dejo que se coma lo que le estaba dando. Coge mi mano, aguanta mi dedo índice, con él limpia su nariz y se lo lleva a la boca, el vello se me eriza, y todo mi cuerpo se pone en alerta.

—Delicioso.

Me como un trozo de postre, mirándole directamente a los ojos. Siento que mis mejillas se vuelven rojizas, ¿ahora tengo vergüenza? Después de tanto tiempo juntos, es casi imposible, que me sonroje por comerme un trozo de pastel delante de él.

—Me gusta verte comer —murmura antes de darle un trago al vino que le queda.

—Ahm... eh... —Mi voz tiembla, ahora sí que me ha puesto nerviosa del todo—. ¡Agh!

—¿Qué te pasa, pequeña? —pregunta provocativamente.

—Que me pones de los nervios.

—Es divertido ver cómo te pones así.

Digo que no con la cabeza, seguro que lo hace a propósito, pero me da igual, solo puedo sonreír al verle.

Al final termino compartiendo el postre con él, eso de tenerle delante con cara de cachorro triste, es una tortura, no puedo dejarle ahí con esa carita. Pedimos la cuenta y una vez más, vuelve a no dejarme pagar. Este hombre..., un día se va a enterar, no puede ser que no me deje pagar nunca, algún día, yo también quiero invitarle a

comer. Nos ponemos en pie, coge mi mano, salimos del restaurante y cuando estamos llegando casi al coche, me coge por la cintura y me besa apasionadamente.

—Te amo, pequeña, desde el primer momento que te tuve para mí, sabía que eras especial, pero no me di cuenta de cuánto hasta que no te tuve conmigo.

Mis ojos empiezan a llenarse de lágrimas ante lo que dice. Nunca antes me había sentido así, con Oscar era todo muy diferente, era dulce y tierno, pero no era como Collins, nunca nadie podrá ser como él y significar tanto para mí en tan poco tiempo. No hace ni medio año que nos conocemos, pero eso no importa, porque en mi corazón siento como si le conociera de toda la vida, igual que si siempre hubiera estado predestinado para estar conmigo.

—Te amo, J.D. Collins —susurro contra su boca—. Siempre.

—Mi pequeña y dulce locura, nunca más dejes que me aleje de ti, aun estando enfadado, no dejes que ponga tierra entre nosotros, ven conmigo, no me dejes solo, porque sin ti no puedo estar, he aprendido a vivir contigo, y si ahora te alejas... ¿qué me quedará?

—A mí, Collins, siempre a mí —aseguro con una sonrisa y con las mejillas bañadas en lágrimas.

Me besa una última vez y es como si nuestras almas se hubieran juntado, como si ahora fueran una sola, unidas eternamente. Alzo la vista al cielo, cientos de estrellas brillan en él, nos saludan y nos acompañan en esta maravillosa noche, dando fe de que nuestro amor durará para siempre.

Entramos en el coche, dejo que la música empiece a sonar: *Send me an Angel* de Scorpions; es la que se oye, enciende el motor, me mira, y sonrío, una vez más, deleitándome con esa hermosa sonrisa. Se acerca a mí y vuelve a besarme. Está saliendo del aparcamiento, algo más que el morro está fuera, pero entonces, y sin que ninguno pueda reaccionar, otro coche choca contra el nuestro, haciendo que se salga del sitio y ruede, dando vueltas de campana, todo pasa demasiado rápido, tanto que apenas puedo ver qué es lo que ocurre. Cierro los ojos, los abro y busco a Collins, miro hacia donde está, su rostro está lleno de sangre, magullado, tiene los ojos cerrados, le doy un golpe en el brazo, pero no reacciona, agarro su mano con fuerza pero nada me hace ver que esté consciente. El coche ha dejado de dar vueltas, y por suerte o por desgracia, un árbol ha hecho que nos detengamos boca arriba, delante de nosotros está el otro. No puedo ver al conductor, están saliendo llamas del motor, y el suelo está lleno de líquido y sangre. Necesito sacarle de aquí, que ambos estemos a salvo, pero mi cuerpo no responde. Escucho que la gente grita a nuestro alrededor, pero no puedo hacer nada, mis músculos están agarrotados, no los siento. Cierro los ojos, escucho cómo alguien se acerca, intenta abrir la puerta pero no puede. Al abrirlos me encuentro dos más junto a él, haciendo palanca para abrirla.

—¿Estás bien? —grita uno.

Pero no puedo contestarle, ni las palabras me salen. Cuando la abren, me sacan con cuidado, en brazos, para que no me pase nada y acaban estirándome en el césped,

pero no es a mí a quien tienen que salvar, sino a él. Mis lágrimas empiezan a mezclarse con la sangre. Vuelvo a cerrar los ojos con fuerza, hasta que escucho cómo uno de los coches explota. Algo en mí se parte, un enorme vacío empieza a tomarme, ¿dónde está Collins? ¿Por qué no me lo traen? De nuevo, algo explota, es entonces cuando me temo lo peor, ¡tendría que estar aquí conmigo! Un enorme dolor atraviesa mi pecho, lloro desconsoladamente en silencio, sin poder moverme.

—Collins... *Mi dulce locura...* Te quiero —susurro sin fuerza.



R. CHERRY, nacida en una pequeña ciudad a veinte minutos de Barcelona llamada *Cerdanyola del Vallès*, es estudiante de preimpresión digital. Los libros y la escritura llevan siendo su pasión desde que tenía once años, fue entonces cuando empezó todo. Es escritora de varios relatos, sin mucha importancia, y redactora del blog *Una valkyria perdida en el Midgard*, dónde se pueden encontrar reseñas, crónicas, críticas, eventos y mucho más. Tras varios intentos de escribir una buena historia, llega su hora, y presenta su primera novela llamada *Mi Dulce Locura*, un libro lleno de amor, energía positiva, dulzura y muchos sentimientos más. Con ella espera llegar a alcanzar su mayor sueño: ser escritora.